EL ACCIDENTE

CARMEN FERNANDEZ ALSASUA

EL ACCIDENTE

CARMEN FERNANDEZ ALSASUA

EL ACCIDENTE

CARMEN FERNANDEZ ALSASUA

La ciencia y la técnica avanzan a pasos agigantados, pero no el pensamiento humano. **Ernesto Sábato.**

Tarteso es el primer sistema urbano detectado en la Península Ibérica y en todo el occidente europeo. **Sebastián Celestino Pérez.**

A mi familia, cuya. parte principal se ha ido transformando en profundas raíces y hoy se extiende en hermosas ramas. A toda ella.

EL ACCIDENTE

PRÓLOGO

TARTESO

“TARTESO debió tener un especial valor para los fenicios y los griegos, no ya solo de índole económica, sino también simbólica, pues el mítico reino estaba situado en el extremo de Occidente, al final del mundo entonces conocido y más allá del mar que a ellos les era familiar, el Mediterráneo. Al igual que Jasón debía salvar el escollo de las rocas Cianeas que cerraban el acceso del Bósforo al Mar Negro, para llegar a la Cólquida, quienes quisieran adentrarse en Tarteso tenían que sobrepasar un obstáculo no menor, el estrecho de Gibraltar, un peligroso accidente que comunicaba el *Mare Nostrum* con el gran Océano Exterior donde, según Estrabón, sin duda influido por su similitud etimológica, se hallaba el Tártaro, el lugar mas profundo y temido del Hades. Así con ese halo de misterio y peligro Tarteso se convirtió en uno de los lugares más idóneos para que demostrara su destreza e inteligencia, uno de los personajes míticos mejor considerado de la Antigüedad, el semidiós Herakles, quien par muchos autores realizó en estas tierras dos de los Doce Trabajos impuestos por su hermanastro Euristeo por los que obtuvo la inmortalidad. Fue el propio Herakles quien levantó las columnas que dividían los dos mares y simbolizaban el fin del mundo, las «Columnas de Hercules»; la primera en Calpe, el actual peñón de Gibraltar, y la segunda en Abyla, el actual monte Hacho de la ciudad de Ceuta…”

«…La concepción mítica de Tarteso por parte de los griegos es asombrosamente negativa. Los dioses que allí moraban eran de carácter ctónico o telúrico, es decir, habitaban en el inframundo no en el ámbito celestial y tenían en común su monstruosidad y extrema crueldad, como Gerión, un gigante alado con tres cuerpos y sendas cabezas, según nos relata el propio Hesíodo en su Teogonía (v.287-290). Para enfatizar el carácter perverso de Gerión y justificar así el robo de los toros por parte de Erakles, la mitología griega nos ilustra sobre su terrible familia…» El padre de Gerión y Equidna era el gigante Crisaor que había nacido de uno de los monstruos más atroces de la Antigüedad, la Gorgona Medusa, quien tras ser violada por el dios Poseidón, decidió vengarse de todos los hombres, petrificándolos con su mirada…»

«…Pero Tarteso también tiene otro mito de fundación de carácter positivo, que, sin embargo no transcendió con tanto éxito, a pesar de que sus protagonistas no eran monstruos ni semidioses, si no hombres sometidos a los avatares de la condición humana. Me refiero al conocido mito de Gargoris y Habis que nos ha dejado gracias al *Epítome* de Justino, una síntesis realizada sobre un texto original del siglo I a.C. del historiador Pompeyo Trogo, donde se pone de manifiesto la influencia que otros mitos de fundación del ámbito mediterráneo tuvieron en su elaboración. El objetivo principal de este mito era sentar las bases de un reino estable en el que cimentar una dinastía duradera. Si Gargoris es el rey despiadado que somete a su pueblo a la esclavitud sin darle la oportunidad de prosperar e ignorando las virtudes de los avances técnicos, Habis es por el contrario el rey justo y legislador, el que introduce el arado y los cereales, quien en definitiva logra situar al pueblo en la civilización. Estas cualidades así como la ausencia de cualquier mención a dioses, semidioses y monstruos de la mitología griega parecen apuntar a que la leyenda sea una creación de los propios tartesios, o tal vez de los turdetanos, para legitimar su propio origen aunque introduciendo elementos de clara raigambre oriental aportados por los fenicios; incluso podría deducirse del mito que Gargoris representaría a la sociedad tartésica previa a la colonización, mientras Habis sería quien introduciría a su pueblo en la civilización gracias a la colaboración de los fenicios." Veamos el famoso texto en cuestión:

Los bosques de los tartesios en los que los Titanes, se dice, hicieron la guerra contra los dioses, habitaron los curetes, cuyo antiquísimo rey Gargoris fue el primero que descubrió la utilidad de recoger la miel. Este, habiendo tenido un nieto tras haber violado a su hija, por vergüenza de su infamia, intentó hacer desaparecer al niño por medios diversos, pero salvado de todos los peligros por una especie de fortuna, finalmente llegó a reinar por la compasión que despertaron tantas penalidades. Ante todo ordenó abandonarlo y, pocos días después al enviar a encontrar su cuerpo abandonado, se encontró con distintas fieras que lo habían alimentado con su leche […] Por último mandó lanzarlo al Océano. Entonces, claramente por una manifiesta voluntad divina, en medio de las enfurecidas aguas y el flujo y reflujo de las olas, como si fuera transportado en una nave y no por el oleaje, es depositado en las playa por unas olas tranquilas, y no mucho después se presentó una cierva, que ofrecía al niño sus ubres. Más tarde con la convivencia de su nodriza, el niño tuvo una agilidad extraordinaria y durante mucho tiempo recorrió montañas y valles en medio de los rebaños de ciervos, no menos veloz que ellos.

Finalmente, apresado con un lazo es ofrecido al rey, como regalo, entonces por el parecido de las facciones y por las señales que se habían marcado a fuego en su cuerpo cuando pequeño, reconoce al nieto. Después, admirando tantas penalidades y peligros, él mismo lo designa su sucesor en el trono. Se le puso el nombre de Habis, y, después de haber recibido la dignidad real, fue de tal grandeza que parecía no en vano arrancado a tantos peligros por la majestad de los dioses. De hecho sometió a leyes a un pueblo bárbaro bajo el yugo del arado y a procurarse el trigo con la labranza y obligó a los hombres, por odio a lo que él mismo había soportado, a dejar la comida silvestre y tomar alimentos más suaves [...]. Prohibió al pueblo los trabajos de esclavo y distribuyó la población en siete ciudades. Muerto Habis, sus sucesores tuvieron el trono durante muchos siglos. (Justino,XLIV,4).

“TARTESOS **.** Viaje a los confines del Mundo Antiguo.” Págs 30-33. (editorial Trébede) Sebastián Celestino Pér **ez.**

LA LUNA

Guareña. Mayo de 2017

La luna preside e invade la noche con su luz. En el pueblo, poco iluminado habitualmente, hoy se puede pasear por el campo sintiendo su perfume y sin miedo a tropezar por culpa de la oscuridad. A estas horas el pueblo duerme tranquilo; tal vez demasiado acostumbrado a su bucólico encanto, no ha salido a la calle para disfrutar de esta espléndida noche.

Si nos acercamos a una de las rústicas casas que jalonan el pueblo, podemos observar que alguien acaba de entrar en ella, y no lo ha hecho al modo habitual: se ha «colado» por un ventanuco, que esta misma tarde ha tenido la habilidad de simular cerrado, para poder llegar hasta el dormitorio de Emilia, sin hacer ruido, mientras duerme.

El intruso ha elegido esta noche para visitar a Emilia, porque puede ver dentro de la casa sin necesidad de dar la luz, ni siquiera necesita una linterna que pueda denunciar su intrusión, está convencido de que podrá llegar hasta su cabecera, gracias, precisamente, a la iluminación de esa luna, colaboradora involuntaria de sus aviesos planes.

Con lo que no ha contado el intruso es con la actitud de Emilia, que ha cerrado las contraventanas para evitar que esa luna invasora la desvele. Y ese es el motivo de que el intruso tropiece con una silla del dormitorio de Emilia y de que Emilia, que tiene el sueño ligero, se despierte y de la luz de su mesilla y de que el intruso, al igual que Emilia, se asuste, aunque, por muy distinto motivo. Pero el intruso es más rápido que Emilia y ya lleva el cojín preparado para sofocar la respiración de Emilia.

Tal vez Emilia ha muerto a causa del cojín o, puede que para cuando el cojín oprime su cara ahorrándole la respiración, ya haya muerto del susto. Pero la cuestión es, que Emilia yace muerta en su cama. En el fondo, eso es lo que ella quería, siempre decía que quería morir en su cama mientras dormía…

Pero no así, ni ahora.

Cuando, a la mañana siguiente, la vecina que cuida de ella y realiza las labores de la casa durante el día entra en la vivienda por la puerta principal, de la que tiene una llave, y se acerca a la habitación de Emilia, no aprecia ningún signo de violencia, pero sí tiene la certeza de que ha

muerto. Emilia es una anciana a punto de cumplir los noventa años que nunca ha estado enferma y, por ese motivo, no le ha permitido quedarse a dormir en su casa para atenderla en el caso de que pueda necesitarla durante la noche.

El brazo de ella parece indicar que se disponía a apagar la lámpara o que acababa de darla, porque la luz de su mesilla está encendida, o tal vez de lo que trataba era de llamar por teléfono. Seguramente se sintió mal y no le dio tiempo a avisar al médico, aunque trató de hacerlo. Ya da igual. Todo acabó para ella de una forma muy rápida, de eso nadie tendrá duda.

El médico del pueblo no la tiene cuando firma el acta de defunción por muerte natural.

Helena, su sobrina, junto con Pedro, su marido, acude en cuanto la vecina, que dispone de su teléfono, «por lo que pueda pasar», le llama. Tienen la llave de lo que su tía llamaba «la cochera», aunque en realidad se trata del amplio espacio de un patio sin tejado, donde nunca ha dormido un coche, salvo el de la sobrina cuando viene a verla, y esto ocurre muy de tarde en tarde. Hay un montón de cosas en aquella cochera que deben de ser propias para la labranza de otro siglo. Por su viejo aspecto, parece que hayan salido de un museo de la época en que el hombre nómada se volvió sedentario y empezó a extraer los alimentos que plantaba, además de los que podía brindarle la tierra espontáneamente.

Abren la cochera y meten el coche. Enfrente hay dos puertas. De una de ellas su sobrina tiene también la llave; es la puerta que se comunica con el interior de la casa, sin tener que dar un rodeo hasta la puerta principal. Es también un amplio espacio que ahora permanece vacío, pero este espacio tiene tejado y ventanas con contraventanas que suelen estar cerradas; es un sitio un poco frío que, en otra época, cuando no había frigoríficos, servía para guardar las cosas frescas, ahora no tiene otra función que poder pasar directamente a la casa desde la cochera.

En la zona del pueblo donde vive Emilia el coche se puede dejar en la calle sin problemas, pero ella prefiere que lo guarden en la cochera, «no sea que algún gamberro se lo raye».

En el pueblo, los vecinos acuden a su entierro. Es una persona querida y sin familia; solamente tiene una sobrina, la que hoy, junto a su marido, también acude a su entierro. Helena lamenta que la vecina que seleccionó y contrató para cuidar a su tía no se encontrase junto a ella en el último momento. Tal vez, piensa, de haberlo estado, todavía seguiría viva.

Y ¿quién lo sabe?

Pero eso ya no sirve de nada. Al fin y al cabo, era ya mayor y murió en su cama. Es lo que todos dicen como pobre y único consuelo.

La vecina de Emilia atiende a Helena, como su propia tía lo hubiera hecho de estar viva; la sorprende al preguntarle qué piensa hacer con la casa y la finca que la circunda.

—¿Tenéis idea de explotarla vosotros mismos o la vais a dar a un aparcero?

—No sé de qué me hablas. Supongo que mi tía le ha dejado todo a la persona que la cuida.

—¿Qué dices? Aquí todos sabemos que vosotros sois los herederos, bueno, tú concretamente. Cuando alguien le hablaba de arreglar o cambiar algo de la casa, siempre respondía con la misma oración, como se responde cuando rezas el rosario: «Yo no necesito hacer nada, todo está bien. Cuando Helena sea la dueña, que lo arregle o lo cambie si le apetece.

—Pobre tía, nunca hemos hablado de esto, así que nunca hemos pensado qué haríamos si fuera nuestro. Es una pena que Emilia haya muerto tan pronto, quién lo iba a decir. Ahora que mi marido está a punto de jubilarse… Podíamos haber estado aquí los tres juntos, al menos durante los veranos. Eso sí que lo habíamos hablado.

La vecina, trata de animarle para que ocupe la casa, aunque solo sea en verano, y le muestra las posibilidades de crear un recinto idílico, poniendo en esa anticuada entrada trasera un precioso jardín donde puedan descansar llegada esa ansiada jubilación. Helena se entusiasma cuando la vecina le muestra el suyo y decide que lo hablará con su marido hasta convencerlo. La vecina insiste diciendo, que el pueblo tiene muchas posibilidades de crecimiento y hasta puede que se haga famoso gracias a las excavaciones del yacimiento del Turuñuelo. Hace ya dos años que se han encontrado restos importantes del asentamiento de un pueblo tartésico, y sin duda empezará a visitarlo mucha gente, puede que se encuentren tesoros de muchísimo valor, como ha ocurrido en otros yacimientos cercanos.

Solo permanecerán allí dos días, pero el marido montará en el coche camino de Madrid convencido de que aquel puede ser el lugar idóneo para retirarse a descansar tras su inminente jubilación. Lo acondicionarán para pasar los veranos y quién sabe si llegado el momento lo elegirán como definitivo. ¡Lástima!, se lamenta de nuevo Helena, no poder compartirlo con su tía, ahora que iban a disponer de tiempo y ya su hijo no los necesitaba.

La luna sigue brillando también esa noche y de nuevo alguien se introduce en terreno ajeno, aunque en esta ocasión no precisa penetrar en la vivienda propiamente dicha. No, esta noche no pasa de la cochera.

El viaje de vuelta a Madrid está marcado por la tragedia, los primeros kilómetros discurren por terreno llano y tardan en apreciar que los frenos no responden, ellos no lo saben, pero alguien se ha ocupado de que sus ocupantes no lleguen vivos a destino.

ADRIANA

Madrid 10 de abril de 2019

Todo empezó aquella mañana de abril, con una llamada telefónica a la que apenas presté atención.

Mauricio me dijo al terminar su conversación, que le acababa de surgir un asunto que lo obligaba a salir de viaje, pero que lo resolvería con rapidez. Mientras me hablaba, su cara se arrugaba y estiraba, produciéndome inquietud al no poder determinar la importancia de lo que decía. Cuando entendí de qué se trataba me negué a aceptar ese viaje, pero como solía ocurrir —cuando él tomaba una decisión siempre la llevaba a cabo, costase lo que costase—, y ante la imposibilidad de convencerlo, acabé cediendo, aunque poniendo mis objeciones, dada la fecha en que nos encontrábamos: a diez días de nuestra boda. Me parecía inadmisible y precipitado salir en esos momentos de viaje, cualquiera que fuese el problema. No era propio de Mauricio hacer las cosas sin meditar o sin apreciar los inconvenientes. ¿No podía esperar a nuestra vuelta del viaje de novios?

—Será cosa de tres días —aseguró.

—¿Y si ocurre algo y tenemos que retrasarla? —apostillé, en un nuevo intento de hacerle desistir.

Con la frente arrugada, me miró como sopesando su respuesta. Nada le impediría estar a mi lado antes de la víspera de la boda y para el resto de su vida, afirmó, con la rotundidad y firmeza de quien cree tener poder para decidir su destino; juntos estaríamos ante el altar a la hora acordada, y añadió, para justificar su extemporáneo viaje, que era un asunto importante para nuestro futuro y debía resolverlo antes de empezar nuestra nueva vida de casados. Ante mi escéptica mirada debió de sentir la necesidad de ser más explícito, pero tras un corto silencio solo añadió que no cabía demorarlo hasta la vuelta, porque podía perder algo muy importante para los dos. De nuevo lo aseguró con total determinación. Así era él, categórico, rotundo, irrevocable…, cabezota. Pero siempre sabiendo lo que llevaba entre manos. Es de justicia reconocerlo.

Debí de poner cara de pasmo, de estupor, porque ¡claro que me sentía muy confundida y sorprendida! Mauricio no tenía secretos para mí, al menos eso pensaba yo.

Me aseguró que también para él era una sorpresa. Y que le haría muy feliz contármelo cuando todo estuviera resuelto. Insistí en que al menos me diese una pista.

—Verás —consintió al fin, aunque lo dijo arqueando las cejas, con cara de verse obligado a decir más de lo que quería—. Por lo visto he heredado una finca por Extremadura y quieren comprármela. Es la primera noticia que tengo de esa finca. O sea que pueden estar equivocados. Por eso no te quería decir nada, es mejor no hacerme ilusiones ni que tú te las hagas. Desconozco las características de la finca, si es que existe esa herencia, pero me parece muy precipitado: ir, firmar, y cobrar, sin saber ni qué es lo que vendo, pero eso es lo que me han propuesto.

—Y ¿tiene que ser ahora mismo? ¿Tu crees que la finca tiene pensado moverse mientras hacemos el viaje de novios? Me parece una sorpresa estupenda, pero no veo la necesidad de que tengas que venderla con esa prisa.

—Es que ellos, desconozco por qué, sí tienen prisa. Dicen que no pueden esperar a que volvamos del viaje y además me ofrecen una cantidad muy importante. Lo que me deja más impactado.

Aún insistí en lo absurdo de tantas prisas y en esas fechas. Si era tan importante comprarían igual a nuestra vuelta.

Después de unos cuantos arrumacos intentando convencerlo; agotadas todas las posibilidades de buscar otras soluciones y dándome por convencida de que eran muy urgentes a la vez que sencillos, los trámites que tenía que realizar, dimos por zanjado el asunto.

Yo tendría que ocuparme de unas cuantas cosas más que no estaban en mi lista, porque era Mauricio quien se había prestado a realizarlas cuando, como era habitual, nos repartimos las distintas funciones que cada uno podía hacer sin necesidad de la compañía del otro y ahí terminó todo. Bueno, ahí terminó mi lucha por convencerlo de que se quedara; por su parte, tenía tan claro que aquel viaje no podía demorarlo, que su única preocupación fue llenarme de besos sedantes. Tantos besos como para suplir los que no iba a poder recibir durante su ausencia, eso afirmó. Y con ese afán que me distinguía, de creer en su buen criterio y de desear vivir el presente, cuando este era

positivo, quise olvidar cualquier otra cosa que no fuera perderme entre sus brazos y dejar que él se perdiera en lo más profundo de mi ser. Apuramos así el escaso tiempo que restaba para que él cogiera su coche y dedicara las próximas horas a viajar camino de la comunidad extremeña.

Pocas horas más tarde recibí su llamada desde Badajoz. Había llegado sin percances.

En esa mi primera noche de soledad estuve recordando nuestro primer encuentro.

¡Fue un flechazo!

¡Estaba tan enamorada!, y me parecía tan superior al resto de los hombres que había conocido, que muchas veces, en pleno entusiasmo casi febril, venía a mi mente el pasaje de un libro de la sencilla biblioteca de mis padres, que leí siendo muy jovencita; era de la escritora Pearl S. Buck, creo que se titulaba *La madre* . En esencia, se trataba de que la madre, entusiasmada con su hijo, decía que no le podía poner bonitos vestidos y que a veces le ensuciaba la cara, porque su hijo era tan bello que temía que los dioses se lo arrebatasen. Había momentos en que yo también sentía miedo de que me fuese arrebatada tanta dicha. Que una persona como Mauricio correspondiera a mi amor y deseara compartir su vida conmigo era algo que me hacía levitar, me sentía completamente feliz.

Los dos cursamos la carrera de medicina en la Complutense, con un año de diferencia, pero no lo conocí durante esa etapa. Sin embargo conocí a dos de sus amigos y compañeros de la Facultad: Enrique Álvarez y Miguel Urquiza. Ellos fueron los que acabaron presentándomelo. En aquel tiempo Enrique ya tenía una novia, Laura Pinilla, con la que rompió no hace mucho. Miguel me tiraba los tejos. A mi Miguel no me caía mal. Era alto, bien parecido, muy correcto y siempre atento a todo lo que decía o hacía. Era considerado un buen partido por su carrera y su puesto en el hospital, pero sobre todo porque procedía de una familia de conocidos y lucrativos negocios; pero tampoco llegué a enamorarme de él. Su rostro que mis amigas catalogaban de guapo, a mi no me inspiraba otro sentimiento que la satisfacción de ser la preferida de entre todas las que componíamos la cuadrilla. Eso siempre resulta halagador. Enrique era menos alto y atractivo, pero sé que en el hospital Doce de Octubre hacía estragos entre las enfermeras. No solo las de su planta. Fue al conocer a Mauricio cuando todo lo demás dejó de existir para mi; como si un mago hubiera hecho uso de su varita mágica y todo lo que me rodeaba

hasta aquel momento hubiera desaparecido.

Ahora mismo Miguel Urquiza es el jefe de Mauricio. Los dos están reconocidos como buenos cirujanos, pero el jefe de planta es Urquiza, el que fue mi aspirante a novio. Que por cierto, está casado con Elena Barrio, una mujer que lo adora y con la que me llevo de maravilla. De vez en cuando nos suelen invitar a su casa, son unos buenos anfitriones. Cuando comenzaron a salir tanto mis amigas como yo misma pensamos que se había buscado una novia por despecho. Lo pensamos porque fue a los pocos días de dar a conocer la relación que manteníamos Mauricio y yo, cuando nos dieron la noticia de que se acababan de comprometer. En poco más de un año se casaron y parece un matrimonio feliz. Sin embargo la relación de Enrique Álvarez, que también está en el mismo equipo, no prosperó. Últimamente habla de irse a otro continente, no se si este deseo es consecuencia de un desengaño con Laura, o precisamente ha sido ese deseo de ir a Australia lo que los ha llevado a la ruptura. Es curioso los tres se separaron para hacer sus especialidades en distintos países, para al final acabar de nuevo juntos en Madrid, en el mismo hospital y formando parte del mismo equipo. Tal vez por eso me resulta tan extraño que Enrique no quiera continuar en Madrid.

Cuando me presentaron a Mauricio él acababa de llegar de Alemania, se estaba instalando muy cerca del hospital, en la calle Antonio López. Un apartamento de soltero. Sus padres acababan de morir en un accidente. Tal vez la soledad que vi en sus ojos negros de intensa mirada me enterneció desde el primer momento. Me pidió que le ayudase a decorarlo y yo lo hice encantada.

Primero me pidió ayuda para comprar los enseres de la cocina. Mauricio decía que a él se le olvidaría la mayoría de las cosas y solo cuando las necesitase se daría cuenta. Nos divertimos comprándolos y el paso siguiente fue acompañarlo a la compra de los muebles, pocos, porque se trataba de un apartamento con un solo dormitorio, que incluso tenía empotrado ya un armario que ocupaba toda una pared y un salón de buenas dimensiones: sofá sillones, comedor… Era amplio, luminoso y cómodo; sobre todo para él, porque estaba cerca del trabajo. Bueno lo que en Madrid se entiende por cerca, porque cuando yo le digo a mi madre, que vive en Logroño, vamos andando que está aquí al lado, ella se lleva las manos a la cabeza diciendo: “¡Andando aquí al lado!, deja que me cambie de calzado que ya sé que me voy a dar una paliza.”

La cuestión es que así empezó todo. Los muebles, la ropa de cama… Al año ya hablábamos de casarnos.

Hasta hace nada, yo solía enumerar las virtudes que creía ver en él: divertido, inteligente, buena persona y, sobre todo, un ser amoroso al que le gusta demostrarme lo mucho que me quiere. Me hace vibrar solo pensar en su sonrisa, o en su profunda mirada, o en sus suaves caricias que a veces se convierten en apasionados episodios no aptos para cardiacos.

Concluía pensando que ninguno de los chicos que se habían interesado por mí, y habían sido bastantes, merecía compararse con Mauricio.

Claro que…

Mauricio no vino al tercer día, ni al cuarto… Mauricio no volvió.

Miguel Urquiza, su mejor amigo, solo hizo un comentario el día anterior al de la boda.

—¡Lo ha hecho! No lo creía capaz de dejarte sin una explicación.

—Pero…, ¿es que no pensaba volver? —pregunté incrédula, a pesar de la evidencia.

—Solo lo insinuó, pero no creí que pudiera hacerlo de esta manera. Es cierto que últimamente estaba preocupado por la responsabilidad que suponía casarse. Pero eso a veces ocurre sin que quiera decir nada. Se casan igualmente.

Pero yo no lo podía creer y seguí esperando hasta la misma mañana de nuestra boda. Con el vestido de novia colgado de la percha. Maquillada y peinada para la ocasión. Sin decirle nada al sacerdote que iba a celebrar nuestro enlace. Sin anular nada en el restaurante. Lo esperé hasta el último minuto. Hasta el último segundo.

MAURICIO

Manises 4 de julio 2019

Aspiro con fruición el aire cálido y húmedo de la tarde. Me trae aromas diversos que trato de identificar como en un juego de adivinanzas. Además del casi imperceptible olor a mar, otras fragancias llegan hasta mí. Disfruto sintiendo e identificando cada una de ellas, las asocio con distintos colores hasta formar una paleta cromática en medio de la cual me sumerjo feliz. Es un ejercicio que, junto con el de la observación, me divierte y hace que me sienta acompañado.

Mientras espero al camarero, desde mi privilegiada posición en la terraza de la plaza, observo con curiosidad mi entorno: parejas tomando refrescos, cervezas que se levantan y vuelven a la mesa más o menos aligeradas, en virtud de la sed de quien las toma; voces de quienes forman un nutrido grupo de amigos —los oigo reír ante comentarios que no llego a entender por la distancia—, tazas de café humeantes, que una vez azucarado cambian de recipiente buscando los fríos cubitos de hielo en el vaso de cristal… Mi mirada de observador de mi entorno se distrae con una figura en movimiento.

La veo pasar entre las mesas de la soleada terraza: alta, delgada, melena de un negro brillante que se desprende hasta los hombros, sobre un conjunto en color tostado —camel, creo que se llama ese color—. Le sienta tan bien que me hace pensar en una modelo desfilando. Tal vez lo sea. Me giro ligeramente a su paso cerca de la mesa a la que me he sentado para tomar un café mientras disfruto de la sombra y casi privacidad que me prestan las ramas del sauce llorón. No es mi principal propósito, pero mientras me relajo y tomo mi café de la tarde, también observo el paso de la gente que no conozco. El sauce me permite ver lo que ocurre a mi alrededor, con cierta discreción; me siento como el avestruz escondiendo la cabeza entre las plumas que caen lloronas del sauce.

Su proximidad deja una estela de perfume que me resulta muy agradable, incluso evocador de algún momento grato que no logro identificar, aunque me gustaría; seguramente solo se trata de alguien que lo usa o lo ha usado en el lugar donde trabajo. ¿Con qué color lo

asocio?

El camarero se acerca para servirme el café que he pedido ya hace rato. Menos mal que no tengo prisa, pero después de tanto esperar ha elegido un instante bastante inoportuno. Su cabeza y el resto de su fornido cuerpo me impiden seguir contemplándola, pero en cuanto se retira, mi mirada la busca de forma casi inconsciente.

No me gustaría que una persona conocida me viera mirando a una mujer que no es mi novia, a pesar de que solo hay admiración en mi estado contemplativo. Hay algo atrayente en esa persona, en su forma de caminar, en el baile de su pelo al ritmo que marcan sus pasos, o su cabeza; algo que me obliga a seguirla con la mirada.

Pongo dos azucarillos en el café recién servido, veo como son invadidos, se mimetizan y pasan a formar parte de ese líquido oscuro que los ha ido diluyendo inmisericorde hasta hacerles perder su identidad. La cuchara ayuda a su desintegración total, o, mejor dicho, a su total integración en el líquido invasor. Tomo un sorbo y lo saboreo mientras sigo observando con la mayor discreción posible.

Es una figura muy agradable a la vista, pero… es una completa desconocida. Y tampoco estoy haciendo nada malo. No es lógico que sienta de repente en el estómago esta sensación de pesadez, como si me hubiera excedido en la mesa y no me hubiera sentado muy bien la comida.

¡Ha dado la vuelta! Ha debido de olvidar algo. No, camina despacio y observando, como haciendo tiempo. Debe de estar esperando a alguien. Se para, se mira las uñas como confundida o no sabiendo qué hacer. Mira ahora su reloj de pulsera Lo que yo decía, está esperando a alguna persona que se retrasa. Pero su mirada… —sus ojos, que han perdido su oblicuidad, tal vez solo su línea recta, parecen ligeramente caídos— no denota la alegría de un esperado encuentro.

Observa su entorno mientras realiza un lento giro de 36 0□ , por lo que ha quedado de nuevo frente a mí. Arquea las cejas como sorprendida. Parece que al fin se decide a caminar de nuevo.

La veo venir. Sí, viene hacia el lugar en que me encuentro; siento un extraño cosquilleo en las piernas, me empiezan a temblar, es muy posible que en estos momentos no sea capaz de mantenerme en pie. ¿Le habrán puesto algo extraño a este café? Trato de olvidarme de mis piernas para seguir observándola. A pesar de ser muy bella, tiene un

rictus en la boca que, decididamente, me hace pensar en una profunda tristeza. ¿Será contagiosa?

Se ha debido de producir un cambio en su estado de ánimo. Parece que la línea de sus ojos, hasta hace un momento depresiva, se ha enderezado; igualmente la boca, como si de repente advirtiese una posibilidad de solucionar los problemas que la afligen.

Se acerca. Esa persona que espera parece estar detrás de mí, pero no debo volverme, resultaría demasiado evidente que la estoy observando.

¡Parece que viene directa hacia mí!, ¡se ha debido de dar cuenta de mis miradas! ¡Qué bochorno, Dios mío! ¿Qué excusa le pongo?

—Perdona, tú eres Mauricio, ¿no? —escucho asombrado la pregunta.

—Sííííí —casi no puedo pronunciar la sílaba, ¡estoy tan sorprendido!

—Me han dicho que a estas horas sueles estar aquí y te estaba buscando. ¿No me recuerdas?

—¿¡A mííí!? ¿Me estás buscando a mí? —repito tontamente como un eco, mientras la miro tratando de comprender qué significa lo que acaba de decir la bella desconocida.

—Debo reconocer que estás muy distinto —continúa—, pero, por lo visto, no eres tú el único que ha cambiado.

—¡Perdona! —le respondo cada vez más sorprendido—. No sé quién eres. Por lo visto crees que me conoces, pero me encuentras cambiado. ¿No será que no soy la persona que buscas? Posiblemente me parezco algo y por casualidad me llamo como él.

—¿Puedo sentarme? —es su respuesta.

No sé qué decir, miro sus ojos, tienen una tonalidad verdosa… Siento que hay tanta tristeza en su mirada… Más que una petición de permiso para utilizar una silla parece una súplica con la que trata de conseguir clemencia para poder seguir viviendo.

—¡Por favor! —respondo al fin, señalando la silla que está frente a mí. Ella me tiende una mano antes de sentarse; al responder a su saludo, posa la otra mano sobre la mía, que todavía sujeta y que tarda

en retirar.

—Mauricio, por favor, mírame bien.

Estoy desconcertado. Estremece su contacto. Me sumerjo en el interior de sus preciosos ojos, como si quisiera bucear por sus recónditas profundidades, aunque no es eso lo que pretendo. No lo puedo evitar. Me impresiona el revuelo que se ha formado en el interior de mi organismo. Lo que siento… Ella debe de notar mi embarazo, suelta mi mano como si le quemase y, al igual que si se tratara de dos blancas palomas, con un elegante y voluptuoso movimiento de las suyas, las hace reposar sobre sus rodillas. Respira con intensidad, como si le faltara fuerza para seguir hablando.

—¿Qué tal te encuentras? Sé que tuviste un accidente —de nuevo me petrifica y alteran sus palabras.

—¿Sabes que tuve un accidente?… ¿De qué me conoces? —estoy cada vez más sorprendido. Tal vez al tomar mi mano ha deducido por las cicatrices de mis dedos que he tenido un accidente. No puede ser, hay algo más. ¿Por qué me trata con tanta familiaridad?, me gustaría añadir, pero solo digo—: En esta ciudad poca gente lo sabe, aparte de la enfermera que me atendió y que ahora es mi novia, su escaso entorno familiar y amigas…

—No, no pertenezco a ese círculo. —me aclara, mientras me encojo de hombros casi de manera inconsciente—. Yo no soy de esta ciudad… Mi nombre es Adriana —añade, y se produce un largo e incómodo silencio que no sé cómo romper.

—¿Recuerdas adónde ibas cuando te ocurrió el accidente? —continúa preguntando.

—¿Por qué?… ¿Quién eres?, ¿qué más sabes de mí?, ¿crees que es importante saber adónde iba?, no entiendo por qué te preocupas por mí. ¿Tiene algo que ver con el seguro? —es mi respuesta, mientras ella me mira como suplicando «Contesta a mi pregunta, por favor», pero yo no sé qué contestar, nunca me lo han preguntado. Algo me impulsa a darle explicaciones. Seguramente esa súplica que creo adivinar en el gesto contraído de su cara, sobre todo en su mirada, que parece querer atravesar la mía.

—Estoy buscando a alguien que por culpa de un accidente perdió la memoria. Tú me lo recuerdas. Incluso esperaba que fueses tú la persona que busco.

—¡Ah, es eso! Has creído que yo era esa persona, hasta que me has encontrado. Es cierto que tuve un accidente, por proximidad debió de acudir para socorrerme la ambulancia de este lugar. En el hospital donde me atendieron encontré el amor y lo demás ya no tenía importancia. El coche ardió y alguna parte de mí también, pero tuve la suerte de que se abriera mi puerta y yo saliera despedido, lo que me libró de una muerte segura y me temo que bastante dolorosa. De las quemaduras ya me he recuperado, aunque no totalmente. Entre las cosas que quedaron no se encontraba nada que me diese una pista de por qué viajaba por esta carretera, ni adónde me dirigía. Tras un tiempo de intentar conocer algo más sobre mi vida, sin resultados, ya no he tenido interés en investigar sobre mi pasado. Lo único que recuerdo es que mis padres murieron en un accidente.

¿Por qué estaba dando tantas explicaciones a una extraña? ¿Tal vez por aquella triste mirada suplicante que parecía atravesarme el alma?

—¿No has pensado que puede haber alguien que te esté esperando desde el mismo día que tuviste el accidente? Puede que se esté volviendo loca de dolor al no saber qué ha sido de ti.

Me asombra su interés. Tratando de ser sincero le respondo.

—Realmente no lo he pensado, pero creo que, si existiera, a esa persona la recordaría.

—¿Estás seguro? —insiste.

—No, pero imagina que es como tú dices y yo no recuerdo a esa persona y me he enamorado de otra. ¿Qué crees que debería hacer? —Se produce un incómodo silencio, me veo en la necesidad de continuar —. ¿Vivir una mentira con alguien que no conozco, mientras sueño con la mujer de la que estoy enamorado ahora?

—Perdóname —dice la desconocida dejando caer las manos a los costados de la silla, como si hubiera perdido su fuerza, o como si le pesaran demasiado y le resultase insoportable mantenerlas sobre las rodillas. Debe de ser muy duro para ella creer que ha encontrado a la persona perdida y comprobar que no es ella—. ¡Debes de tener razón…! ¡Y claro que no eres tú la persona que busco! ¿Sabes?, la semana anterior a mi boda, mi novio tenía que regresar de un viaje, pero no se presentó, ni esa semana ni para la ceremonia que habíamos preparado con tanta ilusión, y tampoco mandó ningún mensaje. Yo pensé que era un cobarde que se había arrepentido y no era capaz de

decírmelo mirándome a la cara. Pero hace unos días me enteré, por una de esas casualidades de la vida, de que alguien, cuyos datos tenían bastantes coincidencias con mi novio, había tenido un accidente y había perdido la memoria, y yo, pensando que podía ser él, he venido a buscarlo. Pero está claro que no eres tú. Tienes razón, aunque el accidente te hubiera desfigurado, no te pareces lo suficiente como para crear dudas sobre tu auténtica identidad. Lo siento. Siento haberte molestado.

—Yo también lo siento —lo digo con auténtica pena al ver que no consigue contener las lágrimas y lo difícil que le resulta levantarse de la silla y ponerse en pie. Tengo que levantarme y sujetarla por temor a verla caer. Siento deseos de abrazarla para intentar consolarla, pero mi temor a que alguien me vea y lo malinterprete me lo impide.

Se va, y puedo ver como ese caminar de aire tan seguro y elegante que me ha hecho fijarme en ella ahora ha perdido su porte de modelo invulnerable. Da unos pasos vacilantes. Pero se recompone con rapidez y sus pisadas vuelven a sonar firmes sobre el embaldosado.

Me acerco la taza a la boca y me llega el perfume que ha debido de dejar en mis manos. Tiene tonalidades amarillas o doradas. El café se ha quedado frío, pero no voy a pedir otro, este pequeño incidente me ha quitado las ganas de todo. Es como si me sintiera culpable de no ser la persona que ella buscaba.

ADRIANA

Manises 4 de julio 2019

No me había engañado aquella corazonada que me hizo creer que había coincidencias, que aquel podía ser «mi Mauricio», que posiblemente había dado con el misterio que rodeaba mi abandono. Hoy se ha confirmado al verlo ahí sentado, con un polo azul claro, la espalda bien recta, su rostro moreno, sus grandes ojos negros de mirada penetrante. Solo el corte de pelo era distinto. Más moderno. A él siempre le había gustado el corte clásico.

Ha sido fácil localizarlo, después de haber oído hablar de un Mauricio con amnesia. Solo he tenido que localizar el hospital de Manises. Porque antes de que eso ocurriera no fue posible dar con él, ni encontré a nadie que lo hubiera visto. Claro que él dijo que llamaba desde Badajoz y en esa ruta, o con ese destino, fue donde lo buscamos. ¡Ha sido una pesadilla horrorosa!

Seis días antes de la boda y tras dos días de no tener noticias suyas, llamamos a hospitales y policías de la ruta que se suponía que él debía hacer de regreso de Badajoz. Hasta que Miguel Urquiza, su mejor amigo, me confesó sus temores.

No imaginaba la reacción que Mauricio pudiera tener al verme. No sabía cuánto tardaría en abrazarme, pero estaba segura de que lo haría. No se me ocurrió que pudiera irme de su lado sin que él me reconociera, sin que sintiera la fuerza de nuestro amor. Un amor claramente correspondido, sin lagunas, sin obstáculos, sin dudas, sin fallos…

Sí, soy una soñadora que, a pesar de tanta contrariedad, todavía cree en la fuerza del amor. Claro que, si él no hubiera teorizado sobre lo negativo de obligarle a recordar, yo le habría explicado lo muchísimo que significa para mí.

Pero, aunque me duela, sé que tiene razón, si ahora quiere a otra, ¿cómo podría soportar yo sus caricias y sus besos mientras sé que no es en mí en quien piensa cuando me acaricia o me besa? Ahora sé que no estaba con nadie, que no tenía otra familia. Sé que Belinda, la enfermera que ahora es su novia, lo ha conocido después del

accidente.

Hasta ese momento me costaba aceptar que tal vez no me había querido nunca. Y si la aceptaba, surgía la pregunta crucial ¿Mi vida feliz no había existido? ¿Todo fue una farsa? Deseé encontrarlo y ver su rostro frente al mío. ¡Tanto amor! ¡Tantas promesas que ya no se cumplirían! ¿Qué excusa me pondría? ¿Qué se inventaría?

La idea se convirtió en una obsesión, tenía que encontrarlo, quería mirarlo de frente, deseaba que él me mirase a la vez a la cara, ver si era capaz de contarme más mentiras.

Mis padres insistían en aconsejarme que lo olvidara, que una persona capaz de engañarnos durante tanto tiempo a todos, no merecía mis lágrimas. ¡Ni uno solo de mis pensamientos! Pero en el corazón no se manda. Este pequeño músculo late con independencia de cualquier razonamiento.

Cuando mi madre escuchó que hablábamos de boda, se ofreció a ayudarme en todo lo que necesitara para los preparativos, como suelen hacer todas las madres. En principio pensamos que sería mejor celebrar la boda en Madrid, parecía lo más cómodo para nosotros. Además de haber cumplido los treinta años ya hacía algún tiempo, o quizás por eso, teníamos nuestros gustos y manías bien definidos y nos parecía más sencillo tomar decisiones a nuestro libre albedrío, que someternos a reglas clásicas, como sabía que continuamente reconvendría mi madre. Para mayor abundamiento, las fuerzas no estaban equilibradas, ya que Michel, por desgracia, no tenía una madre que pudiera contrarrestar las opiniones de la mía.

Desde que salí de mi casa de Logroño para venir a Madrid a estudiar medicina, he tenido que tomar mis propias decisiones. No tenía que rendir cuentas a nadie que no fuera yo misma; mis padres no me las pedían. Antes de salir de Logroño, me dijeron que ellos habían tratado de inculcarme, entre otras cosas, responsabilidad, y ahora había llegado el momento de confirmar que lo habían hecho bien. Mauricio se quedó huérfano poco antes de que nos conociéramos. Éramos por tanto, personas poco propicias para seguir instrucciones de nadie. Pero mi madre insistía:

—Solo las hijas que no tienen padres se casan en cualquier lugar. Todas tus amigas se han casado en su tierra, tu no eres una pobre paria, tienes padres y amigas de toda la vida, aquí naciste, te

bautizamos y sigues teniendo tu casa. Que disgusto me llevaría hija mía si en lugar de salir de la casa de tus padres vestida de novia, lo haces desde un apartamento de alquiler cualquiera. Lorenzo os dará el mejor banquete que te puedas imaginar, habla con él anda, y luego decides —Mauricio, después de escucharla, dijo entre risas: ¡Adriana, nos casamos en Logroño!

Lorenzo Cañas está entre los mejores chefs de España, que es casi como decir del mundo. Recordé que las bodas a las que había asistido habían sido de un éxito total. Era como comer a la carta en un restaurante de lujo, aunque fuese un banquete de más de 300 comensales.

Al final, con el deseo de no disgustar a mi madre en un momento en el que deseaba que compartiera mi felicidad, llamé a Lorenzo, buen amigo de mis padres, él me aseguró que no tendríamos que preocuparnos por nada y que todo saldría bien, bastaba que le indicase preferencias y rechazos, él compondría nuestro menú y la decoración de las mesas.

Aprovechando un fin de semana largo fuimos a Logroño para pulir algunos detalles de los que no soluciona el teléfono ni las video conferencias.

Lorenzo, avisado por mis padre de nuestro propósito, nos llamó para sugerirnos que aprovecháramos el viaje para hacer una degustación en su restaurante del menú que, junto con sus hijas, había seleccionado. Así tendríamos ocasión de comprobar si todo era de nuestro agrado, incluso cambiar si deseábamos algo más. No necesitó insistir mucho para que aceptáramos; eso que, confiados en su maestría, no habíamos contado con hacer ninguna degustación.

La Merced es un bonito edificio en las afueras de Logroño, rodeado de jardines. Era un hermoso día de primavera, el lugar resultaba perfecto. Degustamos un montón de delicias. Esto terminó de convencernos de que habíamos tomado la decisión más acertada. No hicimos ningún cambio. Todo estaba perfecto e impresionantemente bueno.

Me desplacé a Logroño tres días antes del esperado acontecimiento. Mis padres ignoraban lo que ocurría. Solo que Mauricio había tenido que salir de viaje, pero que volvería a tiempo. En ningún momento pensaron que la boda no se celebraría. Al menos no lo manifestaron. Ellos como yo confiaban en Mauricio y esperaron

arreglados para el evento hasta el último minuto. Sin un solo reproche.

Llegó la hora de salir hacia la Iglesia y Mauricio ni siquiera se había comunicado conmigo. Mi padre salió de casa sin decirnos nada. Mi madre se quedó junto a mi. Yo miraba mi vestido de novia colgado de la lámpara en medio del salón; un vestido blanco, con una larga cola que se arrastraba por la alfombra impidiendo que nos moviéramos con libertad. Destacaba de forma insolente de entre los tonos cálidos caldera y rosa palo de las paredes y los ocre dorado de los sofás, haciéndose demasiado visible, y no podía contener las lágrimas.

Mi padre, como el torero que sale a la plaza a medirse con el toro, se enfrentó valientemente a los invitados desde el altar de la iglesia para dar la noticia y hacer frente a las posibles críticas de quienes también se sentirían defraudados.

—La ceremonia de la boda no se puede celebrar, Mauricio no ha vuelto de su viaje, pero el banquete está preparado y cuento con todos ustedes para disfrutar de todo lo que sabiamente ha elaborado el Gran Chef para la ocasión. ¡Mauricio se va a perder un excelente banquete!

Supe más tarde que tras un sepulcral silencio, los invitados lo ovacionaron.

Mi madre retiró del salón aquel vestido cuya visión me causaba tanto dolor. Me quedé unos días en los que todos trataron de animarme y distraerme de tan duro contratiempo. Pronto llegaron los consejos. Todos contenían la palabra OLVIDA.

Mientras estuve en Logroño traté de simular que eso era lo que pretendía hacer. Ellos, personas sencillas, sin dobleces, no podían comprender nada. Cuando Mauricio iba conmigo a Logroño, a esa casa de mis padres, siempre se mostraba encantador y cariñoso con todos. ¡Bueno, como era él entonces! Mis amigos lo invitaban a ir de vinos por “La Laurel”, o a sus bodegas, los que contaban con ellas. Aunque eran mis amigos y sabían que iríamos juntos, era a él al que pretendían agasajar y a veces sorprender. Todos lo apreciaban y para todos supuso una conmoción su forma de abandonarme.

Pero algo así no se olvida tan fácilmente. En mi vida siempre he necesitado que todo encajase a mi alrededor y cuando no era así no paraba hasta encontrar la pieza que faltaba para completar el puzle.

Cuando volví a mi apartamento de Madrid comencé a buscar esas

piezas que faltaban. Tenía las llaves de su apartamento, el apartamento que había terminado uniéndonos. Pero allí no encontré nada que me diera una pista de dónde o con quién podía estar. Busqué entre sus papeles. Me sentía una invasora, una vocecita interior me decía: no tienes derecho a estar aquí, él no te quiere. Busqué en el armario de su habitación siempre repleto. Había pocas perchas vacías. Lo había dejado todo bien ordenado, como si pensara volver. ¿Tendría otra casa con otra novia en otro lugar y por eso no se había llevado todo aquello? Si era así, más tarde o más temprano volvería a por sus cosas y entonces no tendría más remedio que darme explicaciones.

Recordaba el nombre del hotel en el que me había dicho que se hospedaba: un NH de Badajoz. Pregunté por su nombre durante los días que se suponía había estado en Badajoz, fueron reacios a darme información. Al fin, mi insistencia tuvo consecuencias y uno de los empleados se apiadó de mí y buscó en el ordenador las recepciones de aquellos días, confesándome su miedo a ser denunciado por algún compañero. Tampoco figuraba en recepciones. Me lo comunicó como si confesara su fracaso en la vida. Ahora dudo de si lo que le dolía al recepcionista era no poder decirme que sí se había hospedado allí.

Nada me encajaba.

Decidí desistir de aquella investigación, que solo me llevaba a la calle del sufrimiento. Y cuando ya me había resignado a olvidar mi falso pasado, escuché la historia.

Alguien, amiga o conocida de una de mis compañeras del hospital, no sé si de Dora o de Inés, que estaba disfrutando de unas cortas vacaciones por Madrid, la contó de pasada.

Mientras tomábamos una cerveza al final de la jornada semanal, como teníamos por costumbre, nos habló de una conocida de su amiga. El tema de conversación era que nunca sabes si las cosas que ocurren con apariencia de desgracia al final lo son o se pueden transformar en todo lo contrario. Ella puso el ejemplo de una persona que había sufrido un accidente y que, gracias a eso, la enfermera que lo cuidó lo había conocido e intimado más tarde, hasta el punto de estar haciendo planes de boda. No era ninguna historia importante para quien no conociera a ninguno de los dos; tampoco era muy original o interesante, pero cuando dijo el nombre del accidentado empecé a prestar atención.

Mauricio.

Se llamaba Mauricio.

Procuré estar más atenta a los datos; después, a medida que iba conociendo la historia, hice algunas preguntas y supe que a causa del accidente de coche había perdido la memoria. Algo resonó en mi interior. Una señal de alarma. Un grito de socorro que procedía de un pasado no muy lejano. Hablaba de una desgracia que se había transformado en una suerte. ¿Para quién? Que yo supiera, la vida de Mauricio era suficientemente satisfactoria. No creo que deseara ningún cambio. ¿Cómo puede ser una suerte no recordar nada de tu vida pasada, ni de tus amigos, ni de la novia con la que deseabas pasar el resto de tu vida? Supe que el accidentado había decidido quedarse en el lugar donde le salvaron la vida, junto a la enfermera que lo atendió. ¿A eso le había llamado *suerte* aquella desconocida?

Pero surgió otro problema que me retuvo: el lugar donde ocurrió todo. Al conocerlo dejaron de encajarme los datos, siempre lo situé por Extremadura, y más concretamente en Badajoz, y como consecuencia, en esa orientación se habían desarrollado mis pesquisas. Sin embargo, el accidente del que hablaba aquella amiga de mi amiga, se había producido cerca de Valencia. Solo quedaba la coincidencia de un nombre, con el dato de pérdida de memoria. Poco para iniciar una investigación. Lo comenté con mis amigas.

Dora e Inés son como la cara y la cruz de una misma moneda: optimista y animosa la primera y pesimista, pretendiendo no serlo, la segunda. Las dos habían escuchado lo mismo que yo. Mientras Dora, risueña, me decía que no me costaba nada comprobarlo, Inés fruncía el ceño porque lo consideraba una lamentable pérdida de tiempo y ganas de seguir sufriendo. Pero esos datos me martilleaban el cerebro, hasta que me decidí a comprobarlo y, en efecto, Mauricio era el hombre con el que pensé que me iba a casar y que seríamos felices eternamente. Ahora, como acababa de comprobar, era otro hombre.

En el mismo hospital de Manises me informaron de dónde podía localizarlo. Sigue siendo de hábitos fijos y todas las tardes toma su café en una terraza al aire libre muy próxima al sitio donde trabaja.

No me había engañado. Solo había perdido la memoria. Pero ¿por qué estaba tan lejos del lugar donde se suponía que había ido? No encajaba el lugar del accidente, seguro que también eso tenía una explicación, pero ya… qué más daba. Después del accidente había encontrado otro amor. La fecha del accidente es muy posterior a su

llamada desde Badajoz, algo debió de ocurrir que le hizo desviarse de su camino. No quiero darle más vueltas, ahora soy yo la que solo quiere olvidarlo

Mañana volveré a Madrid con dolor, pero no será igual. A veces el dolor era tan vivo que creía que no iba a poder resistirlo. Ahora ya no rumiaré el odio, no necesito borrarlo con rabia de mi mente. Ni siento el sabor amargo del engaño.

Manises 5 de julio de 2019

Me despierto con el apremiante deseo de volver a ver a Mauricio, aunque sea por última vez, no puedo rendirme tan pronto, quiero apurar este tiempo que estoy tan cerca de él, aunque vuelva a sentir el desgarro de la separación.

La mañana está preciosa, a esas horas el calor no era excesivo. Me arreglo con cuidado, me pongo sobre la falda color caramelo un conjunto verde musgo que él ya conoce y que le encantaba —decía que hacía juego con mis ojos— y unos zapatos de alto tacón del mismo color que la falda. Le gustaba verme con zapatos de tacón de aguja. Salgo del hotel sin desayunar, pensando en hacerlo en aquella terraza donde encontré a Mauricio, sin tener en cuenta que él no forma parte del mobiliario de la plaza, por lo que no es demasiado probable que volvamos a encontrarnos allí a esas horas. Aun así no me resisto a la idea primigenia y paso por la plaza prácticamente vacía a esas horas de la mañana. Me doy cuenta de que, o lo busco en su trabajo, o las probabilidades de volver a encontrarnos son escasas, a menos que vuelva a la terraza por la tarde.

Demasiado tiempo de espera.

Mientras barajo esa ley, la de las probabilidades, dirijo mis pasos al hospital, que no está muy lejos; resuelvo que una vez allí desayunaré en la cafetería de ese centro. Preguntaré, indagaré con disimulo sobre las costumbres de Mauricio y me haré la encontradiza o, tal vez, la pregunta sea directa. Preguntaré por él. ¿Con qué excusa?

Es un edificio moderno de desproporcionadas magnitudes, teniendo en cuenta las dimensiones del pueblecito en que se encuentra. Doy la vuelta al centro hasta llegar a un punto donde se advierte sobre unas largas cristaleras el anuncio: cafetería .

Una vez dentro me deslumbra su luminosidad, predomina el olor a café aunque se mezcla con otros olores de los que no identifico su naturaleza, tampoco lo intento. Al dirigirme a la barra, oigo una voz a mi espalda:

—¿Adriana?

No necesito volverme para saber quién es el dueño de aquella voz. Aun así, muestro sorpresa.

—Eres Mauricio, ¿no?

—Sí, claro. Soy el otro Mauricio. No has podido olvidarte tan pronto de mí, algún parecido con la persona que buscas me debe de quedar todavía —sonríe al decirlo como solo él sabía sonreír—. Me alegra verte de nuevo—, ayer hiciste que me sintiera culpable de no ser tu Mauricio, pero, ya ves, hay cosas que no están en mi mano.

Aunque podría pensarse que se está burlando de mí, yo sé que no es así. Conocía lo suficiente de su carácter como para saber cuándo estaba bromeando, cuándo ironizaba y si en su ironía había ánimo de burla. No hay malicia en sus palabras, solo ganas de quitar importancia al encuentro. Una especie de rayo de luz atraviesa la ventana del local, o así lo siento. Incluso puede que solo yo lo advierta.

—¿Tienes ingresado a alguien? —pregunta, como si realmente le importara, antes de que yo conteste a su saludo. Mi contestación se hace esperar. ¿Qué excusa podía yo tener para ir a desayunar a la cafetería de un hospital, estando hospedada en un hotel familiar y agradable, a bastante distancia?

—No, estaba dando un paseo y he sentido la llamada de la cafeína, he visto tras los cristales la cafetería y no lo he pensado dos veces.

—¿Quieres que compartamos una mesa? ¿Te puedo invitar a un café? Sé que te fuiste desolada tras comprobar tu error, tal vez te sirva de algo conversar conmigo.

Algo ha debido de ver en mi gesto que ha interpretado como rechazo, cuando en realidad lo que yo trato de hacer es disimular la alegría que me produce poder conversar de nuevo con él.

—Perdona mi atrevimiento —dice con aire de preocupación, pero casi sin terminar de excusarse yo acepto su invitación, sin ocuparme ya en disimular.

—No, qué va, me apetece hablar contigo, casi tanto como tomar un sabroso y humeante café.

—Estupendo, este sitio junto a la ventana está muy bien. Por favor, siéntate, yo me acerco a la barra a pedir los cafés, que seguro nos los sirven humeantes, lo de sabrosos ya… no te lo puedo asegurar.

El espacio forma un ángulo, es luminoso gracias a las cristaleras y

yo me siento de forma que sea su rostro, y no el mío, el iluminado por la luz que viene del exterior.

Parece el mismo de siempre, a pesar de que su bata advierte sobre el nivel de su trabajo: no es el de doctor.

Naturalmente, eso no enturbia el grandioso momento que vivo. Es como el destello de un sueño, estoy soñando despierta, es una atractiva situación mil veces repetida en mi fantasía. Sin embargo, a pesar de la proximidad real, la distancia con la que nos hablamos me causa un dolor amargo que me presiona el pecho. Como una adicta a su compañía, siento un placer masoquista. Dolor y placer luchan por ganar la partida e imponerse a lo largo y ancho de todo mi sistema nervioso, de mis arterias y articulaciones.

Estoy junto a él y, aun sin reconocerme como parte importante de su vida anterior, me está ofreciendo su compañía, algo que en más de una ocasión había anhelado volver a vivir.

Pensar que quiere que me quede, que le apetece que yo permanezca a su lado, aunque sea por unos minutos (lo que cuesta tomar un café), aunque solo durase segundos…

Él mismo trae los cafés —siempre ha sido muy atento —, se sienta frente a mí. La luz del exterior le ilumina el rostro. Lo escruto con sentimientos encontrados. Tengo que aprovechar el tiempo que pueda estar a su lado. Le sonrío con la confianza que me da reconocer en él a la persona amada, perdida y encontrada. ¡Qué complejidad de sentimientos! Es como si me dejaran contemplar o visitar el paraíso con la obligación de abandonarlo casi de inmediato, y la esperanza de poder engañar al reloj y permanecer en él mucho, mucho tiempo.

—Tienes buen aspecto, te sientes mejor que cuando ayer te despediste de mí, ¿verdad? Debe de ser muy duro creer que has encontrado al novio desaparecido y descubrir que solo ha sido una ilusión.

—Es cierto, fue muy duro, pero hoy me siento mejor, y ahora que hablo contigo, me siento… confusa por haberte involucrado en mis problemas. (¡Uf! He estado a punto de decirle que me sentía feliz).

—No te preocupes, todos nos enredamos en ideas poco afortunadas en algún momento, pero es cierto que me has hecho pensar en mi vida anterior al accidente. ¿Qué hubiera ocurrido si llegas a ser mi novia y yo no te reconozco? Supongo que te hubieras empeñado en explicarme quién soy y cuáles eran las obligaciones a las

que tenía que atender.

—Seguramente —le respondo, tratando de mostrar una sonrisa—. Por cierto, Mauricio, ¿cómo conseguiste trabajar en el hospital? Sospecho que tampoco recordarías a qué te dedicabas antes…

—Pues no, no lo recuerdo. En cuanto a mi trabajo… tuve mucha suerte. Durante mi convalecencia surgió la posibilidad de presentarme para recepcionista del hospital. Tenía que pasar unas pruebas fundamentalmente de informática y necesité prepararme. Me resultó facilísimo; seguramente mi trabajo tendría algo que ver con esa especialidad. Conseguí la plaza… y aquí me tienes.

Me temo que el tono burlesco que ha empleado para finalizar la información se debe a que él mismo siente lo absurdo de mi interés, teniendo en cuenta que él considera que no somos nada el uno para el otro.

—¡Ah! ¿Recepcionista de hospital? Y entonces… ¿esa bata? No lo encuentro nada adecuado para ese cargo.

Mauricio ríe con esa risa franca que tan bien conozco y que me suena a dulce música, aunque no sé a qué se debe.

—Es que estoy realizando unos cursillos y ahora estoy haciendo prácticas de auxiliar de enfermería. Me encanta el ambiente del hospital. ¡Claro, es aquí donde he vuelto a nacer! Lo hago dos días a la semana en mis ratos libres, aprovechando unos cursos gratuitos. Ahora me toca a mí preguntar. Has despertado mi curiosidad. ¿Cómo era tu novio?, ¿a qué se dedicaba?, ¿era amable y cariñoso contigo?… ¿Cómo lo perdiste? ¿Se fue sin explicaciones y no volvió? Disculpa, no tengo ningún derecho a hacerte estas preguntas, pero me gustaría ayudarte.

Qué ironías tiene la vida — pienso—, pero le respondo como si él no fuera el motivo de toda mi amargura:

—No, qué va, tú eres quien me tiene que disculpar, pero me gustó demasiado pensar que a mi novio le había pasado lo mismo que a ti, que él no me había fallado, que era como yo creía: una persona fiel y sincera, incapaz de engañarme, de fingir su cariño por mí. Él se fue para resolver unos asuntos relacionados con sus padres, aunque no me explicó muy bien de qué se trataba. Me llamó para decirme que estaba en el hotel NH de Badajoz, que volvería rápidamente, pero no volvió y yo no he sabido qué pensar. Quiero creer que algo así como lo que te ha pasado a ti le ha podido ocurrir a él y por eso no ha vuelto

conmigo. Si fuera así, ojalá encuentre como tú una nueva vida que le haga feliz —mientras se lo digo siento un desgarro en mis entrañas.

Sé que debo ser fuerte, tanto si llega a recuperar la memoria y vuelve a mí, como si continua con esta segunda existencia. No está en mi mano cambiar sus sentimientos. Pero sí estar cerca de él, y poder hablarle, y mirarle a los ojos, y escuchar su voz amable…

No es como antes del accidente…, pero es mucho mejor que nada.

—Mira, si no te importa, me gustaría saber alguna cosa, tal vez eso me dé una pista para localizar a esa persona que busco. —Él me mira sonriente dispuesto a complacerme.

—Pregunta, realmente pocos detalles te voy a poder dar, pero haré lo que pueda, te lo aseguro.

—Cuéntame, ¿cómo es que, teniendo un coche, no pudieron identificarte por la matrícula?

—Sí esa fue una de las líneas de investigación. Por lo visto, esa matricula pertenecía a una agencia de coches de alquiler de Alicante y el nombre y el DNI que había dado la persona que lo alquiló debían de ser falsos, porque no existía nadie que respondiese a sus datos. Pagó al contado, con lo cual el rastro se perdió sin permitirnos descubrir nada.

» En principio la policía dudó de mí, yo podía haber falseado los datos, pero la agencia de alquiler de coches tenía fotocopia del carné del hombre que lo había alquilado y la foto no tenía ningún parecido conmigo. Hablaron con la persona que realizó el contrato; él aseguró que la fotografía se correspondía, sin lugar a duda, con la persona que alquiló y pagó el coche.

» Yo me he quedado con una fotocopia, por si en algún momento de mi vida coincido con él, o lo recuerdo.

En esos momentos siento el impulso de pedirle que me enseñe la foto, pero me reprimo a tiempo. ¿Cómo puedo pedírsela sin darle las explicaciones oportunas? Él continúa explicando.

—Pasaron los días y él no se dio a conocer. No intentó justificar el haber dejado el coche a otra persona que no estaba autorizado en el contrato de alquiler. Pensaron que trataba de eludir las responsabilidades que su incumplimiento contractual le pudiera ocasionar. Cuando descubrieron que usaba una identidad falsa, dejaron de esperar su declaración.

—¿Y así terminó todo? ¿Tampoco te extrañó que alguien te dejara su coche alquilado de esa manera, y que luego, al no devolvérselo, no tratara de localizarte? Él te hubiera explicado quién eras o, al menos, cuál era tu identidad. Si debía devolver el coche, tuvo que preocuparse por ti o, como mínimo, por el coche. Y algo llevarías en el vehículo que diese una pista de quién eras tú o el que te lo había prestado.

—Es que apenas quedó nada, ni maleta, ni teléfono, ni ropa. Dijeron que era un milagro que yo no hubiera ardido con el coche. La que llevaba era ropa que se podía comprar en cualquier ciudad de España. De mi carné recogieron una esquina, lo justo para leer mi nombre y dos letras borrosas de mi apellido: Ta… Tapia… Tapón, no sé, no me suena ninguno de los que fuimos barajando. En realidad, estuve unos cuantos días consultando con Google. Pero daba igual, todos los apellidos me sonaban a desconocido.

La tentación de decirle que, en efecto, Tapia es su apellido es muy fuerte, pero me contengo.

—Ayer me comentaste que lo único que recuerdas es que eras huérfano, que tus padres habían muerto en un accidente. ¿Recuerdas de dónde venían tus padres?

—No… ¿Por qué? ¿Se te ha ocurrido algo?

—No sé, no soy psicóloga, ni psiquiatra, pero ¿no te parece curioso que, tras perder la memoria en un accidente de coche en la carretera, solo recuerdes que tus padres murieron en un accidente de coche en la carretera? Tal vez recordar de dónde venían, o dónde les ocurrió el accidente, te ayudaría a seguir recordando.

—Puede que tengas razón, pero por mucho que trato de hacer memoria no recuerdo nada. Sé que fue así, pero realmente no tengo ningún recuerdo. Bueno, mientras el coche daba vueltas, tal vez antes de empezar a arder, era como si fueran mis padres los que daban vueltas y no yo. Eso fue lo primero y casi único que recordé al despertar en la clínica.

—Entonces puede que tus padres no hayan muerto, puede que esa simbiosis con tus padres en el momento del accidente te haya hecho creer que habían sido ellos los que habían muerto.

No sé por qué aventuro semejante teoría. Yo sé muy bien qué les había ocurrido a sus padres. Tal vez trato de forzar su memoria, o tal vez solo deseo tener una justificación para seguir hablando más

tiempo con él. Me sorprende su contundente respuesta.

—No. Lo sé con seguridad. Mis padres murieron en un accidente. ¡Ojalá tuviera todo tan claro!

—¿Tampoco sientes un interés especial por algún tipo de trabajo que te dé pistas sobre cuál era el tuyo? —noto como se frunce su frente y sus labios se tensan. «¡Cuidado!», pienso.

—Adriana —dice mirándome muy serio—, no sé si realmente estás intentando ayudarme o, sin pretenderlo, todavía me confundes con tu novio. Piénsalo, yo estoy muy bien tal y como estoy; precisamente trabajo en algo que me gusta, y además se me da muy bien. Para serte totalmente sincero aún estaría más a gusto si pudiera hacer cosas más importantes en el hospital, pero una carrera de Medicina no se improvisa.

De nuevo tengo que hacer un auténtico esfuerzo para no decirle que esa carrera ya la había superado con creces. Pienso que debo marcharme ya, que estoy corriendo el riesgo de hacer o decir algo que no quiero, y si eso ocurre, desconozco cuál sería la reacción de Mauricio, pero tal vez no me lo perdone y entonces lo perdería por completo.

—Tienes razón, me estoy poniendo un poco pesada, y además se me está haciendo tarde, y tú tendrás que volver ya al trabajo —lo digo todo de forma atropellada. En su rostro serio hasta ese momento, se dibuja una sonrisa burlona. Esa que conozco tan bien.

—Tranquila, no creo que tengas muchas cosas que hacer, si no recuerdo mal, has venido a este pueblo para buscar a una persona. ¿Qué pasa?, ¿que has quedado con otro que también se le parece? —otra vez sale a flote la personalidad guasona de Mauricio—. Por mi parte, todavía no han pasado los treinta minutos que tengo de descanso. Así que no te estoy pidiendo que te vayas, pero creo que deberías tener presente que lo que a mí me ha ocurrido no tiene por qué ser coincidente con lo que le haya podido ocurrir al otro Mauricio.

—Tienes razón, de todas formas, va siendo hora de volver al hotel y hacer la maleta para regresar a Madrid.

—Entonces, ¿no te voy a volver a ver más?

No sé si soy muy objetiva, pero me parece apreciar que es sincero y lamenta de verdad que nos despidamos. Naturalmente, me gustaría seguir hablando con él, y me llamo a mí misma estúpida por haber

dicho que me iba. Pero me he puesto nerviosa y eso ha sido lo primero que ha acudido a mi boca para justificar mi prisa por dejar la peligrosa conversación.

—Creo que aquí no me queda nada más que hacer, solo preparar mi maleta para regresar a Madrid después de comer —añado sin mucha convicción. Inmediatamente siento una especie de malestar general, como si todas mis fuerzas me estuvieran abandonando, siento calor y mi cabeza es invadida por infinidad de grillos que gritan un pavoroso cri, cri, cri, cri.

Vuelvo al hotel caminando despacio, como pretendiendo retrasar mi partida. El calor se ha vuelto sofocante. Mi habitación está impecable y en penumbra. La temperatura gracias al aire acondicionado es perfecta, algo que agradezco Un delicado olor a lavanda me envuelve. Me dejo caer cruzada sobre la cama doble. Trato de descubrir lo que bulle en mi cabeza sin alcanzar forma alguna. Necesito pensar, hay algo, no sé qué es, en la conversación que he mantenido con Mauricio, que trata de abrirse paso entre tantos sentimientos encontrados, sin conseguir dar con ello. Decido comer algo antes de recoger mis cosas y hacer mi maleta.

En la cafetería del hotel, de pequeñas dimensiones pero muy acogedora, solo hay media docena de mesas libres y otras dos ocupadas, una de ellas con una sola comensal que en ese momento no está tomando nada; me mira y me saluda con una espléndida sonrisa. Estoy segura de que no la conozco de nada, aun así le devuelvo el saludo con sonrisa incluida. Elijo una mesa al lado de la ventana que da a un recoleto jardín; no se presenta nadie para atenderme. Miro inquieta un par de veces a mi alrededor. Esta vez mi mirada tropieza de nuevo con la de la chica que me ha sonreído al entrar, ella se levanta y viene hacia mí, para preguntarme en tono amable y servicial si quiero tomar algo. Creo que aprecia mi extrañeza por su pregunta, debo de tener el gesto habitual de arrugar el entrecejo, Mauricio siempre me lo decía.

¡Otra vez Mauricio como ejemplo o como medida de todas las cosas! Ella se apresura a explicarse:

—El camarero ha salido un momento, pero yo soy ya como de la casa, me llamo Ángeles y si quieres te puedo ir sirviendo la bebida mientras vuelve, siempre que no pidas un bíter sin alcohol, que es lo que yo he pedido y no quedaba, por eso ha tenido que ir al almacén.

—Gracias, Ángeles. ¿Puede ser una caña?, si no, un botellín de cerveza, me da igual la marca, lo importante es que esté muy fría.

Dudo un momento mientras trato de volver al mundo real, centrarme en lo que estoy haciendo y olvidar, aunque solo sea por unos minutos a Mauricio y los problemas que de él se derivan. A punto de escanciar la cerveza en el vaso que me ha traído la improvisada camarera, veo al camarero frotándose las manos con un paño blanco o una servilleta, detrás del mostrador, recoge un botellín y un vaso y lo deja en la mesa de su espontánea ayudante. Hablan un momento muy familiarmente.

Tomo un trago largo de cerveza. Está muy fría. Un placer. Él se dirige a mi mesa, me pide disculpas por haberse ausentado y pregunta si quiero algo más.

—Sí, mi intención es comer algo.

Me ofrece tres o cuatro opciones, pero acepto la primera, unos espaguetis, a los que añado media ración de queso curado.

—¿No prefiere una copa de vino tinto de Rioja… para el queso?

—De momento, no, gracias.

Todo esto ha conseguido distraerme por unos minutos. Ahora, una vez servida mi comida, me olvido del entorno y como los espaguetis despacio, enredándolos en el tenedor a base de darle vueltas y más vueltas, al mismo ritmo, aunque con mejor resultado, que a las incógnitas de mi cabeza.

Al traerme el queso, el camarero, un chico joven y atlético con más pinta de figurín que de otra cosa, pone una copita de tinto sobre la mesa.

—Es cortesía de la casa, pruébelo cuando haya tomado algo de queso; si no le gusta lo puede retirar, pero no deje de probarlo.

No puedo por menos que sonreír ampliamente y darle las gracias, al tiempo que pienso: «¡Otro cabezota!». ¿En quién estoy pensando?

Lo tomo llegado el momento, levantando la copa a su salud.

Sonríe el camarero con cara triunfal.

Cuando ya he terminado, Ángeles, con andares resueltos, se

acerca de nuevo, me pregunta si deseo un café, una infusión o cualquier otra cosa. Lo dice sin dejar de sonreír y como si estuviera jugando a ser la camarera. Me fijo en su aspecto, tiene algo que invita a la proximidad.

—Un descafeinado de cafetera, con leche, por favor. ¿Se ha vuelto a ir el camarero?

—Pues no, es que te veo muy sola y me apetecía charlar contigo. Ahora mismo te lo traigo.

Cuando vuelve, sin el café, me advierte que no es su intención darme la lata, pero que ella es una persona muy impulsiva y sensible a la soledad. Considera que estoy un poco triste o muy baja de moral, por lo que ha pensado que podemos tomar el café en compañía, a menos que me resulte molesta la suya.

No lo pienso, ni le miento, cuando me oigo decir que estaré encantada de poder charlar con alguien. Realmente es una persona que transmite ánimo y decisión.

El camarero nos sirve sendos cafés con leche, mientras dice que a los cafés estamos invitadas.

Ángeles es parlanchina, me informa de algunos sitios que tengo cerca, como el museo de cerámica, que según su criterio merece la pena que visite, aprovechando que estoy aquí; pero solo me pregunta por mi nombre y de dónde soy.

—Mi nombre es Adriana, soy de Logroño, pero vivo en Madrid.

—¡Adriana! —exclama en un tono que no sé si indica sorpresa o reconocimiento—. Y has estudiado medicina en la Complutense — Ahora la sorprendida soy yo porque no es una pregunta. Lo afirma.

—Sí, ¿Cómo lo sabes? —La miro tratando de reconocerla. Pero ni idea.

—Sabía que te conocía de algo, pero no conseguía recordar tu nombre. Nos hemos visto muy pocas veces.

—¿Tú también has estudiado medicina?

—No, que va. Estudiaba arqueología. Pero sí que he estudiado en la Complutense. No sé si recuerdas a mi prima Blanca Marín, ella si estudiaba en la facultad de medicina y era de tu curso. En el colegio

mayor teníais habitaciones contiguas ¿La recuerdas?

—¡Blanca Marín!, ¡claro que la recuerdo!, le he perdido la pista, pero me acuerdo perfectamente de ella. Era un encanto. ¿Dónde está ahora?

—En Estados Unidos. Tiene dos niños gemelos preciosos. Su marido también es español, por lo que mi tía piensa que más pronto que tarde volverán a España. Ahora solo vienen a vernos una vez al año. Se suelen quedar durante un mes y medio. Nos visita a todos, organizamos al menos un par de comilonas, una de bienvenida y otra para despedirlos y se vuelven a su guarida.

Ahora que hablas de comilonas. También recuerdo los homenajes que nos dábamos en su habitación cuando su tía, que era no se de qué pueblo, le mandaba salchichones y chorizos, y algunas veces hasta jamón. ¡Jajaja!

—Pues entonces, ¿a ver si te acuerdas de la prima que se los llevaba? Se llamaba Geles.

—¿¡Tú!?, ¡anda, tú eres Geles! —Ella se limitó a afirmar con la cabeza, mientras reía abiertamente—. Estás muy cambiada, eras más bien gordita —dije sin ningún ánimo de ofenderla—. Perdona no me gustaría molestarte.

Realmente el cambio era muchísimo más grande. Ángeles, o Geles, era una joven con mucho encanto. No había forma de asociarla a simple vista con la niña de mofletes rojizos que daban la sensación de haber pasado toda la tarde al sol.

—No te preocupes. No me molesta. ¡Qué va!, soy un par de años mas joven que vosotras y todo el empeño de mi madre era ponerme bajo la protección de mi prima que, por lo visto, le merecía más confianza que yo. Vosotras erais veteranas, estabais en tercero, y yo empezaba mi carrera. En aquella época, aunque siempre he sido muy lanzada, vosotras me intimidabais. Además, es verdad que estaba gordita y todas vosotras estabais estupendas, al menos yo os veía así, lo que también me afectaba un poco. Tal vez por eso a vuestro lado yo me volvía más bien tímida. Pero me encantaba poder compartir una tarde con mi prima mayor y sus compañeras de planta. En el curso siguiente, casi todas las que conocía por mi prima Blanca os fuisteis del colegio mayor, pero yo ya era veterana.

—Entonces, ¿que haces ahora en Valencia. Hay alguna excavación por aquí? —Su rostro perdió la alegría para contestarme.

—No te quiero aburrir con mis problemas, pero no pude acabar mi carrera. Cuando tengo ocasión hago prácticas en un yacimiento de Tartessos que han descubierto cerca de mi casa. También en algún otro de más antiguo descubrimiento. Mientras estoy trabajando como encargada de las azafatas en una compañía de Ferry.

¡Los Tartessos! Es una cultura que me impactó cuando los estudié, hace un siglo.

Ángeles corta la conversación en este punto, como si de repente hubiera recordado que había dejado el grifo de la bañera abierto, o la comida en el fuego.

—No te molesto más — la oigo decir mientras se levanta rauda de la silla—. Me voy a la siesta.

—Todo lo contrario —le respondo subiendo un poco la voz mientras se aleja—, te agradezco la compañía y la conversación.

Ella me lanza un beso con la mano como despedida final y hace lo mismo con el joven camarero, que le corresponde con el mismo gesto.

Cuando pido la cuenta, el camarero dice que me lo cargará a la habitación; ni siquiera me pide el número.

También yo subo a mi habitación, no es mala idea la de la siesta.

Si no hiciera tanto calor saldría a dar un paseo para despejarme, pero ahora solo apetece la sombra y el aire acondicionado. Me ha venido bien la charla distendida con la prima de Blanca Marín. ¡Geles Marín! Está desconocida. Era muy tímida. Al menos lo parecía. ¿Qué le habrá hecho levantarse como un rayo. No recuerdo haberle dicha nada ofensivo… ¿Que estaba gordita? No. eso lo ha reconocido ella.

Antes de preparar mi exigua maleta, trato de descansar, sobre todo mi cabeza, porque parece que ha durado muy poco el efecto Geles. De nuevo acuden a mí retazos de lo que había hablado con Mauricio. Hay frases que parecen golpearme para llamar mi atención, al fin doy con lo que me estaba inquietando desde que he vuelto al hotel:

«… por algún motivo alguien me dejó el coche, con ánimo de que se lo devolviese, pero, aunque no se lo pude devolver, él no hizo ninguna reclamación, no se dio a conocer…

»Llamaron a la persona que realizó el contrato y aseguró que la

fotografía se correspondía con la persona que alquiló y pagó el coche…

»Cuando descubrieron que usaba una identidad falsa, dejaron de esperar su declaración.

»La que llevaba era ropa que se podía comprar en cualquier ciudad de España».

Cuántos interrogantes suscitaba aquel comentario.

¿Se habría disfrazado Mauricio para hacerse la foto y poder falsificar todos los documentos? Si era así, él tenía que haber hecho algo muy grave para tratar de ocultarse. Aunque… no, no podía imaginar que hubiera podido hacer nada malo, al menos no este Mauricio. Tal vez el que me había abandonado… No. Ese no existe. El no me abandonó. Seguramente el coche de Mauricio se estropeó y alguien le dejó el que había alquilado. Pero ¿ya lo tenía alquilado con un nombre falso o lo alquiló así con algún propósito? ¿Con qué finalidad? ¿Por qué iban a dejarle un coche alquilado con un nombre falso?

Y el coche que llevaba Mauricio ¿dónde se encuentra? ¿En un taller mecánico? Y ¿qué pasó cuando terminaron de arreglarlo? ¿A quién tenían que avisar? ¿Quién iba a pagar la reparación? O tal vez lo dejó escondido en algún sitio.

Quien lo alquiló y no lo reclamó… podía ser, precisamente, para que nadie supiera de su falsedad. Pero tendría algún motivo para dar su fotografía con un nombre falso.

Las mismas o parecidas cuestiones se repiten y bullen en mi cabeza una y otra vez.

Trato de relajarme y olvidar tanto interrogante. Enciendo el televisor. Lo apago. Tomo el libro que he dejado sobre la mesilla de noche y trato de leer. Paso las hojas, pero no consigo concentrarme en la lectura.

De pronto tengo claro quién podría aportarme algo de luz sobre aquel misterio. Mauricio no le había dado importancia, pero yo estaba segura de que la policía no se podía quedar tranquila con aquella situación. En su conjunto era demasiado incongruente. Miro el reloj, tal vez sea un poco tarde…

Salgo a tomar algo antes de acostarme. Sobre todo, aire. Pienso

que me vendría muy bien encontrarme de nuevo con la simpática Ángeles; ha tenido la virtud de distraerme de mis problemas y obsesiones. Pero no la veo y sigo elucubrando sobre aquel misterio.

MAURICIO

Manises 5 de julio de 2019

¿Por qué me siento culpable? La he atendido como si tuviera que justificar mi conducta ante ella, o como si tuviera algo que reprocharme, cuando en realidad no la conozco de nada. La admiré con solo verla pasar, tal vez me atrae y por eso quiero ayudarla. No lo creo…, así, de repente. Yo estoy muy enamorado de Belinda. No tengo ningún interés en nadie más. Aunque sí que me conmueve su tristeza. ¡Adriana! Debe ser eso, me produce una pena profunda cuando veo cómo trata de aferrarse a la idea de que a su novio le ha ocurrido lo mismo que a mí. ¿Habrá alguien que sufra por mí, como ella, en algún otro sitio?

Tal vez yo sea un cobarde y por eso no soy capaz de enfrentarme a mi auténtica realidad, porque está claro que esta no es mi realidad. Es la consecuencia de haber perdido la memoria. Me siento cómodo con este papel. He estado a punto de morir quemado dentro de un coche. Me han salvado, he encontrado trabajo y además una cariñosa novia que se preocupa por mí y me mima… ¿Qué más puedo pedir? Aunque es cierto lo que dice Adriana, antes del accidente yo tenía una vida. ¿Qué tipo de vida? ¿Por qué me he acomodado a esta nueva sin querer conocer más?

¡Qué dolor de cabeza! ¿Acaso no he vivido feliz estos últimos meses? ¿Y si soy yo quien ha falsificado los documentos porque necesitaba esconderme? Puede que yo haya sido una mala persona, puede incluso que sea un criminal y me estén buscando. Puede que yo robara el coche con la mala suerte de que era alquilado con documentos falsificados. Sí, creo que está empezando a preocuparme. Y la policía, ¿por qué han dejado de preguntar y de buscar? Claro, si a mí no me ha preocupado quién soy, ¿por qué les va a preocupar a ellos? Aun así, la policía debería continuar investigando…

¿Quién soy? ¿A qué me dedicaba antes del accidente? ¿Adónde iba? No puedo responder a ninguna de estas cuestiones. ¿Por qué nadie me ha buscado? Bueno…, Adriana estaba buscando… pero ella misma ha dicho que yo no soy el Mauricio que buscaba. ¿Me hubiera gustado ser el Mauricio que ella busca? ¡Que absurdo! ¡Qué deslealtad

para Belinda solo pensarlo!

Sé, porque me lo han contado, que sufrí un golpe descomunal en la cabeza; pudo ser una de tantas piedras grandes que se encontraban en aquel lugar o uno de los muchos árboles que pueblan aquella zona. Alguien avisó a la ambulancia de que había visto precipitarse un vehículo por esa ladera y que en esos momentos estaba entre llamas. Dijo que no se atrevía a arriesgarse en ayudar al conductor porque seguramente ya estaría muerto y el lugar era sumamente peligroso. Se estaba iniciando un incendio y había muchos árbol, debía avisar a los bomberos.

Los doctores Manuel Pisón y Samuel Carrasco, con sus equipo me salvaron y ahí empezó mi vida actual y única. He vuelto a nacer. Mientras me trataba el neurólogo y me recuperaba en el hospital de mis múltiples heridas y quemaduras, pude conocer a los distintos especialistas, enfermeras y ayudantes, que ahora son mis amigos.

De alguna forma, se excedieron en su cometido, como si se hubieran considerado con obligación de protegerme por haber salvado mi vida, como ocurría, y tal vez siga ocurriendo, en algunas civilizaciones antiguas.

El doctor Carrasco está comprometido con una joven a la que le pasa quince años, y la familia de ella trata de boicotear esa relación. Rosa, así se llama, trabaja para la empresa familiar y continuamente está de viaje. Samuel sospecha que la finalidad de estos viajes, más que importantes para su negocio, es tenerlos separados y que ella tenga oportunidad de conocer a otros jóvenes de su edad. Ella no se atreve a dar el paso de dejar su empleo porque eso significaría romper también con su familia. La cuestión es que la situación emocional de Samuel está muy vapuleada e inestable. Su vida auténtica y segura esta conectada directamente al discurrir del hospital y las gentes que en ella se mueven.

El doctor Pisón es pocos años mayor que yo, está viudo y sin hijos. Precisamente su esposa murió al dar a luz. Murieron los dos. A pesar de su juventud no ha tratado de rehacer su vida, tal vez sea demasiado pronto, solo hace dos años. Aunque conozco a un paciente que se casó al año de enviudar. Pero Manuel todo su tiempo, incluidas parte de las horas que no trabaja, las pasa en el hospital, entre sus enfermos y el personal que se mueve bajo su techo.

A los dos puedo considerarlos mis amigos, los dos están en una situación que precisa de compañía. Las horas fuera del trabajo las han

compartido conmigo, por lo que nuestra relación trasciende al hecho de que ellos sean los doctores y yo un simple recepcionista al que le gusta la medicina. Por mi parte, necesito dormir muy poco y no dejo de leer libros y tratados de medicina, un poco por curiosidad y otro poco por no defraudar esa confianza que han puesto en mí. Me resulta fácil y ameno el estudio y ambos me animan a que inicie la carrera de Medicina. Eso ya me parece demasiado, no solo porque tengo que trabajar, sino porque también me gusta dedicarle mi tiempo a Belinda, como ella me lo ha dedicado a mí.

Llegamos casi a la vez. Belinda pidió el traslado a este hospital al quedarse huérfana de padre. Juntos emprendimos una nueva vida, juntos hicimos amigos; tal vez fue esa soledad la que nos unió en principio, pero ahora ella es toda mi vida y no necesito nada más.

Pero eso no ha hecho que la relación con mis salvadores haya cambiado. A veces ella también forma parte de este trio, aunque prefiere dejarme mi espacio, dice que no puedo dedicarme solo a ella, aunque tengo que reconocer que ella me lo dedica solo a mí.

Aquí en el hospital todos me tratan con simpatía y algunos con cariño. Son mi familia, mi única familia.

¿Sentirá lo mismo el otro Mauricio? Me duele pensar en Adriana. Me ha parecido que está tan sola como yo lo estaba cuando empecé a recobrar el conocimiento, aunque no la memoria.

¡Ojalá lo encuentre pronto y recupere su amor! Se nota que lo necesita. Parece tan indefensa…, tan desolada…

En estos momentos, cuando pienso en Adriana de esta manera, siento que de nuevo estoy traicionando a Belinda. ¡Ha entrado en mi vida con tanta fuerza…! Tengo que ser honesto conmigo mismo y reconocer que siento tristeza al pensar que ella no forma parte de mi vida y por eso no voy a verla más. Creo que su historia me ha afectado demasiado.

Debo olvidarla, no es justo para Belinda que yo distraiga mi pensamiento y mucho menos mis sentimientos en alguien que acabo de conocer y que, seguramente, nunca más voy a volver a ver.

ADRIANA

Manises 6 de julio de 2019

Me ha despertado el teléfono. No conseguí dormir hasta muy tarde. Daba vueltas sin parar buscando el frescor de las sábanas mientras repasaba las dudas que me provocaban la conversación con Mauricio. Sin pretender, lo mezclaba con mis sentimientos: los actuales y los antiguos. Una especie de paz que, de repente, se transformaba en angustia me acompañaba en esas horas nocturnas. En lo más profundo de una pesadilla, el sonido del teléfono se incorporó a mi sueño, tardé en ser consciente de la procedencia de aquel sonido. Suelo apagar el móvil al irme a dormir para evitar que me despierten intempestivas llamadas y casi siempre equivocadas o mensajes que no forman parte de mis preocupaciones. Pero, evidentemente, anoche olvidé desconectarlo.

He contestado casi sin voz.

«No te dejes engañar por las apariencias, alguien tiene mucho interés en que Mauricio no recuerde nada», ha dicho una voz desconocida para mí, y ha colgado.

He dudado de si aquello formaba parte de mi sueño o pertenecía a la vida real. Al mirar el móvil, todavía en mi mano, no se refleja ningún número telefónico en la pantalla, he buscado la última llamada recibida y he pulsado para llamar, pero aquel número de teléfono no acepta la devolución de llamadas.

En estado de letargo prolongado en la cama, he tratado de regresar a la realidad. ¿Qué había querido decir la voz aquella? Todavía no podía intuir la importancia de aquel mensaje.

Al llegar a la ducha tengo claro que no puedo marcharme. El agua cae sobre mi cabeza con la misma fuerza que los interrogantes que se abren y se cierran sin solución de continuidad. ¿De dónde venía Mauricio? ¿Por qué alguien se había tomado la molestia de llamarme para decir que lo que le ocurría a Mauricio era porque alguien se beneficiaba? ¿Para quién era buena aquella situación? Mauricio no tiene nada, ni siquiera su carrera, a menos que pueda recordar. Pero si prefieren que siga amnésico…

¿Qué hacer y por dónde empezar?

Estas son, tal vez, las incógnitas que contienen a todas las demás.

Miro al reloj. Son las ocho y media de la mañana, decido tomar el desayuno y después iré a la policía, les explicaré lo ocurrido y quizás ellos puedan arrojar algo de luz a este sinsentido. Tal vez la historia no sea tal como Mauricio me la ha relatado. El fallo de su memoria podía haberlo deformado todo y los hechos podrían resultar más verosímiles.

Al llegar a comisaría mi cabeza es ya un interrogante del tamaño de un dinosaurio. Hay un mostrador de frente, como cerrando el paso a las demás dependencias. Dos agentes se hallan en pie de cara a la puerta, al otro lado del mostrador y revisando papeles; otro está sentado frente al ordenador. Al fondo se ve un acristalamiento donde es de suponer que están el resto de los departamentos.

Me dirijo al agente que me parece menos ocupado. Le pregunto por el comisario o inspector que ha llevado el caso de Mauricio, el joven que perdió la memoria en un accidente y que todavía no la ha recuperado —como únicas señas de identidad posibles—. Los agentes que están en el mostrador se miran con un gesto extraño.

—¿Qué relación tiene usted con este asunto? —me pregunta el mismo al que yo me he dirigido al entrar.

—Es un poco largo de explicar y si me permiten, preferiría hablarlo directamente con la persona que se ha ocupado de este asunto. De cualquier manera, tenga mi carné. Me llamo Adriana.

—Tendría que decirme primero algo que justifique esta conversación, ¿no cree?

—Es posible, pero es muy largo e íntimo.

El agente me mira como esperando que yo me decida a contarle algo más. Entonces se abre una puerta de la zona acristalada y un hombre, de rostro serio pero afable, más o menos de mi edad y sin uniforme, se dirige al que está revisando mi carné. Le dice algo en tono tan bajo que no puedo entenderlo a pesar de la proximidad; prácticamente se lo quita de las manos mientras dice en tono más alto: «¿Me permites?». Casi sin mirarlo, se dirige a mí amablemente:

—Por favor, Adriana, venga conmigo, sígame.

Atravesamos la puerta acristalada y lo que parecen las oficinas generales, hasta desembocar en otra puerta. La persona que me precede, sin decir palabra, se retira a un lado para facilitarme el paso al interior: un despacho austero y de pequeñas dimensiones.

—Mi nombre es Óscar. Soy el inspector que lleva este caso. Siéntese, Adriana —me pide señalando una silla frente a la que él se dispone a ocupar—. Dígame, por favor, el motivo de su interés en este asunto. Es usted la primera persona que no siendo del pueblo se interesa por este individuo. Supongo que no solo lo conoce.

Yo tengo tantos deseos de hablar que no dudo en contarle todo lo que ha ocurrido y por qué no he sido capaz de confesarle quién era yo y quién era él. Le hablo de mis dudas, y de las preguntas que me suscitaba, más bien me martilleaba, la historia que él me había relatado. También le cuento la llamada telefónica anónima. El inspector dice que la tendrá en cuenta.

—No puedo creer que todo sea como me lo ha contado y que el caso esté cerrado.

El inspector, que me había estado escuchado pacientemente, sonríe y, mirándome de frente, dice en un tono casi de incredulidad, mientras hace pendular la cabeza:

—De modo que su prometido no la ha reconocido y usted no se ha atrevido a contarle nada…

No contesto, solo afirmo con la cabeza, ya he dado bastantes explicaciones, tal vez demasiadas, ahora le toca a él.

—Pues bien, el caso es más o menos como se lo han contado y todavía no está cerrado, está atascado, porque su exnovio está totalmente indocumentado y no hemos localizado a nadie que lo conozca. Encontramos su carné quemado, no tenía huellas dactilares. Al no reclamarlo nadie, desconocemos si tiene familia, por lo que tampoco era posible la prueba de ADN para su identificación. En su boca no tiene piezas ajenas, ni siquiera una caries, lo que implica que no existe una ficha odontológica que nos hable de su cavidad oral y con la que podamos comparar, lo que también hubiera podido ayudarnos.

» Ni siquiera fue factible contrastar las huellas de al menos uno de los dedos índice, que nos hubiera dado como resultado los datos que figuran en su carné de identidad. Ambos estaban quemados, el derecho, además, con una cicatriz profunda. El anular de la mano izquierda también estaba quemado, al igual que algunas otras partes de su cuerpo, aunque la mayoría de las quemaduras corporales eran muy leves. Tiene también abundantes cicatrices en piernas y brazos, pero deben ser anteriores a las quemaduras según el forense.

—Disculpe —le interrumpo—. Cuando él dijo que se iba a Badajoz, le puedo asegurar que no tenía ninguna cicatriz —me agradece la precisión, pero no hace ningún comentario al respecto, aunque sí ha anotado algo en su cuaderno—. Continua hablando:

Solo sabemos que no estaba fichado por la policía, ya que, al tratar de contrastar las restantes huellas dactilares, que no se quemaron, con las del fichero que poseemos, ninguna coincidía con las que tenemos registradas. Seguro que su testimonio nos aporta datos importantes, alguno tal vez sirva para esclarecer lo ocurrido. Usted podría ser una buena colaboradora, si todo lo que me ha dicho es verdad, y no tengo por qué dudar de su palabra. Por ahora esto es lo que tengo.

» Déjeme que le haga algunas preguntas respecto a lo que me ha contado. El vehículo que llevaba su exnovio cuando tuvo el accidente no era suyo, tampoco él lo había alquilado, eso ya lo hemos comprobado. No sabemos siquiera si tenía carné de conducir, ni si tenía coche propio. ¿Qué me dice?

—Sí a las dos dudas —me apresuro a confirmar.

—Pues podría ser de gran ayuda si nos pudiera facilitar datos del vehículo: clase, color, la matrícula, etcétera.

—No hay ningún problema, es un Mercedes SLK, azul índigo, con matrícula DWY 2771.

—Es un punto de partida muy importante. Eso nos permitirá hacer averiguaciones que tal vez nos lleven a desenredar la madeja. —Me entrega una tarjeta—. Llámeme si recuerda o averigua algo que pueda servirnos de ayuda. Por mi parte, la llamaré en cuanto pueda añadir algo, se lo aseguro.

—Quiero comentarle algo, aunque parezca una frivolidad.

—Usted dirá, cualquier dato puede ayudarnos.

—Vera, mi prometido era muy caprichoso con la ropa y el calzado. Aunque siempre ha vestido sin estridencias, no llevaba ropa ni calzado de la que se puede comprar en cualquier lugar, que es lo que él ha comentado como una explicación más de la imposibilidad de identificarlo.

—Parece interesante. ¿Qué es lo que podía habernos dado alguna pista?

—Dos cosas: las camisas se las hace a medida un camisero de Madrid muy conocido, pero poco común, y también los zapatos se los hacen a medida. Le puedo dar el nombre de ambos. Así que no puedo entender que lo que llevaba puesto y no ardió no fueran prendas que ayudaran a su identificación.

—Es cierto que este es un caso muy extraño y el silencio, o vacío que existe en torno a su ex, lo ha estado dificultado mucho más. Le puedo asegurar que él no llevaba nada de lo que me está diciendo, eso nos hubiera ayudado muchísimo, y la falta de esas prendas tendría sentido si el accidente hubiera sido provocado.

—Pero si le han quitado su ropa para que nadie pueda identificarlo, ¿por qué le han dejado el documento de identidad? Se ha quemado parte, pero podía haberse salvado. —El comisario sonríe ampliamente, casi como si acabara de oír un chiste.

—No sé qué clase de doctora es usted, pero seguro que hubiera podido ser una buena detective. No he querido comentar nada al respecto, pero ya que usted me lo pregunta le diré que eso nos hace añadir dudas a que el accidente haya sido provocado. Pero es posible que eso fuera precisamente lo que pensó la persona que provocó el accidente; si es que el accidente ha sido provocado, porque ya lo investigamos en su momento y pudo ser que el DNI lo hubieran

quemado previamente, dejando a la vista datos insuficientes para su identificación pero suficientes para crear la duda. Esa que usted misma ha detectado. Esto es muy interesante. También conocer su profesión y dónde trabajaba nos ayudará. Gracias por su visita y su información. —Dice la última frase a la vez que se levanta de su asiento y me tiende la mano en un claro gesto de despedida, pero yo no me muevo de allí.

—Perdone, pero antes de irme me gustaría pedirle una fotocopia de la fotografía del carné de la persona que alquiló el coche, en el que tuvo el accidente Mauricio. Aunque ya sé que los datos eran falsos. Tal vez yo conozca su cara.

—Me parece muy buena idea, un momento que lo pido. —Lo solicita por el interfono y al poco tiempo un policía uniformado se lo entrega—. ¡Ojalá nos proporcione alguna pista! —dice mientras lo traslada a mis manos.

Lo miro con detenimiento, pero no me recuerda a nadie.

—Lo siento, parece que de momento no puedo ayudar, pero ¿puedo quedarme la fotocopia? Quién sabe, a lo mejor en otro momento…

—Sí, por supuesto, quédesela.

—También quería pedirle algo. Que no se refiera a él como mi ex, aunque es verdad que nos íbamos a casar en los días de su accidente. Sabe que él ahora tiene otra novia, y no me gustaría que se enterase por otra persona de lo que yo no he querido contarle, aunque lo haya hecho para no complicarle más su vida. Tampoco me gustaría que se enterase de que es médico, antes de que puedan aportar otros datos que no sean los que yo acabo de darle.

—Descuide, no voy a entrar a juzgar su silencio. Mientras no lo consideremos necesario permitiremos que todo siga igual, entiendo su motivación y está en su derecho a no revelarle su anterior relación, siempre que no afecte a las investigaciones que debemos llevar a cabo. No dude que lo voy a tener en cuenta. Antes de desvelarle lo que desea tener en secreto, yo mismo hablaré con usted.

Ahora sí me levanto de la silla y estrecho la mano que el inspector me vuelve a tender.

Ya en el hotel, recojo algunas cosas que han quedado desperdigadas por la habitación, para introducirlas en la maleta y

cerrarla, lo hago de una manera mecánica, porque mi pensamiento está ya en otra parte.

No ceso de hacerme preguntas a las que yo misma contesto convencida de que yo puedo averiguar lo que no ha conseguido la policía.

¿Y si hago un recorrido a la inversa de Mauricio?, es decir, podría empezar mi recorrido a partir del lugar donde alquilaron el coche, si el coche partió de Alicante, seguro que llegó hasta allí, y dejó su coche en Alicante.

¿Qué adelantaría? — yo misma me respondo—. Tal vez en él se encuentre su maleta, sus ropas y algún indicio de lo que ocurrió. Y ¿dónde puede estar ese coche? Si necesitó otro coche, lo más normal es pensar que se estropeó el suyo. Puedo probar en los talleres mecánicos más próximos a la compañía de alquiler, o en el del concesionario de Mercedes, o… también puede estar en un garaje. ¡Uf! Voy a tomarlo con calma, pero no me puedo quedar de brazos cruzados. Voy a llamar al hospital de Madrid, no les voy a dar muchas explicaciones, solo que necesito ir a Alicante y que voy a tardar algún día más, quiero probar. Cuando vine a buscar a Mauricio, también parecía un poco absurdo que me tomara tan en serio una conversación de cafetería, como para venir a buscar a mi novio hasta Valencia. ¿Quién sabe si seré capaz de desentrañar tanto misterio yo sola?

Busco en mi cartera dos cosas: una fotografía de Mauricio que no he dejado de llevar encima ni en los tiempos en que me sentí engañada vilmente, y la tarjeta del inspector donde aparece su teléfono.

Adriana está decidida a investigar, cree que si encuentra el coche de Mauricio tendrá oportunidad de aclarar muchas cosas. Tal vez Adriana esté equivocada, quizás debería haber empezado por investigar a Belinda, la actual novia de Mauricio.

Su sexto sentido no le ha hecho dudar de la casualidad que supone el que Belinda apareciera en la vida de Mauricio, en el preciso momento en que se la salvaron. La enviaron para sustituir a la enfermera que se iba a hacer cargo del hombre que habían conseguido rescatar, tras dura lucha con una muerte que parecía segura.

De repente la enfermera destinada a cuidarlo tenía que salir de

España por una urgencia familiar. Dijo que solo faltaría quince días, pero que tenía una sustituta. No había tiempo para elegir pero, oportunamente, alguien había enviado a Belinda, solo para hacer una sustitución. No volvieron a saber nada más de la enfermera sustituida, y pasados esos quince días, Belinda ya había demostrado sus dotes, no había necesidad de buscar otra.

Belinda no es lo que parece y ese descubrimiento sí que llevaría a Adriana a resolver todos los interrogantes.

Belinda está muy profundamente enamorada, pero no de Mauricio. Lo está de un hombre casado que le asegura que pronto romperá con su mujer para casarse con ella y ella no tiene ninguna duda de que así será, por eso está dispuesta a aceptar cuanto le exija su amante, pero debe esperar porque antes tienen que solucionar el problema de Mauricio.

Belinda está enamorada de la persona que ha negociado su puesto con la enfermera de Valencia, para que lo deje libre. El propósito es vigilar que Mauricio continúa amnésico. Hay que mantenerlo en la ignorancia de quién es y qué le ha ocurrido.

Mauricio no puede tener ahora otro accidente. El primero ha salido mal y ahora mismo sería muy fácil acabar con él, pero resultaría muy peligroso, pronto descubrirían la falsedad de sus datos. Solo su nombre y su profesión son auténtico. Tampoco es cierto que sea huérfana de padre, pero ahora no hay motivo para que la investiguen y ella no va a darles ninguno.

Esta Belinda que cuida de Mauricio es un encanto, además de muy hermosa, es cariñosa y muy entregada a su profesión, mima a sus pacientes y ha sido una consecuencia lógica que Mauricio se acabara enamorando de ella. También es otra cosa, aunque no sea consciente: es una marioneta en manos de su amante…de su amo. Porque Belinda se moverá impulsada por los hilos poderosos de los que tira su amor.

Pero Adriana ni siquiera ha tenido curiosidad por conocerla ¡Qué fallo Adriana!

Y vuelvo a la cafetería del hotel confiando encontrar a Ángeles, es un poco pronto para comer, pero tal vez sea de las que comen a

esta hora. Ella comentó en su primera conversación que mañana iba a Alicante. Podríamos hacer el viaje juntas, su compañía es muy agradable y hace que me olvide de estos problemas. Pero no está en la cafetería. Pregunto por ella al camarero, dice que suele comer allí pero que no siempre ni a la misma hora.

—Ángela es impredecible. No tiene costumbres fijas. Siento no poder informarle. ¿Desea algo más?

—Sí, un vermut con unas aceitunas rellenas.

—¿Tiene preferencia por alguna marca?

—Pues sí, pero no se si tendrá uno de mi tierra: Lacuesta. Si no tiene de la casa Martínez Lacuesta, me puede poner…—me interrumpe diciendo—:

—Sí tenemos de esa casa de La Rioja. Ahora mismo se lo sirvo. ¿En la barra o en la mesa?

—Aquí mismo, en la barra. Por favor, si está frio no le ponga hielo.

—De acuerdo. Así que de la Rioja y come el queso con cerveza.

—Tiene razón, pero con el calor de esta tierra un buen trago de cerveza bien fría era lo que más me apetecía.

—Aún no he terminado mi aperitivo cuando aparece Ángeles. Al verme se acerca a mí levantando la mano para llamar mi atención mientras muestra su sorpresa. El camarero la saluda con muestras de confianza y le pregunta si quiere tomar algo, ella responde que tomará lo mismo que yo.

—¡Hola, Adriana!, no esperaba volverte a ver.

—Pues mira, yo te estaba buscando. Si no tienes compromiso para comer te invito al restaurante que me recomiendes. Aunque no sea más que para compensarte de los festines que me he dado en el colegio mayor a tu costa. ¡Menuda obra de caridad con el hambre que nos hacían pasar!

—Bueno, acepto comer contigo encantada, pero pagamos a medias.

—No. He dicho que invito yo — mi rotundidad la ha convencido

—. Me cuenta lo que ha estado haciendo sin indagar sobre cómo he pasado la mañana. Mejor así. No sabría qué contestarle.

—¿No quieres tomar otro vermut, o algo más para picar? —, me dice cuando observa mi copa vacía.

—Prefiero comer con apetito. Ayer no hice ninguna comida seria en todo el día.

—De acuerdo, pues andando — le hace una seña al camarero. Cuando se acerca le pido la cuenta, pero él asegura que Ángeles se me ha adelantado—. ¿Nos vamos?

—Por mi ahora mismo. ¿A dónde? Recuerda que quiero disfrutar de una buena comida.

—Vale, en la plazoleta que está cerca de la salida del hospital hay varios restaurantes donde se come muy bien y no necesitamos coger un taxi.

Al salir del hotel, nos encaminamos a la calle que nos lleva hasta la plazoleta que había mencionado. Me sorprendió lo cerca que parecía estar utilizando aquella calle. Yo había andado bastante más y dado algunas vueltas para llegar a la parte donde se encuentra la cafetería. Puro desconocimiento del terreno.

Unos cuantos restaurantes mostraban sus rótulos sugiriendo distintas especialidades, alguno de la tierra, Ángeles eligió uno, que seguro no fue al azar. Los Porrones. Nos atendieron con rapidez y probamos algunas de sus especialidades. Pulpo a la brasa con patatas violet, langostinos de Vinarós, y un chuletón a la brasa con pimientos verdes fritos. De postre Torrija caramelizada con helado de canela ¡Delicioso! Comí con gran apetito, compensando lo poco que el día anterior había llevado a mi estómago. Hoy estaba más tranquila, incluso animada. Tenía una misión que podía llevarme unos cuantos días realizar, pero estaba confiada en que al final encontraría las pistas que necesitaba para desentrañar el misterioso accidente de Mauricio.

Nuestra conversación giró en torno a la comida. No a la comida que estábamos engullendo, si no a la comida en general y a las exquisiteces que conocíamos en particular. Los lugares donde se comía mejor y qué era lo que más nos había gustado de cuánto habíamos probado en nuestra vida. Parecía un concurso gastronómico. Siempre me ha resultado curiosa la tendencia que tenemos los españoles a

hablar de otras comidas mientras comemos. Detesto hacerlo y sin embargo allí estábamos las dos como si fuera lo que más nos preocupaba en la vida. Cuando sorprendí a Ángeles diciendo que pensaba ir a Alicante al día siguiente, lo primero que me dijo fue que no dejara de comer una paella con bogavante en La Dársena, en el restaurante del mismo nombre, "La Darsena", recalcó, y a cenar te vas al "Nou´manolin". De pronto, como si hubiera estado en las nubes y volviera a tierra, me mira, abre mucho sus ojos y me suelta:

—Adriana, ¿Has dicho que vas mañana a Alicante? ¿Sabes que yo también voy?

—Claro que lo sé —digo entre risas—, por eso te estaba buscando. Ayer me lo dijiste y esta mañana he sabido que yo también tenía que hacer ese viaje. ¿A qué hora piensas salir? Yo pensaba utilizar el AVE, no por que tenga prisa, es que me encanta.

—Pues podríamos sacar los billetes juntos. Incluso en lugar de volverte a Madrid te podrías animar a venir conmigo a Orán. Sería una buena ocasión para que conocieras un poco de África.

—Si no tuviera varias cosas que hacer con urgencia en Alicante pensaría en tu oferta, te lo aseguro, pero no sé el tiempo que voy a necesitar, ni a dónde me van a llevar. Lo que sí te digo es que contigo iría encantada. Eres una excelente compañía. No sabes como agradezco estos ratos tan relajados. Y ahora ¿vuelves al hotel a tu siesta o te quedas por aquí?

—No, vuelvo al hotel, cuando empiece mi jornada laboral voy a poder disfrutar de pocas siestas así que aprovecho ahora. Mañana tengo mucho papeleo, me renuevan contrato y voy a tratar de que mejoren mis condiciones. A este paso no voy a acabar mi carrera hasta que me toque jubilarme, necesito cobrar más y disponer de más tiempo para estudiar. Ya sé que las dos cosas no van a poder ser, pero a ver si consigo al menos una de ellas.

Mientras caminábamos de vuelta al hotel decidí preguntarle por su extemporánea salida de la tarde anterior.

—Por cierto Ángeles, me gustaría hacerte una pregunta. Ayer me dio la sensación de que huías de mi o que te había molestado algo de lo que te había preguntado. ¿Fue así?

—Veras, salió la conversación de mi carrera y eso me lleva a recuerdos muy duros, tendré ocasión de contarte en el viaje del AVE, ahora es mejor que no estropeemos esta comida con cosas tristes. Te

prometo que te lo contaré.

Y con ese propósito nos despedimos al llegar al hotel, después de haber quedado para el día siguiente. Ella se iba a ocupar de sacar los billetes del tren para las dos. Nos veríamos por la mañana en el hall del hotel, media hora antes de la salida del tren de las diez que nos llevaría a Alicante, donde yo pretendía encontrar el descapotable de Mauricio.

Alicante 7 de junio de 2019

—Disculpe, estoy buscando un vehículo que dejó mi novio hace unos meses. Se trata de un Mercedes descapotable, un SLK…

Lo he intentado desde que llegué, en garajes, en talleres… Empecé por los que tenían Mercedes a la venta o de alquiler. También en aparcamientos. Siempre en las proximidades del lugar donde se había alquilado el coche que Mauricio conducía cuando tuvo el accidente. Fui ampliando el radio de acción, pero estaba agotada de tanto preguntar y buscar, sin obtener ningún resultado. Menos mal que, en previsión de lo que tendría que andar, me había puesto unos vaqueros cortos fresquitos y unas zapatillas deportivas tremendamente cómodas. Aun así, estoy dispuesta a seguir con este intento, cueste lo que cueste.

Algo, sería más exacto decir alguien, llama mi atención. ¿Dónde he visto esa cara? No se trata de su atractivo; lo poco que se aprecia de su cara, ya que lleva barba y bigote, es más bien vulgar. Al intentar mirarlo de forma más directa, tengo la certeza de que él ha vuelto su rostro hacia otro lado como tratando de disimular que me está observando. Eso me hace dudar. Tal vez solo la curiosidad lo mueve a mirarme, pero eso, unido a que su cara no me resulta desconocida, me anima a acercarme y pedirle un cigarrillo y fuego, a pesar de que hace ya algún tiempo que no fumo.

Una vez encendido el cigarrillo le pregunto después de soltar el humo.

—¿Nos conocemos?

—No lo creo —ha sido su respuesta, pero a mí me ha sonado muy poco convincente.

—Perdone. Me había parecido que también usted me miraba como si intentase recordar de qué me conoce.

—Lo siento. No la estaba mirando, al menos, no deliberadamente. Mi nombre es César, por si eso le dice algo. —Me tiende la mano, que yo presiono ligeramente con la que tengo libre.

—El mío Adriana. Gracias por el cigarrillo.

Doy media vuelta, cruzo la amplia avenida para dirigirme a la

cafetería que tengo enfrente. Está casi desierta. Elijo una mesa frente a los cristales, como siempre que tengo ocasión. Ya es hora de comer, pero no tengo apetito. Pido un café con leche, el tercero del día, y observo mientras espero a que me lo sirvan. Al mismo tiempo que el camarero pone en la mesa lo que le he pedido, descubro desde la ventana que el desconocido también está cruzando la avenida en la misma dirección que yo lo he hecho; es la persona que me ha proporcionado el cigarrillo, del que por cierto me he desprendido en cuanto he cruzado la puerta de la cafetería.

—¿Desea otro cigarrillo? —le oigo preguntar.

—No, gracias, en realidad había dejado de fumar, pero ya sabe cómo va esto del tabaco.

—Lo sé, sí, y también sé que usted no fuma, al menos desde que llegó… buscando el coche de Mauricio.

La frase me deja desconcertada. O sea, que sí me conocía y había estado disimulando.

—No comprendo —le digo dejando ver mi enfado—. Me acaba de decir que no me conoce y ahora me demuestra que sí. ¿Me está usted siguiendo?

—Le dije la verdad. Para ser exactos, lo cierto es que sabía quién era usted, aunque no la conocía. Ahora ya la conozco.

Mi perplejidad aumenta.

—Mire —continúa—, yo ya no puedo pasar desapercibido para usted, así que será mejor que me presente como el inspector de policía que soy. Acabo de consultarlo con mi superior y me ha dicho que ya no tiene objeto seguirla con disimulo. Estoy cumpliendo la misión de protegerla. Creo que se está poniendo en peligro con ese empeño de buscar el coche de su prometido.

—Pero, no entiendo nada... ¿Por qué cree que estoy en peligro? ¿Y cómo sabe que busco el coche de mi prometido? Yo solo pregunto por un Mercedes descapotable.

La respuesta que recibo me deja pasmada. Yo quería descubrir qué había ocurrido antes del accidente. Que llevase un carné falsificado y un coche que no era el suyo, mientras su Mercedes había desaparecido, espoleaba mi curiosidad y el propietario no podía satisfacerla. Pero no se me había ocurrido nada parecido a lo que

escucho de labios del inspector de policía.

—Mire, para quien no sepa nada, esa es una petición inocente —dice, empleando un grave tono de persona extremadamente paciente, y haciéndome sentir como alguien incapaz de comprender lo más elemental, vamos, completamente tonta—, pero para quienes están escondiendo un Mercedes descapotable que les incrimina, la pregunta no es baladí: se está poniendo usted en peligro y está obstruyendo nuestra labor. Somos varios los que buscamos ese coche, no ha podido desaparecer como por ensalmo, y el que no aparezca añade más sospechas a lo que ya nos resultaba bastante sospechoso. Sabemos con total seguridad que su prometido llegó cerca de donde nos encontramos, en algún lugar debió de dejar el coche: en algún taller mecánico de reparación o en un garaje, privado o público, donde usted está buscando; nosotros ya lo hemos estado investigando por todos los sitios más y menos lógicos, pero con idéntico resultado: ninguno. Puede que alguien lo haya robado, pero también pensamos que ese coche no es un simple coche robado, ya que la persona que se lo quedó en aquel momento se tomó demasiadas molestias para asegurarse de no dejar ningún rastro. Algo nefasto y muy importante tuvo que ocurrir con anterioridad. Es por eso por lo que queremos conocer el secreto que esconde este «extraño accidente». Así que será mejor que salga de este círculo peligroso cuanto antes. Y deje de hacer preguntas.

—No creen que fuera un accidente, ¿verdad? ¿Me está diciendo que querían matarlo? Pero ¿por qué?

—Yo no he dicho nada de eso.

No puedo creer la dimensión que este asunto está adquiriendo. La necesidad de pensar en Mauricio en otros términos y con otras características retorna a mi imaginación. Pero, ¿quién era en realidad mi novio? ¿Qué había hecho para que alguien montara todo ese lío y querer matarlo tres días antes de nuestra boda? — No digo lo que estoy pensando, mi reacción va por otro camino menos tortuoso.

—No estoy muy segura de lo que me está diciendo. ¿Insinúa que lo mataron para quedarse con el coche? Pero si pretendían venderlo, ya lo habrán hecho ¿no? Por qué iban a esperar tanto tiempo —dije convencida de que era mucho más lista o por lo menos más racional que la policía. Pero el inspector no se inmuta por lo que de censurable entrañan estas palabras.

—Tiene mucha razón —responde sesgando la boca con una medio

sonrisa ladeada, que le da un aspecto de payaso, a lo Jack Nicholson en el papel de Joker—. Tenemos el número de bastidor y vigilamos en distintos puertos esperando un cargamento con coches robados y, entre ellos, un coche como el que usted está buscando. ¿Se da cuenta de por qué no puede seguir preguntando? —me mira dando a entender no solo que esa era toda la información que está dispuesto a contarme; también hay en su tono guasón y, en su sonrisa torcida, una especie de advertencia para chicas «demasiado listas».

—Seguramente alguien se lo ha quedado —añade— y tiene intención de embarcarlo desde cualquier puerto de la Comunidad Valenciana para llevarlo a Marruecos, Argel o cualquier otra parte de África y venderlo. Es lo que suelen hacer con los coches que roban por estas comunidades, los pintan de otro color y con una matrícula falsa, eso no lo puede hacer cualquiera, solo los profesionales, y lo hacen cuando calculan que ya no existe peligro, que ya nadie se acuerda de que existió un coche, etcétera . Tenemos que localizarlo antes de que lo embarquen. Una vez en destino todo se complica por nuestra falta de jurisdicción. Tenemos motivos para creer que eso ocurrirá mañana. Lo embarcarán rumbo a Orán. ¡Vaya!, creo que ya he hablado demasiado, el inspector jefe se puede enfadar conmigo. Confío en que sea discreta.

—¡Pero si ustedes no sabían ni qué coche tenía hasta que yo se lo dije al inspector hace tres días! —de nuevo hablaba la chica lista.

—No se crea todo lo que oye, sus datos nos confirmaron nuestras sospechas, pero no ha cambiado en nada nuestro *modus operandi* , este asunto es muy complejo y usted no tiene ni idea de dónde se está metiendo.

Trato de disculparme esperando que comprenda, incluso que me permita colaborar en la búsqueda de pistas para saber qué había sucedido con la persona que en esos momentos ya debía haber sido mi marido. En estos momentos pienso que tal vez ni siquiera conozco la verdadera identidad de Mauricio. Hay más misterio que el que yo había sospechado al comenzar mis pesquisas.

No tengo que explicarle gran cosa, al parecer, el inspector César estaba al corriente de todo lo que yo misma le había contado al inspector Óscar. Sin duda se refería a él cuando dijo que había hablado con su superior.

Al terminar mi café con leche me despido del inspector con la intención de no volver a verlo más o, al menos, en mucho tiempo.

¡Oran! Van a embarcar el coche a Orán. También Ángeles va a Oran.

Vuelvo camino del hotel tratando de aclarar mis ideas y decidir adónde dirigirme y qué hacer. ¿Qué hago aquí si no intento localizar el coche de Mauricio? Esa era la idea primigenia, pero, según el inspector, no es una buena idea. Y ¿qué otra cosa puedo hacer para arrojar luz a esta absurda e inquietante situación? ¿Cómo es posible que para Mauricio carezcan de importancia estos datos?

Mis perspectivas han cambiado. Estaba segura de poder encontrar un coche que debe de llevar cerca de tres meses estacionado en algún sitio. Confiaba que dentro estuviera la maleta con las ropas que faltaban del perchero y que no llevaba puesta cuando tuvo el accidente. También documentos y algo que ofreciese una pista de lo ocurrido. Pero si como ha dicho el inspector valenciano lo trasladan a Orán después de pintarlo y cambiarle la matrícula, no tiene sentido que espere encontrar una maleta con su ropa. Tal vez… la documentación. Sí, eso tal vez pueda ser.

¡Pero en Orán!

Siempre me gustó el mar y el hecho de vivir en Madrid lo hace todavía más atractivo. Después del jarro de agua helada que me ha lanzado el inspector, voy sin rumbo durante unos minutos, pero advierto que el camino que estoy tomando conduce al Paseo de Las Palmeras. Al lado de mi hotel, situado entre La Dársena y la playa del Postiguet. Este paseo es una preciosidad, aunque apenas puedo mirar el suelo, me produce mareo el dibujo de sus baldosas. Sin embargo ver la interminable fila de palmeras tan verdes, tan altas, me resulta relajante; la dársena… con sus barcos y el mar…

No puedo retirar la vista de esa gran masa azul que se pierde en el infinito; de ese oleaje, de ese ir y venir cansino, sin más propósito que agrandar y recortar la zona arenosa donde la gente extiende la toalla y clava la sombrilla. Seguro que no lo hacían por fastidiar; nunca se ha dicho que las olas tengan voluntad propia, más bien obedecen a la luna. Será cosa de ella, de todos es sabido que la luna es muy variable y caprichosa.

Pienso en lo fácil que sería subir a mi habitación, dado que el hotel en el que me hospedo se encuentra magníficamente ubicado junto a la playa, para ponerme un traje de baño y zambullirme entre esas olas tornadizas; pero no voy más allá. Estoy segura de que si subo, en lugar de un traje de baño me pondría un pijama y ya no me

movería de la habitación. No se debe estar mal. También me da pereza tomar otra decisión cualquiera. Visto en la distancia, seguro que esto parece una depresión. ¡Sí, creo que estoy deprimida! Pensaba que había sido una idea genial que a nadie se le había ocurrido. La escasa energía que me quedaba tras tantas emociones contradictorias se ha ido al traste en la conversación con el poco simpático inspector. Claro que no hay nada que te anime a pensar que los inspectores se parezcan a los humoristas. Pero ver cómo me estrello contra todos mis propósitos, contra el inspector, contra la lógica, contra la persona que trato de… ¿recuperar? ¿Qué pretendo hacer con esa persona?

Suena mi móvil. Mi madre otra vez. Me ha llamado cuando estaba en el AVE. No lo he cogido porque a parte de la mala cobertura que suele haber en el recorrido del tren, no quería darle explicaciones de lo que estaba pasando. Dejo que suene, al fin se calla. Normalmente, si no ocurre nada novedoso nos llamamos un día a la semana. Pero creo que esta semana no la he llamado todavía. Suena de nuevo. Será mejor que conteste.

—¡Mamá! Hola, como estáis. Sí, bien mamá, con mucho trabajo. Ya han empezado a tomar el sol y eso incrementa las visitas. No mamá, no puedo entretenerme, si no hay nada urgente que me quieras contar ya hablaremos en otro momento. No mamá, no me pasa nada, solo estoy un poco cansada. De acuerdo, te llamaré. Besos para los dos.

Trato de sobreponerme y con mucho, mucho esfuerzo, obtengo un mínimo resultado, decido ser, o actuar, simplemente como una turista normal, así que, tras un baño imaginario contemplando y acompañando el ir y venir de las olas, casi abducida por ellas, consigo ponerme en movimiento y caminar por la Dársena primero y por el paseo de las Palmeras después, eso sí, sin perder de vista el mar. Por ello, caminando, caminando, abandono el paseo y llego hasta el puerto. Miro mi reloj, es muy tarde, pero advierto que tampoco tengo apetito.

Soy consciente de dónde me encuentro. Recuerdo otra vez lo que he hablado con Ángeles. La simpática prima de Blanca Marín, a la que no reconocí hasta que ella me recordó aquel curso. Esta mañana hemos compartido un taxi y viajado juntas en el AVE. Me ha venido de perlas hacer el viaje en su compañía. Ayer quedó pendiente una conversación, pero ella no ha dicho nada y yo he preferido no recordárselo, por si aún no estaba preparada para contarme lo que sea que tanto le cuesta hacer. Nos hemos despedido intercambiando teléfonos, dice que piensa visitarme en Madrid. Sale mañana en el

ferry que va precisamente a Orán. Se asombró cuando le dije que no había viajado nunca por mar y que siempre he deseado visitar algún lugar de África. Me animó con mucho entusiasmo a que tomara el ferry en el que ella viaja y trabaja. No lo tuve en cuenta en ese momento porque mi finalidad al venir aquí era otra, estaba dispuesta a visitar todos los lugares donde cabía la posibilidad de encontrar el Mercedes. ¡Ya!, una locura. Pero después de hablar con el inspector… ¡Oran! Me resuena en los oídos.

La verdad es que no es mi estilo liarme a charlar con la primera persona simpática que encuentro. Pero en esta ocasión y dadas las circunstancias, es gratificante para mí el poder conversar con alguien, sin que nuestra conversación esté mediatizada por mi historia con Mauricio. Es que hasta cuando tratan de ayudarme me siento fatal; me ocurre con Miguel Urquiza, el compañero y mejor amigo de Mauricio. Tengo que reconocerle que ha tratado de apoyarme de forma muy especial y, entre sus muchas atenciones y cuidados, me ha invitado infinidad de veces a comer o a cenar. Como no me apetece ir a ningún sitio público —lloro con demasiada facilidad, cualquier cosa abre la espita y corre riesgo de inundación—, me invita a su casa, igual que cuando estaba Mauricio. Las poquísimas veces que he aceptado por no desairarlo siempre, su mujer, Luisa Sastre, me trata con tanta deferencia que me hace pensar que ha confundido mi abandono y soledad con una enfermedad terminal, pero yo no soy capaz de enmendar su error. Es muy discreta, no trae a colación el tema de mi abandono. Pero su condescendencia, su cara de pena, no me permite olvidar que me han invitado para consolarme.

También Luis Vidal me invita a su casa, pero no me siento tan obligada a aceptar, ya que él vive con su madre y, cuando nos juntábamos, teníamos costumbre de comer con él y su pareja de turno en algún restaurante, para no molestarla, porque siempre está muy delicada de salud. En cuanto a Luis, me mira siempre con tal cara de pena que trato de no encontrarme con él ni en el trabajo. Enrique Álvarez…

¿Enrique Álvarez? Ahora me doy cuenta. Enrique ha debido de cogerse unas largas vacaciones. Incluso es posible que me hayan contado que ya se ha ido a Australia como ha dicho alguna vez que deseaba hacer, y yo ni me haya enterado. He vivido, bueno, y todavía vivo, tan obsesionada que me he perdido datos importantes de la vida de mis amigos. Pero seguro que de haber estado en Madrid se hubiera comportado conmigo como el resto de sus compañeros.

No es cuestión de enumerar a los compañeros de trabajo; todos

ellos, en general, y en especial los que forman parte de su equipo, son un gran apoyo, y sería una desagradecida si criticara la ayuda que pretenden darme, pero lo cierto es que estar con cualquiera de ellos refuerza la idea de abandono y desolación que me acompaña. Siento que han pasado de mostrarme su devoción a darles pena. Seguramente por eso me siento tan bien con Ángeles, que me habla con total normalidad, incluso con entusiasmo por cualquier cosa.

Pero ahora ¿qué hago?, ¿vuelvo a Madrid? Y si le hago caso…, es una tontería, pero…

Resultaba evidente que el inspector César no tenía ningún interés en mi colaboración. Solo insistió en la idea de que volviera a casa, o a cualquier lado, pero fuera de su vista. ¡Vaya forma de anularme! Sin embargo habló de que habían recibido un soplo. Mañana embarcarán el coche de Mauricio a Oran. ¿Y si yo pudiera dar con él? ¿Qué haría?

Sigo caminando y dejando paso a esa idea… Es una tontería, pero… Llego a uno de los amplios espigones portuarios: la terminal TMS. Me llama la atención el cartel que anuncia la salida de un ferry desde Alicante a Argel y Orán. Ángela, mi compañera de AVE, dijo que trabajaba de azafata en los transbordadores; alternaba Valencia y Alicante.

Mañana salía para Orán. ¿Y si… le hiciese caso y me embarcase en una excursión… a Orán?, me digo con el ánimo de aceptar mi propia propuesta. Siempre he deseado ver África. Si no puedo investigar por mi cuenta, nada puede impedir que haga una excursión. Tal vez pueda enterarme de cómo funciona esto de los coches robados. Eso es una tontería, pero, aunque no me entere de nada, habré pasado unas horas en África. Tal vez hasta consiga olvidarme de Mauricio y del lío que tiene organizado.

No es así. Yo soy la que está hecha un lío. Lo curioso es que él se encuentra tan tranquilo. Él no tiene problemas. Se ha vuelto egoísta y en su burbuja se siente a resguardado de cualquier complicación que le pudiera ocasionar la investigación sobre las cosas extrañas que le rodean.

Estoy convencida de que, a pesar de lo que me contó el antipático inspector, no puedo tener tanta suerte como para coincidir con el coche de mi ex. Pero a estas alturas ya todo me da igual. Si el viaje sirve para no volver todavía a casa, o para palpar escenarios con los que, en alguna ocasión había planeado románticos viajes, antes de conocer a Mauricio, será suficiente. Necesito pensar… o, todo lo

contrario, olvidar.

¿Qué puedo perder? Tiempo me sobra, dinero tengo suficiente; al fin y al cabo, no he gastado nada en mi viaje de novios. Aunque sí tuve que hacerme cargo de la anulación del viaje. De los gastos del restaurante se hizo cargo mi padre. él había pedido a todos los asistentes que nos acompañaran en la comida, no solo a sus invitados, y a pesar de que no hubo boda, todos aceptaron ir a comer.

Es hora de hacer un viaje… aunque sea sin novio. Qué crueldad para conmigo misma bromear con algo que me ha ocasionado tanto sufrimiento. Que me lo sigue ocasionando.

Me acerco a la taquilla. No hay nadie esperando. Es natural, hoy día todo el mundo utiliza las agencias de viaje o directamente internet para todo, pero a mí me va muy bien este paseo y comprobar desde dónde va a salir el ferry.

A pesar de mi apatía, de mi falta de ánimo, tengo el suficiente como para sacar un billete. No me doy ninguna tregua, embarcaré al día siguiente. Desconocía que esa travesía, que duraba entre diez y doce horas, podía hacerla en camarote. ¡Pues en camarote!, contesto muy convencida al escuchar la oferta. Pienso, no sin esfuerzo, que parece una opción más cómoda.

Una vez en mi habitación del hotel, y tras una cena en la barra del Nou Manolín —realmente más abundante de lo que preveía antes de entrar en el restaurante, todo estaba buenísimo—, reviso la información que me han proporcionado junto con el billete. Me daba un poco igual, puesto que no tenía que llegar a ninguna hora concreta, puesto que en realidad no iba a ningún sitio, puesto que solo pretendía parecerme a las olas, disfrutaría de la larga travesía. Eso me daría tiempo para pensar qué iba a hacer con mi vida. Mis posibilidades iban desde la simple conversación con mi ex, contándole todo para que fuese él quien tomara la decisión correspondiente, hasta olvidarlo y tratar de encontrar un nuevo amor más seguro, con menos riesgo de que anduviese perdiendo por ahí hasta la memoria. Entre uno y otro punto había una distancia mayor de la que trataba de recorrer por mar, realmente sin ningún propósito claro, un poco como las olas: por ir y venir.

Adriana no es consciente en ningún momento de que sus movimientos están siendo seguidos, con mucha atención, desde que esta mañana salió del hotel de Valencia. Alguien estuvo sentado en el tren lo suficientemente cerca como para escuchar la conversación que tenía con Ángeles. Recogió datos, sugerencias, la invitación a visitar Orán. Los móviles son los transmisores de estos movimientos. El receptor, además de recibir información, da órdenes que se cumplirán con exactitud. Ha sonado la alarma. Alguien no desea que Adriana vuelva junto a Mauricio. Será mejor que no regrese a su lado. Tampoco quiere que permanezca en Alicante. No teme que ella encuentre el coche. Lo que teme es que quien ha intervenido activamente en el accidente se vaya de la lengua.

Es preciso alejarla. Que no haga preguntas incómodas. Orán servirá, está suficientemente lejos. ¿Y si en Orán encontrase otro amor que la alejara definitivamente de Mauricio? "Miel sobre hojuelas".

La conversación con el inspector influye en ella lo suficiente como para hacer que se plantee cambiar de estrategia. Ha deambulado por Alicante sin tomar una decisión. Al fin se acerca al puerto y compra un billete. La persona que la ha estado siguiendo hasta su hotel de Alicante no es la misma que la que le está siguiendo ahora y que llega hasta el puerto. La persona que la sigue ahora ha tropezado con ella deliberadamente, pero Adriana no es consciente, no lo mira, ni escucha las excusas pidiendo perdón por el tropiezo. Después, esa persona que la sigue, compra otro billete para el ferry que va mañana a Orán. Lo ha pedido al mismo sitio y de las mismas características que la anterior clienta, porque "le quiere dar una sorpresa" —eso le ha dicho a la señora de la ventanilla que está expidiendo los billetes, tras comprobar la documentación que aporta.

Es necesario darle tiempo a Mauricio y Belinda para que lleguen a contraer matrimonio, eso facilitará los propósitos del que mueve los hilos de estas marionetas. Una vez contraído el matrimonio, Adriana ya no será un problema. El problema será Mauricio, pero en los viajes de novios a veces pasan cosas…

Alicante - Orán 8 de julio de 2019

Con un short, una camiseta y una cazadora vaquera en la mano, estoy preparada para la travesía. No me ha importado madrugar un poco, y eso que no tener que levantarme temprano, como cuando voy al trabajo, siempre añade encanto a mis vacaciones. Claro que esto tampoco son unas vacaciones.

A pesar de que la mañana es menos sofocante que el día, hace mucho calor, así que, cuando entro en el recinto cerrado del ferry, siento el aire acondicionado como un alivio, pero el contraste es tan fuerte que recurro a la cazadora. Estoy acostumbrada al calor seco y aplastante de Madrid en verano, pero el de Alicante y Valencia me parece mucho más difícil de combatir; me siento en todo momento como si acabase de salir de la ducha y no me hubiera dado tiempo a secarme —pero sin el placer de la auténtica ducha—. De cualquier manera, mí energía y mi ánimo están en unas condiciones bastante aceptables, sobre todo si los comparo con los de la víspera.

Acompañada por un tripulante, compruebo que mi camarote, aunque no parece gran cosa, está bastante nuevo y limpio. Dudo entre tumbarme hasta que empiece a navegar o salir a fisgar un poco por el barco o ir directamente a la cafetería. Más adelante haré una visita a la bodega para ver la clase de coches que han embarcado. No. De verdad que no espero encontrar allí el coche de Mauricio, pero… ¿y si da la casualidad?

Creo que me estoy contradiciendo. O engañando. No sé.

Decido abandonar mi camarote para acercarme a la zona donde está instalado el bar, con ánimo de desayunar. He salido del hotel sin tomar nada, así que ahora tengo apetito. Pido un desayuno completo, con su zumito de naranja, sus tostaditas con mermelada y un café doble con leche.

No tarda en acercarse una camarera con la bandeja bien repleta —le han añadido un cruasán al abundante desayuno que yo había solicitado—. Apenas unos minutos después es Ángeles la que se acerca, mostrando su alegría por mi decisión de última hora. Me confirma en la idea de su simpatía y amabilidad. Cuando me saludó en el hotel con aquella amplia sonrisa ya tenía ganado algún punto a su favor. Y ha seguido ganando puntos. Creo que se llevará el premio completo. Estoy segura de que es verdad que se ha alegrado al verme

de nuevo, además, en *su terreno.*

Más bien delgada, de pelo castaño, estatura media tirando a alta, con una sonrisa que parece tatuada en su rostro, muestra unos dientes graciosamente irregulares. En sus constantes movimientos al ir de un cliente a otro, se aprecia que es una persona muy activa, «con mucho brío», como hubiera dicho mi madre. Lleva un gracioso uniforme, una especie de blusón por encima de la rodilla con un ancho cinturón y bordada en un bolsillo, sobre el pecho, la sigla de la compañía. Es lo único que lo diferencia de un informal vestido de calle.

—¡Pero tú aquí! ¿No me dijiste que te resultaba imposible dejar Alicante? ¿Qué te ha pasado?

—Pues todo ha ido mal y no he podido hacer casi nada de lo que pretendía —le explico con el menor número de datos posible.

Mientras vigila a las camareras y atiende al resto de los clientes que la necesitan, saca tiempo para hablar conmigo y hacerme todo tipo de comentarios, explicarme costumbres , recomendarme lugares que visitar o algunos restaurantes, también el tipo de compras que merece o no merece la pena hacer en aquel destino. Incluso me habla de Marruecos, adonde también me anima a pasar —está claro que ha detectado mi absoluta desorientación—. Orán está muy cerca de la frontera — me dice—. Ese era uno de los destinos de nuestro viaje de novios, pero hoy no desecho del todo la idea de visitar Marruecos. Acabo diciendo que lo pensaré.

Cuando iniciamos la travesía pocas personas parecían viajar solas. Había algunos grupos muy animados en torno a unas mesas, parejas que en silencio gritaban su recién estrenado amor. Otras parejas, más tranquilas, tal vez ya expertas en la vida amorosa, eran también como las olas de la playa que ya estaban de vuelta y empezando a dejar más espacio a nuevos bañistas.

Tengo muchas horas por delante para observar el comportamiento de todos ellos y tal vez para integrarme en uno de los grupos alegres y despreocupados que ríen con facilidad las *gracias* de los demás.

Al terminar mi abundante desayuno, Ángela y yo parecíamos amigas de toda la vida. Le pregunto si prefiere que la llame Geles como en la Universidad, o Ángela como hasta ahora. Dice que a pesar de llamarse María de los Ángeles, no recuerda que nadie en su tierra la hubiera llamado así nunca. En su pueblo la conocen como

Angelines, las compañeras de la carrera como Geles a ella le gustaba más Ángeles. Por eso, y a menos que fuera para algo oficial, prefiere que la llamen así. Bueno, todavía no he contado que ella no pronuncia las eses. Como broma empecé a llamarla Ángele.

He querido conocer su horario de trabajo, por si puede hacerme compañía en la comida o la cena. Pero me explica, que descansa justo después de que sirvan y recojan la comida y vuelve a trabajar para dar la cena.

—¡Qué pena! —afirmo—, te hubiera invitado muy a gusto a comer o a cenar conmigo.

—¿Dónde vas a dormir? —me pregunta derivando el tema—. Es que yo paso un día entero en tierra y al día siguiente vuelvo en otro ferry; entonces, si no estamos a mucha distancia, podría acompañarte, aunque solo por la mañana, durante la tarde tengo obligaciones.

—Pues, sinceramente —respondo—, no se me ha ocurrido reservar habitación en ningún hotel.

Veo como arquea las cejas reflejando sorpresa, más bien incredulidad.

—¿Hablas en serio?

La miro, mientras me encojo de hombros.

—Pues sí. La verdad es que, al coger el billete, ni siquiera pedí el de vuelta porque no sabía qué iba a hacer, si quedarme en destino un par de días o volver a Alicante.

—Perdóname, pero es un poco raro, ¿no? Venir a Argelia sin reservar habitación… Creo que lo primero que hubieras debido hacer es encontrar hotel con una habitación adecuada, ahora no te va a resultar fácil, es temporada alta y Orán no está sobrada de hoteles. Tampoco son baratos…

—Me estás asustando. Voy a mirar en mi móvil a ver si consigo una habitación.

—Me llama un cliente —dice—, vete haciendo la gestión, en cuanto lo atienda vuelvo por si necesitas consejo.

Contra todo pronóstico, no me resulta difícil encontrar alojamiento. En el primer hotel que me muestra la aplicación que

estoy utilizando se ve un hotel frente al mar. Tiene instalaciones de todo tipo, amplias habitaciones incluso con vistas a la playa, elijo sin pensarlo más, el precio es más que aceptable, teniendo en cuenta las fechas y la improvisación. Cuando vuelve Ángeles ya tengo hecha la reserva, en principio por tres noches.

—Ya está solucionado —anuncio riendo—. Le Meridien Oran Hotel, con vistas al mar. ¿Qué te parece?

—Que eres una tía con mucha suerte —me resulta gracioso el comentario teniendo en cuenta mi situación.

—Y de su ubicación, ¿qué me dices?

—Bueno, no está muy cerca de mi alojamiento, pero tampoco está mal. Podremos desayunar juntas si nos ponemos de acuerdo en la hora. Te acompañaré, máximo hasta las tres, no puedo quedarme a comer. Tengo comprometida esa comida y me es imposible eludirla.

—Estupendo, cuento contigo.

Un grupo reclama su atención, ella se disculpa conmigo y acude a atenderlos. Yo decido dar una vuelta por cubierta.

Salgo a la amplia terraza que rodea el barco con ánimo de bajar hasta la bodega donde viajan los coches. A pesar de la simpática charla, no me había olvidado ni un momento de mi no-propósito… Era solo curiosidad, por si acaso.

Para que no sea muy manifiesta mi intención, doy un paseo por cubierta, sin perder de vista el mar, cuyo aspecto, desde donde me encuentro, es completamente distinto al que había observado en la playa.

Ya sé que eso es evidente para cualquiera, pero me impresiona sentir que estoy ahí en medio de ese inmenso mar sin ninguna orilla, playa o acantilado a la vista. Su límite solo es la línea del horizonte, allí donde se unen hasta confundirse, lo mire por donde lo mire, y a merced de esas olas antojadizas y tarambanas por culpa de la caprichosa luna.

Desde la cubierta no es tan evidente esa sensación de ir y tornar que daban las olas. Seguro que estas también iban y venían, pero más bien parecían estar allí fijas, sin ningún destino, con ligeros

movimientos ondulatorios, tan solo para intentar balancear el barco mientras rugen sin demasiada fiereza, únicamente golpeando el barco en una especie de saludo continuo que produce una melodía con ritmo de vals, «el vals de las olas», mientras tratan de mecer el barco al mismo compás, la verdad, sin ningún éxito. El ferry, hasta este momento ha mostrado su férrea estabilidad.

La espumosa estela que deja el barco, como queriendo indicar el camino que deberá recorrer para poder volver, me recuerda al cuento de Garbancito, que iba echando miguitas para no perderse y de regreso no las encontraba, porque se las habían comido los pájaros. Aquí no hay pájaros que se puedan comer la estela, pero, igualmente, la espuma que va abandonando el barco, como rastro indicativo de su camino de ida, va desapareciendo después muy lentamente. El barco, como las olas, también se dedicaba a ir y volver, pero no podría regresar guiándose de las espumosas marcas paralelas que dejaba, rompiendo la armonía de las olas en sus idas y venidas. El propio mar se estaba encargando de reparar la distorsión ocasionada, recuperando su intrépido vaivén natural e incesante.

En mi afán por disimular mis propósitos, paso de largo las escaleras que conducen a la planta baja y de ahí a la bodega. Pienso de pronto que es otra tontería. ¿A quién le van a preocupar mis andanzas por el barco? Pero siento que si estoy investigando tengo que comportarme como un investigador, y en las películas que yo he visto el investigador siempre disimula lo que pretende hacer… y aun así, la mayoría de las veces lo descubren. Claro que eso es cosa del gusto del guionista. Aquí no hay más guionista que yo.

La bodega es inmensa, parece un hormiguero gigante lleno de hormigas en estado cataléptico. Tendré paciencia, pero seguro que no me da tiempo a ver todos los vehículos antes de la comida.

No ha transcurrido un cuarto de hora cuando observo con emoción y sorpresa que más adelante hay un Mercedes SLK, da igual el color y la matrícula, ya sé —lo había dicho el inspector Óscar, que lo normal en esos casos era cambiarle el color—. Trato de abrir la puerta con éxito nulo. Me dispongo a buscar la tarjeta para llamar al comisario Óscar. Seguramente se enfadaría conmigo después de lo que me había dicho. Da igual, tengo que decírselo, pero mientras empiezo a marcar me parece que un poco más adelante hay otros dos iguales. Me acerco y compruebo que, en efecto, son idénticos. Decido seguir mirando por si algo me permite identificar al que estoy buscando. Parecen coches sin estrenar. Me asomo por el cristal de uno de ellos. Puedo apreciar que los dos asientos están cubiertos por unas fundas de

plástico transparente y con unas alfombrillas de cartón que denotan su virginidad, al parecer nadie ha osado poner sus zapatos sobre ellas. Decepcionada y todo, aún sigo buscando y vuelvo a encontrar dos más, uno de ellos muy sucio; el otro tiene el mismo aspecto que los no estrenados.

Intento abrir la puerta del que está sucio. ¡Qué cochambre! Imposible que aquello perteneciera al escrupuloso y ordenado Mauricio que yo conocía tan bien.

Creo que el resultado ha sido una bajada de mis expectativas, o tal vez de ánimo. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué espero encontrar… por casualidad? Deambulo distraída por la bodega hasta que la puerta de un coche, al abrirse de pronto, casi me derriba.

—Perdone, no la había visto. ¿Le he hecho daño?

La luz que entra del exterior es tenue en esa zona y no sabría decir el aspecto que tiene la persona que me habla, solo que es un hombre. Creo que él también está impactado, aunque, bien pensado, el golpe ha sido suave, pero lo he sufrido yo. Seguramente ha sido lo inesperado de la situación lo que nos ha ocasionado el susto. Yo tan metida en mi papel detectivesco, ver que se abría de golpe y porrazo —nunca mejor dicho— la puerta de uno de los coches, en un sitio tan tétrico y teniendo la idea de estar sola en la enorme bodega… Lo cierto es que la puerta en su recorrido final me ha dado en el brazo, y un poco en las narices, pero ya sin fuerza.

—No. No se preocupe, no ha sido nada. Venía de recoger unos documentos de mi coche y no era consciente de que hubiese nadie más. Solo ha sido un susto.

Esto es todo lo que se me ha ocurrido como excusa por estar donde no me correspondía haciendo de sabueso.

Un poco mareada, por el golpe, o por el susto, o la sorpresa, o por el vaivén imperceptible de las olas, subo a mi habitación. Espero a comer en el segundo turno, confiando en poder charlar tranquilamente con Ángeles al terminar su trabajo, pero apenas nos da tiempo de cambiar unos comentarios mientras tomamos un café. Ella solo dispone de un par de horas antes de empezar a preparar las mesas para las cenas y necesita descansar un poco. Yo hago lo mismo, me voy a mi camarote a descansar. Huele bien, como a limpio, pero no me tumbo en la cama sino en una hamaca frente al gran ventanal que abarca toda la pared, mientras contemplo de nuevo el mar.

Durante la cena, entre sus idas y venidas, quedo con Ángeles para la mañana siguiente, en mi hotel. No es cosa de esperar, al llegar a puerto, a que termine su trabajo. Tampoco ella desea tenerme esperando, prefiere cumplir con sus obligaciones sin la presión de acabar cuanto antes para que no se me haga larga la espera.

Llegamos a puerto justo al terminar de cenar. Salgo sin prisas a cubierta por encima de la zona donde los coches abandonan el barco. En el fondo creo que sigo esperando ver el coche de Mauricio, pero ni siquiera puedo apreciar los SLK que he visto claramente, a pesar de la poca luz que se filtraba en la bodega esta mañana; ahora era ya casi de noche y las luces del lugar, junto con las de los propios coches tratando de salir lo más rápidamente posible, dificultan más su localización. Pero qué más da, aquella no era una misión imposible, ni siquiera era una misión; si tenía que catalogarla de alguna manera, diría con rotundidad que solo era una estupidez.

Pero yo no soy estúpida, solo estoy actuando como si lo fuera.

Al fin desciendo a tierra. He avanzado tan solo unos metros cuando alguien muy cerca me pregunta:

—¿Qué ha pasado con su coche? ¿Ha tenido una avería? ¿Quiere que la lleve a alguna parte?

Yo sigo caminando sin pararme ni a mirarlo, no necesito hacerlo para saber de quién se trata. Su voz es más fácil de recordar que su rostro, seguramente estoy avergonzada pensando que me ha descubierto ¿Qué hacía yo en la bodega si no tenía coche?, ¿qué estaría pensando de mí, que era una ladronzuela que buscaba en los coches ajenos?, ¡qué vergüenza! ¿Y cómo me ha reconocido si apenas había luz y fue un momento?

—Si busca un taxi, seguramente ya no habrá ninguno. Ha salido usted muy tarde y será complicado encontrar uno —continúa hablando, acompasando el coche a mi caminar, que trata de ser rápido pero no lo suficiente para librarme de aquel desconocido insistente…

La voz parece de joven, pero no lo había mirado ni una vez, por lo que no puedo decir con seguridad que lo sea. Por fin me vuelvo hacia él, para darle las gracias y así evitar que siga insistiendo en hacerme un favor, ¡a saber con qué propósito! En la penumbra del interior de su vehículo aprecio que, en efecto, se trata de un rostro joven ¿30 años?, no parece desagradable, pero es solo una impresión,

porque tampoco tengo gran interés en descubrir su fisonomía. No creo que nos volvamos a encontrar.

—Gracias, es usted muy amable, pero no tengo por costumbre montarme en coches de desconocidos.

—Pero usted y yo no somos unos desconocidos —dice muy seguro, como si ya hubiéramos compartido plato y mantel.

—Lo siento, pero un portazo en la cara nunca me ha parecido una presentación fiable. No insista, por favor.

—Usted sabe que no fue a propósito.

—Sí, perdone, no he querido decir eso —me disculpo, para dar fin a la conversación, porque está claro que no ha sabido captar mi ironía.

—Créame que lamento la situación en que se va a encontrar al salir del puerto, pero no voy a insistir más, de todas formas, mi nombre es Rodolfo Jimeno y tal vez coincidamos en otra ocasión, entonces ya no seremos tan desconocidos.

El coche arrancó, pero aún tuve tiempo de escuchar a Rodolfo: ¡Aaah!, me alojo en el Meridien.

Orán 9 de julio de 2019

Ángeles se presenta en el hotel antes de la hora que habíamos acordado, incluso antes de que hubiera terminado de arreglarme. Me llama para advertirme de que ya está en la cafetería esperando y dispuesta a acompañarme. Me pongo rápidamente unos vaqueros con una camiseta blanca y unas deportivas del mismo color. Agarro mi mochila al salir de la habitación sin mirarme al espejo, algo nada habitual en mí.

Nos encontramos en la terraza del hotel donde se sirven los desayunos. El día es espléndido, sobre todo a esta hora de la mañana en la que el sol todavía no hace exhibición de su fuerza febril. Y nos saludamos como dos viejas amigas. Ángeles está muy guapa, lleva un conjunto de falda y camiseta blanco con ribetes azul marino que hace resaltar el moreno de su piel; su pelo castaño ahora con el sol parece más rubio. Me va informando, mientras desayunamos, de lo que podemos hacer en aquella ciudad de apenas 700 000 habitantes.

Podemos visitar una mezquita del siglo xvii y después el Museo Nacional de Ahmed Zabana.

—Si nos da tiempo te llevaré a un lugar desde donde podrás contemplar unas vistas que te impactarán. Yo te recomendaría que comieras en el puerto. Si te parece bien, yo te dejo acomodada en un restaurante que es mi preferido y ya nos despedimos hasta…, bueno, todo depende de lo que quieras hacer después y hasta cuándo te vayas a quedar, porque una vez en el puerto hay un centro comercial donde quizás te apetezca realizar alguna compra y después puedes visitar un barrio muy antiguo. Pero si te vas a quedar más días, puedes tomarlo con calma y callejear mañana por el barrio antiguo.

»Además, si te gustan los yacimientos arqueológicos y te quedas deberías visitar Annaba. Se han encontrado yacimientos que se remontan a la prehistoria. Se confirma que el *Homo erectus* vivió allí desde el Paleolítico superior. Fue fundada casi 1300 años antes de Cristo. Está en plena costa, pero en dirección noreste, es decir, en dirección contraria a Marruecos, que es lo que en principio te había recomendado.

—No soy una entendida ni mucho menos, pero me producen cierta fascinación los reportajes sobre yacimientos arqueológicos. Tal vez debería aprovechar la proximidad —respondo dubitativa.

—Bueno, no está demasiado cerca, no sé exactamente cuántos kilómetros, pero desde aquí mucho más cerca que desde Madrid —Su risa es contagiosa—, quiero decir que ya que estás aquí…creo que no te lo deberías perder.

—Se nota lo mucho que te gusta la arqueología. Parece que tus ojos brillan con más fuerza, o es la sonrisa lo que ilumina tu semblante, no sé, pero tus palabras salen llenas de entusiasmo.

—Es cierto. ¡Me entusiasma! Ya te conté que yo estudiaba arqueología en la Complutense. Han sido casi tres años —su semblante parece apagarse un poco—. Pero no la he terminado. —Entonces recuerdo que fue ese el tema que quedó pendiente.

—No quiero ser indiscreta, pero me gustaría entenderlo. ¿Qué te pasó? ¿Por qué lo dejaste? ¿Es esta la conversación que íbamos a tener en el tren?

—Pues sí, me cuesta contar que me vi obligada a dejarlo porque suponía una importante carga económica para mis padres —Parece que se esfuerza por seguir. Yo intento decirle que no es necesario que lo haga si eso le supone un esfuerzo; que en todo caso ya me lo contará cuando lo crea conveniente, si es que llega ese momento, pero ella decide continuar.

—Pero no es la parte económica lo que hace que huya del tema. Yo nací en Guareña, de allí son mis padres y allí tienen su hacienda. Solo tenía un hermano que era mayor que yo, Tomás. —no quise interrumpirla, pero hablar en pasado de un hermano no auguraba nada bueno— Le profesaba auténtica adoración. Él también la sentía por mi. Mi hermano Tom nunca quiso estudiar, le gustaba el campo y se sentía feliz haciendo cuanto le pedían mis padres, mientras que a mi me animaba a que estudiase. ¡Conocía muy bien mis aficiones y deseos! —lo dice con un suspiro que parece salirle de lo más profundo de su ser—. Cuando me veía triste porque me parecía muy difícil poder salir del pueblo, él me animaba a que no desistiera de mi entusiasmo. Decía que alguien en la familia tenía que romper con la tradición de los destripa terrones, y que él trabajaría por los dos. Solo me pedía que sacara siempre buenas notas. Las mejores, solía añadir.

» Hasta que llegó el momento de ir a la universidad, él procuraba que yo estuviera contenta en el pueblo y que no echara en falta la ciudad. Era de gran ayuda para mis padres en todos los sentidos. Aún así, dejarme ir a estudiar suponía un esfuerzo para ellos, que lo que necesitaban era más brazos para trabajar la tierra. Pero a mi esa vida

nunca me gustó.

» Sí que me gustaba como a ellos el contacto con la tierra y sobre todo removerla, pero de otra manera. Yo no quería plantar y esperar que pasara el tiempo mirando al cielo, confiando que aquellas plantas dieran su fruto y no se malograran durante la espera, cosa que solía ocurrir con alguna frecuencia. A mi lo que me gustaba era sacar de sus entrañas lo que ya tenía porque otra gente, que vivió muchos siglos antes que nosotros, lo había dejado allí. y el tiempo, o a veces ellos mismos, lo habían enterrado, y el paso de los siglos había contribuido a terminarlo de esconder. Quería saber qué habían dejado aquellos antepasados de nuestra tierra, y porqué. ¿Se habían visto obligados, o simplemente se trataba de tribus o civilizaciones que habían ido desapareciendo? Me maravillaba conocer las tumbas egipcias, y contrastarlas con las nuestras. Los Faraones se llevaban a sus tumbas todas sus riquezas para seguir viviendo con ellas toda la eternidad. En nuestras tierras, las distintas culturas de épocas coetáneas a aquellos faraones, han tratado de diversas maneras sus lugares de reposo eterno, y eso nos da casi siempre mucha información. Desde pequeñita me volvía loca buscando ese testimonio, o revelación en las excavaciones junto al Guadalquivir, leía cualquier libro que tratase de la cultura ibera o fenicia, pero saber quiénes eran los Tartessos fue mi máxima curiosidad; curiosidad que me ha acompañado hasta hoy mismo.

—Tal como lo cuentas suena apasionante. Te puedo asegurar que a mí me gusta mucho mi trabajo, pero sería incapaz de describirlo con tanta emoción.

» Mis padres y hermano, conscientes de mi gran pasión, acordaron sacrificarse un poco para que yo consiguiera mi propósito. Pero… mi hermano —vi rodar unas lágrimas por sus mejillas, le tomé una mano diciendo: déjalo, no sigas, pero ella, tras un manotazo limpiando sus lágrimas con la mano que tenía libre, continuó—. Murió de repente. Aparentemente estaba sano y era fuerte, pero una mañana se despertó con fiebre muy alta y ya no se levantó. Dijeron los médicos que se trataba de la enfermedad de Weil y que seguramente había sufrido otros periodos de fiebre, no tan fuertes, pero él en ningún momento se había quejado a nadie.

» Te puedes imaginar lo que supuso esa situación para nosotros. Mis padres perdieron a un hijo y yo a mi único hermano, mi amigo y confidente, mi apoyo. Me sentía culpable. Perdí el gusto por todo, incluidos los estudios. Ya no merecía la pena ese sacrificio que posiblemente había sido la causa de la muerte de mi hermano, por

tanto esfuerzo al querer suplir mi trabajo con el suyo. Caí en una fuerte depresión cuando mis padres más me necesitaban. Nuestro médico de cabecera insistía en que aquella enfermedad no tenía nada que ver con el trabajo, que perfectamente podía pasarle y de hecho ocurría, a personas que llevaban vidas relajadas.

» Cuando me recuperé traté de hacer con mis padres lo mismo que mi hermano hizo por mi. Suplir su cariño con el mío y ayudarles en el campo como él lo hacía. Un día mis padres me dijeron que solo tenían una hija y sabían que la vida del campo no me haría feliz. Que volviera a la universidad, que eso era lo que había querido mi hermano y lo que ellos deseaban para mi.

—Cómo lo siento Ángela, de verdad que lamento haberte hecho pasar tan mal rato recordando todo esto. Ahora entiendo por qué te fuiste del restaurante del hotel a toda prisa cuando tocamos este tema, Parecía que se había declarado un fuego y tenías que huir.

— Siempre que puedo me escapo de esta realidad que tanto me duele, pero una vez que empiezo… me sirve de desahogo. Solo resta decir, que en casa seguía haciendo falta otras manos o dinero. Yo no podía continuar en la universidad, tenía que ganarme la vida. Pero no renuncié a nada. Sigo aprendiendo por mi cuenta, y a veces, cuando he conseguido suficiente dinero, me tomo un descanso del trabajo y hago algunos cursillos. Mis padres no me aceptan ni un céntimo, solo cultivan una parte de la hacienda, la que pueden llevar ellos. Y como no tienen vicios ni van a ninguna parte, así que con lo que sacan entre los dos les sobra.

—Creo que tu hermano estará muy satisfecho de tu actitud. ¿Esperas poder terminar pronto tus estudios?

—Sí, el curso que viene podré examinarme del último cuatrimestre de tercero, y el siguiente podré hacer cuarto. Tengo todo muy fresco. Ya te he contado que cuando vuelvo a mi tierra, siempre dedico algún tiempo a excavar con los grupos que trabajan cerca de casa: El yacimiento tartésico del Turuñuelo de Guareña, la necrópolis también tartésica del Medellín. Visito siempre que puedo los lugares donde se encuentran tesoros de aquella época y cultura, como el del Carambolo.

—¿Cerca de tu casa? —pregunto, recordando (cómo no) a Mauricio, cuya obsesión es tener el trabajo cerca de casa, o al revés—. ¿Dónde has dicho?

—En El Turuñuelo de Guareña

—Nunca he oído hablar de ese lugar hasta que tú lo has nombrado.

—¿Pero si habrás oído hablar de los tartesos?

—Eso sí, creo que ya lo comentamos. Los tartesos y los turdetanos.

—Sí, en realidad hablamos de dos épocas. Tarteso no alcanzó el Periodo Clásico. A partir de ese momento esas tierras se conocen como Turdetania, que florecieron sobre los más importantes centros tartésicos.

— En algún momento de mis estudios leí sobre el mito de Tartessos. Entonces conocí que se sabía de esta cultura por una estela que tenía más de 6000 años; había sido encontrada en el sur de la península, en la que se hablaba de cosas cotidianas como el pago de salarios, y las leyes eran normas sencillas, lo cual daba verosimilitud al resto, pero, como inicialmente, el autor te apercibía con el título de «El mito de Tartessos», el resto ya no parecía tan digno de crédito.

—Bueno, igual no es muy exacto. ¿Y qué más recuerdas de esta cultura?

—Sé que era un pueblo que se había dado leyes a sí mismo, y lo había hecho en verso. ¡6000 años antes! Incluso he leído una novela que me los recordó y me encantó. El autor sitúa la trama en el Mediterráneo y principalmente en la desembocadura del Guadalquivir, habitada por el pueblo de los tartesios; me pareció interesante, aunque como toda ella parecía más bien un lugar de ficción.

» Tampoco he olvidado el trato cruel que el rey Gárgoris dio a su hija y al hijo-nieto . Aunque eso sí que debe de formar parte del mito. Pero claro, todo mito contiene algo de realidad. Siempre he deseado saber cuál era la parte real de este.

—Bueno pues ese es el mito benévolo —dice entre risas— Es peor la versión griega, mucho más negativa —Ángeles me mira sin desprenderse de su sonrisa.

—Pero —replico indignada como si me hubiera ofendido—, ¡Gargoris fue un rey cruel, que gobernaba con despotismo!, embarazó a su hija y al saber su estado, la maltrató y quiso obligarla a abortar. Gracias a que ella se escondió para traer al mundo a su hijo (Habis) y

lo dio en adopción, con un final feliz, pues Habis, tras luchar con su padre-abuelo, desconociendo ambos su parentesco, consiguió ganarse su favor y acabó reinando por decisión del propio rey. Y éste sí fue un buen rey que, además de gobernar de forma justa, enseñó a sus siervos entre otras cosas a trabajar la tierra, asar la carne, que hasta entonces devoraban cruda, y otros muchos avances que indicaban un estadio mucho más avanzado y civilizado.

—Pues según el mito griego, los dioses que gobernaban Tarteso habitaban en el inframundo, eran monstruos de extrema crueldad como el gigante Gerión. Pero hay algunos mitos más. Todos muy interesantes, aunque se parecen demasiado a los mitos de otras culturas

—Lo que oyéndote me resulta más curioso es que siempre he creído, al margen de no saber qué parte se correspondía con el mito, que su hábitat, no pasaba del suroeste de Andalucía.

—Claro, Tartesos no es un lugar sino una cultura que nace de la unión de iberos y fenicios, que tras mucho tiempo negociando entre ellos con los lógicos intercambios culturales, además de los económicos, realizaron su asentamiento en nuestra península. El primer asentamiento fenicio fue al sur de la península ibérica, a orillas del Guadalquivir, donde fundaron Gadir, hoy Cádiz. Pero ha quedado demostrado que también se extendieron por el valle del Guadiana; en nuestra zona, Extremadura, se han descubierto diversos túmulos, algunos muy importantes, aunque otros se han echado a perder, precisamente por la proximidad del río. Si te interesa, cuando termine mi contrato con la naviera, te puedo invitar a recorrer los distintos descubrimientos arqueológicos encontrados por aquella zona.

—No suena nada mal. Es más, me encanta la idea de poder conocer y palpar algo de esa cultura que me pareció tan importante para nosotros y que todavía no he olvidado del todo…

—Muy buenos días —oigo casi a mi espalda. Ahí está de nuevo para mi vergüenza. Confiaba en no coincidir, al mismo tiempo que temía no tener esa suerte, y así ha sido. Le contestamos las dos a la vez y, por la forma en la que le ha contestado Ángeles, comprendo que ellos ya se conocían. Claro, él también iba en el ferry.

—Hola, Rodolfo. ¿Te apetece sentarte a tomar un café con nosotras? Estábamos a punto de marcharnos, pero si quieres un cafecito…

—Si no le importa a tu amiga…

¿Que le iba a decir?, que se sentase, aunque, ¡claro que me importaba!, seguro que salía a relucir el incidente y lo de mi coche. Tendría que darle explicaciones a Ángeles y no me apetecía nada. Tal vez más adelante, si continuaba esa nueva relación de amistad. Lo miro con disimulo porque todavía no he tenido ocasión de hacerlo, y si la he tenido, pues… no debía de apetecerme demasiado. Si elimino la idea de que he quedado ante él como una estúpida embustera, cosa que por el momento me resulta imposible, tal vez consiga reconocer que tiene bastante buen aspecto: *bien plantao,* bien vestido, sin afectación, rostro simétrico y agradable, pelo y ojos oscuros, aunque no parecen negros.

No hemos hablado para nada de cómo fue nuestro encuentro. Ha sido realmente un café rápido y nos hemos marchado para cumplir con el programa que me había preparado Ángeles. Respiro aliviada al separarnos, aunque ha sido un alivio momentáneo, porque seguro que nos lo volvemos a encontrar, con la suerte que estoy teniendo…

Ángela sigue hablando de Guareña; le cuenta que gracias a las fotografías aéreas del Vuelo Americano, saben los técnicos que la extensión del yacimiento tartésico supera con mucho una hectárea, que es la extensión que ahora tratan de excavar. Además, se cree que debajo de este singular edificio, único y de enorme espacio, existen otros, como ocurre con las otras excavaciones donde se encuentra el "germen de la cultura ibérica": Cancho Roano, por ejemplo.

Lo que no le ha contado Ángeles a Adriana, y no se lo ha contado porque lo ignora, y muy pocas personas lo saben, es que este es el informe que Ernesto, el arqueólogo que lo recibió, se encargó de mostrar. Pero tuvo mucho cuidado en eliminar otra parte del informe. La que aconsejaba excavar otra zona que consideraban podía ser de suma importancia. Ernesto buscó dentro de aquel cuadrante que mostraban las fotografías, un lugar por donde acceder al interior con más facilidad. Junto a unos matorrales había unas rocas que, a su entender, no se correspondían con el lugar y tampoco encontraba sentido al hecho de que alguien las hubiera desplazado hasta allí. ¿Para qué?, se había preguntado. Con mucho esfuerzo consiguió moverlas. Debajo había un estrecho agujero, estaba alejado de la casa propietaria de esos terrenos que nadie explotaba ni explotaría, le sorprendió encontrarse con la dura roca. En algún momento alguien debió intentar hacer allí un pozo, pero desistió por esas condiciones

del terreno. Mandó a dos de sus fieles trabajadores que lo agrandaran manualmente durante la noche y que guardaran el secreto. Salvando la dificultad llegaron al vacío. Era una oquedad. El agujero era estrecho, esas rocas no les permitían más, a menos que utilizasen medios que harían demasiado ruido, pero con un poco de habilidad una persona delgada podría entrar; salir resultaría más difícil. Lo que encontraron les sorprendió. Era una cueva de dimensiones descomunales. Descubrieron unas escaleras que les permitió llegar al subsótano donde semiocultas encontraron unas piezas tartesias, las más importantes que el arqueólogo hubiera visto en su vida. Pensaron que con el tiempo las irían extrayendo y vendiendo sin que nadie se enterase de nada. Eso le permitiría pagar sus deudas que iban creciendo y lo hacían depender de sus prestamistas.

Desde entonces Ernesto ha tenido que hacer muchas cosas, ninguna buena, para seguir manteniendo su status, pero se volvió avaricioso y dio pasos en falso. Le propuso a uno de sus mejores clientes que se asociase con él para poder extraer la mayor cantidad de aquellos tesoros. Se lo propuso porque su cliente conocía al nuevo propietario y eso les podría ayudar. Su hija lo acompañó para convencer al cliente. Ella era muy bella y su cliente muy sensible a la belleza. El cliente estuvo más interesado en la hija de Ernesto que en el negocio. Accedió, exigiendo que todo se desarrollase por medio de aquella belleza. Lo justificó diciendo que no quería que nadie lo relacionase con un arqueólogo —Él siempre había presumido de encontrar nuevas piezas de la antigüedad en sus viajes, nunca hubiera reconocido ante los demás que aquellas valiosas piezas le habían sido proporcionadas de forma ilegal—. Ernesto accedió, a condición de que su hija estuviera de acuerdo, pero a ella le había gustado mucho el cliente que ahora sería socio de su padre, con lo que todos saldrían ganando.

Ya paseando, una vez que nos quedarnos solas, le pregunto de qué conoce a Rodolfo y responde lo que yo ya había previsto.

—Iba como tú en el barco, ¿no? Pues ya has visto que yo hago amigos rápido y, para serte sincera, me ha propuesto que lo acompañe aquí en Orán, pero me parecía más atractiva tu compañía —me hace un guiño y se echa a reír con mucha gana—, y no te equivoques, me gusta más él que tú, pero la mañana se ha hecho para descansar —vuelve a reír—. Me siento tan cómoda con ella que yo también soy capaz de reír.

Hablamos un poco sobre vida y trabajos, más sobre los de ella, sin profundizar demasiado. Cumplimos prácticamente con todo el recorrido que me ha propuesto para esta mañana. Llegada la hora, Ángeles me acompaña al puerto hasta un restaurante con muy buena pinta y desde donde se domina un panorama espectacular y relajante. Me presenta *al ma î tre* que la recibe con mucho afecto. Toma un sosegado aperitivo conmigo, mientras nuestra vista se deleita y un delicioso vientecillo nos permite recrearnos en su contemplación, sin sentir la rudeza de ese sol abrasador que cae inmisericorde. Hasta que, tal y como ya habíamos acordado, se va para cumplir con su previo compromiso. Quedamos en llamarnos, porque ella tiene que ir mañana a Alicante y al día siguiente vuelve de nuevo a Orán, pero va a intentar cambiar su turno. Yo no sé qué haré, pero estoy segura de que Ángeles me trazará unos cuantos planes, para que sea yo la que elija si ella no pueda cambiar su turno de trabajo.

Contemplo con detenimiento mi entorno, una vez pedido el primer plato: ¡Es una vista tan placentera!, me sentará bien esta paz, pienso convencida. Y esa sensación me dura hasta que lo termino. Pero ¿quién aparece cuando me están retirando el primer plato? En efecto, Rodolfo.

El restaurante es muy amplio, pero está completo. Lo veo en la barra tomando una cerveza. «¡Cielos! —pienso—, que no me vea, es capaz de sentarse a mi mesa».

Y sí, sí que era capaz. No sirve de nada que yo cambie inmediatamente la dirección de mi mirada al lado contrario; era como esconder la mano en el bolsillo, eso no le iba a impedir verme de igual manera que yo lo había visto a él.

—¡Adriana!, ¡pero qué casualidad!, lo último que esperaba era coincidir de nuevo contigo. ¿Estás sola? ¿Qué ha pasado con la simpática Ángeles? —Sin darme tiempo a contestarle añade—: Estoy esperando a que quede una mesa vacía. ¿Te importaría que me sentara a tu mesa? Yo te invito con mucho gusto. Siempre es más agradable comer en compañía.

—No creas —le contesto en el tono menos simpático que tengo en mi catálogo para estas ocasiones—. A veces es mucho más agradable estar sola.

Me mira con una sonrisa interrogante, pero sin dar muestras de sentirse violento por mi comentario. No sé si es tonto o se lo hace.

—A ver, Adriana… —añade, mientras se sienta con descaro en la silla que permanecía vacía frente a mí hasta ese momento.

Mi irritación no tiene límites, es muy superior a la vergüenza que siento ante él. Aun así, trato de calmarme para rogarle, de la forma más educada posible, que se levante, pero él sigue hablando sin permitirme decir ni una palabra.

—Comprendo que te resulte un poco embarazoso tenerme de frente, después de haberte visto en la bodega del barco y haberme dicho que tenías allí tu coche. Sé que no has venido en el barco con coche y no sé qué estabas haciendo en la bodega, pero está claro que si a un desconocido le das una excusa que resulta no ser cierta, tú misma te estás acusando. No sé por qué, pero te aseguro que tampoco me importa, no me pareces una ladronzuela. Aunque…, a veces, hasta las evidencias engañan, no creo que este sea el caso. Pero ya has visto que cuando os he saludado no he hecho ninguna mención a esa anécdota. Eso es para mí. Y si ahora lo menciono es para dejar clara mi postura y que no te sientas incómoda en mi presencia, solo eso.

No tengo un espejo enfrente, pero estoy segura de que mi tono de piel ha cambiado al rojo más profundo. Y, además, no sé qué contestarle.

El camarero, con mi segundo plato en la mano, corta el monólogo.

—Discúlpeme, pero no tengo más remedio que interrumpirle, el plato se quedará frío y no conviene volver a calentarlo.

Mientras habla, deposita un hermoso lenguado negro, propio de la confluencia del Mediterráneo y el Atlántico, y mira a Rodolfo, yo diría que con descaro. Pero Rodolfo no pierde su aplomo.

—Comeré aquí con la señorita. Por favor, otro lenguado Menier.

Está claro que el camarero ha detectado algo inusual, porque me mira, como pidiendo permiso para aceptar la comanda de Rodolfo. Su desfachatez me enerva, me dan ganas de servirle mi propio lenguado… en la cara. Trato de contenerme. Dejar las cosas claras me evitaría nuevos sobresaltos. Si tenía algo más que decirme aquel era un buen momento y lugar. Todo esto pienso mientras, o tal vez después de haber dado permiso al camarero, con un movimiento afirmativo de cabeza.

Cuando desaparece entre las mesas, le pregunto poniendo cara de

pocos amigos, o al menos esa es mi intención:

—¿Y ahora qué?, ¿qué es lo que pretendes? —digo mirándolo airada, como un gallito de pelea dispuesto a comenzar la lucha.

—No entiendo la pregunta. ¿Qué voy a pretender? Por un lado, hacerte compañía, que no estés sola y aburrida comiendo en un lugar tan encantador, y por otro…, sinceramente, no esperar en la barra del bar a que me llegue el turno de sentarme a comer. ¿Te parece tan horrible? Por tu expresión se diría que esto es para ti un tormento.

—Pues si eres capaz de apreciar, desde tu fina sensibilidad, que esto es un tormento para mí, ¿por qué te has sentado a mi mesa en lugar de dejar que me aburra, tranquilamente?

—Alto, alto, jovencita. No pierdas las buenas maneras, que yo he venido en son de paz. ¿No podrías darme una tregua?, ¿qué es lo que te enfada de mi presencia? Piénsalo. Yo no soy ninguna amenaza, todo lo contrario. ¿Podríamos empezar de nuevo? —Habla en tono tan calmado que mi irritación aumenta por segundos.

—Rodolfo —le respondo en mal tono—, creo que eres amigo de Ángeles, pero no mi amigo, por lo que no veo un motivo para compartir mesa y, sinceramente, tus razones y tu audacia me violentan. Llegados a este punto, no te voy a pedir que te levantes, pero en cuanto termines ese lenguado que te van a servir, pedirás la cuenta y te irás, de lo contrario me obligarás a que sea yo la que se levante.

Lo digo mirándole de frente, ya sin miedo a su respuesta, al fin y al cabo, ¿qué puedo temer? Me había visto recorriendo la bodega donde dormitaban los coches, sin que yo tuviera allí ningún vehículo. Eso era todo. Pero pasear entre coches ajenos no es ningún delito. Yo sola lo había magnificado. Bueno, yo sola no; la relación de esos hechos que yo ahora trataba de simplificar, él la había expuesto igual que Sherlock Holmes, o Agatha Christie, por medio de su inspector Hércules Poirot en el momento culmen, a punto de descubrir el nombre del criminal.

El camarero, de nuevo muy oportunamente, hace acto de presencia en ese momento evitándome la respuesta que, con mi estado de ánimo, sin duda hubiera dado lugar a mayor enfrentamiento, y se dirige a Rodolfo con una sonrisa muy profesional.

—Señor, ha quedado una mesa libre aquí al lado. Si tiene la bondad de seguirme, se la mostraré. Si prefiere que le sirva aquí,

dígamelo.

—Muchas gracias. Le sigo —Rodolfo se levanta y me mira con una sonrisa, tal vez esperando que yo diga algo en contra de su marcha, pero yo me mantengo cayada.

Antes de irse, el camarero pregunta, sin retirar su mirada de mi persona:

—¿Está todo bien? ¿Necesita alguna otra cosa?

Lo miro con simpatía y agradecimiento, me parece una especie de incondicional seguro y a todo riesgo. Saber que está vigilante y de mi lado, me ayuda a calmarme.

Pero ¿de verdad necesito al camarero para que me salve de Rodolfo? ¿No estoy siendo un poco paranoica?

—Adriana, acepto tus condiciones —le oigo decir en cuanto el camarero inicia su camino a la mesa de al lado —. No te volveré a molestar más.

—Te lo agradezco. Debes reconocer que has venido avasallando.

—No sé qué te ocurre conmigo, pero la mayoría de las personas hacen realidad la frase de que los amigos de mis amigos son mis amigos, y si esto ocurre fuera de tu país, parece que los lazos de amistad se estrechan aún más. Yo así lo he sentido y por eso me he tomado esta libertad. No pensaba ser tan insufrible para ti —y dicho esto, sigue al camarero.

Acto seguido tomo la firme decisión de olvidar el incidente del ferry y disfrutar de mi comida y de la magnífica vista frente al mar. Estoy en África, después de tantos años deseando conocer algo de este continente. Llevo meses angustiada y resentida por algo que ya se ha aclarado, aunque el resultado no haya sido el deseable. Tengo que recuperar el significado de mi vida como persona libre e independiente, sin traumas, no me puedo amargar también el tiempo que permanezca aquí. He venido como investigadora queriéndome engañar sola, pero si soy un poco objetiva, ni investigo, ni sé cómo hacerlo. Debo tomarme lo que empezó siendo un absurdo viaje, como unas mini vacaciones, y voy a disfrutar de cuanto esté a mi alcance. Lo importante para conseguirlo es mi actitud; puedo disfrutar casi de cualquier situación, por mala que pueda parecer en su planteamiento inicial.

Pido el postre mientras saboreo también mi triunfo sobre Rodolfo, gracias al amable camarero que ha comprendido la situación, pero una vez que me relajo, veo las cosas desde otro prisma. Ha sido un buen corte y muy violento para él, creo que ya estamos en paz.

El sigue en la mesa cuando yo doy por terminada la comida. No puedo ni quiero estar esperando hasta que él decida irse. Tengo que pasar por delante de él, a menos que me vaya al otro lado y de un rodeo hasta la puerta de salida. Tampoco veo la necesidad de estar condicionada por su presencia. Pero cuando paso ante él veo que me mira de frente sin mostrar acritud, y siguiendo esos impulsos que últimamente determinan mis acciones, me paro para decirle:

—Es verdad que el incidente del barco me puso nerviosa. Tenía mis razones para pasearme entre los coches, aunque ahora me resulten absurdas. Puedes estar tranquilo, ya he soltado toda la rabia que sentía con tu condescendiente silencio, primero, y con tu invasión de mi espacio, después. Puede que estuviera más enojada conmigo que contigo —él sonríe, creo que sin animosidad.

—No te preocupes, ya te he dicho que no me importan las razones por las que te paseabas entre coches, lo curioso fue tu explicación, innecesaria. Ya sabes: *Excusatio non petita* … Pero creo que no merece la pena volver a tocar ese tema. Entonces, ¿enterramos el hacha de guerra?

—De acuerdo.

—¿Sin rencor?

—Sin rencor.

En la misma puerta veo que aparca un taxi vacío. Subo al vehículo y pronto pierdo el restaurante de vista.

La idea era ir de tiendas al terminar de comer, pero sin Rodolfo. Es verdad que ya no lo culpo de mis errores. Pero ir con él de tiendas excede a mis nuevos y buenos propósitos.

“Mis errores”. Ese plural me lleva a comprender que desde que dejé a Mauricio no he hecho otra cosa que cometerlos. Dentro del taxi, tengo tiempo para meditar sobre mis pasos y comprendo el poco sentido que tiene todo lo que estoy haciendo. Yo no soy así. Soy bastante racional, aunque a veces me pierda el corazón, pero este viaje no tiene sentido ni corazón. Creo que ha sido en ese momento cuando he decidido coger los billetes para el primer ferry que vuelva a

Alicante o a Valencia. Me da igual.

Sin embargo, una vez en el hotel, doy un giro de 180 grados, creo que sería un nuevo error. Huir… ¿A dónde? ¿A Madrid? ¿Para qué?, ¿para poder seguir lamentándome de este viaje absurdo, sin sentido? Creo que teniendo en cuenta el vaivén de mis emociones, yo misma disculpo tanta aberración. Pero ¿cómo se puede actuar con sensatez ante tanta adversidad? Toda una vida haciendo y diciendo lo que cabe esperarse de una persona normal y medianamente inteligente, sin contrariedades en su vida, y de pronto, todo se trastoca, todo se perturba y desordena. Hasta lo que es para cualquier ser algo normal, como casarse con la persona elegida, se transforma para mí en un imposible. Mi novio, paradigma de excelencia, dechado de perfección hasta ese momento, desaparece como un crápula dejándome a los pies del altar, y cuando estoy empezando a asumir que todo mi noviazgo ha sido una mentira, lo encuentro y tengo que recomponer de nuevo todos mis criterios. Todo ha sido a causa de un accidente, él no me ha abandonado. Pero cuando estoy a punto de creer que voy a volver a ser feliz a su lado, compruebo que él ya no es él y no me necesita Y soy yo la que tiene que salir de su nuevo mundo. A eso tengo que añadirle que hay un misterio en esa vida y una sospecha de que alguien ha intentado matarlo. Con todas estas mimbres, ¿es de extrañar que mi forma de comportarme dé bandazos absurdos, o que no sepa por dónde ir o qué debería hacer? ¡Necesito terapia! Eso es lo que yo recomendaría a mi paciente, si el paciente estuviera en mis zapatos. Claro que yo no tengo esa clase de pacientes, yo soy dermatóloga.

Tras meditar en esta realidad, decido que lo más sensato es buscar la paz; aprovechar este viaje y dejarme llevar; darle un poco de sentido a esta visita a Orán y mirarlo desde otro prisma. Después de una media hora de reposo sobre la cama intentando buscar esa paz que me he propuesto encontrar en la ingravidez. Sin pensar ni sentir. Duermo un rato, como otra media hora, pero me despierto despejada y con muy buen ánimo. Salto de la cama y decido abandonar el hotel para realizar alguna de las visitas que ya tenía previstas esta mañana.

Regreso al hotel ya de noche y con la firme decisión de que mañana, aunque no esté Ángeles para acompañarme, empezaré por dar un paseo por el barrio antiguo, Ángeles me aseguró que me iba a resultar muy interesante.

En mi casillero del hotel tengo una nota de ella anunciándome que ha cambiado su turno y volverá mañana para desayunar conmigo. Me anima y complace el cambio. Pienso que, tal como he decidido

esta tarde, aprovecharé bien este improvisado y absurdo viaje; es lo menos que puedo hacer, conocer de esta tierra algo más y lo mejor posible, aunque corra el riesgo de volverme a encontrar con el dichoso Rodolfo. Que, si lo pienso bien…, tampoco me parece tan grave.

Orán 11 de julio de 2019

Y, en efecto, Rodolfo aparece de nuevo, justo cuando estamos callejeando, después de un abundante y entretenido desayuno. Ya no me parece tan raro. Incluso me ha extrañado que nos dejara desayunar en paz, sin hacer una de sus oportunas apariciones. Ángeles es una compañera excepcional, no ha dejado de darme noticias de todo lo que ha ocurrido en el mundo en los últimos tres mil millones de años.

¡Igual estoy exagerando un poco!

Pero sí, ha llegado el refuerzo. Dice que conoce la zona y se presta a hacer de cicerón, si yo lo acepto —más explícitamente no puede decir que el problema soy yo—. ¿De qué me asombro? Del beneplácito de Ángeles no tiene ninguna duda.

Parece que Orán y Rodolfo permanecerán unidos en mi recuerdo para siempre, aunque confío que al abandonar Orán también desaparezca Rodolfo.

Nos sugiere la visita a una ciudadela otomana que está en la parte más alta de un monte… Ángeles opina que es una buena opción. Nos acompaña hasta el Fuerte de Santa Cruz, situado en la cima de ese monte Murdjadjo. Traducido se llama igual que el fuerte o al contrario. Es el monte de Santa Cruz, desde donde se puede apreciar la belleza de la bahía. La vista es realmente impresionante. Rodolfo explica que la ciudadela fue reconstruida por los españoles. En esta ocasión es Adriana la que aporta más datos; casi me abruman, soy incapaz de impregnarme de todo lo que me cuentan y mucho menos voy a ser capaz de repetirlo.

Sí, Ángeles insiste en que precisamente Orán recibió gran parte de los moriscos que fueron expulsados del reino de Valencia y está hermanada con Alicante, además de que entre ambas también hay alianzas culturales. Incluso usos semejantes. Se recuerda que, en la época colonial, incluso en épocas posteriores y cercanas, se celebraban las hogueras de san Juan.

Rodolfo asevera lo dicho por Ángeles, añadiendo algún dato curioso. Está siendo muy amable y discreto. No obstante, hay algo en su persona que no me deja valorar su actitud de manera positiva. Posiblemente solo sea un prejuicio que no logro eliminar. El descaro en el restaurante, sumado a la forma de conocernos, creo que sigue pesando en mi ánimo; si consiguiera olvidarlo quizás podría hasta disfrutar con su compañía. Pero no lo consigo. Tengo pensada una excusa para poder comer las dos solas.

Curiosamente es él quien nos recomienda un restaurante marisquería, La Frégate, donde nos asegura que comeremos muy bien. Lamenta no poder acompañarnos. Siento un gran alivio. Nos despedimos de él sin quedar para más tarde. Tampoco me pide mi número de teléfono —el de Ángel sé que ya lo tiene—, ¡eso sí que se lo agradezco de corazón! De habérmelo pedido pensaba darle uno que sé de memoria: el de la frutería que hay a la vuelta de la esquina de mi casa en Madrid.

¡Mucho mejor así!

Tengo que reconocer que la recomendación ha sido acertada. Hemos comido muy bien y muy tranquilas. Ángeles me acompaña hasta la puerta del hotel para descansar un rato. Ella dice que aprovechará ese tiempo para preparar su vuelta a Alicante, o quizás lo pueda retrasar otro día más. Esta tarde saldremos de compras.

Cuando salgo del hotel, ya avanzada la tarde, y después de una buena siesta que me ha sabido a gloria (me siento como si todos los problemas que tenía antes de embarcar se hubieran quedado en tierra al otro lado del Mediterráneo), Rodolfo está con su BMW en la puerta del hotel. Impecable: polo y pantalón sport de un amarillo polluelo desvaído. Parece que está esperando a alguien. ¿A quién será esta vez? ¡A ver si lo adivino!

—¡Hola, Adriana! —me saluda— ¿Qué tal habéis comido? ¿He acertado con la recomendación? —no tengo más remedio que pararme y darle las gracias—. Hemos comido muy bien.

—¿Puedo saber a dónde vas?

—He quedado con Ángeles. Vamos de compras.

—Pues me encantan las compras. Si os apetece, os acompaño en mi coche y así podemos comprar más en menos tiempo. Incluso os llevaré a los sitios donde tienen los mejores precios. ¿Qué te parece?

¿Qué me iba a parecer?

Poco importaba, se había propuesto no dejarnos en paz y…, bueno, tampoco estaba mal tener su compañía. Siempre resulta más cómodo para hacer compras un vehículo propio que un taxi, así que algo de ayuda podía aportar. Ángeles, que aparece en ese momento, se monta en el coche encantada con el servicio de chofer. Y sobre todo agradece los dos brazos más para hacer frente a todas las compras que teníamos pensado cargar. ¡Lástima que no hubiera más empatía por mi parte! Rodolfo podría ayudarme a olvidar a Mauricio, me vendría muy bien…, pero no era mi tipo.

¿Por qué? ¿Quién sabe esas cosas?

Debo reconocer que Rodolfo es un excelente comprador, consigue buenos precios, regatea incansable en todos los establecimientos, sabe dónde se encuentran las mejores calidades a buenos precios y nos lo

demuestra.

—Sí, a mí también me parecía injusto regatear sobre algo cuyo precio ya parece una ganga, pero una vez comprendido que el regateo es como un juego para los argelinos, lo veo de otra manera: se trata de regatear hasta que no se puede más. ¿Cuándo es eso? Pues cuando muy ofendidos dicen que se van… y se van de verdad. Porque mientras, simulan que los ofendes con la oferta y dicen que se van, pero esperan tu reacción… es que todavía no ha llegado el final.

» Si ven que los dejas ir o eres tú el que se va, te persiguen para decirte que aceptan tu oferta. Ya digo, un juego al que hay que saber jugar.

Rodolfo no muestra ningún indicio de cansancio, pero cuando llegue la hora en que Ángeles deba volver a su trabajo yo también volveré al hotel. Leeré… ¡Ufff!

Antes de volver al Meridien, Rodolfo para el coche en la puerta del hotel donde se aloja Ángeles y le ayuda a trasladar las bolsas de sus compras. Una vez que Rodolfo se posiciona frente al volante, después de ayudar a Ángeles y despedirse, me mira observándome y me propone una cena en un sitio romántico y…

¡Sorpresa! ¡Yo acepto sin pensarlo dos veces! No quiero volver a mi habitación tan pronto, me he prohibido a mí misma pensar, quiero llegar rendida a la cama y dormir y dormir.

Le Ciel d'Oran se llama el restaurante. Yo, que ya no sé si voy o vuelvo, no solo acepto, sino que intento ver las cualidades a la vista y las ocultas de mi acompañante.

En fin, lo que vulgarmente se llama cambiar de opinión.

Al entrar en el restaurante observo el tipo de personas que ocupan el local. Parece un ambiente distinguido y la mayoría van muy arreglados, también las hay con ropa más de sport, como yo, pero lamento no haberme arreglado un poco más. Todo ha sido espontáneo, imprevisto y no he pensado en volver al hotel para arreglarme y eso que siempre me encanta tener una excusa para *emperifollarme*. Tampoco Rodolfo me ha advertido del tipo de restaurante al que veníamos. Pero soy una turista que desconoce las costumbres.

¡A ver si me lo empiezo a creer!

Es una noche agradable, pero no puedo evitar pensar lo

maravillosa que sería si mi acompañante fuera Mauricio. Eso que también me lo había prohibido a mí misma.

Y en esa dudosa ensoñación me muevo.

El nombre del restaurante no puede ser más apropiado. Las vistas son grandiosas y estamos cenando muy bien. Rodolfo me sugiere al terminar la cena un lugar de copas donde también se baila. Estoy facilona. Acepto de nuevo, incluso permito que su mejilla se pegue a la mía mientras bailamos «Cheek to Cheek». Pienso de nuevo en Mauricio y me derrito solo de imaginar que aquella mejilla es la suya. Casi de inmediato me doy cuenta de que eso no me ayuda nada en mi propósito: A Mauricio tengo que tratar de olvidarlo.

Esta no es la manera.

¿No sería más fácil enamorarme de Rodolfo que está todo el día haciendo de satélite a mi alrededor, y así acabaría de una vez con esta añoranza que nunca termina, ni tiene aspecto de que lo vaya a hacer en la vida?

Me entrego con interés al baile con mi pareja. Soy consciente de lo excesivamente unidos que nos movemos, pero no quiero ser aguafiestas, estoy a gusto, soy libre y nadie va a cuestionar los centímetros que nos separan…o nos unen.

Orán 12 de julio de 2019

Hoy no está Ángeles para desayunar conmigo —no aparecerá en todo el día—, pero sí está Rodolfo, anoche quedé con él. Sí. A desayunar. Me debió de pillar en un momento de debilidad. Claro que la cena había sido deliciosa y el champán me vuelve un poquito loca. Una vez que acepté a mi acompañante sin prejuicios, me pareció hasta divertido.

Me ha mostrado una parte del Orán que todavía no había visitado y hemos vuelto al hotel después de una comida con larga sobremesa, durante la cual he escuchado curiosas anécdotas de sus viajes, y dado un paseo al lado del mar. El propósito era descansar, porque esta noche vamos a repetir la cena y el baile. Estrenaré el vestido que compré ayer, aconsejada por Ángeles y por el propio Rodolfo. Sí, nos hemos hecho buenos amigos.

He puesto especial esmero en el peinado de mi melena habitualmente suelta, y hoy con el recogido a un lado, lo que permite ver mis largos y favorecedores pendientes de coral rosa.

Es un vestido de tirantes de un tono coral, muy ceñido hasta la cintura y la falda cortada al bies, tiene un poquito de cola y mucho vuelo en su parte final, pero como el tejido es un crep con mucho peso, se ciñe a mi cuerpo amorosamente. Un cinturón en el tono más oscuro con una flor del mismo tejido lo completa. Doy una vuelta ante el espejo con ojos críticos y me siento segura.

Rodolfo espera en el vestíbulo, frente al ascensor que corresponde a la parte del hotel donde está mi habitación. Al verme salir me contempla con admiración sincera. Eso se nota.

—Estaba seguro de que te sentaría de maravilla, pero superas con mucho todas mis expectativas —exclama con satisfacción y entusiasmo—. Él también se ha puesto *de tiros largos*. Está guapísimo. Tengo que reconocerlo.

La cena en Le Ciel d’Oran se desarrolla con una vaga estela de intimidad. Con cierta frecuencia, mientras hablo o me habla, él extiende su mano buscando la mía… y la encuentra. Han dispuesto la mesa de forma que ocupamos los dos lados que hacen ángulo, sus piernas rozan con demasiada frecuencia las mías, para ser por casualidad; me hace gracia, me parece infantil, pero hago como que no me entero. O sea, que no las retiro.

Terminada la cena, advierto que se ha creado un clima de íntima complicidad.

En la corta distancia que nos separa del coche, Rodolfo, en plan protector, pasa un brazo por mi espalda. Y ya en el baile nos enlazamos desde los primeros compases. Siento su respiración agitada y advierto que de vez en cuando toma una respiración profunda, como cuando yo trato de relajarme, solo que yo lo repito hasta tres veces seguidas. No sé si me emociona o simplemente me halaga verlo tan entregado. La noche se desliza con mucha rapidez, estamos más tiempo en la pista que sentados a la mesa y creo que la visita a la mesa se debe más a la necesidad de apagar *nuestra sed* , que al cansancio por el baile.

Junto a la puerta de salida del salón de baile, en un ángulo donde la penumbra y el perfume que emanan las flores de aquel jardín terminan de embriagarme, Rodolfo se para y me mira muy serio, ciñe mi cintura y se gira 90 grados. Lo miro de frente y noto un leve tic en sus labios. Cuando trata de acercarme a él con un ligero impulso, yo doy un paso de aproximación y siento su mirada profunda primero y sus labios posándose en los míos con suavidad después. No sé si es el champán, o mi propósito de imaginar que estoy con Mauricio, o tal vez me empieza a gustar Rodolfo; lo cierto es que correspondo al suave beso, permaneciendo en la misma postura. Es Rodolfo el que se mueve para acercarse más, lo siento muy pegado a mí, pero no lo rechazo, sigo sin moverme, dejando que su cuerpo encaje en el mío, solo mis labios responden una y otra vez a sus besos.

Volvemos al coche, él no sé cómo está, yo un poco turbada. Creo que me han gustado sus besos. Tal vez demasiado. En el trayecto hasta el hotel no hablamos, pero nuestras miradas se cruzan una y otra vez, cuando la carretera lo permite.

En el ascensor me dejo arrinconar hasta que llega a mi planta, de nuevo los dos muy pegados nos besamos. Casi lamento que hayamos llegado tan pronto.

Me acompaña hasta la puerta de mi habitación y me sugiere que le invite a tomar una última copa dentro. Siento que he bebido bastante, pero ya no estoy bajo los efectos ilusorios de que es Mauricio quien me acompaña. Una enorme sonrisa y el agradecimiento por su grata compañía dulcifica mi negativa. Soy yo la que, al advertir su desencanto, le da un beso antes de cerrar la puerta. No le digo que me voy a la mañana siguiente, no quiero volver a encontrarlo en el ferry a plena luz del día. No resistiría su nulo parecido con Mauricio.

Cierro la puerta y me quedo pegada a ella escuchando los pasos de Rodolfo, creo que se aleja hacia el ascensor… muy poco. Me sorprendo a mí misma deseando escuchar esos pasos de vuelta, hasta mi habitación, siento que mi corazón palpita a un ritmo más acelerado. ¡Vuelve!

Toc, toc, toc. Unos nudillos golpean la puerta con suavidad, el ruido es casi imperceptible.

¿Le abro? Sé lo que eso puede significar. Me pregunto qué es lo que realmente deseo, qué haría si yo no estuviera bajo el encanto de un día precioso, de una noche mágica… y los efectos del champán…

Estoy desconcertada. Abro la puerta despacito, queriendo y temiendo que él ya se haya cansado de esperar, pero Rodolfo está ahí. Anhelante.

Entra despacio en mi habitación, como incrédulo e irreverente, se acerca a mí y me estrecha en sus brazos mientras me besa con ansiedad. Despacio, baja mis tirantes: primero uno, después el otro, le ayudo a desabrocharse la camisa. Él ha tirado de su cinturón, y comienza a bajar la cremallera de mi vestido, mientras me empuja suavemente con su cuerpo hasta la cama…

Pero yo no puedo seguir… Todavía no estoy preparada.

Orán- Alicante 13 de julio 2019

Mientras navego en el ferry soy consciente, de que los problemas no los había dejado aquí en el barco, ni siquiera he sido capaz de disfrutar plenamente del regalo que me estaba ofreciendo la vida con la presencia de Rodolfo.

Pobre Rodolfo. No fui capaz. No quería engañarlo ni engañarme. Tal vez, si hubiera transcurrido más tiempo… Todo ha sido inaudito: parte de una ilusión o de una necesidad, la de volver a sentirme amada. Pero todavía no puedo olvidar a Mauricio. Me queda la ternura de sus caricias y sus besos, pero a él…, a Rodolfo, le quedará la amargura de mi comportamiento. De verdad que me duele, pero no me ha sido posible. Al dejarme caer sobre la cama y sentir su cuerpo sobre el mío, fui consciente de mi incapacidad para corresponder a cualquiera que no fuera Mauricio.

No. A Rodolfo tampoco.

Lamento no haber podido hablar con Ángeles. Lo intenté anoche, antes de salir a cenar, pero su teléfono estaba inactivo. Ángeles tenía que regresar a Alicante y yo confiaba en coincidir con ella en el ferry, pero no viaja en este barco.

He tenido tiempo para pensar durante la travesía y he llegado a la conclusión de que tal vez no haya sido tan absurda esta «excursión», creo que seré capaz de rehacer mi vida. Ha habido momentos en los que he vislumbrado esa posibilidad. Incluso pienso que, de haber seguido frecuentando la compañía de Rodolfo, hubiera podido enamorarme de él. Me pregunto por qué no me he quedado; así, tal vez hubiera acabado con este sinvivir. Rodolfo se ha enamorado de mí y tal vez yo…

He tomado la decisión de volver a Madrid sin acercarme a ver a Mauricio. Mi ex.

Decididamente, tengo que pasar página.

Me quedaré a dormir en Alicante, me siento muy cansada y desanimada. La verdad es que me hubiera venido muy bien hacer el viaje de vuelta con Ángeles. Es muy fácil decidir pasar página y que no volveré a ver a Mauricio, pero llevarlo a efecto, olvidarlo totalmente después de haberlo encontrado, no me va a resultar tan fácil.

He tomado un sándwich en la barra de la cafetería del hotel y me voy a mi habitación con el propósito de dormirme pronto, sin pensar en nada, mucho menos en las tonterías que soy capaz de hacer por estar tan desorientada y confundida. Culpo a todos los sentimientos que se han ido despertando desde mi conciencia. Es que yo, tampoco soy yo.

¿Pero qué me pasa? Estaba decidida resueltamente a pasar página, convencida de que es posible encontrar la paz y olvidar toda la preocupación que me origina querer descubrir qué ha ocurrido. ¿Han tratado de matarlo? ¿Por qué? me reprendo de nuevo. Si de verdad quiero pasar página, ¿en qué me afecta la vida de Mauricio? Yo ya no tengo nada que ver con él. Él ya lo ha dejado así de claro, no tiene nada que ver conmigo. Nos hemos despedido de forma definitiva.

Pocas horas después mi cabeza es un hervidero de preocupaciones, el resto de mi cuerpo se encuentra en avanzado estado de descomposición; es como si hubiera pensado en morir y una parte de mi morfología hubiera tomado buena nota y se hubiera puesto en marcha para cumplir mi deseo y ahora esperara la extinción del resto. Casi siento el hedor de mi cuerpo.

Me cuesta quedarme dormida.

El extraño entorno era algo más que singular: montañas de altísimos picos a muy distintas alturas, imposibles de calcular, y separados por espacios insalvables, si no se descendía por los escarpados costados y se volvía a escalar en otra dirección. Pero, concretamente, el pico erosionado en el que me encontraba no tenía forma de comunicación con ninguno de los otros que se podían divisar. Era como una estalagmita gigante, con la punta erosionada hasta quedar plana. Las proporciones dimensionales eran muy semejantes a las del resto que divisaba. El diámetro del lugar, casi circular, que pisaba, en ninguno de sus puntos pasaría de dos metros, lo que aumentaba mi sensación de vértigo, puesto que «la estalagmita» gigante parecía ser casi de la misma medida en su base, aunque era imposible ver el final, en realidad el comienzo, de aquella peculiar montaña.

De frente, tal vez a muchos kilómetros de distancia, en otra montaña picuda, alguien gritaba. Yo no podía entender qué era lo que decía. tampoco me atrevía a moverme, sentía que si daba un solo paso en cualquier dirección caería al abismo.

Siempre había sentido vértigo a las alturas. Miré hacia abajo tratando de ver la base de aquella estrechísima montaña. Sentí en la boca del estómago el abismo espeluznante.

Lo vi a él acercarse volando. No me atreví a dar un paso atrás para retirarme un poco más del borde y dejarle sitio. Se acercaba sin mover ninguna parte de su cuerpo (como cuando desplazas de un sitio a otro una figura, o un párrafo en el ordenador), hasta que se posó junto a mí y me besó.

Sentí una convulsión al moverme de forma instintiva para dejarle a él espacio, pero fue un instante, porque enseguida cerré los ojos y me abandoné a aquel beso sin importarme lo que pudiera suceder al moverme en aquel estrecho ámbito. Paladeé el beso largo, profundo, cálido.

Todavía siento en mis labios aquel beso al despertarme, también busco volver a sentir las encontradas sensaciones que me había producido el abismo en el que se ha desarrollado todo el sueño. Me recreo, con tintes masoquistas, pensando en las vistas abismales, magníficas e imposibles, que me ocasionaban vértigo. Pero no puedo recordar cómo era la cara del hombre que me besaba en el sueño. Me esfuerzo por recordar algún detalle. Imposible. Un solo rasgo de aquel rostro. ¡Nada!

Su rostro era nada más que la parte alta de una silueta en mi recuerdo.

¿Qué podía significar aquel sueño? No puedo recordar la cara, pero sé, con ese conocimiento interior que no puede explicarse, que era mi gran amor, seguro que simbolizaba a Mauricio, aunque también es seguro que no era su rostro el que veía en aquel sueño.

Qué curioso, estoy segura de que éramos muy jóvenes y enamorados, pero nuestros cuerpos, y tal vez nuestro amor, se sustentaba sobre una base muy peligrosa, su llegada ocupaba mi espacio y me empujaba al abismo, y a mí, que siento vértigo hasta cuando veo en una película esa escena en una escalera, no me importaba nada en ese instante. Era como si le entregara mi vida para que él decidiera mi destino. En este sueño era plenamente consciente del riesgo, del peligro. Sabía que un paso mal calculado nos precipitaría al vacío.

A los dos.

Sin embargo, me había abandonado a mi suerte, ni siquiera abrí

los ojos. Si los dos caíamos…, ¿qué más daba?

¿Qué significaba la aceptación de tamaño riesgo? ¿Tengo percepción del peligro en que pongo mi vida por estar junto a él?… ¿Y no me importa?

Seguramente el subconsciente me estaba avisando del sacrificio que estaba dispuesta a realizar corriendo riesgos de unas dimensiones imprevistas. O tal vez yo lo asumía por haberme creído más inteligente que todos los policías que se ocupaban de descubrir la verdad. Pero ahora empezaba a presentir la amenaza que pendía sobre mí y el peligro en el que me encontraba por no haber querido apreciar la verdadera situación.

He tardado mucho tiempo en olvidar todas esas sensaciones, la verdad que yo no he puesto demasiado empeño en conseguirlo. Si lo pienso, deseando ser sincera conmigo misma, diría que encuentro cierto placer en volver a sentir esas alarmantes y pasmosas emociones. Creo que eso merece el nombre de masoquismo.

Alicante 14 de julio de 2019

Al final, todas estas vivencias han desembocado, de nuevo, en un rechazo a seguir con mis absurdas investigaciones.

Vuelvo a sacar mi maleta del armario y… antes de dirigirme con ella a la estación del tren, llamo para comprar un billete a Madrid en el primer AVE que salga.

La oferta es amplia, billetes para las 10:10, 12:40, 15:16… No le dejo continuar, la segunda oferta me va bien, aunque tengo que darme prisa si quiero llegar a tiempo, porque este tren es muy puntual y yo todavía no he desayunado. Si no me surgen problemas llegaré a tiempo, no me apetece esperar hasta después de comer.

—Llamo a mi madre que está molesta conmigo, pero después de unos minutos de conversación se ha calmado y todo ha vuelto a su lugar.

También llamo a las amigas que estaban presentes cuando oí hablar de un Mauricio: Dora e Inés. Les digo que vuelvo a casa. Las dos me hacen muchas preguntas, insisten sobre todo en si he localizado a Mauricio. Pero también yo insisto en que se lo contaré cuando nos veamos.

Madrid 15 de julio de 2019

He dormido en mi casa. Madrid estaba ardiendo cuando llegué. Mi apartamento también. El aire acondicionado tuvo que luchar a brazo partido para rendir a la temperatura que se había instalado enseñoreándose de todo el espacio. A la hora de dormir ya lo había conseguido.

Ha sido un sueño plácido, con la sensación de haber dejado atrás todos los problemas y preocupaciones que me habían acompañado durante meses. ¡Curioso! Ya podía dedicarme a vivir mi propia vida sin interferencias, sin traumas, sin sentirme abandonada ni engañada.

Me levanto con buen ánimo y decido incorporarme esa misma mañana a mi trabajo. Miro mi reloj y pienso que es un poco tarde, aun así, me dirijo al hospital para hablar con Dirección.

Me habían dado un permiso indefinido («el tiempo que consideres necesario»). Pero lo que necesito es actividad, volver a mi trabajo y a lo que tiene que ser en adelante mi auténtica vida. Antes de verlas, tengo que decidir qué les voy a decir a Dora e Inés. Mis queridas amigas. Ellas estaban cuando se habló en el bar de un Mauricio sin recuerdos. Me han estado llamando para interesarse por los resultados de mi visita, pero yo no he querido contarles la realidad a trozos, he preferido esperar a verme frente a ellas. De alguna forma me interesa ver su reacción; tendré que hacer frente a sus críticas, porque sin duda no entenderán mi actitud. Normal. ¡No la entiendo ni yo!

En Dirección hay novedades. Dos inspectores habían estado con Miguel Urquiza y Luis Azparren para obtener algunos datos de Mauricio. Más tarde, los mismos inspectores contaron confidencialmente la situación y extrañas circunstancias de su accidente. Les solicitaron cuantos datos pudieran proporcionarles. El director de la planta y un par de compañeros, no tenían nada que aportar, sabían lo mismo que yo. Mauricio no les dijo el pueblo ni el motivo.

¿¡Pero qué hacía Mauricio por Valencia y en vísperas de su boda!? Habían preguntado, sorprendidos, igualmente.

Así que no ha sido necesario inventar nada para justificar que volvía sin Mauricio. Me han animado; me han aconsejado que tenga paciencia, pero nadie comprende que no le haya revelado su identidad. Eso podía ayudarle a recordar, me dicen llenos de buenas

intenciones. Debía pensarlo mejor y dejarme de sutilezas. Mauricio tenía que volver al hospital para ponerse en manos de nuestros mejores neurólogos. También podría hacerlo en calidad de médico, ya que en Valencia aprende y actúa por intuición en un Hospital General «pero qué sentido podía tener que se quedase lejos de lo que era o había sido su vida».

No sé. Tal vez tengan razón y estoy actuando con demasiados remilgos, tal vez es mi ego el que no soporta la inseguridad de tener cerca en calidad de pareja, o expareja, a alguien que sé que me ha olvidado e incluso se ha enamorado de otra. Quizás debiera primar en mi ánimo el traerlo a su *hábitat natural* y facilitar sus recuerdos, aunque él crea que no es lo que quiere; al fin y al cabo, no deja de ser como un niño que está empezando a andar y desconoce por dónde le conviene hacerlo. Tampoco sé si lo que ahora estoy pensando es precisamente por el deseo que todavía siento de tenerlo cerca de mí. De verlo.

¡Madre mía! Ahora me toca lidiar con Dora e Inés. Sé lo que me van a decir. Que no lo entienden. Como todos. Aunque dado el carácter tan opuesto que lucen. ¿Quién sabe?

Esta vez la diversidad de sus caracteres, solo se muestra en la segunda parte de la conversación. La primera responde a lo esperado: “es una estupidez volver sin darle explicaciones, le guste o no le guste.” Casi sorprende verlas tan de acuerdo con algo. Pero en esa segunda parte después de reflexionar sobre los criterios que me han llevado a obrar así Dora dice que ella haría lo mismo.

—Creo que si me ocurriera con mi marido haría lo mismo, me daría igual estar casada —asegura Dora con firmeza— Si el se cura de su amnesia y vuelve a ti muy bien, pero así no. De ninguna manera.

—Que graciosa —dice Inés simulando reírse —, y si mientras recupera la memoria se casa con la tal Belinda y tienen un hijo. ¿Qué van a hacer? Entonces ya no tendrá remedio.

—Es que tampoco es cuestión de que Adriana se siente a esperar a que recupere la memoria. Ella tiene que vivir ahora lo que hay. Si Mauricio la recuerda pronto ¡estupendo! Que no, ¡peor para él! —No puedo evitar echarme a reír. Me miran las dos como si acabara de cometer sacrilegio.

—Chicas, ¡sois fantásticas! No me gustaría que le ocurriera algo así a vuestros maridos, pero os garantizo que no lo tendríais tan fácil

como ahora os parece. Os lo aseguro.

Las dos han tenido la suerte de casarse con personas tan fantásticas como ellas mismas. No son tampoco unas expertas, solo poco mas de un año Dora, y poco menos de tres Inés. ¡Ojalá sigan así toda la vida!

Madrid 20 de septiembre de 2019

Ha pasado el tiempo. No voy a decir que me haya resultado fácil adaptarme a mis propósitos, pero algo estoy consiguiendo. Salgo con mis compañeras, con mis amigas, incluso con algunos amigos…, también con Ángeles, que ha venido unas cuantas veces a verme, además de llamarme con mucha frecuencia. Me hizo mucha ilusión el primer día que vino. ¡Es fantástica! Tiene una vitalidad envidiable. Me contó las complicaciones que había tenido por haber cambiado su turno y que fueron la causa de que no coincidiéramos en el viaje de regreso en el ferry. Después, tanto sus visitas como nuestras conversaciones telefónicas acaban siempre con la invitación para ir las dos a Guareña, su tierra, y visitar las famosas excavaciones de los tartesios. A veces siento, y lo lamento, que no he sido nada sincera con ella; en ningún momento le he revelado la realidad del motivo por el que hice ese viaje tan absurdo. A lo mejor es por eso por lo que no he hecho ninguna mención de la «excursión». Creo que semejante viaje da una idea de cómo se encontraba mi cabeza, siempre tan bien amueblada. Cada vez que lo recuerdo, siento confusión y vergüenza de mí misma. ¿Tiene algún sentido? ¿Qué esperaba encontrar? Sí, ya sé, el Mercedes de Mauricio… ¿¡Se puede ser más cretina…!?

Y hablando de mi absurda travesía, también he vuelto a ver a Rodolfo, aunque solo en una ocasión. Más de una vez me ha dado Ángeles recuerdos de su parte, ellos quedan de vez en cuando, le ha pedido mi teléfono varias veces, pero Ángeles ha esgrimido distintas excusas para no facilitárselo. Sé que no se lo dará mientras yo no lo autorice, y no tengo intención de hacerlo.

El encuentro fue muy curioso; podría jurar que en esa ocasión era él quien no quería verme, o más bien no quería tropezar conmigo, o que yo le viera. Tampoco tenía por qué extrañarme. Seguramente, después de aquella noche en que pudo parecer que iniciábamos un romance, saber que me había marchado sin decirle nada debió de ser duro para él. Me comporté de forma muy egoísta, solo pensé en mí, no se me ocurrió imaginar cómo se quedaría al día siguiente. Era lógico que estuviera molesto o enfadado conmigo, incluso que no quisiera volver a saber nada de mí, por eso aún me pareció más extraño su comportamiento.

Yo estaba dando rienda suelta a ese lado frívolo que a veces me hace esclava de la moda: contemplaba un gran escaparate. Me pareció ver su reflejo en el cristal, aunque a una distancia que me hizo dudar

de si realmente era Rodolfo. No me volví, pretendía estar segura de que era él. También sentía curiosidad por su actitud, que yo creía de espera, y por cuál sería su postura al volvernos a encontrar. También me di tiempo para pensar cuál debía ser la mía. Creo que hasta ese momento no había tomado conciencia del comportamiento que tuve con él, tan egoísta. Lo había utilizado para hacerme la ilusión de que estaba con Mauricio. Algo ayudó el champán, seguro, pero creo que no tengo excusa.

A través de mis gafas de sol pude confirmar, y sin necesidad de darme la vuelta, que era él y que me estaba mirando con detenimiento, mientras yo fingía seguir viendo los modelitos de los escaparates. Estaba segura de que esperaba a que me volviera para saludarme haciéndose el encontradizo. Entonces salió mi lado de niña mala. Me recreé en la situación, haciéndole esperar, hasta que decidí que había llegado el momento de encontrarnos. Pero ¡sorpresa!, al darme la vuelta creyendo pillarlo, él miró para otro lado. Tengo que confesar que contra lo que cabía esperar, a mí no me molestó encontrarme con él, pero no podía entender que después de esperarme allí plantado, simulara no haberme visto.

Pero él inició su camino en dirección contraria a la que yo había seguido hasta que me paré en el escaparate, avanzó unos pasos sin mirarme. Yo estaba muy segura de lo que había visto. Tal vez por eso lo llamé, solo por *jorobar*. ¡Qué malandrina! Sí, fui casi espontánea, pero no me movió la alegría de verlo, ni mucho menos. Creo que lo que me fastidiaba bastante era que hiciera como que no me había visto. Claro, él no reconoció nada de esto:

Seguramente, a juzgar por su actitud posterior, él esperaba que al terminar de ver escaparates hiciese lo habitual, entrar en la tienda o continuar mi camino, pero di un giro de 90 grados y quedé frente a él.

—¡Adriana! Qué sorpresa. Si no me llamas, hubiera pasado sin verte, ya me puedes perdonar, pero voy tan absorto en mis pensamientos y llevo tanta prisa… —me dieron ganas de soltar una carcajada, pero me contuve.

Nos dimos un par de besos. La conversación duró poco y fue bastante insustancial. Él no me recriminó mi huida, ni yo di unas explicaciones no solicitadas. Así que teníamos poco que decirnos.

Su gesto denotaba sorpresa y disgusto, pero seguro que no era debido a verme, porque eso lo podía haber evitado, sino a la posibilidad de que yo le hubiera descubierto *in fraganti* .

Al despedirnos sí que me reí, había perdido el aplomo; bueno el descaro que le caracterizó en Orán. Parecía empequeñecido. No debía tener ganas de verme después de lo mal que yo le había tratado. Pero ¿por qué había esperado a que abandonase el escaparate, si no tenía ningún interés en encontrarse conmigo? me dio pena, verlo tan menguado…, ¿tal vez yo lo había sobredimensionado por la circunstancia en que nos conocimos?

Madrid 22 de septiembre de 2019

Pasa el tiempo y sigo manteniendo entre mis actividades habituales el cuidado del apartamento de Mauricio. Eso me ocasiona dudas sobre qué debería hacer con él: seguir así, *sine die* , o anular su contrato de alquiler, que yo pago religiosamente. Qué pensamientos más contradictorios. Trato de olvidar a Mauricio mientras mantengo su cómodo y funcional apartamento. Supongo que una voz interior, que no quiero reconocer, me anima a esperar lo inesperado.

Prácticamente acabo de hacer las anteriores reflexiones. Y ¡sorpresa! ¡Mauricio se ha puesto en contacto conmigo! Acabo de recibir una llamada suya desde Valencia.

Han pasado algo más de dos meses, desde que volví de Alicante. Me cuesta creer que no sea un sueño producto de mi deseo subconsciente. Era él quien me llamaba. Sí, sí. Yo no recuerdo haberle dado mi teléfono. ¡Da igual! Quiere verme. Pero no quiere viajar a Madrid. Incomprensible para mí dos deseos tan contrapuestos.

No había dejado de pensar en mí y necesitaba hablar conmigo —eso me ha dicho—. Yo no pienso. Solo siento.

Me desconcierta. Si recuerdo cómo era Mauricio, estoy segura de que él hubiera llamado a mi puerta para decirme con su presencia lo que me ha dicho por teléfono. Ni por un instante la incongruencia de su petición me frena un ápice.

¡Él me espera mañana en la estación del AVE de Valencia!

Me he pasado la noche dando vueltas en la cama como una croqueta a punto de zambullirse en el rusiente aceite de la sartén. Me he levantado emocionada, nerviosa y sin dormir, para dirigirme a Atocha.

Como un robot sigo instrucciones de Mauricio, compro un billete para el primer AVE que se dirige a la capital del Turia. Pienso que, mientras el tren realiza su recorrido, yo debo dejar mi mente vacía. No es conveniente que piense en por qué desea verme; me aterra crear expectativas imposibles. Me ilusiona que desee verme.

Sí. No me ha olvidado. Al menos, no del todo.

De alguna manera me necesita. Pero su deseo no es tan

vehemente como para ser él quien se desplace. Esa negativa a viajar para verme es como una gran cubitera, repleta de cubitos de hielo, cayendo inmisericorde sobre mi ardiente anhelo reavivado por aquella llamada. Seguro que nada tiene que ver con haber recuperado sus recuerdos, ni con la reversión de su amor por mí.

¡Cuidado!, me he prometido no volver a sufrir por Mauricio.

Madrid-Valencia 23 septiembre de 2019

Estoy instalada en una cómoda de cuero negro. Enfrente, una pantalla. Me ofrecen unos auriculares que acepto. Me dan a elegir un periódico, lo coloco en la mesita que se desprende de la butaca que está delante de la mía. A mi izquierda, un enorme escenario que ahora permanece estático, pero sé que habrá momentos que se moverá hasta alcanzar los 310 km por hora.

Siento que la despreocupación se ha adueñado de todo lo que soy. Puedo dedicarme a la contemplación, en paz, sin prejuicios. Al llegar sabré lo que ocurre.

Mi mirada será para la gran ventana que se brinda a mostrarme el paisaje, en sesión continua, durante poco más de una hora.

Empieza el recorrido puntualmente, bajo un cielo azul con algodones que van cambiando de forma, primero lentamente y poco más tarde con precipitación. Siento que un prestidigitador está jugando a estirarlas y encogerlas, a cambiarlas de forma y lugar, incluso a esconderlas sin que yo pueda apreciar el truco.

El paisaje, como en un ballet, danza y ondula a su gusto. Praderas verdes atravesadas indiscriminadamente por diversas líneas y en distintos sentidos que no parecen significar nada, como un cuadro abstracto con vida que no me da tiempo a analizar. Montañas que se superponen y se retiran para volver a juntarse cambiando de lado y dejando apreciar que no están tan unidas a pesar de existir buena armonía. En segundos se puede distinguir que existe gran distancia entre ellas, incluso caminos o carreteras que dibujan misteriosos diseños por donde se ve circular toda clase de vehículos escoltados a veces por árboles de distinta altura e intensidad en sus colores. Parece el juguete automático de un gigante que se ha cansado del Scalextric y ha buscado un circuito más completo y sofisticado.

Baja el telón y durante unos instantes todo se oscurece. Cuando sube el telón el paisaje ha cambiado y se ha vuelto a iluminar con más fuerza.

El experto prestidigitador ha guardado sus nubes dejando que el sol brille libremente, dando esplendor a un valle de poca profundidad, con un pueblecito que se exhibe en sus suaves laderas. Las ligeras pendientes se unen con inusitada rapidez a otras lomas. Me doy cuenta de que ya no danzan las montañas, ni siquiera se acercan al

escenario. A lo lejos, una tapia metálica protege un extraño campo, que cultiva electricidad. Un tren discurre paralelo en sentido inverso; me impide ver una parte del espectáculo.

Grandes extensiones de naranjos desfilan sin solución de continuidad. A pesar de que el tren avanza a 300 km por hora, puedo admirar sus dimensiones y apreciar los cambios de tonalidades, verde intenso, marrón verdoso, de nuevo verde con manchones grises, solo gris sobre verde. Bajada de telón.

Una llanura pedregosa entristece el paisaje, cuando el telón se levanta de nuevo, pequeños y amorfos dibujos, unos en verde oscuro otros en marrón, rompen la monótona imagen.

De nuevo verdes y extensas llanuras bajo un cielo luminoso. El paisaje se mueve de forma ondulante como olas verdes que no llegan nunca a la playa. Cuando el tren para por primera vez, todo parece llano, pero en cuanto reanuda la marcha vuelve a ondular con suavidad. La temperatura exterior ha subido de forma notable, me empieza a invadir una especie de alegría.

No, todavía no he tomado el café que me han servido. Es este cielo, esta temperatura que anuncia el propio tren y la proximidad de mi destino. Funcionan como una inyección de adrenalina que va directamente a mi espíritu.

Busco su rostro entre la gente que espera.

Impaciente.

Tardo en localizar esa cara morena que tantos sentimientos encontrados me ha ocasionado…, que todavía me ocasiona.

Lo veo.

Me ve.

Levanta la mano saludando.

Le correspondo.

Nos vamos acercando.

El saludo es afectuoso. No es un abrazo con fuerza, todo lo contrario: es suave, contenido, largo.

Solo he cogido el maletín de fin de semana y el bolso. Mauricio

toma el primero y me guía hasta a la salida. Montamos en un coche que, desde luego no es el suyo, me refiero al que yo conozco, el que trataba de localizar absurdamente. Apenas hablamos, tan solo los socorridos enunciados de un encuentro. A los pocos minutos se detiene y estaciona el vehículo. Estamos en el centro de la ciudad.

—Vamos a entrar aquí, podemos hablar con sosiego.

—Aunque trato de estar serena y no espero milagros, la situación empieza a avasallarme. Se impone la espera sin querer hacerme preguntas.

Ahora sabré qué pasa realmente.

Nos sentamos en un rincón discreto de una amplia cafetería del centro. Es la cafetería de un hotel. Mauricio mira a todos los lados discretamente, no tanto como para que yo no lo perciba. Comienzo a impacientarme.

¿Qué ocurre?

—Adriana… —empieza al fin Mauricio, y mi nombre parece música cuando llega a mis oídos, lo ha pronunciado dulcemente—. Desde que nos vimos he estado muy inquieto, algún resquicio has abierto en mi mente y, cada vez con más frecuencia, veo imágenes que deben de pertenecer a mi vida anterior. Son como flashes que desaparecen inmediatamente. Pero también parece un rompecabezas.

»Apenas nos hemos visto unas horas en un par de días, sin embargo, apareces con mucha frecuencia en esos flashes, creo que solo puede ser por dos cosas: o me has causado una impresión más fuerte de lo que entiendo que debería ser normal o tienes algo que ver conmigo, lo que nos llevaría a decir que yo soy el Mauricio que tú buscabas. A veces pienso que me voy a volver loco, te deseo con tanta fuerza que solo teniendo en cuenta la segunda hipótesis tiene sentido. A mi novia le he dicho que no me siento bien y que creo que antes de dar el paso al matrimonio necesito saber quién soy y qué pasó realmente. Ella no lo entiende y ante mi insistencia se ha enfadado conmigo y me ha dado un ultimátum. «Si me quieres —me ha dicho— no necesitas saber nada más». Pero yo necesito saberlo todo.

» Ya sé lo que te dije el día que nos vimos por primera vez. No lo he olvidado. De hecho, no he olvidado nada de lo que pasó aquel día, pero ya no pienso lo mismo.

Tengo que hacer un enorme esfuerzo para no echarme en sus

brazos y contarle, mientras lo beso y me abraza, todo lo anterior a su accidente. Deseo decirle toda la verdad, pero también pienso que estamos en el buen camino y me retrae la duda de cuál será su reacción cuando sepa esa verdad. Él me mira suplicante, pero antes yo quiero saber de qué imágenes hablaba y, desoyendo su insinuación y mi deseo, empiezo a preguntar por ellas.

—Verás, me veo contigo en actitudes que no quiero describir para que no te sientas incómoda, pero eso, aunque me preocupa saber por qué, también me complace, me produce satisfacción, deleite. Pero hay otras visiones mucho menos agradables. No es posible que las unas y las otras sean efecto de mis deseos. Nunca podría desear sentir lo que siento con esas otras visiones.

Me impaciento y lo animo con la mirada a que me hable de una vez de esos flashes. Al fin dice:

—Veo caras desconocidas. Veo con demasiada frecuencia una casa vieja como de pueblo abandonado. Son imágenes oscuras, casi no puedo ver la cara que tengo enfrente, pero sé que hay alguien que me apunta con una pistola. En otros momentos veo otra cara que también pertenece a un hombre desconocido, la veo algo más nítida; este parece que me defiende y me ayuda a huir, pero el fondo de la imagen es la misma casa abandonada. A veces tiene otro aspecto, pero yo sé que es la misma casa. Veo arder mi coche. Veo… tu cara amorosa pidiendo que vuelva pronto a tu lado.

Tiemblo escuchándolo.

—Todo esto que te cuento, aparece y desaparece desordenadamente. Se repiten las mismas escenas y las mismas caras y solo identifico la tuya. He llegado a pensar que los tres formáis parte de un complot contra mí, pero la angustia que siento ante cada una de estas escenas es muy distinta. La de la pistola me sorprende y me asusta; la del que parece ayudarme también me asusta, a pesar de que debe estar de mi parte; la tuya no solo me ocasiona cosas positivas, a veces me produce nostalgia, dolor… No sé, siento lo mismo que cuando percibo que perdí a mis padres por un accidente. ¡Ayúdame, Adriana, te necesito!

No logro definir su intensa mirada. ¿Es súplica y desesperación? Tal vez es miedo y esperanza.

Toma mis manos y las estruja hasta hacerme daño. No puedo evitar un quejido.

—¡Perdona!, ¡perdona! ¿Te he hecho daño? Es lo último que deseaba hacer.

Y suelta mis manos, que es lo último que yo deseaba que hiciera.

—¿Cómo es esa casa?, ¿sabes dónde estás? A veces incluso en los sueños es posible tener claro dónde te encuentras, aunque lo que ves en el sueño no se parezca en nada a la realidad.

—No, no tengo ni idea ni sospecha. Y no se parece a nada de lo que yo recuerdo en mi vida.

—¿Tampoco recuerdas en el sueño adónde ibas o de dónde venías?

—No —responde encogiéndose de hombros—, además, unas veces veo mi coche ardiendo y otras lo veo nuevo, bueno será al revés, primero estará nuevo y después arderá.

—Me parece más importante saber qué sensación te produce cada una de esas escenas.

—Si quieres que te sea sincero, preferiría no recordar ni sentir nada, pero ya está abierta la caja de los truenos. En cuanto a lo que siento…, sorpresa y miedo, en algún momento agonía. El que me apunta con la pistola lo siento como un amigo, muy amigo. Me sorprende el cambio de actitud, aunque no recuerdo nada anterior a ese momento, pero sé que me sorprende de forma dolorosa y después me asusta, realmente siento el tránsito entre la confianza, la sorpresa y al final, siempre el miedo. Me despierto muy angustiado y comprendiendo que me ha fallado mi amigo, mi hermano. ¿Tendré un hermano? La policía no ha descubierto ningún familiar mío vivo. En realidad, la policía no ha descubierto nada.

—¿Le has contado a la policía todo esto?

—No, mientras no me aclare un poco más, creo que no serviría de nada. Pero ya que los recuerdos han empezado, espero que se amplíen y pueda recomponer lo que me ocurrió.

—Dime una cosa, Mauricio, ¿cómo te sientes ahora a causa del enfado de tu novia? —le disparo a quemarropa.

—Es extraño, estaba convencido de estar muy enamorado de ella, pero solo hace una semana que ocurrió y sin embargo me siento muy tranquilo, como si en lugar de anular una boda hubiera anulado la cita

para tomar un café.

Me dan ganas de saltar, de bailar, evito mirarlo de frente para que no aprecie la alegría que me produce su comentario.

—Mauricio —digo cogiendo con delicadeza sus manos—. ¿Sabes? Es verdad. Eres el Mauricio que yo buscaba. Te fuiste para solucionar un problema en vísperas de nuestra boda. ¿Recuerdas? Ya te conté cuando nos vimos en aquella plaza donde estabas tomando un café. —Yo no dejo de mirarle a los ojos, para ver su reacción, pero no advierto en ellos la sorpresa que esperaba, solo descubro lo atento que está al movimiento de mis labios, por lo que me animo a continuar con la información—. Eres médico cirujano y trabajamos en el mismo hospital, aunque tenemos distintas especialidades —ahora sí que sus ojos se redondean y parece sorprendido.

—Necesitaba oírtelo decir —dice al fin. Su voz se ha vuelto profunda y suave como una caricia—. Lo presentía. Para ser más exactos, empecé a presentirlo cuando me di cuenta de que añoraba tu presencia, pero no entendía que no me lo hubieras dicho. Seguro que mi comentario de que era feliz con la vida que llevaba ha tenido algo que ver.

—No lo dudes. Fue terrible oírtelo decir.

—¿Me odias por lo que te he hecho?

—No, ya no. Desde que hablé contigo dejé de odiarte, pero no sabes por lo que he pasado pensando que todo lo vivido era falso, que me habías traicionado deliberadamente. No lo podía entender. Nunca había dudado de tu amor y, de repente…

—¿Habrás tratado de olvidarme y tendré que volver a conquistarte? Bueno, para mí será como si tratara de enamorarte por primera vez, aunque siento que te he amado toda mi vida. Es como si de repente comprendiera que tú eres la persona con la que siempre he soñado.

—¿Pero estás seguro de tus sentimientos? Me asusta sufrir de nuevo, no es posible que unos meses atrás estuvieras tan enamorado de otra y que ya la hayas olvidado y tu corazón esté dispuesto de nuevo para mí. Por favor, Mauricio, no me vuelvas a hacer daño, no lo podría soportar, espera a comprobar lo que sientes.

» Te voy a informar de todo para ayudarte a recordar, lo haré en calidad de buena amiga, y esperaremos hasta que estés seguro de tus

sentimientos.

—Me parece bien, Adriana, comprendo tus dudas, pero estoy muy seguro de lo que siento por ti. ¡Es algo tan profundo! Ahora mismo todo lo que deseo es abrazarte y besarte, aunque solo sea una vez. Pero esperaré. Y ahora que me has confirmado que soy «tu Mauricio», si crees que volver a mi vida me puede ayudar, estoy dispuesto a volver a Madrid, aunque en estos momentos la idea me causa mucha preocupación. Creo que me va a resultar muy difícil encontrarme con personas que me conocen, que quizás saben de mí, incluso más de lo que yo mismo sé…, y no reconocerlos. Creo que deberíamos alojarnos un par de días aquí, en Valencia, por lo menos hasta que me pongas al corriente de todo y logre asimilar mi realidad anterior al accidente. Después podremos decidir qué y cómo lo hacemos.

—De acuerdo —contesto llena de ilusión… y miedo.

Nos hemos instalado en el mismo hotel de la cafetería donde hemos tenido la conversación, naturalmente, en habitaciones separadas, aunque contiguas. Es la única forma de llevar a cabo el propósito que acabamos de acordar.

Valencia 25 de septiembre de 2019

Han pasado dos días. Han sido muchas horas de conversación. Muchas preguntas y respuestas. Pero por más que pongo todo mi interés en hacerle recordar lo que yo conozco, confiando en que eso le traiga otros recuerdos desconocidos para mí, no consigo ni el más mínimo avance.

No cambia nada. No sabemos por dónde empezar para desentrañar este misterioso viaje.

Al fin, decide que volvamos a Madrid, aunque primero quiere hablar muy seriamente con Belinda. Sin embargo, media hora más tarde, y aunque distamos menos de 10 km del lugar donde se encuentra su actual novia, decide que hablará con ella, pero por teléfono. Lo hace delante de mí. Pone el altavoz. Le comunica que se va a Madrid. Ella se pilla un enfado monumental y él solamente le dice: «Lo siento, no puedo seguir a ciegas, menos ahora que ya sé quién soy y a qué me dedicaba. ¿Sabes? —añade con una sonrisa, soy médico. Eso explica mi afán por permanecer en la clínica». Ella le cuelga sin responder nada. Me mira encogiéndose de hombros y sin desprenderse de su sonrisa. Yo a duras penas puedo contener mi gozo.

Justo en este momento recibo una llamada de Ángeles. La conversación es muy corta, no estoy para otras sutilezas, deseo saborear este instante, le digo que la llamaré en cuanto pueda, que es un mal momento y que ya le contaré.

Le explico a Mauricio que es una amiga que hice en un viaje en ferry investigando sobre su accidente. Es de un pueblo de Extremadura.

Mauricio hace un gesto extraño. «¿Extremadura?» —repite—. Pero creo que lo que de verdad le extraña, es saber que yo he estado investigando sobre su desgraciado viaje.

—Bueno —continúo—, de un pueblo de Badajoz, del que yo nunca había oído hablar.

Me sonríe y yo me derrito, pero casi de inmediato me pongo seria, no en plan sargento, es solo que no quiero que se note el calado de mis sentimientos y, mucho menos, la alegría que me produce advertir que lo estoy recuperando sin forzar nada.

—Mauricio. Se me está ocurriendo que, tal vez no vemos la forma de llegar a ninguna conclusión porque partimos de una hipótesis equivocada, debido al lugar donde tuviste un accidente. Porque tú nos dijiste a todos lo mismo: que te ibas a solucionar un problema de tu familia. ¿Recuerdas que tu familia es de Badajoz?

—Pues… no, no lo recuerdo, pero esto ya me lo has contado y yo he asumido que así debía de ser, pero, sinceramente, no lo recuerdo, ni entiendo adónde quieres llegar.

—Vale —continúo con mi idea—. Es posible que no nos mintieras a todos. Puede ser que tú partieras de Madrid hacia Badajoz. Verás. Si eres la persona que creemos todos los que te conocemos de antes del accidente, lo lógico es que tú te dirigieras a Badajoz, tal como nos aseguraste. Tal vez lo que dijiste era cierto. Que estabas en un hotel NH frontera con Portugal. Llegaste hasta ese lugar, y fue después cuando te desviaste o te desviaron hacia la Comunidad Valenciana. O tal vez ya no estabas en aquel lugar y alguien te obligó a mentirme. Si supiéramos a qué punto concreto te dirigías, o hasta dónde llegaste, en qué momento cambiaste de ruta o de destino, tendríamos mucho terreno ganado, pero tú dices que no recuerdas nada.

—Lo siento, pero no tengo ningún recuerdo que nos pueda servir de pista —dice como enojado, no sé si por mis preguntas o por no tener respuestas.

—No te estoy culpando de nada, solo acoto lo que necesitaríamos saber, por si, de repente, recuerdas algún dato que responde a alguna de esas preguntas. De momento, vamos a tomar como punto de partida la tesis de que nos dijiste la verdad y algo hizo que cambiasen tus planes; tal vez desde ese planteamiento podamos avanzar.

—¿Y si cogemos el coche en dirección a Badajoz y vemos qué ocurre durante el trayecto, tal vez no ocurra nada, pero tampoco perderíamos mucho por intentarlo, ¿no crees?

—Es justo lo que pretendía proponerte. Pero antes creo que debemos recorrer los sitios que frecuentabas habitualmente y hablar con tus amigos, por si algo te trae recuerdos que nos ayuden. Puedes ir a tu apartamento, revisar documentos. Tal vez aparezca el lugar al que te dirigías, o algún apunte hecho inconscientemente mientras hablabas con alguien por teléfono. No sé, cualquier cosa que no hayas intentado hasta este momento.

—¡Eres fantástica! No sabes cómo me ha emocionado saber que

tenía un apartamento y que todavía lo tengo porque tú lo estás cuidando, a pesar de que pensabas que ya no tenía nada que ver contigo. Me ilusiona pensar que vamos a hacer ese viaje juntos, que te voy a tener a mi lado a todas las horas. Ya, ya sé, a todas las horas no, pero casi.

Mauricio se ríe y yo cambio el gesto serio que he adoptado para que no se hiciese ilusiones de que íbamos a compartir lecho.

—¿Sabes? Creo que es el momento de contestar a Ángeles, me ha invitado varias veces a ir a su tierra para enseñarme las distintas excavaciones de la época de los tartesios y voy a aceptarla. Esa podría ser una buena excusa para el viaje del que hemos hablado. No es que crea que necesitamos excusas, pero toda tu historia es muy extraña, y si alguien no quería verte por aquella zona y de alguna manera te desvió… Bueno, que creo que es mejor que no se sepa adónde vamos, pero si se descubre, será mejor tener una excusa. —Oigo sorprendida una carcajada de Mauricio.

—No conocía esa faceta tuya tan novelera. ¿Antes también eras así o se ha despertado ahora tu instinto detectivesco?

—¿Es posible que no veas lo extraño de tu accidente? Uno de los detectives me dio a entender que pensaba que habían intentado matarte. ¿Por qué?

—No puedo saber cómo ocurrió, ni por qué —Mauricio adopta una actitud más seria para contestarme—, pero seguro que hay una explicación más sencilla.

Inmediatamente toma una decisión que pone en práctica. Mauricio llama a la clínica donde trabajaba, para decirles que tardará en volver algo más de lo que había calculado. Habla con las dos personas que considera sus ángeles de la guarda: Manuel Pisón y Samuel Carrasco. Son los doctores que han confiado en él y le han ayudado para conseguir un empleo y también lo han promocionado para los cursillos que se impartían de ayudante sanitario. Y lo que es más importante, el doctor Manuel es quien tras varias operaciones le ha devuelto a la vida y el doctor Samuel es la persona que se ha preocupado del postoperatorio y le ha enseñado a vivir de nuevo. Sé que les está infinitamente agradecido a ambos, por lo que pongo especial atención en la conversación. Les dice que no quiere perjudicarles y que por si necesitan ocupar su puesto, podían contar ya con su renuncia, que les haría llegar por escrito. Por lo poco que puedo escuchar y sus respuestas, deduzco que primero lo animan a

recuperarse junto a ellos y, ante la persistencia de Mauricio en su renuncia, lo animan a continuar con ellos cuando termine lo que ahora le impide volver a su puesto. No me extraña —pienso, entre malvada y divertida: un excelente médico cirujano, al precio de un ayudante de enfermería, además de recepcionista, no es para despreciar. Claro que ellos no lo saben todavía. Mauricio ha obviado ese dato. Seguro que Belinda no tarda en transmitírselo.

Belinda se apresura en llamar a su amante para informarle de que Mauricio está con Adriana y que ésta ya le ha contado que es médico, por lo que no cree posible que vuelva a Valencia. Ese puede ser el comienzo de la recuperación de sus recuerdos, pero también el fin de sus proyectos. Mauricio ha salido del círculo de su influencia y tal vez decida no casarse con ella, de momento ha retrasado la boda, antes quiere conocer toda su historia. Fuera de ese circulo en el que ella puede poner en práctica las instrucciones recibidas, ya no tendrá capacidad para conseguir sus propósitos, y aunque no le ha dicho que había recuperado la memoria, era un mal síntoma tener a su lado a la persona que podría ayudarle a recordar, y todos sus planes tienen riesgo de venirse abajo. Alguien tiene que hacer que esto no siga adelante. ¿Dónde están? Hay que localizarlos. Todo su futuro depende de su boda con Mauricio. Si pierde su influencia y decide volver con Adriana tendrán que cambiar todos los planes.

—Mañana saldremos camino de Madrid, si tú no opinas otra cosa —asegura resuelto al colgar el teléfono.

Al hacerlo, me doy cuenta de que su reacción es la que corresponde a la persona que conozco desde hace años, la que se iba a casar conmigo. Pero no siempre es así, a veces lo veo o lo escucho con alguna reserva, porque me parece inesperada su reacción y me pregunto si lo sigo conociendo. Y esto es algo que me desestabiliza, me hace sentir incómoda, como si la distancia entre nosotros siguiera existiendo; como si Mauricio tuviera una doble personalidad: la que me quiso y me olvidó, y la que se ha enamorado ahora de mí; como si solo yo fuera la que continúa inmutable. Pero eso tampoco es cierto, yo también he cambiado, si no ahora no estaría valorando su actitud, como si todo estuviera cronometrado y calculado y la falta de exactitud de lo que espero hiciese tambalear la confianza en nuestro futuro.

—De acuerdo —respondo tras un breve silencio—. Pero antes llamaré a Ángeles, puede que esté preocupada por la forma, tan poco



habitual, que he tenido de contestarle al teléfono.

MAURICIO

Madrid 3 de octubre de 2019

Me encuentro extraño en este espacio, y eso que a pesar de no reconocer mi apartamento me muevo por él como si lo recordara. Sin ninguna vacilación voy al frigorífico o al servicio, enciendo la tele o doy a los interruptores de la luz, a los de las persianas eléctricas y sin vacilar, debe de ser algo instintivo, pero no sabría decir dónde guardaba ninguna cosa; tengo que revisarlo todo como si fuera la primera vez. No soy capaz de encontrar nada. Mi instinto parece muy escasito, o muy selectivo.

La visita que junto con Adriana he realizado esta mañana al hospital no la he sentido como algo familiar, nada de lo que he visto me ha producido impacto, ni siquiera un sentimiento lejano de afecto o recuerdo, con una excepción: no lo puedo asegurar, pero juraría que uno de los que dicen ser mi amigo tiene algún parecido con el que veo en esos flashes que parecen evocaciones. Pero son recuerdos tan confusos que ni siquiera podría decir a cuál de los rostros pertenece: ¿al que me ayuda?, ¿al que me apunta con la pistola?, tal vez a ninguno. No he vuelto a ver esas imágenes y puede que esté un poco mediatizado por ver tantas caras que me resultan nuevas —en realidad, son caras que he debido de estar viendo a diario durante al menos tres años—, y por eso las confundo con la realidad. ¡Yo qué sé!

Me han recomendado que empiece un tratamiento con el neurólogo y el psicólogo, pero les he dicho que, aunque mañana mismo el neurólogo me va a hacer una revisión, primero vamos a hacer un viaje al lugar donde se supone que iba cuando tuve el accidente. Si no consigo recordar nada, a mi regreso me someteré a mis colegas, lo he prometido.

Pienso que de momento no está dando ningún resultado la idea de venir a Madrid y encontrarme con mis compañeros. Todos me hablan muy ilusionados con mi vuelta. Viéndolos cómo se comportan conmigo, pienso que me apreciaban, bueno, que me aprecian. También han acordado que no me van a tratar como a un enfermo, pero antes de volver a ocupar mi puesto, me proponen que realice las visitas de los pacientes con quien ahora está ocupando mi lugar. Piensan que si en el hospital de Valencia yo estaba a gusto,

posiblemente, también mi instinto funcione aquí en mi trabajo, o al menos aparezcan nuevos recuerdos que me ayuden; además de complementarlos con la farmacopea que me recomienden los profesionales a los que he prometido someterme a mi vuelta. Pero, tras este primer contacto con todos ellos, creo que estoy más convencido de que necesito repetir el viaje que supuestamente hice cuando tuve el accidente.

Me siento cada vez más unido a Adriana, no sé si me he vuelto a enamorar o si lo que siento es el mismo amor que ya sentía antes de que se trastocase mi vida. Es cierto que, al verla por primera vez, bueno, cuando creí que era la primera vez, algo me atrajo de su figura o de la interesante personalidad que se intuía por su aspecto, su forma de caminar, su elegancia… Pero me encontraba comprometido con Belinda, pensaba casarme con ella. ¿Qué sentía entonces por Belinda? ¿Agradecimiento? No sé. Estaba totalmente convencido de que ella era la mujer de mi vida. ¡Pobre Belinda! Tendré que hablar con ella y contarle lo que ocurre. Por el momento está tan enfadada conmigo que parece inútil toda explicación. Ella tan dulce, tan afectuosa, tan dispuesta para ayudarme y darme confianza en todo momento, pero tampoco sé cómo explicarle lo que me ocurre por medio del teléfono. Será mejor cuando pueda darle datos más concretos. A menos que se le pase el enfado y me llame, entonces, si quiere escucharme, le contaré la verdad con el mayor cuidado, para no dañarla más de lo imprescindible. No se merece esta situación. Evitaré decirle el profundo amor que siento por Adriana. ¡Qué forma más diferente de sentir el amor! ¡Adriana!

No sé cómo era antes mi vida, no sé cómo me sentía, ni cómo estaba de enamorado, ni siquiera sé si de verdad tenía pensado volver para casarme con ella, pero deseo que esa sea la verdad. Recuperar la memoria y que todo coincida con lo que Adriana ha tratado de hacerme recordar. Es lo que más deseo. En mi trabajo no me preocupa tener que afrontar todas las preocupaciones que siempre lo acompañan, pero en mi vida privada deseo una vida tranquila junto a la mujer que quiero y he querido, junto a los que han sido mis amigos…

Necesito hacer el viaje a Badajoz.

Estoy deseando iniciarlo, puede que me aclare algo. Es espantoso estar tan lleno de dudas y tan escaso de identidad, hasta puede que me esté engañando yo solo y únicamente sea un vividor que hizo una parada en este hospital mientras conseguía algo que desconozco.

¿Qué pretendía resolver yo por Extremadura? ¿Y el asunto de la herencia de mis padres sería una excusa? Ya hemos comprobado que no existe tal herencia. Tengo muchas dudas sobre mí mismo: ¿quién soy? ¡Ya! Un doctor que se llama Mauricio y que tenía un puesto de trabajo ganado con su esfuerzo y que estaba a punto de contraer matrimonio —eso me asegura Adriana, hasta cuando lo pregunto de forma retórica—. Pero, qué casualidad, me voy de viaje sin dar demasiadas explicaciones, justo en vísperas de contraer matrimonio. Saben todos que algo tenía que hacer, pero nadie sabe el qué, ni adónde me dirigía con exactitud. Es muy extraño. ¿Por qué no le di a nadie explicaciones concretas? Es como si no tuviera confianza con nadie. Y lo que ha ocurrido después es aún más extraño. Nadie ha aparecido para reclamarme el coche, ni se ha preocupado por mi vida. Claro, salvo Adriana. ¿Adónde me dirigía por la carretera de Valencia? Si como dice ella, la llamé desde un hotel en la frontera con Portugal, ¿por qué cambié de rumbo? ¿Qué le pasó a mi coche? ¿Quién me proporcionó uno alquilado?

Creo que deberíamos hacer el viaje a Badajoz cuanto antes.

Ella ha decidido quedar con su amiga, entre otras cosas, para justificar este viaje, no sé si eso es necesario, ni si servirá para algo, pero, por intentarlo…

Mientras doy vueltas a estos y otros rompecabezas, son muy variados los actos que realizo por inercia en mi casa. Además de ir directamente y sin vacilar a los pocos pero distintos lugares del apartamento. Mi psicólogo dice que eso simplemente confirma que he perdido la memoria explícita, pero conservo la implícita.

Madrid 4 de octubre de 2019

Hoy he dado un paso más, algo que me ha sorprendido. Cuando estaba preparando mi maleta para este viaje que ansiamos sea revelador, junto al neceser de viaje que pretendo llevarme, encuentro un estuche que he abierto sin ninguna pretensión, pero sí con curiosidad —como la mayoría de las cosas que se evidencian, o descubro en mi casa desde que he vuelto—. En él, junto con las tijeras, el cortaúñas y otros utensilios semejantes, se encuentra una llave de color y tamaño similar al resto de los útiles que contiene. Llave que yo tomo al verla y, sin pensarlo, me dirijo a mi dormitorio, retiro las cortinas y me agacho. En un cuadrante que parece un enchufe de la luz, la introduzco y la giro. Solo al extraer el largo cajón con forma rectangular y ver que contiene dos toscas y arcaicas llaves, comprendo

lo ocurrido y me pregunto ¿hasta qué punto mi inconsciente recuerda más que mi consciente? Porque, a partir de ese momento, no tengo ni idea de a qué cerradura pueden pertenecer ni por qué están en esa especie de caja fuerte escondidas junto a unas pocas joyas, que supongo son de mi madre. Si alguien me hubiera pedido que buscase esas llaves, me habría resultado imposible localizarlas, no tenía ni idea de que existiera esa caja.

Miro su contenido y me ocasiona una profunda tristeza: hay dos alianzas cada una con una inscripción que rezan: Helena Delgado y Pedro Tapia. Son las de mis padres. También una cadena con una medalla y una pulsera con colgantes, sin duda de mi madre. Si no me lo hubiera confirmado Adriana, esto reforzaría mi sentimiento de que ellos ya habían desaparecido de mi vida, aunque sigo sintiéndolos muy dentro de mí.

Me falta tiempo para llamar al móvil de Adriana. Quiero contárselo con pelos y señales, pero, sin terminar la primera frase, ella me aconseja que tenga paciencia, ya está llegando a mi casa y hablaremos de lo que haga falta. Imagino que sigue con su paranoia y teme que yo le descubra algo a alguien que nos está escuchando. Me da la risa al oírla, pero… ¿y si al final tiene razón?

La espero impaciente, tratando de escuchar en el pasillo exterior el repiqueteo de sus zapatos de tacones imposibles. Mientras sigo rumiando la idea:

Las llaves son extrañas, sin duda. De esta época no son. Quizás de algún portal de casa antigua, de cuando los serenos abrían las puertas, porque no había vecino que fuese capaz de cargar toda la noche con semejantes bártulos. Seguramente sería preferible quedarse en casa, a salir teniendo que cargar con ellas. No sé, pueden ser de alguna casa en la que han vivido mis padres cuando se vinieron aquí desde Badajoz. Lo que no entiendo es por qué las guardo tan en secreto y como un tesoro.

Ya escucho su taconeo, no espero a que abra la puerta, soy yo el que me precipito a facilitarle la entrada.

—Ya estoy aquí. A ver. ¿Qué es lo que tenías tanta prisa por contarme? Ya ves que estaba al lado, cinco minutos de reloj me ha costado en llegar.

Le enseño las llaves y le cuento cómo las he encontrado. No se demora en preguntar:

—¿Puede ser la llave de la casa de pueblo, esa que me contaste que ves en tus flashes?

Me quedo sin palabras, voy a contestar con una broma, pero de repente me viene a la mente esa imagen de patio de casa de labranza, no veo la puerta, pero seguro que se abre con una llave de este pelo. ¿Y eso qué quiere decir? — pregunto— ¿Esa llave hay que guardarla en una caja fuerte como si fuera la llave de un tesoro? ¿Qué misterio esconderá? Porque a menos que yo sea imbécil, ¿por qué voy a esconder esas llaves junto a la cadena y la medalla de mi madre?, a lo mejor tengo que investigar de qué material están hechas a pesar de parecer de hierro —Adriana ni siquiera sonríe, pero resuelve rápido:

—Mételas en tu maleta. Quién sabe qué pueden abrir.

—Pero estas llaves no me las llevé al viaje del accidente. Si hubieran tenido que ver con ese viaje, no me las hubiera dejado aquí bien escondidas, ¿no crees?

—¿Y si tenías un par de juegos de llaves y te llevaste solo uno? Porque ¿para qué querías las dos, si ibas solo? —Adriana tiene respuestas para todo.

—Está bien. A la maleta, ¡ja, ja, ja! —No puedo evitar reírme mientras aseguro—: No sabemos adónde vamos, pero nos llevamos las llaves de la puerta.

Esta vez Adriana ríe también con una risa franca que me atrae con fuerza. Pero soy yo quien, llevado por un impulso, la atraigo hacia mí. He sido irreflexivo. Ella no se opone. Nos fundimos en un largo y profundo beso.

Al separar los labios, nuestras frentes se resisten y permanecemos así unidos unos instantes. Parece que nuestras vidas están en juego si nuestros cuerpos no siguen en contacto.

De nuevo es Adriana quien me anima a terminar la maleta, para empezar la ruta cuanto antes. Obedezco, aunque ahora mismo no me importa otra cosa que no sea repetir y prolongar el beso. La miro de soslayo y observo en su mirada, que se vuelve hacia mí, el mismo deseo que me invade. Rauda, me advierte que no es el momento, que todo saldrá bien y podremos unirnos para no separarnos nunca. Decido terminar la maleta, retrasada por el hallazgo de las horribles llaves.

Madrid-Badajoz 5 de octubre de 2019

Hemos resuelto dividir el trayecto en dos, la primera parte hasta Mérida donde pararemos a comer. El propósito es que yo pueda concentrarme en sentir y recordar el viaje. Suponemos que si realmente llegué hasta Badajoz, el primer tramo no debe significar nada. Iré muy atento por si algún signo me recuerda a algo o a alguien.

Desayunamos en la cafetería que hay debajo del apartamento de Adriana. Ella quiere conducir esa primera parte del trayecto y yo no tengo ningún inconveniente en que lo haga, al fin y al cabo vamos en su coche. Creo que el motivo principal para que yo sea el copiloto es lo poco que se fía de que recuerde las carreteras por las que tenemos que circular, como si estas no estuvieran llenas de señales. Lo pienso porque ella misma me había comentado en conversaciones anteriores que siempre que iba conmigo prefería que fuera yo el conductor.

Antes de iniciar el viaje y en previsión de una posible llamada de su madre, es Adriana quien la llama. Todavía no le ha querido contar que estamos juntos de nuevo, aunque no se si en la situación que vivimos se podría utilizar la expresión “juntos”. Dice que lo hará cuando volvamos del viaje, porque confía que para entonces mi enigma haya quedado resuelto. Seguramente sus padres reaccionarían con gran desconfianza hacia mi, si no podemos aportar más datos.

Ningún incidente en el camino. Paramos en un par de ocasiones, la primera para tomar un café y la segunda un refresco. Ningún recuerdo. Nada altera la rutina del viaje en ninguna de las cafeterías. No hay sensaciones ni sentimientos que sirvan a nuestro propósito. Llegamos a la una y media, antes de la hora en que habitualmente comemos. Paramos a la entrada de Mérida. Pero nos planteamos el quedarnos a comer allí como habíamos previsto o si seguimos ruta.

Como la intuición de Adriana es que pude venir de Badajoz a Mérida por la herencia de mis padres y que tal vez nos ayudó algún abogado de aquí, yo ya había hecho el esfuerzo de intentar recordar algún nombre de abogado de esta comunidad sin ningún resultado. Con Notaría y Registro de la Propiedad ya habíamos hecho las posibles gestiones vía internet. Tras solicitar «últimas voluntades», Notaría nos vuelve a entregar las que ya tenía de mis padres, y en los distintos Registros de la Propiedad no había nada nuevo a nombre de

ninguno de ellos. Por lo tanto nuestra misión en Mérida no tenía otro objeto que parar a comer

Ángeles llama a Adriana en ese momento para confirmar que nos podremos ver en Mérida dentro de cuatro días. Adriana no le dice que ya estamos allí.

Solo nos queda una media hora para Badajoz y ninguno de los dos tiene prisa por comer, así que decidimos seguir hasta nuestro destino definitivo. Nos disponemos a hacerlo en el primer restaurante que nos pille de paso al hotel. Durante la corta ruta sigo intentando recordar, es curioso que nada me parezca totalmente desconocido y sin embargo no tengo ningún dato concreto que pueda recordar.

Ya estamos en Badajoz. Entramos a un restaurante que nos pilla de paso al hotel según marca el GPS. Entro observando a cuantas personas me cruzo camino de nuestra mesa. Sería mucha casualidad que alguien de aquí me reconociera, pero no dejo de observar a las personas que me rodean esperando un gesto que delate que ya me conocía. Nada, no ocurre nada, a cuantos me rodean les resulto totalmente indiferente. Es un restaurante de tantos con una carta sin demasiado atractivo, pero nuestro estómago no está muy exigente. Pedimos lo mismo: Una sopa de cebolla y un solomillo con foie.

A la típica pregunta del camarero de ¿qué vamos a tomar para beber?, respondo que una botella de Rioja Alta. Adriana me mira sonriendo con cara que yo catalogaría de satisfacción. Supongo que era lo que quería, pero lo cierto es que no se lo he consultado. Tal vez esa sonrisa esconda una regañina por no haberle pedido opinión. No me privo de preguntarle aunque sea a destiempo.

—¿Qué significa esa sonrisita? ¿He acertado con el vino, o te molesta que no te haya consultado? —Su sonrisa se amplía cuando me informa.

—Eso era lo que solías pedir siempre para los dos en las comidas habituales. Es decir, cuando no había celebraciones, porque en ese caso eras más preciso, pedías “gama alta”, aunque de la misma bodega.

Está claro que ella se alegra al reconocerme en mis costumbres. Por mi parte, esto hace crecer mi esperanza de recuperar la memoria.

Nos ponen en el centro unos taquitos de jamón para entretener la espera. Abre la botella y me ofrece probarla. ¡Muy bueno!, afirmo después de hacerlo. La sopa tiene una hermosa costra de sabroso

queso y el solomillo está que se deshace en la boca. La verdad, está todo mucho mejor de lo que esperábamos. La conversación gira en torno a esos caldos de La Rioja y algunas de mis costumbres cuando la visitaba. No tomamos postre. Solo café. Nos levantamos de la mesa satisfechos.

Tenemos el coche muy cerca y tengo pocas probabilidades de cruzarme con la gente, aún así, tanto al ir al restaurante como dentro de él, o al volver al coche, me siento como un búho. Mirando con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, en todas las direcciones y a todo el mundo, esperando que alguien haga un gesto, aunque sea leve, de reconocimiento. Rápidamente me lanzaría hacia él tratando de que me contase algo de mí mismo: «Dime, ¿de qué me conoces?» —le diría— y tal vez haya un pequeño cabo del que tirar para recomponer este rompecabezas.

Nos dirigimos a nuestro destino principal: NH Hotel Gran Casino Extremadura, junto al río Guadiana (diez minutos a pie del centro). Es el único de esta cadena.

Lo lógico es que sea este el hotel donde me detuve y llamé a Adriana para asegurarle que todo iba bien. Eso en el caso de que yo fuese sincero con ella, al menos respecto a esa llamada.

Al registrarnos no parece que mi cara o mi nombre les recuerde nada a los que nos atienden. Este hotel, como su nombre indica, tiene casino. Deben de pasar infinidad de documentos de identidad por las manos de estas personas a lo largo del día y sobre todo de la noche. Esta noche, después de cenar, lo visitaremos, más por no dejar de indagar todas las posibilidades que por confiar en que allí alguien me conozca entre tanta gente que va y viene, pero, quién sabe. Adriana dice que no me conoce afición por el juego; eso parece reducir mis posibilidades de haber estado allí. Lo que no quiere decir que todo el que venga a este hotel tenga que ser un ludópata. Seguro que hay mucha gente que ni se arrima a la sala de juego y otros que lo harán solo por curiosidad. Es un buen hotel y eso basta.

Las habitaciones son amplias y luminosas, de camas grandes y almohadas de aspecto confortable, una mesa escritorio junto al gran ventanal con servicio de cartas, papel y bolígrafo, una butaca reclinable al otro lado del ventanal y un gran armario a la entrada frente al cuarto de baño. Disponen también de una salita con dos sofás de dos plazas cada uno, en torno a una mesa rectangular baja y frente al televisor. El cuarto de baño es de cómodas dimensiones para

dos, con cabina de ducha y bañera. Después de ver la habitación de Adriana me dirijo a la mía. Es idéntica. Hemos quedado para dentro de dos horas. Lo justo para poner la ropa en el armario y tumbarnos un rato, hemos comido tan tarde que nos volveremos a encontrar casi a la hora de la cenar. Esta noche tendremos que trasnochar.

La cena en el restaurante del hotel, tampoco nos ha proporcionado ninguno de los progresos que esperamos o deseamos. En el casino hay muy buen ambiente. No recuerdo haber estado nunca en ninguno, aunque es posible que sí lo haya hecho. Nos dirigimos a la barra del bar para tomar una copa mientras damos un paseo por entre las mesas de juego y observamos la sala, dando opción a que me vean, a la espera de que alguien tenga esa reacción que hasta ahora no ha llegado. Una mirada de reconocimiento, tan solo eso es lo que espero y lo que llevamos esperando desde que iniciamos este viaje. Al acercarnos, hay un señor trajeado, de aspecto enjuto, allí sentado y juraría que es a mí a quien mira sonriente y me saluda con un movimiento de cabeza, que parece de sorpresa. (A pesar de mis expectativas, mi ser recoge el mensaje de alerta, pero, contra lo previsto, no hago nada, ignorante del significado de aquel saludo; temo interpretarlo mal, tal vez un error debido a mi ansiedad por que ocurra). Nos sentamos en los únicos taburetes que vemos vacíos. Dirijo la vista al lugar donde estaba el desconocido, pero ya no está, se ha levantado. Se acerca y me extiende la mano con una sonrisa más amplia y que juzgo franca, auténtica, para volver a saludarme de una manera más formal, a la vez que me sorprende con su pregunta:

—¿Qué tal está, Mauricio? ¿Ha vuelto para probar suerte? ¡Ya se lo ha pensado! Ha tardado usted en volver. Al menos, yo no le he vuelto a ver por aquí, eso que sigo viniendo todas las noches a tomarme una copa y a jugar una partidita. Estuve esperando coincidir con usted durante unos cuantos días. Bastantes. Después de tanta suerte pensaba que no tardaría en repetir…

No esperaba esta forma tan rotunda de reconocimiento. Lo escucho sin terminar de dar crédito a sus palabras. Nada de lo que tenía pensado decir acude a mi mente. Trato de seguirle la corriente, puede que me confunda, pero creo que él no se equivoca. Al dirigirse a mí, me ha llamado por mi nombre. Tal vez esta sea la persona que pueda arrojar luz en esa parte oscura de mi vida.

—Discúlpeme, apenas recuerdo qué día fue, ni cuánta suerte tuve. Sin duda, debí de beber demasiado.

—¿Qué dice? No le vi tomar ni una gota de alcohol en toda la

noche. ¿De verdad que no se acuerda de nada, a pesar de ser una noche tan afortunada? ¿Tampoco se acuerda de mí?

No sé qué cara pongo, pero sé lo que siento; he encontrado la tabla a la que poderme asir, el cabo del que tirar, casi no me atrevo a creerlo, pero él insiste:

Pero ¿no me recuerda? Soy Jaime, la persona que jugó en su casilla de blackjack aquella noche memorable. Su amigo se las ingenió para que yo no pusiera mis fichas en su casilla, dijo que le daba mala suerte, pero usted fue muy amable y me invitó a que lo hiciese en la suya. Quedó claro que no era yo quien le daba mala suerte a su amigo, ¿eh? Perdone —dice mirando a Adriana como si la acabara de descubrir—. Estoy hablando demasiado, ¿verdad?

—No, qué va —me apresuro a contestarle, todavía impactado por lo que imagino es un auténtico golpe de suerte, ¡él me ha visto acompañado por alguien! —, puede usted hablar con toda tranquilidad, mi novia está al corriente de todo.

—Eso suponía, al menos usted eso me dio a entender cuando hablaba de ella. Por cierto, no sé si le he entendido mal o ha dicho que era su novia. ¿No se iba a casar usted esa misma semana? Perdone, ¿estoy metiendo la pata?

No sé qué pasará por la mente de Adriana, pero la mía elucubra a toda marcha, creo que he encontrado el hilo de Ariadna que me permitirá salir de este laberinto. Ese comentario suyo me confirma que estuve con él y que al menos llegué hasta aquí, lo que aumenta la extrañeza del lugar del accidente. Ella me mira como preguntando ¿qué debemos hacer?, ¿cómo manejamos esta situación? Pero lo solventa rápidamente y se limita a decir:

—No se preocupe. Así debía haber sido, pero surgieron problemas y todavía no hemos celebrado la boda.

—Lo siento —le oigo decir como si él tuviera la culpa.

—Escuche —contesto impaciente, sin esperar a que continúe—, ¿se acuerda de la persona que me acompañaba?

—Sí, igual que de usted; para mí fue una noche memorable y muy difícil de olvidar.

—Creo que deberíamos hablar sobre aquella noche, pero no sé si puedo contarle lo que me pasó. Lo que tengo que contar y lo que le

quiero preguntar es muy delicado, pero de mucha importancia para mí.

—Creo que sé lo que quiere decir: es que no sabe si confiar en mí. Lo entiendo. No sé si le servirá, pero recuerde que yo le recomendé el restaurante de un amigo y aquí en el casino casi todos me conocen —mientras lo dice, saca su DNI y nos lo va pasando, primero a mí y después a Adriana. Su nombre es Jaime Díez, nacido en el mismo Badajoz, trato de memorizar su calle. Parece bastante más joven que al natural, debe de ser porque en la foto no se aprecian sus canas. O tal vez cuando se la hizo no estaba tan delgado. Su foto tampoco me dice nada.

—Ese es mi problema —digo con cautela, temiendo equivocarme—, es que en ese viaje perdí la memoria, precisamente he vuelto aquí para tratar de recordar y usted parece que me puede servir de gran ayuda.

Me mira con el ceño fruncido y contrayendo la boca, parece perplejo. Reacciona enseguida.

—Si en algo puedo servirle, estaré encantado. Me sentía, en cierta manera, un poco en deuda con usted por permitirme compartir las ganancias de aquella noche de forma tan poco habitual entre los jugadores del casino.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vaya, ya sabe. Normalmente, el que está sentado, aunque no tiene más remedio que permitir que otros apuesten en su casilla, no los suele tener en cuenta a la hora de tomar decisiones, sobre todo si las apuestas son por el mínimo, como era mi caso. Sin embargo, usted me consultaba y aceptaba mis sugerencias, ¡y no nos fue nada mal!, ¿eh? —Lo dice con una alegría que hasta parece que le brillan los ojos, pero de inmediato se pone serio—. Perdone, olvidaba que usted no recuerda nada, pero si quiere, yo se lo contaré todo, igual así le ayudo a recuperar la memoria. Imagino que lo que sí sabrá es que nos llevamos entre los tres más de medio millón de euros. No sé cómo fue el reparto; yo, 50 000 € más las abundantes propinas que di, y ustedes el resto, aunque usted, Mauricio, fue el que ganó la mayor parte, por no decir todo. No tengo ni idea de si iban a medias, lo que sí sé es que a su amigo no le iba tan bien como a nosotros y fue él quien, además de continuar jugando en su propia casilla, se puso a jugar también en la de usted. Aunque a mí ni me dirigió la palabra, se veía claramente que yo no le gustaba demasiado. Menos mal que Mauricio —dice

dirigiéndose a Adriana— continuó contando conmigo.

Decido confiar, pero no le explico todo lo que sé, únicamente le digo que tuve un accidente, que en ese momento iba solo, y que no sé con quién me encontraba antes del accidente, ni qué ha pasado con mi acompañante; creo que es lo mínimo que le debo contar y lo máximo que necesita saber.

Nos cuenta anécdotas de aquella noche, poco a poco se va animando y describe minuciosamente lo que hicimos, pero no aflora ningún recuerdo a mi mente.

—Yo vengo todas las noches a jugar una partidita, con las fichas más baratas, solo pretendo pasar un rato, a veces tengo suerte y aguanto más de una hora ganando y perdiendo, hasta que se cumple la inexorable ley de que la banca siempre gana. Pero la mayoría de las veces pierdo enseguida las fichas y me quedo tomando aquí mismo una copa, mientras observo a los demás; es realmente interesante, y a veces increíble para personas como yo, ver a otras que todas las noches se juegan auténticas fortunas. Los he oído contar que recorren todos los casinos hasta comprobar dónde tienen más suerte. Parecen muy supersticiosos, como en el caso de su amigo; les asusta que se dé cualquier circunstancia que puedan asociar a los días que han tenido mala fortuna. Así que tengo todas las noches un espectáculo. Me cuesta un poco de dinero, pero soy un funcionario viudo y sin hijos y de alguna manera tengo que distraer el tiempo.

En ese momento levanta la mano a uno de los camareros, que pronto se acerca para atendernos. Jaime nos anima a brindar con una copa de champán para celebrar nuestro encuentro.

—Permítanme el placer de invitarlos a una copa de un buen champán. La ocasión lo merece. Ya había desistido de poder hacerlo.

—Está bien, si se empeña… A Adriana le encanta el champán.

—Miren, este camarero al que acabo de llamar es el mismo que le estuvo llevando las bebidas a la mesa de blackjack, y le puede confirmar que solo pidió refrescos, eso sí, en abundancia, pero sin una gota de alcohol. ¿Quiere que él mismo se lo confirme?

—No es necesario, Gracias. Le creo.

—Tomás —dice Jaime Díez al camarero, de rostro anodino, que ya se había situado en posición de firme frente a nosotros, en actitud muy profesional—. Sírvenos unas copas de un buen champán.

Supongo que recuerdas a este amigo; gracias a él conseguí llenar de fichas un cubo, por primera y única vez en mi vida. También tú te llevaste magníficas propinas, ¿eh?

Tomás, el camarero, le sonríe levemente, con un movimiento de cabeza parece decir que sí que es cierto, o que sí que se acuerda. De cualquier manera, no se muestra muy proclive a entablar una conversación. Tampoco es necesario. Pronto descorcha una botella y nos sirve las primeras copas. Yo no soy muy entendido en este brebaje, pero Adriana dice que «está de muerte».

—Me encanta este ambiente —continúa diciendo Jaime—, sobre todo la alegría que se produce cuando alguien lleva sus bolsillos llenos de fichas que cambiará por dinero. A mí nunca me había ocurrido que tuvieran que darme un cubo para transportar las fichas, ¡ja, ja, ja!, me propusieron cambiármelas por otras de 5000 €, pero a mí me hacía muchísima ilusión tener el cubo lleno, y eso que algunas eran de 500 € que había ganado con esos desdobles suyos que tan magistralmente hizo. Llegó a abrirse en una sola jugada hasta cuatro veces. Levantó gran expectación en la mesa. Si hoy les toca estar a los mismos crupieres, verá como se acuerdan.

Estas explicaciones son para mí como si me hablase en chino. Supongo que en mi memoria tampoco han quedado recogidas las reglas de ese juego. Tampoco sé si antes del accidente las conocía, pero hoy ignoro completamente cómo se juega al blackjack.

Con este comentario se levanta y nos pide que esperemos un momento mientras echa un vistazo a la mesa de blackjack que utilizamos esa noche. Vuelve diciendo que en ese momento no está Pepe, el crupier con el que ganamos casi todo el dinero, pero que, a menos que hoy sea su día libre, irá a esa mesa más tarde.

No aparece en toda la noche. Nos presentó a otro crupier, Anselmo, alto, de cara alargada y enjuta, con el que, por lo visto, también coincidimos en la primera parte del juego, aunque lo apoteósico, según nos relata Jaime Díez, vino al final con Pepe.

Cuando él describe a la persona que me acompañaba esa noche, no consigo hacerme una idea de quién podía ser. Claro que yo recuerdo los rostros de pocas personas que conocía antes del accidente. Solamente aquellos con los que he tratado después. Adriana tampoco logra asociarlo con alguien conocido. Él no tiene otros datos que los físicos, que de momento no nos sirven de nada; no puede recordar su nombre, pero, aunque lo recordara, es muy probable que

él hubiera dado un nombre falso, coincidente con el que había utilizado para alquilar el coche del accidente. Al fin se me ocurre una idea:

—Mire, Jaime, necesito encontrar a esa persona: tengo algo importante que le pertenece, ¿podría ayudarme a identificarlo con un retrato robot?

—Pero yo no tengo ni idea de dibujo, tendría que hacerla un profesional para conseguir algún parecido

Parece preocupado, seguro que por la responsabilidad que he hecho recaer sobre su persona.

—¡Claro, claro! —le digo, con ánimo de que se tranquilice—, lo hará la policía. Ellos saben lo que me ocurrió y sin duda se prestarán a ayudarnos. Pondrán carteles de «Se busca». Hasta ahora no teníamos ningún dato de a quién teníamos que buscar, pero si podemos hacer un retrato robot, será más fácil encontrarlo.

Él permanece unos instantes mirándome pensativo y al fin decide que me ayudará.

Aún continuamos la charla durante un tiempo, que me sirve para confirmar que en aquel local es muy conocido; lo saludan los camareros y algunas personas que parecen habituales del juego. Él nos explica que solo se juega un máximo de 1000 € al mes y que un mes con otro viene a perder la mitad de las veces; cuando gana, se retira en cuanto recupera lo perdido en ese mes. Así que los 50 000 € ganados aquella noche marcaron todo un hito en su esfera de jugador de blackjack.

Nos despedimos, ya como grandes amigos y una vez intercambiados los números de teléfono. Quedamos para el día siguiente; iremos a la policía y después comeremos juntos.

Al abandonar el casino camino de nuestras habitaciones, yo barajo dos hipótesis. Primera: el que me acompañaba me robó todo lo que había ganado y ese fue el motivo de que intentara matarme. Segunda: yo me llevé el dinero, que se quemó al arder el coche. Pero pronto comprendo que, aunque una de ellas fuese la correcta, no resuelve el resto de los misterios: el coche alquilado bajo nombre falso, el lugar donde tuve el accidente… Solo justificaría la ausencia del dinero ganado, o el motivo por el que han querido matarme.

Imposible dormir tranquilo. Me quedo dormido a ratos muy

cortos, pero me despierto con distintas inquietudes. Creo que ese dinero ganado en el juego es el culpable de todo lo que me ha pasado. Seguramente mi acompañante me lo robó y preparó mi muerte para librarse de mi denuncia. Pienso que, de haber ardido el dinero dentro del coche, hubiera quedado algún trozo más o menos quemado y la policía lo habría identificado. Si solo fuera perder el dinero que he ganado en una noche, no merecerían la pena las complicaciones que nos va a ocasionar esta investigación, pero es posible que el accidente fuera preparado para que yo desapareciera del mapa y las consecuencias a la vista están, así que una vez que Jaime Díez se ha puesto en nuestro camino, ya no soltaremos esa pista. Mañana será un gran día.

Badajoz 6 de octubre de 2019

Aunque hemos quedado a las once de la mañana, para poder recuperarnos de lo que trasnochamos y desayunar tranquilos, a las ocho ya estoy bajo la ducha. No voy a despertar a Adriana, es pronto; mientras, tomaré un café y daré un paseo.

Me sorprende la llamada de unos nudillos en la puerta. Tocan con demasiada suavidad; de haber estado dormido, no los hubiera percibido. Es Adriana, ella tampoco ha dormido mucho. Bajamos a desayunar. Hablamos sobre el acierto que tuvimos la noche anterior al decidir acudir al casino.

Los dos estamos impacientes por que llegue la hora de ver la cara de esa persona que gracias a Jaime vamos a poder descubrir en el retrato robot. Estamos a nada de saber quién me acompañaba aquella noche, a un paso de conocer quién me había robado y, tal vez, lo que era más grave y más importante, quién había intentado matarme.

Antes de la hora ya estamos en el salón de la recepción del hotel. Se nos hace interminable la espera, claro que hemos empezado a esperarlo demasiado pronto. Miramos a la puerta de entrada continuamente, deseando la presencia de Jaime. Ya es la hora. No es muy puntual y empezamos a impacientarnos. El tiempo pasa tan lentamente… Tratamos de justificar el retraso, hay mil motivos que se nos van ocurriendo y sabemos que aún hay muchos más que no se nos ocurren. Nuestra impaciencia empieza a cobrar sentido, decidimos llamar a su teléfono, pero tampoco contesta.

—Estará conduciendo —dice Adriana, mientras mira su reloj. En sus gestos también se advierte ansiedad, la misma que yo siento.

Decidimos salir a la puerta del hotel, para divisarlo antes, tal vez esté tratando de aparcar. No conocemos la clase de coche que conduce y todos los que se acercan tienen la posibilidad de ser el que esperamos, pero de ninguno de los que logran aparcar desciende Jaime, y así, diciendo «ese parece que…» continuamos. Nada, Jaime no llega.

Ha transcurrido demasiado tiempo, Jaime no da señales de vida, ni contesta al teléfono. Yo trato de recordar la calle que estaba en su carné, ¡imposible! Pero estoy seguro de que si leo u oigo el nombre la reconoceré.

—¿Y qué adelantarías? —me pregunta Adriana cuando se lo sugiero—. ¿Sabes el número?

—No, tampoco sé el número. Pero es muy extraño, me pareció auténtico. Seguro que solo de pensar que tiene que ir a la policía se ha echado atrás.

—Yo también estoy convencida de que ayer se ofreció a ayudarnos de todo corazón, lo que no le ha impedido consultarlo con la almohada y decidir que no quiere líos. Es una pena, todo nuestro gozo en un pozo, como suele decir mi madre.

—¿Qué podemos hacer? —Sin esperar respuesta, yo mismo propongo una salida un tanto desesperada—: Si a lo largo de lo que queda del día no tenemos noticias, esta noche iremos al casino, dijo que acudía todas las noches. En el peor de los casos, si no aparece, siempre podremos preguntar al crupier o a alguno de los camareros, que seguramente conocerán su dirección. Esta misma noche podríamos acercarnos a su casa para que nos diera una explicación.

—Me parece buena idea —me anima Adriana—. Vamos a buscar un lugar para comer, recorreremos después los lugares que teníamos previsto visitar antes de encontrar a Jaime. Tal vez se dé otra coincidencia y podamos conocer más cosas de aquellos días.

Nada nuevo ha ocurrido. Nadie más me ha reconocido. Pero ha llegado el momento de confiar en la llegada habitual de Jaime. Tal como él nos contó, todas las noches va al casino.

Sentados en el mismo lugar de la víspera y con la vista puesta en las puertas que dan entrada a la sala de juegos, hablamos, pero muy poco —se palpa nuestro desasosiego—; todo nuestro interés está en esa puerta.

—Creo que hoy no vendrá; ha pasado demasiado tiempo. Es hora de pensar en el plan B. ¿No crees?

Nos acercamos a la mesa de blackjack, en la que se supone que estuvimos jugando con Jaime y «mi amigo». El crupier no es Anselmo, debe de ser Pepe, un hombre alto, fornido, de cejas muy pobladas y prácticamente unidas, lo que le da un aire un tanto siniestro. El gesto sonriente de su rostro desmiente esa primera impresión. Está barajando las cartas, supongo que, a punto de repartirlas. Me dirijo a él sin detenerme a pensar.

—Perdone, ¿es usted Pepe?

—Sí. ¿Qué se le ofrece? —una respuesta escueta, átona, no deja entrever si le molesta o le deja indiferente nuestra presencia.

—¿Me recuerda?

Me mira con poco detenimiento, está más atento a su trabajo que a reconocer mi rostro.

— Me resulta familiar su cara, pero no tengo ni idea de qué. Veo tantas caras todos los días… —Me mira más fijamente, supongo que tratando de identificarme, al fin me pregunta—: ¿Me busca a mí para algo?

—Sí, supongo que ahora no es un buen momento, pero ¿podría hablar con usted un minuto? Es muy importante. Se trata de su amigo Jaime Díez.

—Lo siento, tendrá que esperar a que sea la hora de que venga a sustituirme mi compañero. —Termina de barajar las cartas y las introduce en una especie de cajón abierto por delante, retira unas cartas y se dispone a repartir. Parece pararse a pensar y de nuevo se dirige a mí en tono cordial—: ¿Dice que es algo importante sobre mi amigo Jaime Diez?? ¿Le urge?

—Pues… tengo que decirle que sí a las dos preguntas.

—¿Puede adelantarme de qué se trata?

—Hemos quedado con su amigo Jaime Díez esta mañana y no ha venido… Estamos bastante preocupados por que tampoco contesta al…

—¡Ya sé de qué lo conozco! —exclama sin dejarme terminar—. Un momento.

Pepe toca un botón de la mesa. Debe de ser un timbre para llamar a quien debe sustituirlo. Empieza a repartir las cartas a las personas que están sentadas en torno al semicírculo de la mesa y lo hace de forma rapidísima. El movimiento de sus manos me provoca cierto mareo. No sé si su rapidez es para tanto, pero no tengo duda de que el seguirlas con la vista me produce una sensación de mareo profundo. Me agarro al respaldo del taburete que tengo vacío delante de mí. Pepe va pasando de un jugador a otro con sus rápidos cálculos. Ahora, en cada casilla, deja una o varias cartas. En alguna después de dar las

retira. Alguien comenta: se ha pasado. Cuando acaba, comienza a recogerlas, a la vez que toma el dinero en unas casillas y en otras lo deja y, en las menos, lo aumenta. En ese momento llega Anselmo, el crupier que nos presentó Jaime la noche anterior. Él no se fija en nosotros, solo mira a Pepe. Este le hace un gesto que debe de tener algún significado muy claro para él, porque pasa al otro lado de la mesa y se hace cargo de las cartas. Saluda con un «buenas noches» a las personas que tiene delante y de inmediato comienza a repartir las cartas, desde el mismo cajón abierto, como si no se hubiera producido ningún cambio. Pepe ha abandonado la mesa al mismo tiempo que entraba Anselmo; todo se produce con tal rapidez que casi no da tiempo a apreciar el cambio de crupier, solo al mirar sus cartas uno de los jugadores hace un comentario que deja claro que esos cambios no son infrecuentes.

—Pepe me da mejores cartas, me parece que voy a tener que dejar el juego enseguida.

Nadie le contesta. Pepe nos hace una señal para que le sigamos. Se dirige a la barra y nosotros lo seguimos.

—No recuerdo su nombre, pero sí la noche en la que por poco hace saltar la banca —su tono es jocoso, está claro que exagera—. En serio, lo que ocurrió esa noche no será para hacer saltar la banca, pero tampoco es algo que en este casino pase con frecuencia. ¿Creo que tenía usted prisa por saber de mi amigo Jaime? He creído entender que ha quedado con él esta mañana y que no ha acudido. Es realmente extraño. Por eso me he apresurado a atenderles. Sabe, soy muy amigo de Jaime y hemos hablado mucho de usted y de aquel día. El se quedó contentísimo y con muchas ganas de volver a coincidir de nuevo. Nunca había tenido tanta suerte y eso que es uno de los más veteranos de este casino. Pero me extraña mucho que falte a una cita. Es la persona más cabal que conozco. Algo le ha tenido que pasar.

Me decido a contarle lo mismo que le conté al que fue mi compañero de juego. Después de lamentar mi pérdida de memoria, muestra de nuevo su extrañeza por el comportamiento de Jaime.

—¡Qué raro que no haya acudido a su cita y que extraño que hoy no haya venido todavía al casino! —comenta, formando con el entrecejo una sola línea recta—, no recuerdo que lo haya echado en falta ni una noche.

No entiende que después de comprometerse se haya arrepentido y no dé la cara, lo considera una persona seria, de palabra, piensa que

ha podido sufrir un percance y que no ha podido avisarnos, pero cuando le recuerdo que nos hemos intercambiado los teléfonos y él no responde, vemos por el rictus de su rostro que se han incrementado sus arrugas y su desconcierto.

—Queríamos pedirle su dirección para acercarnos a su casa, pero, claro, no podía pedírsela sin explicarle lo que ha ocurrido.

—Lo entiendo —nos dice, aunque los frunces que se han ido formando en su rostro indican sus dudas, o su preocupación, o ambas cosas.

—Miren, me gustaría ayudarles, pero me parece un poco extraño el comportamiento de mi amigo, lo conozco lo suficiente como para estar seguro de que hay algo más que lo que usted me cuenta. No se trata de dudar de sus palabras, pero seguro que hay algo que él ha tenido en cuenta y ha considerado que no debía ponerse en contacto con ustedes. De todas maneras, ahora mismo, lo único que puedo hacer es llamarlo por teléfono para que Jaime me dé una explicación de su actitud. Algún motivo debe de tener —insiste—. Si a él no le importa que les dé su dirección, yo les pongo en contacto, Pero no puedo hacerlo sin antes hablarlo con él.

Lo entendemos y así se lo decimos. Se retira unos metros de nosotros y lo vemos llamar por teléfono, esperar respuesta y de nuevo lo vemos marcar, hasta tres veces. Al fin se dirige a nosotros con gesto preocupado.

—No responde. He llamado al fijo y al móvil. Es extraño que a estas horas no conteste, puede que pase algo con uno de sus teléfonos, pero con los dos… Ahora no puedo abandonar el casino, pero cuando acabe mi turno me dirigiré a su casa, si antes no se presenta él aquí. No les puedo decir que me acompañen, pero les prometo que me pondré en contacto con ustedes en cuanto lo haga con Jaime.

—Se lo agradecemos, pero, dígame, ¿usted recuerda a la persona que venía conmigo?

—Pues seguro que si lo veo con usted lo reconoceré, pero si me cruzo con él, posiblemente no lo distinga; pasa tanta gente a la vez por nuestras mesas que ahora mismo no sabría decir con quién estaba. Esa noche usted fue el protagonista; los demás, simples actores secundarios. No recuerdo a ninguno —aunque tengo dudas de si es completamente sincero, o está temiendo que haya algo por lo que su amigo no ha querido venir, no tengo nada que reprocharle y solo

puedo aceptar lo que dice.

—No se preocupe, con que trate de contactar con Jaime y nos comunique qué ha ocurrido, ya le quedamos muy agradecidos. Adriana también le da las gracias. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¡Esperar!

Antes de salir, casi tropezamos con Tomás, que porta una bandeja con vasos vacíos y ahora temblones a causa del encontronazo.

—Un momento, Tomás, ¿Nos recuerda?

Tomás nos mira sorprendido. Ha sido un abordaje pirata, casi no le ha dado tiempo a reaccionar, pero se repone y nos dice que sí nos recuerda.

—¿Y se acuerda de la persona que estaba conmigo cuando hace unos meses ganamos más de medio millón aquí en el Casino? —Tomás se encoge de hombros, está claro que no es muy hablador.

—Verá, necesito saber si sería capaz de reconocer a la persona que venía conmigo ese día.

—Verá, señor. Usted estuvo con Jaime frente a mí ayer o anteayer, no recuerdo bien, pero normalmente atiendo a los clientes desde su espalda, por lo que no me suelo quedar con las caras, así que no, no sería capaz de reconocer a su compañero de juego.

—¡Lástima! Disculpe Tomás. Buenas noches

ADRIANA

Badajoz 7 de octubre de 2019

Ha transcurrido la mañana sin tener noticias de Jaime ni de Pepe. En la comida todo son conjeturas sobre ese silencio. Seguimos esperando algún tipo de noticia. No perdemos la esperanza. Pensamos que tal vez Pepe está intentando convencer a Jaime y por eso no nos llama. Puede que hasta la noche no sepamos nada.

A pesar de lo inquietos que estamos a causa del fallo de Jaime, no puedo negar que hay cosas muy satisfactorias para mí en este viaje, además de todo lo que significa poder compartirlo con Mauricio —algo imposible de esperar pocos días atrás—. Solo por eso ya ha merecido la pena. Pero lo más satisfactorio, y por si alguna duda quedaba en el fondo de mi corazón, tan fustigado, es que he podido comprobar que cuanto me dijo antes de venir aquí, así como la llamada desde este hotel, era cierto. Aquí hemos encontrado la prueba en forma de Jaime Díez. Él, al reconocerlo, ha confirmado que Mauricio ha estado aquí, incluso parecía dispuesto a ayudarnos, aunque, por el motivo que sea, se ha echado atrás. Pero nos dio tantos detalles que esa parte ha quedado muy clara para mi ego. No me mintió. Esta es una parte fundamental de nuestra historia, aunque en mis pensamientos se siga entretejiendo esta realidad con la que yo elaboré, por culpa de su desaparición. Lo acontecido después solo es consecuencia del accidente. Casi está aclarado también el motivo por el que fue provocado. La persona que lo acompañaba le robó y quiso asegurarse la impunidad. Debería llamar al inspector Óscar para ponerle al corriente de estos últimos acontecimientos. Pero posiblemente sea más oportuno hacerlo cuando sepamos si podemos contar con Jaime Díez.

Al fin Pepe se ha puesto en contacto telefónico con nosotros, pero solo consigue que nos sintamos más decepcionados. Anoche mismo fue a casa de Jaime, pero este no respondió a la llamada del timbre por el portero automático. Insistió llamando varias veces, también a los dos teléfonos. Era muy extraño, también demasiado tarde para llamar a cualquier vecino y que le abriera; además dedujo que o no estaba en casa o no quería hablar con nadie. Confiaba en que hoy mismo Jaime le llamaría para darle una explicación. Pero no lo ha hecho y todos

estamos impacientes. Mauricio está taciturno, apenas ha dicho nada. Trata de actuar con normalidad, pero estoy segura de que está decepcionado y muy preocupado. ¡Estábamos tan confiados! ¡Tan a punto de conocer a la persona que lo acompañaba aquella noche…!

Seguro que fue esa misma persona la que lo animó a jugar en el casino. Mauricio nunca había dado muestras de que le atrajesen los casinos, ni siquiera le he oído nunca que le gustasen las cartas. Es posible que aquella noche tuviera lo que llaman «la suerte del principiante»; en el hospital se oyen muchas historias al respecto. Pero no por eso uno se aficiona a los juegos de azar, es más, Mauricio solo juega a la lotería cuando los compañeros compran un número para el equipo… y nunca se acuerda de mirarlo.

Suena el teléfono de Mauricio. Ambos estamos tan inmersos en esa introspección de los acontecimientos que los dos nos sobresaltamos al oír el timbre. Veo que sus manos tiemblan; yo también me siento temblar. Tras escuchar una voz al otro lado del teléfono, toma un bolígrafo y escribe en el reverso de una de las tarjetas que ha tomado de su apartamento. Es una dirección y un nombre.

—Ahora mismo vamos —le oigo decir antes de colgar. Me mira. Yo no he dejado de mirarlo, está pálido.

—¿Qué pasa? —pregunto ante su silencio. Insisto—: ¿Me puedes decir qué pasa?

—No lo sé, es la policía, quiere que vayamos a sus dependencias.

—¿No te han explicado nada?

—No. Vamos, coge tu bolso y llamamos a un taxi, no sé dónde está esta calle. Ganaremos tiempo.

—Seguro que tiene que ver con Jaime —dice en cuanto nos sentamos en el taxi—. Me ha dicho la persona con la que he hablado que el teléfono se lo había dado José *nosequé,* supongo que se refería a Pepe, el crupier del casino.

No volvemos a decir nada hasta que llegamos a comisaría. Nos están esperando, nos piden nuestros carnés y nos ruegan que esperemos un momento. Al fin, alguien de paisano se acerca a nosotros, se presenta como inspector de policía y comienza lo que yo entiendo que se podría llamar un interrogatorio, a pesar de advertirnos previamente de que no lo es y que no tenemos nada de

que preocuparnos.

—Creo que hace dos días estuvieron en el casino hablando con Jaime Díez —no lo pregunta, lo afirma.

—Sí, así es. ¿Le ha ocurrido algo a Jaime? —Es Mauricio el que contesta y le hace la pregunta. Pero no hay respuesta.

—¿Quedaron en verse al día siguiente?

—Así es.

—¿Para qué?

—Precisamente para venir a hablar con ustedes. Supongo que ya le habrá contado Pepe, o José.

—Prefiero que me lo cuente usted.

Mauricio comienza a relatar lo ocurrido; al principio titubea, pero poco a poco va tomando confianza en su verdad y el relato se remonta a su accidentado viaje. Su mirada parece perdida, como si tratara de profundizar en lo que ocurrió y al mismo tiempo descubrir algún nuevo dato que sirva para esclarecer, de una vez por todas, los detalles que faltan para que todo encaje. En su relato no se evidencian nuevos datos, pero sí otra forma más firme y convencida de cómo recuerda las cosas.

—Encontrar a alguien que pudiera confirmar mi estancia en estos lugares, fue un alivio. Es aquí adonde dije que me dirigía. Pero no encajaba. Bueno, sigue sin encajar, si tenemos en cuenta el lugar donde sufrí el accidente. Únicamente que ahora pensamos que había un móvil: el robo de las ganancias del casino. Jaime está, o al menos estaba dispuesto a darles datos para hacer un retrato robot. Eso podría ayudarnos a localizar al ladrón y posible asesino fallido… No sé qué piensa ahora. Posiblemente ha decidido otra cosa. ¿No les habrá llamado a ustedes para denunciar al culpable?

—Lamento decirles que Jaime ya no piensa nada, ya no nos puede ayudar —se produce un silencio que se rompe con una frase corta con demasiado contenido—. Ha muerto.

—¡¿Qué?!

La pregunta, que es más bien una exclamación de sorpresa y de contrariedad, sale de nuestras bocas a la vez, como si lo tuviéramos

ensayado.

—¿Dice que ha muerto? —repite Mauricio abriendo y cerrando los ojos, mientras mueve la cabeza como si estuviese aquejado de párkinson, o como si tratara de despertar de un mal sueño y negara cuanto había soñado.

Si soy sincera, tengo que reconocer que en ese instante, me pesaba más el contratiempo de que no pudiera facilitarnos un retrato, que la propia defunción. ¡Se trataba del retrato de la persona que los acompañó aquella noche en el casino! ¡Dios me perdone! Realmente no me puedo hacer a la idea de que ese hombre, al que hemos estado esperando como la solución a este problema, haya dejado de existir de repente y para siempre. ¡ es terrible !

—El médico que lo atendió dice que ha sido de muerte natural, a pesar de que era un hombre sano, al menos no se le conocía ninguna dolencia. Aun así, hemos detectado algo extraño, por lo que el juez está valorando si procede que se le haga la autopsia. Todo lo que usted me cuenta acrecienta las sospechas. Lamento decirles que tal vez los necesitemos. Si pretenden marcharse tendrán que informarnos antes.

No sé qué pensar, pero a mí todo esto me suena como si ellos no nos creyeran inocentes. Nos indican que ya ha terminado la información y que podemos irnos… de la comisaría. Siento que nos movemos a cámara lenta, como sonámbulos. ¡Jaime Díez ha muerto!

¿Lo que están insinuando es que, debido a que Jaime quería ayudarnos, alguien lo ha matado?, ¿es eso?, ¿o solo lo dicen para despistar y están sospechando de nosotros? Pero es cierto. De repente siento un gran peso; creo que puedo identificarlo con un enorme cargo de conciencia. Si no hubiera hablado con nosotros, seguramente seguiría vivo.

Es un pensamiento insoportable. ¡Pobre Jaime!

Estamos a punto de atravesar la puerta de la comisaría para salir a la calle cuando oigo mi nombre; la voz no es de la persona que nos acaba de entrevistar.

—¡Adriana! Por favor, espere un momento.

Me vuelvo hacia la voz y mi sorpresa al ver de quién se trata incrementa mi malestar. ¿Qué hace aquí el inspector Óscar de Valencia? Se dirige hacia nosotros tendiéndonos la mano, nos saluda

amigablemente.

—No se vayan todavía, por favor. Me alegro de haber llegado a tiempo, venía pensando en llamarlos —yo no alcanzo a comprender nada, no puede ser una casualidad—. Veo su cara de asombro, Adriana. —Mira después a Mauricio—: También usted parece sorprendido. La verdad, no me extraña.

Un policía se acerca al inspector para decirle que le han asignado un despacho para que pueda hablar con nosotros sin interrupciones. Nos acompaña y tras nuestra entrada cierra la puerta, que pronto vuelve a abrirse para dar paso al inspector con el que acabábamos de hablar. Nos dice que se llama Juan y que han comprobado que es cierto todo lo que le hemos explicado.

—Ustedes son los dos médicos, ¿es así? Mauricio le dice que sí, yo solo muevo afirmativamente la cabeza. Seguro que conocen algún medicamento que pueda matar rápidamente y no deje ninguna huella. Nos tememos que haya sido así. Estamos a la espera de las conclusiones del forense.

Lo sabía, dudan de nosotros. Dice que han comprobado que lo que decimos es cierto, pero eso no nos exime de ser culpables de asesinato.

—Sin duda existe esa posibilidad, se han dado casos, pero como comprenderá no existe un medicamento específico para matar sin dejar huella. No es algo que un medico tenga que conocer a no ser que se trate de un forense —dice con firmeza Mauricio, mientras yo miro asombrada al inspector que dice llamarse Juan.

—No se preocupe —me alerta, o tal vez trata de tranquilizarme, con poca fortuna, el inspector Óscar—, nadie duda de que ustedes no tienen nada que ver con esta muerte, que aún está por comprobarse si se trata de un caso fortuito o ha sido un asesinato. Simplemente trataba de apuntar que esa posibilidad existe.

—Bueno, dice que nos tranquilicemos, pero yo me siento sometida a eso que llaman tercer grado —le asegura Adriana, sin duda temiendo una cascada de preguntas.

—Su caso nos trae de cabeza, aunque parezca que lo hemos archivado. No dejamos de investigar en la seguridad de que alguien intentó matarlo —mira a Mauricio—, todavía no sabemos por qué, pero, ante su fracaso, el que lo intentó debe de sentir temor a que usted recupere la memoria y pueda denunciarlo.

» Supimos que nos iban a dar una pista importante, con la que podríamos localizar a la persona que lo acompañaba, y que tal vez fuera el mismo que intentó asesinarlo. Pero, por lo visto alguien más lo supo. Alguien que avisó al interesado, o tal vez él mismo llevó a efecto otro intento de asesinato. Esta vez y por desgracia para su amigo, con más maestría que en su caso. Nuestro error fue considerar que eran ustedes los que estaban en peligro. Deberíamos haber montado guardia en la casa de su amigo.

» No es que no lo hiciéramos —continúa tras una pausa—, pero está claro que lo hicimos tarde. Ahora, a la vista de lo acontecido, estamos seguros de que la misma noche que estuvieron hablando en el casino, el asesino actuó, probablemente en cuanto Jaime volvió a su casa. Es posible que lo esperase escondido hasta que se fue a dormir. Si las cosas son como imaginamos, el asesino debía de conocer muy bien a su amigo, porque, sin muestras de violencia, alguien le inyectó o le dio a tomar algo que no deja huellas a simple vista; algo que le ocasionó una parada cardiaca. Murió sin violencia, aparentemente mientras dormía.

—Pero si todavía no tienen ninguna evidencia y el forense no se ha pronunciado, ¿Cómo es que están tan seguros de que fue asesinado.

—Verán. Hemos encontrado algo que el asesino no debió de ver y que creemos que puede ser un dato para descubrir al culpable.

El inspector Juan saca un papel de la carpeta que había depositado a su entrada sobre la mesa. Está escrito y además tiene un dibujo. Nos lo muestra. Mientras Mauricio lo coge, yo observo al comisario y al inspector, tropiezo con la mirada de Juan. No sé, tal vez esté paranoica, pero me parece una mirada acusadora.

—¿Qué se supone que es eso? —pregunta Mauricio al inspector. Yo miro el dibujo y tampoco me revela nada.

—Eso es lo que pretendíamos preguntarles a ustedes. ¿A ninguno de los dos les sugiere nada este dibujo?

Nos miramos esperando que el otro lo reconozca, pero no tenemos más remedio que decepcionarles con nuestra ignorancia.

—Miren —dice el inspector—, en letra normal, más bien pequeña, está su nombre y un teléfono, el mismo al que yo he llamado para contactar con usted —se dirige a Mauricio—. Es fácil deducir que el señor Jaime Díez pensaba enseñarles este extraño dibujo. Es una pena que no intentase dibujar la cara del asesino, pero, claro, una cara con

parecido es mucho más difícil que este antifaz. Pero no sabemos interpretarlo. ¿Este antifaz es un dibujo que llevaba tatuado el amigo que fue al casino con usted? O puede pertenecer a la persona que lo ha visitado para asesinarlo. Esa persona ¿Llevaba un antifaz y no ha podido verle la cara? ¿Ha dispuesto de tiempo después de verlo para hacer el dibujo? Puede que nunca lo sepamos, pero habrá que tenerlo todo en cuenta. Algo pretendía contarles. Si se fija, está anotado primero su nombre y su teléfono, y debajo, la hora en la que había quedado con ustedes; en tamaño mucho más grande que las letras, está el antifaz. Esto y el lugar donde lo encontramos tiene que querer decir algo.

—Una pregunta —digo queriendo entender lo que me ronda por la cabeza—. Si ustedes vieron esto y creen que tenía algo que ver con el que lo asesinó, ¿cómo es que el que ha sido capaz de asesinar de forma tan rápida y taimada no se ha preocupado de revisar todo con cuidado por si había algo que pudiera delatarlo? Una persona que es capaz de reaccionar con tanta rapidez tendría ya un plan preparado por si Mauricio recuperaba la memoria, pero también, al asesinar a Jaime, tendría que asegurarse de que no dejaba nada que lo delatase. Seguro que se preocupó de borrar sus huellas. ¿Cómo se le pudo pasar por alto este dibujo si resulta tan evidente? Seguro que a Jaime Díez le costó darle la forma adecuada, está muy remarcada, y es de un tamaño que no podía pasar desapercibido, a poco que buscase.

—Adriana —me responde el inspector de Valencia—, me confirma la opinión que ya tenía de usted, es muy observadora y sus deducciones son buenas, pero le faltan datos. Precisamente una de las cosas que nos hacen pensar en la premeditación del asesinato es la falta de todo tipo de huellas, incluso las del propio Jaime Díez. Sus huellas solo están en este pliego y en el bolígrafo que encontramos en el suelo detrás de su mesilla. Eso ya era muy extraño. El papel estaba debajo de la almohada donde descansaba su cabeza; de algún modo y en algún momento, fue consciente del peligro, de lo que estaba ocurriendo, o lo que podía ocurrir y lo escondió allí, bajo su almohada. Por eso, su posible asesino no pudo verlo.

Después de insistir en los distintos puntos que debíamos tener en cuenta, nos aconsejan que volvamos a Mérida a reunirnos con Ángeles, tal como habíamos quedado, para que todo se desarrolle con normalidad.

—Es mejor no tener que dar explicaciones de lo ocurrido, ni tener que poner excusas. No sabemos con cuántas personas de su entorno

está o están conectados los culpables.

—¡Ah! Cabe la posibilidad de que, con todas estas impresiones, Mauricio recupere la memoria. Si ocurre, aunque no sea en su totalidad, solo deben comentarlo entre ustedes —dice el inspector Óscar al despedirnos mirando a Mauricio— y llamar lo antes posible a uno de nosotros para informarnos de lo que recuerde. Nosotros les daremos las instrucciones que correspondan.

Volvemos al hotel. Yo me siento un poco indispuesta. No soy miedosa, pero creo que esto se está complicando y que tenemos demasiadas personas pendientes de nosotros, de todo lo que hacemos (los inspectores por un lado y el asesino o los asesinos por otro), lo que me tranquiliza y me inquieta. Pedimos que me suban una infusión doble de manzanilla y decidimos descansar. Esta vez compartimos mi habitación, necesitamos estar juntos y hablar para asimilar todo esto. Mauricio se sirve una copa de no sé qué licor del frigorífico.

Iremos a Mérida, pero tendremos que volver de nuevo a Badajoz. Los dos inspectores coinciden en la idea de que debemos volver a reunirnos y continuar en contacto, sin que, de momento, cambiemos nada de lo que ya habíamos proyectado.

Si me remonto a lo que parece ser la raíz de todas estas desgracias, resulta muy claro que el motivo es el robo de unos 500 000 €. O de 250 000€ si había que repartir entre dos. Aunque sé que existen asesinatos por dinero, me cuesta comprender que Mauricio haya estado a punto de perder la vida por haber tenido la suerte de ganar en el casino. ¡Y el pobre Jaime!, tan agradecido como estaba de haber conseguido 50 000 euros… ¡Qué caros le han salido!

De pronto siento que una especie de calambre recorre el cuerpo y una ternura infinita se mezcla con esa impresión dolorosa, al imaginar lo cerca que había estado Mauricio de la muerte, mientras yo pensaba de él las cosas más horribles. Me acerco más, necesito su contacto, acaricio su rostro y beso con mimo y cuidado sus labios, como si estuvieran doloridos y temiera hacerles daño. Siento su temblor que atribuyo a la pasión que trata de dominar y me confirman sus ojos enrojecidos, su amorosa mirada; pero no se mueve. También tienen algo de inquisitivos, él no sabe qué estoy pensando y trata de adivinar qué motivan mis caricias y hasta dónde pienso llegar, casi escucho su pregunta, aunque no ha pronunciado una sola palabra. Hay una especie de advertencia en su gesto: «Cuidado con lo que haces», o

«¿Estás segura?», pero yo, a pesar de tantas precauciones, ya no puedo pensar, mis deseos contenidos durante tanto tiempo quedan libres de todo compromiso. Se muestran osados y se deshacen de toda atadura. Mis besos ya no son suaves… ni contenidos… Mauricio no podía estar más receptivo, su deseo era tan fuerte como el mío.

Badajoz-Mérida. 8 de octubre de 2019

Emerjo feliz del sueño. Al despertar, siento su brazo que aprisiona mi cuerpo, me sienta bien esta soga liviana. Poco a poco voy recuperando la consciencia y recordando la noche, una noche de plena pasión y amorosa locura. Fue como una descarga de alto voltaje lo que nos sacudió y lanzó a una frenética danza.

Pero pronto siento la angustia de lo ocurrido con anterioridad, acude a mi mente la tragedia de Jaime Díez.

El encuentro en Mérida con Ángeles hace que olvide, por unos momentos, la nueva tragedia que se ha desencadenado en torno a Mauricio. Trato de aparentar normalidad. Ángeles, con su alegría e inquietud, me facilita mucho mi propósito. Cuando le presento a Mauricio no se priva de piropearlo . En otras circunstancias, posiblemente, hasta me hubiera puesto celosa.

Le advierto que disponemos solo de dos días, antes de volver a Badajoz, no podremos hacer las visitas todas las excavaciones tartesias, tal como teníamos previsto. Ella decide que lo primero que hay que hacer es ir a su pueblo, a las excavaciones que están en Guareña, y nos presentará a sus padres. Nos ofrece quedarnos en su casa. Declinamos tan amable ofrecimiento y agradecemos su hospitalidad. Aunque es un pueblo de poco más de siete mil habitantes, tiene al menos un hotel y no es necesario molestar a nadie. Ella ya tiene organizadas las visitas a las excavaciones tartesias, empezando por el yacimiento de las Casas del Turuñuelo de Guareña. Nos dice que, aunque no se puede visitar hasta dentro de tres días —no está abierto al público—, ha conseguido un permiso para que podamos conocerlo. Sin duda, esto es consecuencia de su relación con este yacimiento, de su formación y del trabajo voluntario que desarrolla en él, aunque lo haga de forma esporádica.

Guareña 9 de octubre de 2019

Mauricio está un tanto extraño, sé que no tiene nada que ver con nuestra explosión amorosa, esta noche ha sido él quien ha iniciado las caricias que nos han llevado al éxtasis. Con voz emocionada ha comenzado diciendo que me necesitaba. Su mirada apasionada y sus manos recorriendo parte de mi cuerpo han encendido la mecha y de nuevo nos hemos dejado llevar. El despertar ha sido placentero y su mirada era una expresión más del amor que unas horas antes me había hecho sentir.

He apreciado el cambio después de haber salido del hotel de Guareña para visitar la casa de Ángeles.

Sus padres son encantadores. Estarán muy próximos a los sesenta años, quizá menos, porque la vida campestre envejece más que la de ciudad. Amparo, la madre, de cara redonda y con arrugas que muestran su constante gesto risueño, me hace pensar en una persona plácida y satisfecha con su vida. Francisco, el padre, tiene aspecto de más gruñón y, en lugar de arrugas, en su cara hay surcos; sin duda su exposición al sol y su rudo trabajo han dejado más marcada la huella del tiempo. Los dos tienen el pelo blanco y rizado. Son un poco más bajos y gorditos que Ángeles.

La casa está a las afueras del pueblo y se la ve muy antigua, aunque está bastante bien conservada y muy limpia, a pesar de que junto a la casa tienen un establo y un corral con animales.

Insisten en que nos quedemos a dormir en su casa, que, aunque no es muy grande —nos advierten—, dispone de una habitación de invitados.

—Lo único es que tendrán que compartir el cuarto de baño —añade, como disculpándose—. Unos años atrás nos hubiera gustado agrandar la casa. Deseábamos que Angelines viviera a nuestro lado cuando se casara, pero con un hogar propio. Tenemos mucho terreno, pero la primera vez que lo intentamos nos negaron el permiso porque podía ser una zona de yacimientos arqueológicos. Luego ya se ha visto que los yacimientos están en otro lugar —ha añadido con pena, supongo que por no haber acometido una obra—. Pero ya se nos fueron quitando las ganas, y ahora que Angelines no vive con nosotros, ni tiene previsto volver a vivir en el pueblo, ya no tiene sentido hacer obras. Para nosotros nos sobra.

» Déjenme que les enseñe cómo vivimos en el pueblo, verán que no vivimos mal. Nosotros no echamos en falta más que a Angelines. Miren, solo tengo que salir de esta cocina para coger nuestra comida.

Nos enseña, orgullosa, un amplio espacio en el que conviven en perfecta armonía un jardincito de abundantes flores y una huerta muy bien cuidada: lechugas, perejil, tomates, cebollas, patatas, alubia verde y un largo etcétera de verduras de apetitoso color y frescura.

—Este es mi rincón privado, mi forma de pasar el rato, de disfrutar de la naturaleza —afirma orgullosa—. La huerta es como la prolongación de mi cocina, donde no dejo que nadie meta mano, y mi jardín es el sitio donde descanso y disfruto de la lectura. Me encanta leer, es también mi forma de estar al día en un sitio tan apartado del mundo. —A un lado de la parte dedicada a jardín se ve una mesa de enea de pequeñas dimensiones y una mecedora del mismo material—. Miren qué rosas y, sobre todo, qué hortensias, en todo el pueblo no hay otras tan hermosas. Siempre gano el concurso que se celebra aquí todos los años.

Creo que debe de ser muy agradable descansar en este lugar tras una dura jornada. Desde donde nos encontramos, el perfume de las rosas domina el aire que respiramos.

Al otro lado están el establo y un gallinero. Está casi lindando con el campo. Solo hay otra casa de aspecto muy similar a la que estamos visitando que les separa de la zona rústica propiamente dicha. Enfrente, separado por un camino no muy amplio, una extensa plantación de tomates, que dice proporcionarles unos ingresos. La vemos y percibimos su agradable olor cuando salimos por una puerta grande, en la parte de atrás, que es por donde salen el carro y el tractor al camino sin asfaltar, según nos explican. Mauricio se queda mirando la puerta que corresponde a los vecinos. Pienso que simplemente está contemplando el pasado, porque visto desde donde estamos el aspecto es muy antiguo, más bien muy viejo. Puertas grandes de madera seca y desgastada que el paso del tiempo y la falta de cuidados han teñido de gris, pero son las traseras de la casa.

Mauricio se acerca a la puerta del vecino, la mira y su rostro se tensa. Parece ensimismado en algún pensamiento. Unos instantes más tarde la empuja, pero, como es previsible, no cede, está cerrada.

—El nuevo dueño no está, no vienen nunca, seguramente ni conoce esta propiedad —dice la madre de Ángeles—. ¿No estarás interesado en comprar aquí un terreno? —pregunta.

—No, qué va, ha sido un impulso, es simple curiosidad.

Volvemos a entrar en la casa. La madre de Ángeles nos obsequia con un excelente almuerzo a base de jamón de Guijuelo y un exquisito queso. Una sabrosa ensalada de tomate «de mi huerta privada», puntualiza Amparo. Ángeles lo tenía previsto, era la forma de aprovechar las horas más luminosas del día sin tener que parar a comer. Además, el encargado de enseñarnos las excavaciones le había advertido que antes de las cinco tenía que finalizar nuestra visita. No nos entretenemos demasiado en el almuerzo y al terminar, nos ponemos en marcha para visitar las Casas del Turuñuelo.

TARTESO.

El Turuñuelo se encuentra en una planicie enorme en la zona de grandes vegas del Guadiana. Forma parte de una serie de túmulos ocultos y localizados a través de prospección en los años 90, de los cuales se elige para comenzar el que parece más importante por sus dimensiones. Aún así cuando cuatro amigos iniciaron las excavaciones con estos datos que tenían, no imaginaban la cantidad de elementos datados del siglo V a.C. que iban a descubrir. Ingentes cantidades de cerámica (varios almacenes, unos en mucho mejor estado que otros). El Georadar no distingue si se trata de una sola planta y debajo hay otra. Solo cuando observan en la primera planta que hay muros de casi dos metros de ancho, pero que estos no tienen cimientos, comienzan a sospechar que las deformaciones del suelo, de arcilla apisonada, se debe a que debajo existe otra planta y ahí se encuentran los cimientos.

La excavación está muy próxima al Guadiana. Al acercarnos comprobamos desde el coche la vasta extensión sembrada de tomates, fácil de divisar debido a ser un terreno totalmente plano. Ángela dice que no siempre las plantaciones son de tomates, a veces es arroz lo que se planta, aprovechando la proximidad del Guadiana que permite sumergir los campos en sus aguas. En estos momentos está prácticamente anegada debido a su regadío. Desde la estrecha carretera por la que circulamos, se aprecia con total claridad un túmulo que por lo visto hace unos años tenía forma ovoide y era mucho más grande. Más tarde oiremos que el plan Badajoz reduciría aproximadamente a la mitad las dimensiones que en el año 90 se localizaron a nivel de prospección. Los campesinos de alrededor han ido librando, para su provecho, parte de este túmulo que ahora es más redondo y reducido. Nos explican que, aunque desde 1990 se conocía la existencia de este enclave, hasta el año 2015 no se realizó la primera campaña de excavación. Desde entonces no han dejado de encontrar restos de aquella civilización.

Sorprende saber que para historiadores y arqueólogos el pueblo de Tarteso es uno de los mayores quebraderos de cabeza. Lo que nadie discute es que se trata de «la primera entidad política autóctona de la península ibérica». Todavía no se ha descubierto si había algún tipo de religión en esta cultura y durante esta época. Se sabe que ha existido en otra más tardía. Al no disponer de datos sobre los rituales que se llevaron a cabo en la época de los Bronces, ni siquiera en el Bronce Final (previa a la llegada de los fenicios), ni cuales eran sus creencias

religiosas, no es posible calibrar "cuál fue la aportación de los indígenas a la religión que se generalizó en Tarteso y su periferia geográfica y que influyó de forma decisiva en la cultura ibérica."

Ángeles dice que cuando visitemos Cancho Roano —uno de los yacimientos más importantes de la península—, podremos apreciar lo que está considerado, según todos los indicios, como uno de los templos religiosos de los tartesios, aunque el hecho de ser de una época tardía, del siglo V a. C. —se cree que esta cultura se inició en el siglo X a. C.—, podría estar ya afectado por la del pueblo prerromano conocido como turdetano.

¡Es impactante! Siento una emoción muy fuerte al contemplar desde lo alto del túmulo las excavaciones en plena actividad. Me produce un ansia intensa tratar de apreciar todas las cosas que se encuentran a merced de lo que yo sea capaz de distinguir y dimensionar. Me gustaría que mis ojos fueran una cámara para poder mantener todo lo grandioso que se vislumbra desde mi situación.

Como solo soy una enamorada de esta cultura desde que tuve noticias de ella, no tengo capacidad ni conocimientos para valorar cosas tan interesantes como las que nos explican. Por ejemplo: yo veo que hay un vestíbulo y una escalinata a la derecha con diez escalones. Esto es lo que dicen que demuestra que hay, por lo menos, una segunda planta. La vemos, y al final la bajamos. Nos aseguran que tiene una altura de unos dos metros y medio.

Es una escalinata sorprendente, cuento los diez, creo que son once, escalones que, aún sin entender, me parecen que se han conservado demasiado perfectos. Pero lo que me sorprende y maravilla es lo que esta escalera significa. Me explican que esta escalinata es algo monumental, y supone un descubrimiento extraordinario, no solo por esos dos metros y medio de altura que ya apunta a una edificación de dos planta, algo que debía ser bastante insólito para el siglo V, a. C., es la primera que se conserva de aquella época. Nos explican que la técnica para su construcción y los materiales usados, no se habían utilizado en todo el Mediterráneo occidental hasta mucho tiempo después. Cinco escalones están hechos a modo de sillares, colocando unos bloques rectangulares a continuación de otros y luego unos encima de otros. A diferencia de cómo se hacían en construcciones similares y de la misma época, tanto en el Mediterráneo oriental, como en Grecia, estas se han realizado con una especie de mortero de cal y granito machacado y después encofrado, "algo así como un protocemento, pero un siglo antes de que apareciera el primer material de este tipo documentado hasta

ahora. Los cinco superiores están cubiertos por lajas de pizarra.” Se había especulado sobre la existencia de este tipo de edificaciones en época tartésica, a partir de textos de la Biblia, pero nunca se había encontrado ninguno. “Este edificio será el primero que conserva las dos plantas” —insisten—. “La planta de arriba tiene una función ritual clarísima, pero la religión entonces estaba mezclada con todo. También el que no tenga suelos construidos, a pesar de la magnifica factura y riqueza de todo lo demás les hace pensar en el enterramiento, pero el hecho de que tenga dos plantas parece desdecirlo.

El yacimiento ya había sorprendido a los investigadores por su tamaño, su factura, la riqueza de materiales encontrados y su extraordinaria conservación: todo tipo de recipientes, semillas puntas de lanza, parrillas de bronce, calderos enormes, fragmentos de lana y de lino, saquitos de esparto conteniendo cereales, muy bien conservados y diversidad de joyas.

Las excavaciones en este yacimiento localizadas en las Vegas del Guadiana, como ya hemos podido apreciar, y ahora nos explica la responsable. “Precisamente es su situación lo que sin duda ha contribuido al magnífico estado de conservación en que se encuentra.” Está cubierta, y su grado de humedad también es el idóneo para esos productos como las espigas de trigo encontradas en su interior, aunque los metales han sufrido con esa humedad, pero en su conjunto ha sido muy positiva.

Tenemos que descender varios metros de forma irregular, hasta llegar a una enorme sala. Hay una puerta monumental con dos pilastras que representan a dos deidades construida en adobe y ladrillo cocido. Sus dimensiones impresionan, más si tenemos en cuenta lo que queda por descubrir (calculan que hasta el momento solo han excavado poco más del 20 %). Gracias a las fotografías aéreas del Vuelo Americano, saben los técnicos que su extensión supera con mucho una hectárea, que es la extensión que ahora tratan de evidenciar, aunque antes del plan Badajoz lo calcularon en dos hectáreas.

A la izquierda del vestíbulo, queda la primera habitación de 70 m^2, dividido en tres estancias. El estado de conservación de los marcos de las puertas, que la divide en tres zonas, es sorprendente después de 25 siglos enterrados. La del centro con un altar de adobe y unos bancos corridos. Nos hacen notar que la superficie del altar tiene la forma de la piel de un toro; además, sobre ella se descubrió otra piel auténtica que se supone que es de un neonato, pero todavía están

investigando de qué animal se trata. En la estancia del fondo descubren lo que consideran uno de los hallazgos más extraordinarios de la excavación. Lo constituye una especie de bañera o sarcófago, «un elemento hasta ahora desconocido, … “hecho de un material extraño, un mortero a base de cal y no sabemos qué era lo que contenía; no tiene ningún orificio de salida y, por lo tanto, puede ser para contener agua, para hacer algún tipo de ritual que a nosotros se nos escapa», nos explica el coordinador.

Solo han podido excavar una de las dos estancias, en la segunda se han descubierto huesos de dos caballos sacrificados, en una primera excavación, y menos de dos meses después se exhumaron los restos de hasta veintitrés caballos, dos toros, dos ovejas y un cerdo.

El volumen de cerámica descubierta es de suma importancia, principalmente cerámica del lugar, pero también de imitación griega y es probable que de otros lugares de fuera de la península. También es rica en bronce y hierro. Se cree que el sacrificio de estos animales formaría parte de un ritual de los pobladores que incluiría un banquete comunitario y el inmediato incendio del santuario tartesio, que fue enterrado y abandonado. El fuego solidificó los muros de adobe a pesar de sus casi dos metros de ancho, y la tierra con la que se cubrió el recinto preservó los metales.

Las construcciones del Turuñuelo fueron destruidas, incendiadas y selladas con arcilla por sus propios habitantes a finales del siglo V a. C., temiendo la invasión de otros pueblos (los celtas del norte). Lo hemos recorrido todo, más de una vez, primero ávidos de conocerlo inmediatamente y más tarde deteniéndonos hasta empaparnos en los más mínimos detalles.

Los datos son abrumadores, tanto en lo que se refiere a la las técnicas arquitectónicas únicas, que se emplean y que son totalmente inéditas hasta este descubrimiento; como en lo referente a la problemática sobre la cultura.

Tiene un gran atractivo el descubrimiento de objetos como cajas de marfil con motivos muy orientales, ánforas, un telar con siete sistemas de tejidos.

Imposible recordar tanto dato, pero sin duda en su conjunto tengo la gran satisfacción de conocer un poco más de esa cultura mítica de la que hace años quedé prendada entre otras cosas, por lo muy avanzada que resultaba al promulgar leyes, aunque fuesen sencillas. Ahora compruebo que también fueron avanzados en sus técnicas

arquitectónicas.

Estamos tan entusiasmados que caminamos en todas las direcciones una y otra vez admirando aquello que más nos ha impactado. La compañía de los expertos, que con sus detalladas explicaciones nos permiten apreciar muchísimo más de lo que hubiéramos conseguido sin ellos, hace que tal vez resultemos un poco pesados, al pedir que confirmen lo que hemos creído entender, lo que no hemos entendido y la importancia de cosas que de otro modo nos hubieran pasado desapercibidas. Parece que nuestros acompañantes están hechos de pura paciencia.

Al llegar la hora marcada damos las gracias por tanta amabilidad y paciencia. No nos hemos dado cuenta de que el tiempo pasaba, yo concretamente me sentía fresca y dispuesta a seguir deambulando sin límite. Pero al terminar, de repente, acuso el desgaste.

Volvemos al hotel cansados, se ha pasado el efecto de saciedad por el delicioso almuerzo y mis gatos particulares empiezan a arañarme el estómago, a pesar de lo cual casi prefiero tomar frutos secos y patatas fritas —lo que encuentre en el frigorífico—, y descansar con una siestecita, para poder cenar a gusto más tarde. Pregunto a Mauricio por sus preferencias y está de total acuerdo conmigo: «Primero una siesta». Pero una vez en el hotel, al detenerme en la puerta de mi habitación para abrirla, Mauricio me sorprende pidiéndome que lo acompañe a la suya. Tengo que reconocer que me he equivocado al pensar que se estaba volviendo insaciable y pensaba en un tercer elemento que yo no había incluido. Se da cuenta de mi interpretación y me sonríe con malicia.

—No es lo que piensas, y no porque no me apetezca, pero es que necesito comprobar algo.

Yo lo sigo con alguna duda sobre sus intenciones, pero él se dirige sin vacilar a su maleta y saca las dos viejas llaves que estaban abandonadas, y por mi parte olvidadas, en un bolsillo interior; las mira dándoles vueltas.

—¿No crees que estas llaves deben abrir puertas como las de los vecinos de Ángeles?

Lo miro tratando de entender qué es lo que está pasando por su cabeza, ¡creo que lo sé!, al menos lo intuyo.

—Necesito comprobar si estas llaves abren aquella puerta. He tenido sensaciones muy extrañas desde que llegamos a este pueblo. No es este hotel; es el campo, son las casas viejas del final del pueblo. La angustia que sentía al acercarme a la casa de los padres de tu amiga no tiene una explicación lógica, pero me produce una pesadumbre parecida a la que siento en los sueños. No consigo recordar cómo es la casa de mis sueños donde alguien que considero un amigo me amenaza con una pistola, pero mi sensación en aquellos terrenos se parece mucho a la que siento cuando recuerdo esos flashes cada día más desvaídos. —Me mira encogiéndose de hombros, como pidiendo que tenga paciencia, y cambia su tono atormentado por otro más amable—. Entiendo que tú quieras descansar, la visita ha sido intensa. He disfrutado viendo el yacimiento, y sé que para ti también ha sido un auténtico deleite, bastaba mirar cómo te brillaban los ojos, se apreciaba tu emoción. Sé que siempre te han atraído las culturas prehistóricas, o protohistóricas; ha sido también un innegable privilegio, en el que poquísimos interesados pueden extasiarse. Aun así, a mí no me ha abandonado esta sensación de angustia en todo el día. Tengo que volver, quiero probarlas.

Le digo que lo acompaño, pero que sería preferible dejarlo para el día siguiente por la mañana. Pienso que los padres de Ángeles se extrañarán al vernos llegar de nuevo, y tal vez se sientan obligados a invitarnos a merendar o a cenar. No me gustaría resultar un incordio para ellos.

—Mira, si quieres acompañarme, no hace falta que les llamemos, solo son unos dos kilómetros, vamos caminando, por la parte de atrás, junto a las huertas, y ellos no se enterarán, así no hay que darles explicaciones. Pruebo las llaves y si no entran nos volvemos inmediatamente y aquí no ha pasado nada.

—¿Y si entran? —pregunto asustada, como si esta posibilidad fuera equivalente a cometer un delito grave.

—Pues lo decidimos entonces, en función de lo que ocurra. No parece nada probable que sirvan, pero estoy seguro de que no voy a conseguir descansar hasta que haga la prueba.

Me dejo convencer para no llamarlos, tal vez no se enteren. Y sí, prefiero acompañarlo. Aquí sola me sentiría mucho peor. Pero no me olvido de recoger un par de paquetitos de frutos secos del frigorífico.

La distancia hasta la casa es corta, pero se me hace muy dura. No sé por qué pienso que estamos a punto de descubrir algo importante.

Pero ¿qué se puede esperar de una casa deshabitada durante años y tan vieja? Algún cadáver…, más bien una momia. ¡Brrr, qué cosas más desagradables se me ocurren!

Al llegar a las traseras de la casa de Ángeles, Mauricio se apresura a introducir una de las llaves, pero le resulta imposible a pesar de que prueba de nuevo y lo hace variando la posición de la llave; insiste dándole la vuelta otra vez. No sirve. Pero la segunda entra, aunque con un poco de dificultad y la abre ante mi asombro… y el de Ángeles, a la que no he podido evitar llamar al móvil, antes de llegar, para soslayar posibles sorpresas desagradables. Cuando abre el portón, Mauricio siente un leve desmayo, lo sujeto y, en el acto, Ángeles, que también se ha percatado, lo toma por el otro brazo. Debe de ser el calor, digo, sin demasiada convicción, dado que la tarde está preciosa, más calurosa que lo habitual para estas fechas, pero la temperatura no es excesiva. Mauricio se ha recuperado con rapidez y sin decir nada mira a su alrededor. Parece que está buscando algo; allí hay un montón de cosas que deben de ser propias para la labranza de otro siglo. Por su aspecto antiguo, parece que hayan salido de un museo de la época en que el hombre nómada se volvió sedentario y empezó a extraer los alimentos que plantaba, además de los que espontáneamente podía brindarle la tierra.

Tal como se aprecia desde fuera, se trata de un patio abierto, sin tejado; enfrente hay dos puertas grandes, una de ellas de dos hojas, que sin duda se corresponden con las traseras de la casa; estas sí están cubiertas por el tejado.

Mauricio se dirige a una de las puertas que rodean ese viejo museo e introduce la otra llave; consigue abrir la puerta al primer intento. No hay luz, no se ve nada, tan solo el ángulo que describe la puerta abierta. Ángeles abre la otra parte de la puerta y entra muy decidida. Abre también las contraventanas. El espacio es grande y está casi vacío. En medio solo hay un bulto de dimensiones considerables, cubierto con una pesada lona. Entre los tres tratamos de retirarla. Pronto adivinamos qué es lo que cubre esa lona. Ángeles no para de tirar de ella, pero Mauricio y yo hemos parado impactados por el hallazgo, apenas descubrimos de qué se trata. Ella nos llama la atención.

—¿Me vais a dejar sola con este muerto? Nos mira sorprendida por nuestra actitud. Reaccionamos tratando de descubrir en su totalidad el SLK desaparecido de Mauricio. El impacto es total.

Mauricio se sienta en el suelo, lee una y otra vez la matrícula

DWY2171.

—¡Es el tuyo! —le digo, incrédula, confirmando lo que él ya sabe con certeza—. Pero ¿qué hace aquí tu coche? Y yo buscándolo en el ferry a Orán... Ángeles me mira sorprendida. Va a decir algo, pero en ese preciso instante un disparo suena en el aire y pasa rozándola. Inmediatamente se oye otro disparo. Distinto sonido y distinta dirección. Este no lo vemos, solo lo oímos. Nos asomamos con precaución, buscando el amparo del coche, y mirando hacia donde han sonado los disparos. Solo conseguimos ver al padre de Ángeles con una escopeta de caza y cuando salimos a su encuentro divisamos un coche que está atravesando los plantíos a buena velocidad.

El padre de Ángeles tiene una mezcla de susto e indignación que no le deja respirar. Nos explica, convulso, que estaba en el establo y ha oído un motor que le ha parecido de coche.

—He salido extrañado para ver quién era y he visto que de un coche desconocido y con la ventanilla bajada salía una pistola que apuntaba al interior de esta finca. He ido a por mi escopeta, que siempre la tengo preparada por lo que pueda pasar, y en ese momento que yo salía ha disparado. Casi lo hemos hecho a la vez.

—Pero… ¿qué hacéis todos aquí?

Parece que Francisco empieza a comprender lo extraño de la situación, sin duda, de mayor calado que lo que él había supuesto en principio.

Todo esto es realmente difícil de entender. El coche de Mauricio, las llaves de aquella casa, el hombre de la pistola…

Inmediatamente llamo al inspector Óscar. Sigue en Badajoz, a punto de volver a Valencia. Dice que viene hacia aquí en este mismo momento. Le explico dónde nos encontramos, no tiene pérdida.

La madre de Ángeles, que al oír los disparos solo ha pensado que su marido estaba tratando de cargarse a algún incómodo animalito campestre, sale a ver de qué animal se trata. Su rostro se descompone al oír lo que le cuenta Ángeles. Después de enterarse de lo ocurrido por su hija, y lamentar lo que podía haber pasado, se preocupa por nuestro estado y agradece a su Virgencita del Carmen que nadie esté herido. Mientras llega el inspector pasamos a la casa de mi amiga, animada por su madre, que nos ofrece distintas «infusiones para que se nos pase el susto».

Pienso que precisamente el susto hace que no sean del todo conscientes de lo extraño que resulta que Mauricio tenga unas llaves que abren las puertas de los vecinos. Ángeles tampoco dice nada, no sé si ha olvidado lo que iba a preguntar al descubrir el coche y escuchar mi comentario o se siente demasiado aturdida por el extraño episodio que estamos viviendo. Ni siquiera sé si ha llegado a darse cuenta de que el coche que hemos descubierto es el de Mauricio. ¿Tiene esta situación algún sentido para alguien?

Más calmados los ánimos, le pedimos a Amparo que nos cuente lo que sepa de los propietarios de aquella finca, para ver si somos capaces de relacionar y entender algo de lo ocurrido. ¿Quiénes son sus dueños? ¿Qué clase de personas se esconden tras aquella finca? Está realmente preocupada por lo ocurrido y parece que ni siquiera ha escuchado nuestra petición. Nos mira muy seria y perpleja, las cejas fruncidas y dibujando una especie de interrogante en forma de más frunces de frente y boca que le ocupan el rostro y desdibujan su sonrisa, que yo presumía esculpida, como dudando de que tengamos ánimos para escuchar chismes de vecinos, después de tamaño sobresalto y tan difícil de vislumbrar para todos.

—Nunca había ocurrido nada igual. ¿Alguien se imagina por qué os han atacado? Es rarísimo, aquí nunca pasa nada.

Nuestro intento por tranquilizarla da sus frutos, tras convencerla de que han debido de confundir el lugar o las personas y que no volverán. Al fin, Mauricio, con su insistencia, logra que nos relate algo de la vida de los anteriores dueños, por si eso arroja algo de luz a esas dos cuestiones: por qué tiene él llaves de esa propiedad y quién ha podido llevar hasta esa casa su coche.

En realidad solo han tratado de asustarlos para que salgan de allí y no investiguen, pero han llegado un poco tarde, porque una vez descubierto el coche de Mauricio, no pararán hasta ver con claridad qué se esconde tras aquella puerta grande y vieja que se asemeja demasiado a la que aparece en las pesadillas de Mauricio.

—Desde que yo recuerdo, aquí ha vivido siempre Emilia, de sus padres no recuerdo nada. Creo que era muy joven cuando murió su madre y ella se tuvo que hacer cargo de su padre enfermo. Supongo que eso fue el motivo por el que no se casó. Teníamos muy buena

relación, se podría decir que éramos muy amigas a pesar de la diferencia de edad. La pobre estaba muy sola, no tenía más que una sobrina, a la que adoraba. Cuando su sobrina se casó y se fue a vivir a la capital venía a menudo en fines de semana desde Badajoz. Estaba muy empeñada en que se fuera a vivir con ella. «Estamos muy cerca, seguiremos viniendo los fines de semana a dar una vuelta por la casa, estarás mejor con nosotros», le solían decir los sobrinos, bellísimas personas, por cierto. Pero Emilia, erre que erre, no quería salir de su casa. Después, la sobrina se fue a vivir a Madrid; desde entonces venía muy de tarde en tarde y siempre con idea de llevársela, pero al fin se volvía a quedar sola. Ella no consentía ni en irse unas vacaciones, para probar, como le decía su sobrina. En una de esas ocasiones y en vista de que no podía convencerla para que dejase su casa, buscó a alguien para que le hiciese compañía. Encontró una mujer del pueblo que todavía era joven y también estaba sola. Llegó a un pacto con ella, para que fuera a vivir a la casa de Emilia; le serviría de compañía y la ayudaría en todas las faenas de la casa, pero tampoco en eso se pusieron de acuerdo. Emilia no quería que se quedara a dormir, decía que no necesitaba a nadie mientras dormía, que lo dejara para cuando estuviera enferma. Emilia era mayor, sin embargo, parecía una mujer muy sana. No la he conocido nunca enferma. Pero una noche murió mientras dormía. Tal vez si hubiera estado alguien con ella podría haber avisado al médico y se hubiera salvado, eso nunca lo vamos a saber. Aunque algo escuché sobre que por su aspecto daba la sensación de haber querido llamar por teléfono, pero le falló el corazón antes de conseguir hablar con alguien. Mira que se lo decía su sobrina: «¡Que no puedes vivir sola!, cualquier cosa que te pase, ¿a quién vas a acudir?». «Pues al médico que vive aquí cerca», decía ella, y de ahí no la sacaban.

» A su entierro acudió mucha gente. Estuvimos presidiendo el acto mi marido y yo junto con su sobrina, Helena, y Pedro, su marido. Después del entierro, le pregunté qué pensaban hacer con la propiedad. Helena se llevó una sorpresa porque pensaba que su tía le habría dejado la casa a la chica que la cuidaba. Yo sabía, porque me lo había dicho varias veces en los últimos años, que todo lo que tenía era para su sobrina, y así se lo dije. Les enseñé mi jardín y les gustó mucho, hasta el punto de empezar a plantearse arreglar la casa y plantar otro jardín como el mío para pasar aquí algunas temporadas, porque su marido estaba a punto de jubilarse. Ellos ya tenían las llaves, Emilia se las dio cuando decidió que no necesitaba a nadie por la noche. Debió de ser muy gracioso, porque Helena se espantó al ver su tamaño y le dijo que «dónde iba ella con esas llaves»; no quería llevárselas. Pero Emilia, que tenía la costumbre de acostarse muy

pronto, quería que las tuviera, por si al venir aquí a visitarla ella estaba ya en la cama. Así no tenía que levantarse y ellos podían llegar a la hora que les apeteciese. Porque por la noche no iba a consentir que se quedase nadie en su casa a cuidarla.

» Eran muy buena gente, pero tuvieron muy mala suerte. Al volver del entierro a Madrid, los sobrinos tuvieron un accidente y murieron los dos. Sé que tenían solo un hijo, pero él nunca ha venido por aquí. Creo que de pequeñito sí vino alguna vez, pero no lo recuerdo. Hace menos de un año, mandó a dos amigos, para que vieran todo esto. Estuvieron un par de días o tres, pero después ya no dieron más señales de vida. Fueron muy huraños, no saludaban a nadie, ni siquiera a nosotros, que nos ofrecimos a ayudarlos en lo que hiciera falta. Se limitaron a dar las gracias y a decir algo así como que no necesitaban a nadie que metiera las narices en sus cosas. Se fueron como habían venido, de noche mientras dormíamos.

Mauricio y yo escuchábamos el sencillo relato sin poder dar crédito a lo que oíamos. Nos mirábamos tratando de no interrumpir la información, tan reveladora y sorprendente. Seguro que no era coincidente con sus propios recuerdos, pero sí con lo que yo y seguramente sus amigos le habíamos contado. Sin ninguna duda estaban hablando de la tía abuela y de los padres de Mauricio. Su padre se llamaba Pedro, y su madre, Helena. ¿Se podía producir mayor casualidad?

Aquel era el asunto que lo traía a Badajoz. Siempre se dice que el mundo es como un pañuelo, pero esto me parecía demasiado para ser casual. ¿Estaba todo preparado? ¿Era una representación para sorprenderme? ¡Absurdo! Mauricio estaba tan sorprendido como yo. Sin ninguna duda. Y sus amigos. ¿Quiénes podían ser aquellos «amigos» que según ellos habían ido en su nombre a revisar aquella propiedad?

¡Qué extraño! Mauricio me dijo cuando salió de Madrid para volver a la boda que había una herencia. ¿Puede ser esta casa? Y creo que tendría que tener alguna noción de que Mauricio se interesaba en ella por medio de sus amigos. El dijo que no tenía idea de la herencia, incluso que podía ser un error.

¿Y si Mauricio no quería que yo lo supiera?

Ya estoy elucubrando de nuevo, como si este fuera el otro Mauricio, el que yo creía que me había abandonado. No puedo evitar que se entrecrucen las dos personalidades, ha sido demasiado tiempo

creyéndolo un crápula. ¡Pobre Mauricio! Seguro que él no había oído hablar a sus padres de aquella propiedad, con la que, según Amparo, nunca habían contado como posible herencia. Pero supongo que a sus padres no les dio tiempo de comunicárselo. Por lo que nos ha contado Amparo, hasta que fueron a su entierro desconocían la realidad de la situación en que se encontraban las propiedades de su tía. Lo supieron al acabar su entierro y por boca de Amparo. Nada oficial. ¿Y si su accidente tuvo que ver con esta propiedad? Creo que estoy al borde de la paranoia.

Por primera vez Ángeles escuchó, a la vez que sus padres, la auténtica historia de nuestro abortado matrimonio, el accidente de Mauricio y su pérdida de memoria. No podíamos contrastar los dos apellidos, solo sabíamos ahora que el segundo apellido de la tía coincidía con el primero de su madre: Delgado, eso era todo lo demostrable, lo demás podían ser coincidencias. ¿Las llaves? Sí, eso también contaba. Su madre tenía un juego y a su hijo le dio otras, por lo que pudiera ocurrir… o por si se extraviaban. Aunque también podía ser una casualidad, tal vez las llaves en aquella época eran todas iguales… El lugar donde las guardaba su hijo tampoco era muy normal. ¿Y el coche?

—Yo fui al Registro de la Propiedad con los apellidos, el primero de su padre y de su madre: Tapia y Delgado, pero me dijeron que con esos apellidos no había nada.

—¡Ay, hija! —se asombra Amparo—. ¿Y quién se preocupa aquí de ir a esos sitios? Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo y saben de quién son las casas y las fincas. Por eso a nadie le gusta vender sus tierras o sus viviendas a los que vienen de grandes ciudades, porque los marean con los papeles, y todo es decir: «¿No tiene usted tal papel?, pues necesita no sé qué. ¿Y no tienen aquello?». Aquí, hijos, no hace falta nada de eso…

—Creo que yo debería decir algo —la interrumpe Ángeles—. Después de conocer toda esta historia…

—Lo siento, Ángeles, debía haberte contado… —esta vez soy yo la que interrumpo. Entiendo que esté molesta, en todos estos meses no he sido capaz de contarle nada sobre el accidente de Mauricio.

—No, no es solo eso, es que yo te he hablado de Guareña, desde el mismo momento que nos conocimos y tú no has dado muestras ni de que te sonase el nombre…

—Es que no me sonaba de nada.

El inspector, que ha llegado en tiempo récord, es quien nos interrumpe ahora. Casi me alegro. No sé hasta qué punto esto será motivo de enfado para mi amiga, pero en estos momentos no estoy preparada para intentar que me comprenda.

Después de explicarle lo ocurrido, el interés del inspector se centra en el coche de los que dispararon. No podíamos saber a quién iba dirigido el disparo que había quedado incrustado en la lona. No sabemos si pretendía disparar a alguien —Ángeles era la que estaba más cerca de la bala— o si se trataba de asustar. En todo caso solo sufrió el coche… y la lona que lo cubría, claro.

Nadie puede dar razón del vehículo del atacante, en lo único que todos coincidimos es en que se trataba de un coche oscuro, pero no en la matrícula. Tampoco en la marca que cada uno de nosotros creíamos haber apreciado: la distancia, el polvo, los nervios, la sorpresa, el miedo… Podía ser un Audi verde oscuro, un BMW azul marino, tampoco ahí nos ponemos de acuerdo. El padre de Ángeles, que, se supone, era el que más lo había visto, dice que tuvo que entrar corriendo a por la escopeta y disparar, que él diría que era un Seat negro, pero que no entendía mucho de coches.

Volvemos con el inspector Óscar, para mostrarle el lugar donde apenas una hora antes se había producido el tiroteo. La noche ha empezado a mostrar su rostro. La atmósfera está perfumada y aunque no reconozco la procedencia entiendo que aquel campo de tomates debe de ser el causante; seguro que algo contribuirán también el jardín y el huerto de Amparo.

Mauricio va directo a su coche a terminar de destaparlo. Con la ayuda de todos retira la loneta que aún lo cubre en parte. Mira con pena el pequeño desperfecto de la bala, pero ¡está tan contento de haberlo encontrado…! Prueba para entrar en el coche. La puerta no se le resiste y se enciende la luz de su interior, pero antes de que consiga introducirse en el vehículo el comisario lo detiene. Explica, que, aunque el coche esté lleno de sus huellas, necesita sacar todas las que pueda, por si ha sido otra persona quien lo ha llevado a aquel lugar. Como por arte de magia, veo que el comisario lleva puestos ya unos guantes...

Mientras, en la casa de Ángeles alguien enciende todas las luces del exterior. La espera es breve, según el reloj, pero parecía que no iba a acabar nunca. Al fin, el inspector abandona el vehículo y saca otros

guantes de un bolsillo de su chaqueta para dárselos a Mauricio, mientras, aventura que el coche ha debido llegar allí por su cuenta. La puerta ha quedado abierta y en la guantera se encuentra el mando. Con expectación por parte de todos, Mauricio pone el coche en marcha. Funciona. Suena bien. Lo mueve unos metros, justo hasta la puerta que no está abierta del todo, pero no trata de sacarlo del recinto. Sale para mirarlo.

—El morro está perfecto —dice con entusiasmo.

Inicia una vuelta alrededor del Mercedes, tratando de comprobar el resto, mientras me invita agitado a dar con él una vuelta. El inspector no deja de preguntarnos. Mauricio, que sigue inspeccionando su vehículo, lo llama para enseñarle algo que le sorprende. Al moverlo de sitio unos metros, ha quedado al descubierto en el suelo un agujero bastante considerable.

El inspector se encoge de hombros diciendo que desconoce qué puede significar esa abertura, pero que estamos en las afueras del pueblo en un lugar privado y posiblemente han hecho una bodega para tener fresca la bebida, o algo por el estilo.

—También puede ser que el coche lo hayan puesto ahí para tapar semejante agujero, si es que lo hicieron quienes dejaron aquí ese coche.

Parece que lo que acaba de decir le ha sonado extraño a él mismo, o al menos le ha hecho meditar, porque de pronto se interesa por aquel agujero y toma una decisión distinta.

—Ponte de nuevo esos guantes, no he encontrado dentro ninguna huella. Lo han limpiado con mucho cuidado, por no haber no hay ni polvo, supongo que lo han guardado ahí después de haberlo limpiado a conciencia, y con esa lona que lo cubría no ha entrado ni una mota de polvo. Saca el coche al patio, o lo que quiera que sea el espacio por el que he entrado —le pide a Mauricio, concluyendo así su información.

Cuando el coche sale, tras abrir del todo la otra puerta, podemos ver unas estrechas escaleras de pizarra que nos recuerdan las de las Casas del Turuñuelo, tan alabadas por la persona que nos guio.

El inspector, Mauricio y yo descendemos con cuidado. La luz ha ido disminuyendo de forma considerable y la que entra por las ventanas no es suficiente para apreciar lo que hay al finalizar la escalera. El inspector pide una linterna o cualquier cosa que pueda

iluminar ese espacio. Ángeles baja con una pequeña linterna. La del móvil nos ayuda a ver un poco más. Parece un espacio amplio, pero la iluminación apenas alcanza una mínima parte de nuestro entorno. Mientras, nuestros ojos se van adaptando a la escasa luz del interior. El final de las escaleras desemboca en un lugar que, a la luz del móvil, parece muy espacioso. Detecto ligeros ruidos que no parecen proceder de ninguno de nosotros. Poco más tarde la sensación no es de tanta oscuridad, pero no se ha encendido ninguna otra luz. Los ruidos parece que han cesado. En un rincón hay un saco y en el otro parece que se divisa otro agujero de tamaño similar, también dos peldaños por lo menos. Siento mi corazón latir con fuerza al ver la cara de Mauricio, algo le está ocurriendo. Me preocupa. Es como un mimo. Gesticula de forma incomprensible. Le pido que salgamos a la calle y él se niega sin palabras. Se lleva las manos a la cabeza, se dobla por la cintura y se derrumba, tan cerca de donde empiezan las segundas escaleras que temo se caiga rodando por ellas. Acudo en su ayuda asustada; Ángeles y el comisario me secundan. Entre los tres conseguimos moverlo de allí. Él no ofrece resistencia, lo sacamos hasta donde puede darle el aire. Lo tumbamos en el suelo, sobre unas viejas mantas. Francisco, el padre de Ángeles, que se ha quedado vigilando en la puerta que da a la calle, por si vuelve el coche oscuro, cree que el disparo lo ha alcanzado y dice que va a buscar el botiquín y que llamará al médico del pueblo. Nadie le saca de su error.

Antes de que vuelva Francisco, Mauricio empieza a recuperarse. Parece asustado. Pone los brazos en cruz delante de sus ojos, no sé si trata de defenderse de un enemigo invisible o le molesta la luz de las lámparas exteriores. Busco en el botiquín algo que me pueda servir para que respire y despierte del todo. Pero solo puedo intentarlo con el alcohol.

—¡Es horrible, horrible! —le oímos decir—. Se acercan, las oigo. ¿Cómo es posible?

Por supuesto, no sabemos exactamente a qué se refiere, pero yo tengo la secreta esperanza de que haya podido recordar algo de lo que pasó, por muy horrible que sea.

Pasados unos minutos y sin que nadie le haga una pregunta, es Mauricio el que nos descubre su angustia.

—¡Yo estuve ahí!, ¡estuve encerrado mucho tiempo! Me torturaron, querían morderme, ¡hasta que empecé a arder!

Todos nos quedamos callados y sorprendidos, rumiando el efecto

de aquellas palabras que yo achaco a su desvanecimiento. Seguramente todavía no ha recuperado totalmente la conciencia de quién era y dónde estaba. Lo abrazo con fuerza queriéndole transmitir toda mi energía y amor. Siento que en su cabeza se está librando una batalla de la cual espero y confío que emerja toda la realidad y el reconocimiento de lo ocurrido. Creo que debe ser verdad que ha estado aquí. Sé, con toda seguridad, que estuvo en el casino de Badajoz y sin embargo no hubo ninguna reacción ni reconocimiento del lugar por su parte, aun teniendo la confirmación de su presencia. Aquí, sin embargo, ha estado raro, al menos desde que llegamos a esta casa. Aquí está su coche y han intentado matar a alguno de los que estábamos, o tal vez solo asustarnos a todos. Aquí debe de estar el meollo del complejo problema, mucho más confuso y oscuro de lo que yo pensaba en un principio.

No se trata del dinero que ganó en el casino. Al menos, no es solo el dinero. Además de la historia que nos ha contado la madre de Ángel, las llaves, el coche, los disparos…, todo nos indica que tiene que haber más, mucho más.

Mauricio abre desmesuradamente los ojos. Me mira asustado y responde a mi abrazo de la forma más inesperada: me empuja con fuerza lejos de él. Los que están detrás de mí observando la escena paran mi caída hacia atrás; nos mira sin vernos, se incorpora y corre hacia el interior, sigue hasta las escaleras preguntando, como si no nos conociera:

—¿Dónde estoy? ¿Dónde me habéis traído? ¿Qué os he hecho? ¿Por qué me tratáis así? ¡Quitadme estas argollas, me hacen daño y no me puedo defender! Si lo que queréis es el dinero que he ganado, os lo podéis llevar todo, pero soltadme. ¿Dónde está Enrique?, ¿qué habéis hecho con él? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Por qué me miráis así?

Bajo los dos primeros escalones siguiéndole. Parece que se dirige al segundo sótano, pero de pronto se detiene. Trato de acercarme más, pero él se retira asustado, como si me temiese. Se vuelve a mirarme. Yo abro los brazos para que se dé cuenta de cuál es mi intención; solo quiero abrazarlo. Él da un paso hacia atrás y esta vez nadie puede evitar su caída por las segundas escaleras. Está demasiado oscuro para apreciar su situación. Bajo las escaleras tratando de acomodar la vista a la oscuridad. He debido de perder el teléfono, no está en mi bolsillo. El tramo es mucho más largo de lo que podía presentir, parece que no voy a terminar nunca de bajar peldaños, pero me ayuda recordar que en las excavaciones había diez; al fin toco con mis pies el suelo liso, como de tierra batida, sin más escaleras, pero no distingo ningún

bulto que pueda ser Mauricio. Todo está muy silencioso. Estoy asustada. No consigo ver nada. Oigo pasos arriba, al fin alguien baja con una luz que, poco a poco, va descubriendo la enorme estancia en la que nos encontramos. Se ven distintos bultos por los costados. En un rincón hay una especie de aros de metal que, supongo, sirven para atar a los caballos, pero este no parece un sitio donde guardarlos. Diviso unas cadenas.

Hay elementos que podrían ser de tortura, los he visto en alguna película de miedo. Casi no puedo respirar. La tenue luz se está extendiendo y observo con horror que lo que parecía otro saco es Mauricio hecho un ovillo. Lo llamo con la voz más suave de que soy capaz. No me contesta. Lo intento varias veces con idéntico resultado. La voz de un desconocido me asusta. Es el médico del pueblo —según me explica Francisco, que le precede con una linterna—. Está cerca de mí con algo en la mano. Observo que es una inyección y se aproxima con precaución a Mauricio. Él solo se mueve para intentar replegarse más sobre sí mismo. El médico le clava la inyección en el brazo como si fuera una banderilla dedicada a un toro peligroso en extremo. Pronto se desmadeja y cae tendido en el suelo. Entre Francisco y el médico lo sacan de aquella lóbrega estancia. Me da miedo mirar en derredor. Con ellos se va la escasa luz, por lo que tampoco cabe la posibilidad de mirar con detalle los distintos artilugios que penden de las paredes. De nuevo escucho extraños ruidos que no identifico pero que no se parecen nada a los pasos humanos. Noto que el vello de mis brazos se eriza.

Félix, el médico del pueblo, le dice a Francisco que convendría tenderlo en una cama y esperar, confiando que al despertar se encuentre bien, y así lo hacen. Yo voy a su lado. Lo han tendido sobre un sofá que hay en el cuarto de estar. Desde la ventana puedo ver el jardín, pero no la zona vecina. El médico del pueblo aprovecha para mirar si tiene algún golpe importante en el cuerpo. Determina que no encuentra nada sustancial, que tiene abundantes marcas o cicatrices antiguas —eso es algo que yo ya conozco, aunque el no ha sabido explicarme su procedencia. Habrá que esperar a que el descanso le devuelva la serenidad y la lucidez; mientras, no se puede hacer nada.

Han encontrado mi teléfono.

El doctor me ha advertido que tardará al menos seis horas en empezar a despertarse. Esa es la idea, que descanse de tanta zozobra, sobre todo su confuso cerebro, mientras el subconsciente procesa todas esas impresiones y desasosiegos que le atemorizan. Puede que haya empezado a recordar algunas cosas, aunque sea de forma confusa

y desordenada; tal vez las ordene y coordine y pueda darnos datos de lo que ocurrió aquí antes de su accidente. Aunque, por otra parte, parecen recuerdos demasiado terribles, a juzgar por los efectos que le ocasionan. Puede que simplemente sea fiebre. Se ha podido enfriar en la visita a las Casas de Turuñuelo. Había mucha humedad. Le ha podido dar fiebre y solo está delirando. Aunque las argollas y cadenas…

¿Qué misterio esconde esta casa, de la que Mauricio tiene llaves y donde estaba guardado su coche? ¿Intentaron matarle aquí primero? Seguramente Jaime ha muerto a manos de quien planeó la muerte de Mauricio, y posiblemente sea el mismo que acaba de atacarnos. Pero todo parece relacionado con esta casa. ¿Será cierto que antes de intentar su muerte lo tuvieron atado a esas argollas?

Le doy vueltas a las pocas palabras que ha pronunciado. Me martillea el nombre de Enrique. ¿Por qué habrá preguntado por él? ¿Se referirá a su compañero del hospital o será otro Enrique? Enrique tampoco estaba cuando fuimos Mauricio y yo al hospital, pero no recuerdo que nadie lo echase en falta. Seguramente sería su día de descanso o sus vacaciones. ¿Cuánto hace que no veo a Enrique? No lo recuerdo… Creo que me estoy empezando a obsesionar con ese nombre. Es una tontería, ha dicho el nombre de una persona conocida, como podía haber dicho el de cualquier otra.

Pero Enrique es su amigo y él siempre me ha hablado de un amigo que lo traiciona y otro que lo defiende. ¿Será alguno de ellos el Enrique que yo conozco? Mejor no sacar conclusiones precipitadas, ya existe bastante misterio en este entorno para que yo me obsesione con una persona amiga, porque su nombre coincide con el nombrado por Mauricio en estado psicótico.

El inspector ha sugerido que deberíamos aprovechar a dormir porque a esas horas y sin luz poco se puede hacer. Yo he decidido quedarme en una butaca al lado de Mauricio, aunque los padres de Ángeles han insistido en subirlo al dormitorio del primer piso, que tiene dos camas, para que yo pueda descansar mejor mientras vigilo su sueño. Ante mi negativa, Ángeles quiere quedarse conmigo. Se lo agradezco, sobre todo, después de que ella haya sido consciente de todo lo que le he ocultado. Se lo explicaré más adelante, pero está claro que no lo tiene en cuenta. Es una buena amiga, que no da cabida al rencor en su corazón. Seguramente, también ha comprendido los problemas que podía acarrear contar la verdadera situación en que me encontraba cuando la conocí.

Logro convencerla de que posiblemente la necesite mañana, pero esta noche y mientras Mauricio duerme es exagerado que las dos pasemos una incómoda noche. Hemos dejado encendida una lámpara de pie para poder observarlo mientras duerme y por si despierta antes de que amanezca. Su sueño es muy inquieto. Le toco la frente, puede que tenga fiebre. Continuamente parece que se va a levantar, pero no llega a incorporarse en ningún momento. No abre los ojos, solo emite algún quejido corto.

Mauricio se ha despertado antes de lo previsto, no habían transcurrido ni cinco horas. Primero me ha mirado con extrañeza, como si no me conociera. Después se ha mirado las manos y los brazos con una expresión asustada en los ojos, yo diría que con miedo. También ha pasado revista a sus piernas después de remangarse el pantalón. Y parecía aliviado. No sé qué esperaba encontrar, pero estoy segura de que se ha apaciguado al no hallarlo.

Tras esta inspección se ha vuelto a quedar dormido, con aspecto mucho más relajado.

Al empezar a clarear la mañana, se ha vuelto a despertar y otra vez me mira sorprendido. Murmura por lo bajo algo que no puedo comprender; es como el secreto siseo que se dice al oído confiando que nadie más lo escuche, solo que el emisor está a una distancia que no me permite entender nada. Intento comprenderlo. Imposible. Se levanta con un impulso inesperado y sale de la habitación. Va a toda velocidad; parece que su meta está en la casa de al lado. Le sigo. Se dirige a su coche, a la parte trasera concretamente, y con determinación levanta el capó. Algo está manipulando desde dentro. De pronto, ha vuelto a pronunciar el nombre con un grito, que más bien parecía un alarido: ¡¡Enrique!! ¡Ha sido terrible! Llamo por el móvil al inspector, que responde inmediatamente. Me asegura que ya está llegando. Viene con refuerzos: el inspector Juan de Badajoz y algún policía.

Ángeles y Amparo, han debido de advertir el movimiento dentro de la casa y se presentan casi de inmediato, dicen que Francisco ha llamado a Félix, el médico del pueblo.

MAURICIO

Guareña 10 de octubre de 2019

¿Qué me ha pasado? ¿Por qué me mira así Adriana? Pero, si está Adriana, es que todo lo que he sufrido solo ha sido en el sueño. Ella no estaba conmigo. Yo estaba solo cuando me han maniatado. Pedía que me quitasen las argollas que me hacían daño. He estado sin comer y a oscuras, sin saber qué ocurría, las ratas me mordían y yo me sacudía los pies y huían, pero volvían de nuevo. Lo que le hacían a Enrique era peor, las ratas lo preferían a él. ¡Claro! Yo veía como dos indeseables desconocidos lo untaban con alimentos como la grasa o el queso para poder divertirse, mientras apostaban a cuál se comerían antes. He visto cómo lo iban devorando. Ha habido momentos en los que he perdido el sentido por no poder soportar la visión. ¡Qué espanto! Siento náuseas solo de recordarlo. Pero yo no estoy atado, tengo las manos libres y no tengo ninguna marca de sangre fresca en mis piernas. Ha sido todo una pesadilla espantosa y muy larga. Me puede el sueño. Quiero dormir, aunque tengo miedo de soñar de nuevo esas cosas tan horribles.

Mauricio se queda dormido de nuevo. Su mente esta agotada con esa lucha que mantiene. El tranquilizante ha hecho su efecto y continuará haciéndolo. Aunque al volver a despertar la realidad y sus sueños se entremezclan de manera imposible de determinar dónde acaban unos y empiezan los otros. Lo cierto es, que hasta sus sueños han sido en algún momento realidad. La mente de Mauricio, todavía entre tinieblas, está empezando a despejarse. No ha sido su caída por las escaleras, aunque puede que haya ayudado. Ha sido volver al lugar que motiva todas sus pesadillas lo que está obligando a su mente a reaccionar.

—Adriana, ¿dónde estamos? ¿Por qué estoy tumbado en este sofá? No recuerdo nada, solo tengo la imagen de una pesadilla horrible. Espera, creo que… estamos en la casa de los padres de una amiga tuya… ¿O eso también lo he soñado?

No espero a que me conteste, aunque me da tiempo de ver su cara

como sobrecogida de estupor; es como si fuera ella la que ha tenido las pesadillas. Las imágenes reales se agolpan y mezclan con mis desvaríos. ¿Son delirios? Salto del sofá y dejo aquella habitación. Paso por una cocina que reconozco a pesar de la escasa luz que se cuela por la ventana y la puerta acristalada; al abandonarla alcanzo el jardín. Siento el aire fresco de la madrugada. Me invaden sugestivos perfumes que suavizan mis temores, pero sé adónde acudir para aclarar mi realidad. Salgo a una calle sin asfaltar. En la finca de al lado, que es a donde se encaminan mis pasos, no oigo voces. Veo que Adriana me sigue sin decir nada, mientras me dirijo a mi coche. En efecto está ahí y me preparo para abrir el maletero. Hace mucho que no rezo, pero sé que estoy rezando para que todo haya sido solo un sueño, una pesadilla, pero irreal. Abro el maletero, la tapa que lo cubre para poderlo descapotar está cerrada. Presiono para que se oculte, y ahí se ve una especie de saco de viaje, descorro con miedo la cremallera y… ¡¡¡¡ enrique !!!! ¡Lo temía! ¡No lo puedo soportar! El cuerpo está sumamente reducido, comido por las ratas, como aparece en el sueño del que acabo de despertar. Pero si todo es real, si mis recuerdos no son sueños… ¿Yo he venido hasta aquí con Adriana? Han pasado cosas… Mis recuerdos tienen que ser de hace tiempo. El cuerpo apenas es reconocible, pero todavía no se ha descompuesto.

Acuden a mi grito, me rodean. Veo gestos de miedo mezclados con repugnancia. Los miro a todos, uno a uno, esperando que se desintegren, que desaparezcan. Espero volver a la realidad, esto no puede ser real. ¿Qué hacemos aquí todas estas personas, incluida Adriana? En este lugar me torturaron. Pero esto no es el sueño, es la realidad. Una realidad espantosa. Todo es verdad. Todos me rodean y dicen cosas que no entiendo. Es como si infinidad de abejas o avispas mal orquestadas trataran de volverme loco con sus zumbidos. Creo que reconozco a todos y cada uno. Pero estos actores no se corresponden con este escenario. Solo el cuerpo de Enrique y el mío han vivido aquí los horrores que yo estaba confundiendo con una pesadilla. ¡Es que fue una pesadilla real!

Las voces parecen aclararse y yo empiezo a distinguir lo que dicen: El inspector me está preguntando si recuerdo algo de lo que ocurrió antes del accidente. Adriana me pregunta si he empezado a recordar lo que ocurrió cuando me fui en vísperas de la boda. Ángeles dice que tiene que contarnos algo y está pidiendo perdón… Creo que no me lo dice a mí, creo que se dirige a Adriana. El inspector pide silencio y vuelve a preguntarme de nuevo por mis recuerdos. Intento recordar y creo que lo verbalizo, aunque no sé si mi voz se escucha. Me cuesta hablar, tengo la garganta seca.

—Necesito un vaso de agua, por favor.

Alguien llama por teléfono y pide refuerzos. Está llamando a la policía y al juez. Sí, sé quién es la persona que llama, es el inspector Óscar. Creo que ya voy distinguiendo las voces, los sueños y la realidad. Pero ¿ha habido realmente algún sueño? La madre de Ángeles, Amparo, se llama Amparo, me trae un vaso de agua que yo apuro con auténtica fruición en un instante.

El inspector se pone unos guantes de látex que lleva en uno de sus bolsillos y cierra la cremallera que oculta el cuerpo de mi amigo. Después de adoptar una actitud que parece de meditación, cierra el capó. Al entrar en el coche para llevarlo de nuevo al lugar donde lo encontré, le dirige unas palabras a alguien cuya presencia no había advertido hasta este momento. Ese alguien le pide a Adriana que me acompañe de nuevo al sofá. Creo que es la única persona que no conozco. Me dejo conducir a la casa de Ángeles, hasta sentarme en el sofá en que me he despertado dudando de si todo había sido una pesadilla.

El cuerpo de Enrique se me ha quedado grabado en la retina; me está diciendo que todo fue real. Necesito pensar. ¿Qué ocurrió? No entiendo el castigo. ¿Qué hicimos para que nos torturaran de aquel modo? ¿Qué hicieron después conmigo…? Me desmayé y desperté en un coche que daba vueltas y que después empezó a arder… Me desperté al lado del coche que ardía…, un coche que no era el mío, el mío está aquí… Creo que aquí ocurrió todo.

Siento sueño, no quiero dormir…

Veo la blanca bañera, el altar donde reposa un cuerpo que se desangra y la va tiñendo de intenso rojo. Se está cubriendo de sangre, se extiende por la blanca superficie que se muestra a mi vista. Pronto los roedores acuden y el blanco que ha ido mutando en rojo ahora es gris… rata… ¡Noooooo! Siento que algo me muerde el brazo, es como un solo diente afilado. Parece que todo a mi alrededor se desvanece…

Entre sueños he oído hablar a mi alrededor. Hablaban del suave efecto de una inyección que alguien me había puesto para que me recuperase, pero a mí me parece que lo que ha conseguido es dormirme. Quiero saber qué significan los distintos elementos que han aparecido durante mi descanso. Seguramente he mezclado el valle del Turuñuelo con la escalera que tapaba mi coche.

Mientras yo trato de ordenar mis recuerdos, los dos inspectores están de vuelta e insisten con sus preguntas. Amparo me ofrece una infusión que la persona que no conozco le ha pedido que me prepare. Creo que es un colega. Me lo tomo sin protestar. Ellos hablan, pero no puedo centrar mi atención en lo que dicen. El té me sienta bien. Todo se va clarificando. Me hacen preguntas. Parece que la niebla se está disipando. Intento remontarme al momento donde creo que empezó todo. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero todos siguen aquí, rodeándome y esperando mis respuestas.

El inspector de Valencia me pide que trate de recordar por qué fui a aquel lugar. Yo lo intento y creo conseguirlo, veo con claridad aquel primer contacto que me hizo viajar en fechas tan poco afortunadas.

—¿Puede contarnos los motivos?

—Sí, recuerdo que me llamaron por teléfono de Badajoz, justo cuando me iba a casar. Dijeron que eran los abogados de una tía abuela. Que la herencia de mis padres comprendía una propiedad en un pueblo cercano. Se trataba de la propiedad que la tía abuela de mi madre le había dejado en su testamento. Yo nunca había oído hablar de la posibilidad de que aquel familiar lejano al que mi madre visitaba de tarde en tarde pudiera dejarnos nada en herencia. Según ellos, yo corría el riesgo de perderlo todo. No podía esperar, tenía que presentarme allí inmediatamente No tenía una idea exacta de dónde estaba esa propiedad, aunque sí sabía que estaba cerca de Mérida o Badajoz. Los abogados dijeron que alguien la quería comprar, que ofrecía una buena cantidad de dinero y que difícilmente tendría ocasión de encontrar otros compradores tan generosos. Me dijeron también, y este era el motivo de la urgencia, que al no tenerla inscrita iba a pasar a propiedad del Ayuntamiento, o de Hacienda, no sé muy bien, y que a alguien del pueblo que también estaba muy interesada en ella se la iban a adjudicar, casi gratis. Solo se trataba de llevar los testamentos de mis padres y el de la tía de mi madre al Registro de la Propiedad e inscribirlo. Eso paralizaría todo. Después se haría lo que hiciese falta, pero urgía paralizar la apropiación por parte de la Administración, o de la Hacienda Pública. Yo no tenía el testamento de la tía Emilia, ni siquiera había pasado por mi mente la posibilidad de que ella tuviera algo que dejarnos. Pero me dijeron que no me preocupase, que eso también lo solventarían ellos.

» Yo preferí no hacerme ilusiones sobre la importancia de esa herencia, a pesar de lo mucho que la ponderó el abogado que me llamó. También quise ser prudente y no decirle nada a Adriana. Si era tal como me contaba, yo sería muy feliz ofreciéndosela como regalo

de boda. Creo que al final consiguió que le mencionase una posible herencia.

» Era un sencillo trámite según estos abogados. «Le dejaremos reservada una habitación en el Hotel NH de Badajoz. Estará a nuestro nombre, Rubén del Cerro Abogados. Nosotros iremos a buscarlo al hotel para cenar y poder charlar tranquilos.

» Se trataba del hotel en el que nos hemos hospedado Adriana y yo.

» Dada la urgencia, y la supuesta brevedad de los trámites, di pocas explicaciones. La expresión que salía y se repetía en los labios de casi todos, más o menos, era: «¡Precisamente ahora, en vísperas de tu boda!». Posiblemente fui un poco más explícito con mi amigo Miguel Urquiza, como jefe de mi equipo, lo que me obligaba a dar más detalles, pero solo expliqué lo justo para que comprendiera la urgencia. Lo entendió enseguida y no puso ninguna objeción, a pesar de que en poco más de una semana dejaría mi puesto durante al menos un mes, que era lo que pretendíamos que durase nuestro viaje de novios. Pero como ya tenía seleccionada a la persona que iba a sustituirme, tan solo era cuestión de que empezara una semana antes.

Adriana tiene su mirada fija en mí. Observo su rostro querido. Hay ansiedad en su mirada. Me percato de que una de sus manos agarra mi brazo y la otra acaricia la mano del brazo que sujeta, entrelaza sus dedos con los míos. La siento temblar. La miro con todo el amor que me inspira. Oprimo su mano queriendo trasmitirle la intensidad de mis sentimientos. Experimento tanto dolor por lo que voy recordando, que mi necesidad de un bálsamo que suavice estos recuerdos da a mi amor más profundidad. La necesito a mi lado para siempre.

—Continúe, por favor ¿qué más recuerda.

Tengo que seguir completando lo ocurrido. Tengo que confesar que siento desasosiego. No sé adónde me van a llevar mis recuerdos, pero percibo angustia incrustada en todo mi organismo… Todo lo que he recordado hasta ahora parece bastante claro, pero empiezan a destacar de nuevo esas brumas que me confunden, que mezclan imágenes, que me estremecen.

Las preguntas se suceden animándome a continuar recordando, pero hay algo extraño que sigue obstruyendo mis recuerdos, incluso mis pensamientos. ¡Se parece mucho al miedo!

—Continúa, por favor —me anima también Adriana—. Fuiste a Badajoz a reunirte con los abogados y ¿cómo es que apareció Enrique? ¿Por qué Jaime Díez no habló de abogados y tampoco describió a Enrique? ¿Con quién te encontraste? ¿Puedes recordar cuándo apareció Enrique y qué papel desempeñaba en esta horrible historia? —Es Adriana la que puntualiza lo más destacable de esta incógnita.

Me cuesta pensar, pero algo estoy relacionando y lo expreso a medida que voy recordando.

—Al llegar al hotel no estaban los abogados, pero sí tenía hecha una reserva a nombre de ellos. En el hotel, el que me dio la llave-tarjeta me dijo que me estaban esperando, y me dio un papel doblado que recogió de lo que debía ser mi casilla. Era una nota firmada por uno de ellos, ahora no recuerdo su nombre. Es posible que acabe recordándolo. Sé que no firmaba Rubén, creo que la firma era poco legible. Tal vez no puse mucha atención en descifrarla, podía ser su socio, o un hijo, pero creo que solo era un nombre sin apellido. Decía que se presentaría a cenar y si no solucionaba el problema que le impedía venir a recibirme, me avisaría y vendría a recogerme a la hora del desayuno. De todas formas, a la hora que llegué no se podía ir al Registro, por lo que tampoco resultaba una pérdida de tiempo. Cuando me dispuse a cenar me encontré con la persona que dijo ser el abogado. Resultó muy simpático. No me extrañó que nadie lo saludara. Me pareció muy creíble lo que me aseguró: que, aunque le gustaba jugar al blackjack, procuraba no hacerlo, por lo menos en el mismo lugar donde tenía el despacho, por una cuestión de imagen, pero que esa noche iba a hacer una excepción. Lo demás ya lo he contado y tú, Adriana, lo sabes igual que yo.

Adriana, me mira unos instantes antes de expresar sus dudas:

—Entonces, ¿la persona que estuvo jugando contigo y con el pobre Jaime era el abogado de tu tía? Tendremos que ponernos en contacto con él.

—¿Recuerdas algo por lo que podamos identificarlo? —pregunta el inspector.

—En mi maleta llevo toda la documentación que tenía en casa. Bueno, las fotocopias, no sé si incluyen algo de todo lo que estamos hablando. Hay que tener en cuenta que, en este viaje, yo no sabía a qué venía, por lo que no he seleccionado nada y no recuerdo tener esa carta de los abogados. Podemos preguntar en el hotel de Badajoz, con la fecha exacta, quién reservó mi habitación, pero mucho sospecho

que el que lo hizo no era ningún abogado. El nombre que me dieron del despacho es Rubén del Cerro, eso lo recuerdo bien. Pero también es posible que ese despacho no exista.

El inspector acude a su móvil. Antes de que yo siga hablando, confirma que ese nombre existe y se corresponde con un bufete de abogados.

—Pues si existe, habrá que comprobar si fueron ellos los que se pusieron en contacto conmigo, teniendo en cuenta lo que ocurrió después. Tal vez esa persona pueda conocer e incluso coincidir con la que dio el falso nombre al alquilar el coche en el que tuve el accidente, pero… no sé…, me parece todo tan espinoso, tan enigmático...

—Yo guardo una fotocopia del contrato de alquiler del coche que se quemó. En él está la fotografía de su documento de identidad —dice Adriana de forma atropellada por lo que acaba de recordar—. Tengo la fotocopia que me había proporcionado usted mismo, inspector. No se me ocurrió antes, pero podemos mostrarlo en la recepción. Tal vez fuera él quien reservó tu habitación. Tendría triste gracia que nosotros hayamos estado buscando quién nos pueda hacer un retrato robot y que lo tengamos en nuestro poder.

—Lo siento, Adriana —dice el inspector Óscar—, ese trabajo ya lo hicimos nosotros cuando murió Jaime Díez. Nadie lo recordaba, ni en sus archivos apareció su nombre, tampoco el de Mauricio. Pero ¿qué ocurrió después? — el comisario insiste en que recuerde.

—Mis recuerdos son muy vagos. Ya sabes —me dirijo a Adriana esperando que confirme cuanto digo— que Jaime aseguró que yo no había probado ni una gota de alcohol en toda la noche. Sin embargo, a pesar de que empiezo a recordar, mi recuerdo de esa noche es muy borroso, como si solamente la hubiera soñado, o hubiera transcurrido en medio de una monumental borrachera. Incluso lo que creo recordar tal vez sea porque le he dado forma gracias a lo que nos contó Jaime.

» La cuestión es que hay un espacio en blanco. Recuerdo muy bien cuando me instalé en el hotel, pero no recuerdo haberme ido a dormir a mi cama. Tampoco haberme levantado de ella, ni haber salido de mi habitación. Solo recuerdo oscuridad y la voz de Enrique, junto con otras dos voces, una la del que se supone era el abogado, la otra… ¡Qué dolor de cabeza me produce este esfuerzo por recordar!

El juez hace su aparición acompañado de unos policías —la policía judicial, supongo—, y es el inspector quien los acompaña para ver y levantar el cadáver de Enrique. Sus restos, claro.

Trato de seguir recordando y todo es oscuridad y dolor.

—Es extraño, pero todavía no consigo comprender la posición de Enrique. ¿Qué pintaba él en esta historia? Lo encontré en el casino cuando estaba en la recepción para que me dieran la llave de mi habitación. ¡Claro! Él fue quien me propuso vernos en el casino a cenar y más tarde me animó a jugar una partidita antes de irnos a dormir. Yo tampoco tenía nada mejor que hacer a esas horas. Sabía que Enrique era un experto en los juegos de azar y me pareció una buena ocasión de conocer aquel ambiente en el que nunca había pensado. Lo demás lo describió muy bien Jaime. ¡Pobre Jaime!

Todos me miran con extrañeza, algo de lo que he dicho no les ha gustado. Adriana, cuyo gesto no interpreto, me dice con voz que parece intentar ser paciente, pero a la vez es como si estuviera muy enfadada conmigo:

—Mauricio ¿tú te oyes? Nos has dado en un momento dos versiones distintas de lo que ocurrió aquella noche. ¿Me quieres repetir con quién cenaste?

—Con Enrique —respondo muy seguro.

—¿Y con quién jugaste en el casino? —sigue preguntando.

—Con Enrique, insisto

—¿Qué pasó con el abogado? —vuelve a preguntar Adriana.

—Que al final no vino a cenar.

—Pero nos acabas de decir que sí fue a cenar y luego jugasteis en el casino.

—Sí, con Enrique. El abogado no vino… O sí… Creo que vino después.

—Entonces, ¿os juntasteis los tres?

—No el abogado se fue… No, se fue Enrique. No lo sé, pero en el casino no estuvimos los tres. ¿Tú no recuerdas que Jaime dijo que iba con un amigo, no con dos? Solo estaba uno. Pero los recuerdo por separado, nunca los dos juntos.

—¿Pudieron ser dos noches diferentes? —pregunta el inspector Oscar.

No sé qué contestar. Miro las caras expectantes de los que me

rodean. Mi confusión es total.

Al volver, el inspector Juan pide a los padres de Ángel que comenten cuanto consideren que puede tener relación con el cadáver encontrado. Pero ellos que están espantados no encuentran relación con nada de lo que conocen. Repiten lo que ya nos han contado sobre la presencia de los supuestos amigos míos, que yo envié para conocer la propiedad.

—Amigos a los que no solo no he enviado nunca, sino que nunca los hubiera podido comisionar, porque la semana antes de mi boda desconocía que mi madre hubiera heredado nada de su tía. Cuando me enteré, tampoco envié a nadie, puesto que yo mismo vine iniciando así esta pesadilla.

» Precisamente al venir a conocerlo e inscribirlo en el Registro de la Propiedad, fue cuando tuve el accidente, Y después, con la pérdida de memoria, era imposible que eso ocurriera.

» ¡Las llaves! —de pronto las llaves acuden a mi memoria—. Cuando la policía me entregó lo que había pertenecido a mis padres tras su accidente, las llaves estaban entre sus cosas. Supuse que se habían olvidado dejarlas o se las llevaban de recuerdo, la cuestión es que las guardé como una joya más, por tratarse de algo que llevaban encima cuando fallecieron por el accidente. Si alguien se las había dejado y tenían que devolverlas, ya se pondrían en contacto conmigo. Pero, claro, nadie las reclamó y yo llegué a olvidarlas. Es increíble que sean de esta propiedad.

—Parece que este lugar está relacionado directamente con el asunto que nos ocupa. Parece que alguien estaba sumamente interesado en esta propiedad. Algo tiene que haber que despierte su atención hasta el punto de cometer uno o dos asesinatos, más el intento fallido del suyo —asegura el inspector.

—Sí, ¡claro que hay algo!, algo fundamental y transcendental —replico recordando de pronto como si se acabaran de rasgar todos los velos que cubren capa a capa mi memoria—. Es realmente importante. Es algo sustancial en este asunto.

A la vez, me levanto y pido a los inspectores y a los policías que me sigan.

—¡Esas escaleras, esas escaleras! —repito, en un intento imposible por desvelarles la clave del misterio.

Me muevo con rapidez, deseando comprobar la realidad de lo que acabo de recordar. Me siguen hasta el lugar donde estaba mi coche y que ahora no está, supongo que por algún mandato del juez.

Bajo las escaleras con el corazón latiéndome de forma desacompasada. Adriana me sigue casi sin hablar, solo pronuncia mi nombre de una forma que no es normal. Más parece una letanía, una súplica, una oración o un mantra, pero no sé qué significa.

—Ese saco…, casi estoy seguro de lo que voy a encontrar. Estoy muy nervioso, me cuesta desatarlo. —Adriana me ayuda a abrirlo—. ¡Ya!, ya parece que está. ¡Mirad qué maravilla! —Voy mostrando lo que el saco alberga—: unos jarrones de no sé qué metal, parece bronce, unas piezas muy amarillas, que parecen de oro puro, brazaletes, collares y anillos del mismo metal.

» Lo sabía, es parte de lo que se ha descubierto en este sótano. No, no es solo un sótano, hay un pasadizo que comunica con otra entrada. La entrada es sumamente estrecha, cuesta muchísimo salir por ahí, aún para una persona muy delgada, está horadada en la roca y resulta muy difícil de atravesar. Ellos descubrieron que esta zona que es el subsuelo de la finca estaba llena de importantes piezas de oro, plata y estaño de la época tartesia. Y esta es la parte que tiene escaleras por lo que se supone que es la entrada a este recinto, o tal vez sea un santuario tartésico. Pero esto no es un sueño, ni una pesadilla, es la realidad. ¡Es la clave!

Necesito serenarme, las piezas parece que empiezan a encajar en mi cabeza, la niebla se disipa y aparecen claras algunas imágenes espeluznantes, que todavía no estoy preparado para admitir y relatar. Siento un sudor frío perlando mi frente. Todos esperan expectantes mis palabras, que fluyen mientras revivo el pasado:

—Me maniataron y llegaron a torturarme. En principio, y eso lo recuerdo mejor, querían cómpralo incluso antes de que yo lo escriturase. Tenían demasiada prisa por adquirir esta propiedad, y yo quise conocerla. Pero ellos querían esta finca, querían quedarse con ella por las buenas o por las malas. Es extraño lo que cuento, pero es que hay espacios de tiempo en los que ocurrieron cosas que yo recuerdo como flotando. Luego se produce un vacío total y me veo en otro lugar sin que tenga ningún punto de continuidad. Son como escenas aisladas de una misma película, que no se entienden porque faltan las principales. Después sé que trataron de matarme. No se

cómo me sacaron del hotel, ni sé como llegué aquí, pero paso en mis recuerdos de sentirme tomando un aperitivo a verme en este escenario siniestro, descubriendo estos tesoros. Recuerdo a Enrique diciendo que no hacía falta que me hicieran daño, que lo podíamos compartir, que yo era una persona juiciosa y preferiría ser uno de los socios a entregárselo al Erario Público. Yo solo veía un montón de piezas diversas de metal más o menos brillantes y no terminaba de entender, parecía que acababa de despertar de un sueño y no sabía que había pasado mientras en la realidad. Pero no entiendo por qué dejaron que Enrique muriera de aquella manera tan espantosa. ¿Qué pintaba en este asunto? Alguien dijo que, llegados a este punto, yo no podía seguir vivo. Pude oír cómo pensaban matarme, pero en el fondo no lo creía, no podía aceptar que fueran tan depravados. Pensaba que trataban de asustarme y que ya lo habían conseguido. Me estaban martirizando día a día, pero no podía creer que llevasen a la práctica todo lo que decían.

—¿No recuerdas nada del otro amigo? Tal vez eso te diese la clave de lo que ocurrió con Enrique.

Yo sé que Adriana tiene la mejor intención cuando trata de que recuerde quién era el otro amigo que me amenazó con la pistola, pero a mí me produce repulsión el esfuerzo de recordar, cuando se trata de esa escena. Pero ella no tiene la culpa de mi sufrimiento patológico, así que contesto desviando en principio la pregunta que tanto me inquieta y me desestabiliza. Enseguida surge el recuerdo vivo:

—Nunca pensé que la casa del pueblo que nos habían dejado en herencia pudiera contener semejante tesoro de carácter arqueológico, y mucho menos que detrás de aquella llamada que me lo comunicaba se escondiese tanto horror. Sí, sí, algo muy sorprendente y doloroso estoy recordando. Es Enrique el que me apunta con una pistola, pero alguien le conmina a que dispare… ¡Dispara ya, dispara!, o serás tú el que mueras, le grita…

Y no dispara.

» ¿De quién es la voz que le dice que dispare? No puedo, no puedo. Lo siento. No soy capaz de identificarla. La escucho claramente, pero no sé a quién pertenece.

Veo las caras que me miran horrorizadas, pero no lo están tanto como yo porque siento que lo estoy volviendo a vivir. ¿Cómo he podido regresar a este escenario del terror del que deseaba salir a

costa de cualquier cosa? ¿De qué manera se han confabulado los elementos para que yo ahora me encuentre de nuevo en este espantoso lugar? ¿Es que todo va a empezar otra vez?

—¿Cómo conocía usted el lugar en el que habían guardado los restos de su amigo Enrique Álvarez? — quiere saber uno de los inspectores.

— Eso lo recuerdo perfectamente. Los dos estábamos atados cuando Enrique murió y uno de nuestros agresores pidió a gritos “un saco para meter a este blando que no ha resistido nuestras caricias y ha dejado de respirar”. Vi como lo introducían en el saco en el que estaba ahora, cerraron la cremallera y de nuevo gritó: “Súbelo y lo metes en el coche del amigo. Mañana los llevaremos a los dos de viaje. Compra ropa y calzado de lo más barato en un supermercado” y aún recuerdo que añadió riendo: “Es para que vayan de viaje limpitos.” El otro también rompió a reír. Al despertar asustado recordé esa escena, estaría soñando con ella, y quise saber si era un sueño o realidad.

—¿Qué más ha recordado? —El inspector Oscar vuelve a preguntar, mientras yo me fijo en las caras que me rodean deteniéndome en la de Adriana. Lo que voy a decir le va a hacer sufrir, pero este sufrimiento no se lo puedo evitar:

—He estado sin comer y a oscuras. Las ratas me mordían y yo me sacudía los pies y los brazos, huían, pero volvían de nuevo. Las ratas también mordían a Enrique, pero a él se lo iban comiendo porque previamente le habían restregado por su cuerpo casi desnudo distintos alimentos … Lo untaban con algún tipo de grasa y luego jugaban con él a tirarle con granos de trigo que quedaba pegado a su cuerpo, o le rociaban con arroz. Eso debió de salvarme de sus voraces mordiscos. Creo que aparte de las náuseas que sentía y que siento solo de recordarlo, perdí el conocimiento unas cuantas veces. Ellos, los dueños de aquellas voces, se entretenían mientras apostaban a cuál se comerían antes. He visto cómo lo iban devorando. No podía soportar la visión. ¡Qué espanto!

» Después añadieron que, al igual que a Enrique, no podían dejarme vivo, que éramos un peligro para todos ellos; que a Enrique nadie lo echaría en falta pero que a mí me buscarían. Debían pensar qué hacer conmigo para que no me asociasen con la herencia y vinieran a investigar aquí.

—Pero eso no tiene sentido dice el inspector Juan. Aquí han dejado el cuerpo de Enrique, podían haber echo lo mismo con el suyo.

Y dejaron también su coche.

—Es cierto. No tiene sentido— Siento nublada la vista. Miro sin ver. Algo me ronda por la cabeza

—Mauricio —me dice el otro inspector cuando pensaba que ya estaba todo dicho—. Ha hablado de un lugar entre rocas por el que se llega a este recinto. ¿Recuerda quién se lo enseñó o cómo lo conoció y en que lugar se encuentra exactamente?

De nuevo las tinieblas parecen disiparse. Claro que lo sé, lo sé con certeza porque yo mismo he pasado por él. Pero tardo en contestar. A mi silencio el inspector insiste de nuevo recordándome algo que yo he dicho, sin conciencia de su significado.

—¿Recuerda Mauricio habernos dicho que había otra entrada sumamente estrecha? Dijo, concretamente, que costaba muchísimo salir por ahí aún para una persona muy delgada. Este dato se ha quedado en mi recámara. Me ha sonado a experiencia vivida, pero no ha dicho nada de cómo la vivió. He esperado a preguntarle pensando que lo aclararía usted mismo. ¿Ha pasado usted por esa entrada? También aseguró que está horadada en la roca y resulta muy difícil de atravesar. Parece que la conoce bien.

Me esfuerzo por recordar. Por supuesto que la he atravesado. Pero no recuerdo muy bien. Es de noche y brilla la luna cuando salgo por ese agujero. Sí, no estaba en buenas condiciones pero sabía que tenía que salir de allí. Parece que algo se va aclarando en mi cerebro.

—Creo que desperté al sentir algo por mis piernas y al sacudirlas me di cuenta de que no estaba atado. Quise salir de ese lugar de tortura, estaba en el suelo, pero no estaba atado. Me dirigí a las escaleras confiando que nadie se diera cuenta. Estaba todo muy oscuro pero mis ojos se habían acostumbrado. Algo tapaba el agujero grande por donde ellos entraban y salían. Seguramente ya habían colocado allí mi coche. Me volví entre tinieblas. No lo estoy recordando solo como oscuro, son esas nieblas que me acompañan en toda esta historia. Creo que yo solo tenía claro que no estaba atado y tenía que huir antes de que volvieran, pero todo está muy borroso.

—Continúa por favor —Oigo decir a Adriana—. Y sigo forzando mi mente que se resiste a darme clara información.

—Otro esfuerzo más. Usted salió por aquel estrecho agujero ¿Cómo? —Insiste el inspector.

Muy al fondo aprecié un punto de luz, me asusté pensando que era una linterna. Alguien me había descubierto. Pero la linterna no se movía. Me fui acercando poco a poco, era un pequeño agujero en la roca por el que se filtraba la luz. Me daba miedo salir porque asocié la luz con el día y pensé que me descubrirían inmediatamente. Pero tenía más miedo a quedarme. Conseguí meterme entre los pliegues de la roca. Fue difícil, pero conseguí salir al campo. Había luna llena y yo no sabía dónde estaba. Corrí campo a través, apenas tenía fuerza. Sí, lo recuerdo con más claridad, me dolían las piernas pero tenía que seguir corriendo. No sé cuánto tiempo me costó llegar a la carretera. No pasaban coches, pero cuando al fin apareció uno, paró. Me daba igual hacia dónde fuera, no sabía dónde estaba ni a dónde podía ir, la cuestión era alejarme de allí.

—Y el conductor no le preguntó a dónde se dirigía? —De nuevo el inspector Oscar.

— Me preguntó cosas, pero yo solo podía decir que me llevara hasta donde pudiera. Me ofreció algo de comer que yo acepté, creo que devoré un bocadillo. No sé cómo fue capaz de llevarme en su coche, seguro que tenía un aspecto que no se prestaba a confiar en mi. En el coche me quedé dormido. Estaba agotado, acababa de comer y el asiento era muy cómodo. No sé durante cuánto tiempo estuve dormido, pero al despertar estaba en otro coche y tenía a dos de las personas que me habían estado maltratando a mi lado. Me ofrecieron beber agua de una botella que debía contener alguna droga, porque lo siguiente que recuerdo fue el coche cayendo por una pendiente.

Es terrible revivir todo esto, pienso en ese momento que si Adriana no hubiera conocido a Ángeles, yo nunca hubiera vuelto a este horroroso lugar. Aunque hubiéramos acertado a pisar Guareña, a causa de las excavaciones del Turuñuelo, nunca se nos hubiera ocurrido visitar esta parte del pueblo.

—Adriana, ¿qué sabes tú de todo esto? ¿Tú conocías esta propiedad? ¿Me seguiste? ¿Y tu amiga Ángeles? Qué casualidad que te hayas hecho tan amiga de la vecina de mi tía abuela. Es todo muy raro. Demasiado. ¿No te parece? —Miro a Adriana al decirlo, pero es Ángeles la que me responde. Aunque su respuesta va dirigida a Adriana, que me mira con los músculos de la cara contraídos.

—Sí, sí lo es, pero solo una parte. Yo conocía de hace años a Adriana. También el azar ha tenido su espacio, aunque hay un gran principio hermético que dice que azar no es más que el nombre que se da a una ley no reconocida. Llevo ya horas, desde ayer, tratando de

contaros algo que me puede hacer sospechosa, aunque os juro que no tengo nada que ver con todo lo que ha pasado aquí.

Se nota que también para ella supone un gran esfuerzo hablar. ¿De qué nuevo horror me voy a enterar?

—Fue por puro azar como supe de algunas personas interesadas en vuestras vidas. Pero tenéis que escucharme hasta el final, porque dicho así puedo parecer culpable y yo lo único que he hecho ha sido tratar de ayudar en todo momento. —No me sorprende demasiado lo que pide Ángeles, la veo muy nerviosa, pero observo también la cara de sorpresa de Adriana mientras su amiga trata de que la entendamos —: Yo coincidí con Adriana en el pequeño hotel del pueblecito valenciano en el que ella se hospedaba cuando fue a verte, que es el mismo al que yo voy siempre que mi trabajo se encuentra en Valencia. Un cúmulo de coincidencias, hizo que yo escuchara una conversación entre un médico que por lo visto te cuidaba y que creí entender que hasta te consiguió el puesto de trabajo y una enfermera. ¡No me miréis así! Esperad a que lo explique —dice muy alterada cuando ve las caras de sorpresa en todos los rostros.

» Yo vivo entre Valencia y Alicante, pero mi cuartel general está en ese hotel de Manises, pueblo cercano a Valencia. También es en ese hospital donde realizo mis visitas médicas, me hago los chequeos anuales que exige mi trabajo, etc. Yo esperaba a mi médico, cuando en otra sala de consultas escuché un par de veces el nombre de mi pueblo: Guareña. Me sorprendió y pensé que allí se encontraba alguien al que seguramente conocía. Me acerqué a la puerta que no estaba cerrada, por lo que interpreté que estaba a punto de salir —la rendija de la puerta era demasiado estrecha y solo alcanzaba a ver dos espaldas no completas de quienes parecían ser un médico y una enfermera—. Así que me quedé esperando a que antes de llamarme mi médico saliera la visita de aquella sala, para saludarla; estaba segura de que la conocería; en este pueblo todos nos conocemos.

» Pero lo que escuché me pareció algo tan enigmático que me hizo prestar especial atención y me dejó muy preocupada. El médico le decía a la enfermera que de momento no era necesario volver a medicar a Mauricio, pero que si apreciaba algún signo de que recuperaba la memoria tenía que empezar a darle las gotas, le dijo algo así como que, si al encontrarse con Adriana, Mauricio reaccionaba y empezaba a recordar, podían estar todos en peligro, sobre todo si llegaba a recordar lo de Guareña —de nuevo escuché el nombre de mi pueblo—, y entonces no tendrían más remedio que pasar a la acción, por lo que convenía observarlo en todo momento, y

a ella también.

Lo que estaba escuchando me ponía la carne de gallina y daba un sentido especial a mis recuerdos. ¿La cara que no veía en mis sueños podía ser la de uno de los doctores que me salvaron la vida? ¿Podía ser el doctor Manuel? ¿Tal vez el doctor Samuel? Ella ha dicho que era el doctor que «por lo visto te cuidaba y que creí entender que hasta te consiguió un puesto…». Con esos datos no podría ser otro… ¿Y si confundió las palabras?

—No entendí con claridad lo que significaba —seguía hablando Ángeles—, pero comprendí que podía tratarse de algo grave. Me quedé muy inquieta y dudando qué debía hacer. Llegó mi turno. Una enfermera llamó para la consulta que estaba esperando y no pude escuchar más.

—¿Y no recuerdas el nombre del médico? —le pregunto inquieto. Pero cuando escucho el nombre de la enfermera siento un latigazo cruzando mi cuerpo.

—Escuché dos nombres: Mauricio y Adriana que sois vosotros. Y el médico llamó a la enfermera Belinda. Soy culpable de no haber dicho nada, pero me parecía muy fuerte lo que yo deducía de aquella conversación y aún tengo dudas de haber entendido bien o de haberle dado el sentido adecuado. Aquella noche, después de darle infinitas vueltas decidí que algo le tenía que decir a Adriana para que estuviera alerta y no se fuera. Esa madrugada la llamé. Le dije que alguien estaba interesado en que no recuperaras la memoria —me mira.

—¡¡Fuiste tú!! —ha exclamado Adriana.

¡Estoy asombrado! Adriana no me había hablado de esa llamada.

—Sí, te había visto la tarde que fui a la consulta. Estabas cerca de mí, en una terraza hablando con un chico que estaba de espaldas. Desconocía quién era él. Lo que llamó mi atención fue la forma en que lo mirabas. Sentí que era una manera muy especial y tu cara me resultaba familiar, pero no le di más importancia. Aunque más tarde me vino tu rostro a la mente y recordé de qué te conocía, pero ya no servía de nada, seguro que tú no me recordabas. Es lo que suele ocurrir con los que están cerca de ti durante los estudios y son un par de años más jóvenes. Pero luego coincidimos en el restaurante del hotel, ¿recuerdas que empecé por servirte una cerveza? Te pregunté tu nombre, que yo conocía pero que no conseguía recordar. Más tarde, vino a mi cabeza la inquietante conversación que escuché en la

consulta entre médico y enfermera. Te relacioné con ella, precisamente por tu nombre. Me preocupé de hacer algunas indagaciones y me propuse ayudarte de alguna manera.

Tenía que viajar de Valencia a Alicante. Lo hago con frecuencia por razón de mi trabajo —Esta explicación va dirigida, igual que su mirada, a los inspectores. Después sus ojos se posan en Adriana—. Fuiste tú la que me vino a buscar para invitarme a comer, algo que yo acepte a gusto. Me dijiste que también tenías que ir a Alicante y que podíamos viajar juntas en el tren.

—Tienes razón, Ángeles, así fue. Nuestro encuentro parecía casual. Pero ¿lo fue?

—Fue tal como lo he contado. Eso no quiere decir que de no haber compartido el viaje yo me hubiera olvidado de este asunto. No dudes que al volver te habría localizado donde quiera que hubieses ido. Eso no iba a poder olvidarlo sin hacer nada.

» Yo tampoco creo en las casualidades. Lo que podíamos llamar *casualidad* , no era más que tu hado, el destino, o el azar, esa ley no reconocida, que me puso en tu camino. Sin duda que hubiera buscado un nuevo contacto contigo al volver de Orán. Lo hubiera hecho con cualquier excusa, pero no hizo falta, porque al día siguiente tú misma me buscaste. Cogiste un billete para viajar en el ferry donde yo trabajaba —se dirige a Adriana mirándola apenada.

» Ya sabes que tenía tu teléfono. Lo tenía antes de que en Alicante me lo proporcionases al despedirnos. Me las tuve que ingeniar para conseguirlo y poder hablar contigo para darte mi mensaje anónimo. Muchas veces he pensado en comentarte lo que oí, pero como tú nunca me hablabas de esa relación... Tampoco reaccionabas de ninguna manera cuando yo te hablaba de venir a Guareña o de las importantes excavaciones del Turuñuelo. Siempre me he preocupado por encontrar ese punto que diese sentido a la conversación que escuché sin querer y que tanto me preocupaba, pero al no reaccionar ante el nombre de mi pueblo, me descolocabas. Tenía dudas sobre mi interpretación y sentía que, al menos de momento, eras ajena a lo que tramaban en el hospital, fuese lo que fuese, y tampoco quería asustarte si no había necesidad.

—Es que nunca, antes de conocerte, había oído hablar de tu pueblo, ni de esas excavaciones.

Adriana no lo dice como excusa, está tan molesta como si alguien

le exigiera conocer la prehistoria al completo.

—Ya lo sé, pero eso me despistó —continúa Ángeles, conciliadora —. Cuando quedamos para conocer las Casas del Turuñuelo, me dijiste que venías con Mauricio, tu novio. Al oír su nombre, pensé que había hecho bien no diciéndote nada, seguro que había interpretado mal la conversación aquella, que todavía martilleaba mi cerebro de vez en cuando.

—Sin duda que tu llamada telefónica aquella madrugada cambió mi rumbo —todos sabemos que Adriana está contestando a Ángela, pero no la mira, está pensativa, o preocupada, o perdida; no sé valorarlo bien, pero no es una respuesta directa y convencida—, porque estaba decidida a irme esa misma mañana a Madrid y pasar página. Pero entre tu mensaje de madrugada y mi posterior visita a la policía, la cabeza no dejaba de darle vueltas a todo.

» La situación era realmente complicada, sobre todo después del mensaje tan poco tranquilizador de una persona anónima. Seguro que no fui capaz de pensar con claridad, pero sentí que algo tenía que hacer. No podía resignarme a dejar todo tal como estaba. Lo único que se me ocurrió fue buscar el coche de Mauricio, cuya desaparición parecía un misterio, pero que debía responder a alguna lógica. Así que decidí empezar por el lugar de donde procedía el coche alquilado en el que se produjo el accidente… con Mauricio dentro.

—De cualquier manera, si en algún momento tú hubieras sido sincera conmigo y me hubieras contado la historia tal como se la contaste ayer a mis padres… —protestó sin demasiada convicción Ángeles.

—Tal vez tengas razón. Perdóname, pero piensa que te había conocido en el lugar donde estaba Mauricio y yo no quería que se enterase por terceras personas de quién era él. Más tarde, lo único que intentaba era olvidarlo. Bueno, mi mente era como un tobogán: Ahora lo olvido. Ahora no. Ahora me preocupo de qué o de cómo ocurrió… Él ya tiene otra novia. Mejor me desentiendo de todo. ¡Una locura!

—Perdona, Adriana —pregunta el inspector Juan con cara de no creerse lo que estaba escuchando—, ¿cómo se explica que os hicieseis tan amigas con un par de encuentros y poco más de una hora de tren?

—No lo sé. Supongo que, por mi situación anímica, me vino muy bien contactar con alguien como Ángeles. Al fin y al cabo, años atrás habíamos compartido algunas cosas y era prima de una amiga del

colegio mayor y compañera de carrera, suficiente base en mis circunstancias. Ella no me veía como la pobre novia abandonada ante el altar. Tampoco puedo explicar por qué cogí el ferry a Orán… Sin duda, el interés de Ángeles por ayudarme se traslucía en su forma de tratarme y me hacía sentir bien. Me encontraba deprimida y ella era todo ánimo. Y la conversación con el inspector de Alicante también influyó en mi decisión.

—Conectar contigo fue algo sincero. Todo fluyó de forma auténtica y natural.

La ansiedad que al hablar muestra Ángeles deja ver claro que le preocupa más que Adriana la entienda que el dar explicaciones al inspector…

—¿Recuerdas a Rodolfo? Es posible que él fuera una de las personas que te vigilaba. Lo creo porque también comentó algo el doctor. Dijo que él avisaría a (…) para que vigilara los pasos de Adriana. No entendí el nombre, pero con su actitud en Orán me pareció que encajaba

—¡Rodolfo! —se ha sorprendido Adriana. Yo también. ¿Quién es Rodolfo? No he querido interrumpir para preguntarle qué le dijo ese inspector de Alicante del que nada me ha comentado, pero me asombra más este personaje: Rodolfo. Guardo las preguntas para que Adriana me lo explique en otro momento.

—Tampoco sé qué papel jugaba él, supongo que le pidieron que realizase esa función sin conocer los auténticos motivos. Creo con sinceridad que Rodolfo desconocía el alcance de esta trama. Pero después de haber escuchado que le iban a pedir a alguien que te vigilase, estuve muy atenta a tu entorno y Rodolfo era la única persona que me encajaba por lo que hacía y decía. Y sí, él me preguntaba dónde habíamos quedado o adónde pensábamos ir. Pero se ajustaba mejor al papel de una persona a la que le han encomendado una misión benéfica que en el de un grupo de asesinos.

—Ahora entiendo la actitud de Rodolfo cuando nos encontramos —murmura Adriana pensativa—, después de lo que has contado, seguro que no fue un encuentro casual, seguro que me seguía y cuando lo descubrí tuvo que disimular.

—¿Te encontraste con Rodolfo? —la pregunta sale de los labios de una sorprendida Ángeles.

—Sí, pero eso ahora no importa, continúa con tu relato.

—Hace tiempo que no sé nada de él. Te fuiste de Orán antes de que yo volviera—continúa Ángeles—. Rodolfo seguía allí y no sabía nada de ti. Me dijo que había cenado contigo y que parecía que habías enterrado el hacha de guerra, pero que no le habías comentado nada sobre tu marcha.

—Por supuesto. No deseaba encontrarlo de nuevo. Me irritaba que me asediase. Aunque desconocía que su misión era esa, seguirme, tenía la sensación de que me acosaba. Desde que tropecé con él en el ferry, me lo encontraba hasta en la sopa.

La verdad es que, a pesar de mi preocupación por lo evidente, también estoy sorprendido de que Adriana no me haya hecho ningún comentario sobre ese Rodolfo con el que había coincidido en Orán. La había asediado e incluso habían cenado juntos. ¿Estoy celoso? Seguro.

Bueno, tengo que recordar que en aquellos momentos yo la había olvidado. Siento que no estoy siendo justo con ella. Incluso me había enamorado de otra, no hubiera sido nada extraordinario que Adriana empezara otra relación. Ella, sin embargo, estaba tratando de investigar para conocer la verdad de lo que me había ocurrido.

—Pues yo continuaba inquieta por ti —pretende defenderse Ángeles—. Estaba deseosa de que vinieses aquí, no solo para enseñarte la maravilla que se está descubriendo en mi pueblo y en la que humildemente colaboro; también para ver si existía alguna reacción por tu parte, o todo había sido efecto de mi fantasía.

» Pero cómo te podía relacionar ni por un momento con mi vecina, y mucho menos a Mauricio con su propiedad. Todo lo que podía relacionar con vosotros era el pueblo de Guareña. Eso me intrigaba porque tú no mostrabas ningún signo coincidente con mi pueblo. No he conocido a los padres de Mauricio y tú tampoco me hablaste nunca de tu situación.

Veo a Adriana indecisa, cabizbaja, triste; creo que no sabe qué actitud tomar con respecto a su amiga. Ángeles la observa expectante mientras espera su respuesta. Adriana no cambia de actitud, parece que no está preparada para contestar. De pronto, se vuelve hacia ella con una expresión más despierta.

—¡Estoy tan sorprendida! —dice al fin—. No sé qué pensar de ti, ¡no sé qué creer! Estabas preocupada por mí, pero no fuiste capaz de

comentarme nada. Sospechabas que Rodolfo me vigilaba y tampoco fuiste capaz de advertirme. Y hasta le facilitas sus encuentros conmigo.

—Me da vergüenza, Adriana, me gustaba Rodolfo. Pero, sospechaba que él se interesaba por ti debido a que así se lo habían encargado. Nuestra relación con él era una buena excusa para seguir de cerca el curso de los acontecimientos.

» Piensa que yo nunca hubiera podido deducir de aquella conversación que escuché por azar que había muertos; solo me pareció que por algún motivo que no acertaba a comprender había interés en que Mauricio no recobrase todavía la memoria, pero ¿y si yo lo había entendido mal? ¿Y si para su total recuperación era mejor que estuviera en ese estado más tiempo? ¿Y si cuando creí entender que «podían estar todos en peligro».

» Aun así, también mandé una nota a la policía, diciendo más o menos lo mismo que te dije a ti por teléfono, lo que había escuchado. Y tampoco pasó nada. Todo siguió igual.

—¡Es cierto! —asegura el inspector como si lo acabase de recordar, aunque estoy seguro de que no lo había olvidado—, fue un anónimo y aun así lo tuvimos en cuenta, porque a mí ya me lo había contado Adriana cuando vino a verme.

—Lo que está claro es que, detrás de todo lo ocurrido, hay mucho sufrimiento —mientras decía todo esto Adriana, yo estaba admirado de su entereza. Ni una lágrima, ni un suspiro, y, de repente, se desborda y rompe a llorar. Se abraza a mí como buscando refugio, o como queriendo ser ella mi protectora ¡nunca sé muy bien cómo interpretar estos cambios bruscos. ¿Son así todas las mujeres? Yo solo me respondo: Adriana es única, esa es la verdad. ¡Es única!

—¿Sabe? —añade Adriana entre hipos, esta vez mirando con enfado al inspector—. Por lo visto a mí me ha estado siguiendo todo el mundo con cualquier excusa. Usted, por un lado; Rodolfo por otro; hasta Ángeles, mi amiga. Me siento como si realmente yo fuera un bicho raro o una posible criminal. ¡No me mire así, inspector! El otro inspector César de Alicante, que dijo estar a su servicio, me aseguró, claramente, que me estaban vigilando. Lo había olvidado, pero en aquellos momentos pensé que eso era porque usted no creía que yo me encontraba al margen de lo que le había sucedido a mi prometido. ¿No sería su gente la que instó también a Rodolfo para que me espiase?

La cara del inspector Óscar no puede ser más gráfica. Su extrañeza se refleja tanto en el exagerado arco de sus cejas como en la tirantez de las dos líneas rectas y paralelas que han formado sus labios.

—¿En Alicante? No me suena ningún inspector que se llame César; desde luego a mi servicio no hay ninguno, se lo puedo asegurar, en cuanto a que yo haya dado orden de seguirla, eso le puedo afirmar también, rotundamente, que no es cierto.

Ahora es en el rostro de Adriana donde se refleja la sorpresa y pocos segundos después cambia su expresión. Se lleva una mano a la cabeza. Parece comprender algo que ha tenido en sus narices y no ha sido capaz de apreciar.

—¡Qué tonta he sido! Seguro que me engañó haciéndome creer que estaba de mi lado. Me extrañó que conociera el coche de Mauricio. Según me dijo, siempre lo habían sabido. ¡Claro! Porque eran ellos los que habían participado en todo esto. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo no me fie de mi primera impresión? Me desagradó desde el primer momento.

—¿Le importaría explicarse con más claridad? ¿A qué se refiere? ¿De qué está hablando? —le ruega el inspector Óscar, poniendo voz a lo que yo deseaba preguntar.

Adriana carraspea un poco. Su voz sale con dificultad y toma un largo sorbo de agua en cuanto Amparo —que la ha estado escuchando con gesto de profunda preocupación—, rápida y solícita se lo ha ofrecido.

La insondable seriedad del semblante de Amparo es algo que sorprende, por tratarse de una persona cuya sonrisa parecía formar parte indisoluble del resto de sus facciones.

Adriana recuerda en voz alta lo que le dijo aquel inspector: «Sabemos con total seguridad que su prometido llegó cerca de donde nos encontramos. En algún lugar debió de dejar el coche: en algún taller mecánico de reparación o en un garaje…».

—¿Cómo podía saber que Mauricio había llegado con su coche hasta Alicante?

Poco a poco, Adriana desgrana el encuentro que tuvo en Alicante con un inspector que dijo llamarse César y que le pidió que volviese a Madrid y dejase a la policía buscar el coche de su novio, algo que

según él llevaban tiempo intentando localizar.

—Él me hablo de un soplo que habían recibido y me indujo a pensar que al día siguiente lo embarcarían rumbo a Orán, para venderlo. Tal vez lo único que pretendía era evitar que interfiriera en sus chanchullos. Cuando expresé mi sorpresa porque estuvieran buscando ese coche que hasta que yo hablé con usted, nadie tenía ni idea de qué coche conducía Mauricio, él me respondió que no hiciera caso de todo lo que me decían. Logró que me sintiera como una auténtica imbécil. El caso es que le creí.

—Quizás la empujó a realizar ese viaje en el que volverían a encontrarse en el ferry con Ángeles, o con ese Rodolfo —aventura Óscar, el inspector —. Hasta puede que Rodolfo tuviera órdenes de intentar enamorarla para que usted se olvidara definitivamente de Mauricio y los dejara en paz. —El comisario tose y parece arrepentirse de lo dicho, porque añade—: Lo que quiero decir, es lo que usted ha dicho «que no deseaba que usted interfiriera en sus chanchullos».

El inspector realiza una serie de llamadas interesándose por ese comisario de Alicante que no conoce y está seguro de que no pertenece a su esfera de trabajo.

—Parece que en este asunto hay más interesados y no son precisamente amigos entre ellos, si no, no estarían buscando en la Comunidad Valenciana un coche que al menos uno de ellos ha escondido aquí. Es la historia de siempre, se ponen de acuerdo para delinquir, pero alguien es más avaricioso y no quiere compartir. Posiblemente el coche de Mauricio nunca salió de la comunidad extremeña.

Entre tanto, todos seguimos intentando comprender quiénes y cuántas personas están involucradas en esta horrible trama.

—Es necesario que nos centremos en lo importante. Dejemos lo que parece secundario y vayamos al meollo del asunto para tratar de aclararlo.

Es el comisario quien habla. Yo miro a Adriana, que ya parece calmada. Le hago una ligera caricia en la mejilla, a la vez que oprimo una de sus manos. Ella me mira y fuerza una sonrisa. Enseguida retoma su indagación y me pregunta con más interés si cabe:

—Mauricio, ahora que has ido recuperando la memoria, sigues sin

recordar lo más importante, ¿no sabes con quién estuviste jugando. Tal vez si recordases al abogado… Tienes que acordarte de quién jugó en el casino contigo, ¿fue Enrique o fue otra persona con la que jugaste?

Adriana remueve algo que me cuesta recordar, parece que mi mente se niega a reconocer a ese individuo. Dudo de quién era esa persona, pero no estoy seguro de que fuera Enrique. No me atrevo a confirmarlo en voz alta.

—Creo que no —es todo lo que puedo decir—, necesito relajarme y dejar fluir esa imagen que se revuelve en mi cerebro sin permitirme verle el rostro.

Ahora, en mis sueños se cruzan Manuel y Samuel. ¿Es por lo que ha contado Ángeles? Yo a Manuel le estoy muy agradecido, pero ¿qué otro doctor podía hablar así a una enfermera? Y ¿con qué enfermera podía hablar, si a mí siempre me ha atendido Belinda. ¿Y Belinda? Estoy tan impactado que no acabo de asumir la idea de que nada de lo que he vivido después del accidente fuera cierto. ¿Ha confundido el nombre? ¿Habrá más enfermeras que se llamen Belinda? ¡¿En el mismo hospital?!

No, no me importa que Belinda esté ahora enfadada conmigo, incluso que se haya dado cuenta de que no me ama; casi prefiero eso a tener que hacerle daño explicándole que soy yo el que no estoy enamorado de ella.

Pero que a ella le haya convencido alguien para simular que me quería, mientras me medicaba para evitar que yo recobrara la memoria, me parece muy fuerte. No sé hasta qué punto la historia que ahora nos cuenta Ángeles es cierta o no se ajusta a la verdad.

El inspector Óscar da la orden de investigar más a fondo a Belinda. Justifica esta orden explicando que fue precisamente como consecuencia de la visita de Adriana a la policía y del consiguiente anónimo, que investigaron a todas las enfermeras que estaban en contacto conmigo.

—Lo cierto es que sustituía a una compañera para quince días, pero ahí sigue. ¿Puede esto servir para confirmar la teoría de Ángeles? Lo vamos a investigar más a fondo —asegura el comisario.

Por el momento nadie le va a decir lo que se sospecha de ella,

hasta que no esté claro si ha cooperado y, en su caso, cuál ha sido su verdadero grado de participación en este desgraciado asunto. Ojalá solo haya hecho el papel de enamorada, para mantenerme sin memoria durante el tiempo que necesitaban para saquear mi propiedad. Me resultaría mucho más duro saber que ha colaborado en la muerte de dos personas y en el intento de asesinarme. Al fin y al cabo, durante unos meses ha sido la mujer que he creído amar y con la que estaba dispuesto a casarme. Por cierto, nunca hemos hablado del régimen en el que nos casaríamos, dando por hecho que todo es de los dos. ¿Y si quedarse con mi propiedad formaba parte del proyecto? Naturalmente para ello yo tendría que morir. ¡Me espanta pensar así de ella!

Siento escalofríos solo de imaginar que ella pueda estar metida en este escabroso asunto y aún tiemblo más si pienso qué hubiera sido de mí si Adriana no me llega a localizar.

Pero todo esto son especulaciones que posiblemente no tengan ninguna base. A veces, de un malentendido se derivan suposiciones que acarrean mil problemas. Me encantaría que esta fuese una de ellas, y no por lo que afecta a haber sido engañado fingiendo su enamoramiento por mí.

Después de las necesarias indagaciones, el comisario recibe información suficiente, como para afirmar con rotundidad que el inspector César no existe.

ADRIANA

Madrid 26 de octubre 2020

¡Fue terrible! ¡Que viaje más espantoso! Cuánto horror. Cuánta crueldad. Qué angustia y sufrimiento nos ha ocasionado. Incluso la muerte de una persona que le estaba agradecida a Mauricio por haber aceptado su amistad durante unas horas. Ahora, desde donde se encuentre Jaime, pensará que hubiera sido mejor no conocernos.

Lo primero que hice al volver fue llamar a mis padres. Iba a ser una visita de fin de semana. Lo que tenía que contarles no era un asunto que se pudiera abordar por teléfono. Se extrañaron por lo inesperado, ya que lo habitual era aprovechar puentes para alargar un poco mi estancia con ellos y aquel era un fin de semana cualquiera, pero les pudo la alegría de tenerme en casa. Preferí ir sola. Ver a Mauricio sin tener conocimiento previo de lo ocurrido después de su desaparición, hubiera sido un impacto demasiado fuerte. ¡A saber cómo hubieran reaccionado! Tal vez no me hubiera dado tiempo ni de explicárselo. Aún así, sus caras mientras yo contaba lo ocurrido eran como las de la luna llena: se habían redondeado sus perfiles, los ojos abiertos en exceso y sus bocas, parecían la O mayúscula.

Tardaron en alegrarse de la situación en que había desembocado todo aquello. Naturalmente, yo no conté todo, porque aunque Mauricio se ha recuperado y yo he recuperado a Mauricio, esto no ha ocurrido en su totalidad. Todavía hay partes oscuras en su truculenta historia. El espacio-tiempo del casino y el viaje de Guareña hasta Valencia, más exactamente, hasta el momento en que ardía el coche en el que Mauricio viajaba solo. Eso parece que tendría una justificación si creemos lo que Ángeles dijo haber escuchado. Estas partes pueden estar afectadas a causa de las dichosas gotas que mencionó ella.

Con Ángeles tengo ahora poco trato. Mejor dicho, ninguno. Ha intentado hablar conmigo y también ha buscado la intercesión de Mauricio para conseguir que hablemos, pero no me siento con fuerzas. Me parece que todo fue demasiado casual para creerlo. No sé cuánto sabía ella de la propiedad vecina ni cuál era su relación con los

ladrones asesinos. La policía no ha conseguido demostrar nada distinto a lo que ella ha contado. Parece que su relato de la situación no tiene fisuras. Aun así, ya no tengo la misma confianza en ella. Salió de la nada y nos hicimos muy amigas, sin necesidad de más, pero resulta que está relacionada, por todos los lados, con la trama que trató de matar a Mauricio. ¿Cómo obviarlo? Por eso, prefiero evitarla. Es posible que no tenga culpa de nada y yo esté siendo muy injusta con ella. Esto es algo que deseo de todo corazón, pero hay casualidades en nuestra relación, o azar como ella lo llama, da igual, que me ocasiona dudas.

Vuelvo a sentir la dualidad en otra persona con la que creía haber conseguido una sincera y fuerte amistad. Veo en mis recuerdos a la alegre, encantadora y amable Ángeles, con la que me he reído a gusto en unos momentos en que me encontraba hundida y que me ha ayudado a superarlos en buena parte, mientras estaba en su compañía. Enseguida se superpone la otra Ángeles contando su versión tan poco creíble que me produce escalofríos.

Claro que yo no tenía por qué hacer el absurdo viaje que hice a Orán, tal vez, como dijo el inspector —me refiero al auténtico—, inducida por las conversaciones: primero con ella y más tarde con el falso inspector. Pero, como Ángeles misma reconoció, si yo no hubiera comprado los billetes para el ferry, me hubiera encontrado en otro sitio con ella, como por casualidad. Ángeles lo justifica como una forma de ayudarme, pero yo estoy segura de que detrás de tanta casualidad había un meditado plan. Con estas ideas es fácil entender que no sea capaz de hablar con ella. Siento un rechazo visceral, ante esta segunda Ángeles.

Rodolfo ha desaparecido. Posiblemente ni siquiera se llama así, la cuestión es que, según la policía, no hay manera de dar con él, aunque entre todos se ha conseguido un retrato robot de gran parecido, pero nadie sabe de dónde ha salido y mucho menos dónde se esconde.

En cuanto a la vida con Mauricio, nuestro amor se mantiene firme y me siento muy feliz de compartirla con él. Es un amante muy apasionado y sabe cómo hacerme dichosa. Entre sus brazos consigo olvidarlo todo. Me pregunto si a él le ocurre lo mismo conmigo.

En apariencia todo ha vuelto a la normalidad, pero nada es normal. Hay una sombra de miedo, el desfigurado cadáver de un compañero y amigo, más otro simpático amigo circunstancial, que murió por querer ayudarnos, sin que todavía se haya descubierto al

culpable. Aunque sí la causa.

No era el dinero del casino el motivo, al menos no el principal, sino la herencia de Mauricio, de la que él no tenía ni idea. Él no desea nada de aquel lugar, solo olvidarlo.

La importancia del descubrimiento todavía está por determinar, aunque a Mauricio solo le corresponderá la mitad de lo que valga o en lo que se tase el descubrimiento. Es un poco complicado de entender, pero si quien lo halló lo hubiera comunicado a la Policía Nacional, o a la Guardia Civil, o a Seprona, de esa mitad le hubiera correspondido la mitad, pero dado que ya se habían apropiado ilegalmente de algún objeto arqueológico y pretendían quedarse con todo lo que hallasen, cuando los descubran tendrán que hacer frente a importantes multas, seguramente también cárcel, por este concreto delito. Pero, además, y mucho más importante, también tendrán que responder de las vidas de dos personas, por lo menos.

El Estado, o la Comunidad extremeña va a adquirir lo hallado, se considera Bien de interés cultural, por ese motivo, teóricamente, pertenece a todos. Pero pagará al propietario del terreno la mitad del precio en que sea tasado. Seguramente la parte principal será expuesta en museos de Extremadura, y formará parte del Patrimonio Histórico Español.

De lo que no cabe duda es de que tiene unas dimensiones insospechadas que sobrepasan ya cualquier otra conocida.

Nos han contado que, en el segundo sótano, al que solo me fue posible acceder cuando bajé corriendo las escaleras para ayudar a Mauricio, y que no pude contemplar por falta de luz, también han encontrado elementos que atraen a abundantes ratas y ratones; hay restos de comida, telas y papeles roídos. Incluso ha germinado un tallo, que suponen es debido al resto de alguna fruta o verdura. Todavía no se ha analizado.

Está claro que habían encontrado la forma de llegar a la zona prehistórica, sin que pudiera advertirlo ningún vecino, mucho antes de que los padres de Ángeles vieran a los que dijeron ser amigos de Mauricio. Lo extraño es que se dejaran ver en aquella ocasión.

Pero no lo pueden vaciar sin tomar algunas medidas precautorias, confían en que, entre tanto detritus, se encuentre algún indicio que les sirva para descubrir a los cabecillas.

Con mascarillas y la ayuda de palas y carretillas y tras la

supervisión de un arqueólogo, para que no dañen nada, lo van sacando todo al exterior y la policía científica lo va analizando con detenimiento.

Por otro lado, los arqueólogos, hasta ahora han analizado y catalogado lo ya descubierto ilegalmente y se han dedicado a estudiar las posibilidades de acceder al núcleo principal, desde distintos puntos y con el menor coste posible.

Durará años conseguir sacar a la luz todo lo que ya se adivina.

También están seguros de que quienes han estado excavando lo han hecho de manera muy profesional, sin dañar nada, pero tampoco han dejado constancia de los datos que deberían figurar antes de extraer nada. Y sin duda que se han llevado piezas, suponen que de similares características al saco que nos mostró Mauricio. Debían de estar esperando encontrar comprador.

De los asesinos ladrones, solo tenemos las lógicas sospechas de que se trata de una banda bien organizada, que conoce las zonas donde se pueden encontrar estas joyas de la prehistoria. Y las dudas de qué significaban las palabras que Ángeles escuchó…, si es que las escuchó.

En cuanto a Belinda, ella sigue en su trabajo sustituyendo a alguien que no ha vuelto a su puesto y de quien ahora mismo nadie sabe su paradero.

Desde Madrid estoy tratando de conocer el lugar donde vive esa enfermera, conozco el nombre y he conseguido su foto de carné, pero ya no vive en el lugar que figura en su ficha. Me extraña que la policía no haya dado con ella, para saber exactamente cómo se produjo esa sustitución tan oportuna por parte de Belinda; sustitución que le permitió conocer a Mauricio y llegar a ser su novia. Naturalmente, Belinda no sospecha nada. La policía no ha hecho mención, ni ha preguntado por ella a nadie que tenga relación con el hospital.

Mauricio se irá mañana a Valencia, tiene previsto ir a hablar con ella. En realidad, quiere entrevistarse con varias personas, pero principalmente con Manuel, Samuel y Belinda. No puede hablar de sospechas con ellos; tiene que darles una versión que ya ha sido consensuada con los inspectores y la policía que ha tenido que intervenir. Es una versión edulcorada, pero creíble. Solo las personas que conozcan la realidad serán capaces de saber que no estamos contando toda la verdad. Mauricio está seguro de la inocencia de sus

salvadores, pero, además, cree que será capaz de apreciar si está equivocado, mirando las caras de estos amigos cuando les cuente su particular versión.

MAURICIO

Madrid 26 de octubre de 2020

Tengo que hablar con Belinda y lo haré mañana, sin falta. Hoy lo he intentado, pero me ha sido imposible. No sé si se debe a que sigue muy enfadada conmigo y no quiere contestarme, o es casualidad, o culpa de su teléfono, pero mañana viajaré a Valencia. Todavía tengo que disculparme por no continuar con nuestra relación. Es algo que no debo demorar más, pero no va a ser nada fácil, sobre todo cuando tengo presente la posibilidad de su traición, de su doble faceta: amante novia y traidora asesina. Me cuesta creerlo, al fin y al cabo, es algo que «dice» Ángeles que ha «deducido» de una conversación que «dice» haber oído y que a mí me cuesta un gran esfuerzo creer, porque esas escasas palabras que «escuchó» y que de forma aislada pueden no parecer muy importantes, en este caso concreto llegan a delatar a unos posibles asesinos. El comisario Óscar me ha insistido en que tenga la máxima prudencia, porque sí que hay algunas sospechas, pero ninguna evidencia y las posibilidades de evitar inculpar al inocente deben primar.

Valencia 27 de octubre de 2020

Belinda sigue sin contestarme al teléfono, así que he llamado a su planta para saber si hoy trabaja de mañana. Me han dicho que no estaba incluida en la tablilla donde se reflejan los horarios y las enfermeras del día, por lo que deduzco que estará es su casa como hace los días que descansa.

Acudo a la vivienda de Belinda, pero no me contesta nadie. Es la casa donde vive con su madre desde que la contrataron en Valencia. Ambas son de Madrid. Ella no tiene padre y la persona que la cuida como su madre la acompaña donde quiera que ella vaya. Sé que es la misma calle y la misma casa en la que he estado en muchas ocasiones, pero yo la recordaba luminosa y ahora ha adquirido otro aspecto más lóbrego o tenebroso. Seguro que se trata de mi percepción y no del edificio o la calle.

Decido tomar un café por si coincide que han salido las dos a hacer alguna compra; volveré un poco más tarde.

Regreso al piso y de nuevo es el silencio la única respuesta que obtengo. No tengo paciencia para esperar indefinidamente, así que me voy a ver a mis antiguos jefes y, bajo mi criterio, mis salvadores y amigos, volveré a la hora de comer. Confío que para entonces ya estará Belinda en su casa.

He llegado en buen momento al hospital. El familiar y dominante olor a café y el sonido propio de esta hora de la mañana, con las cucharillas, los platos, tazas y vasos chocando entre sí y creando su original música que no obedece a partitura alguna reconocible, y que en su conjunto será distinta cada día, me produce un poco de irónica nostalgia.

Manuel y Samuel se encuentran con otros compañeros en la cafetería, en la zona que acostumbran a utilizar solo los médicos, que no es precisamente la que yo solía frecuentar, salvo algunas excepciones. Muestran su alegría al verme, estoy seguro de que no fingen; si me equivoco, la escena se ha perdido unos maravillosos actores. Ya sabían que Adriana era mi anterior novia y que ella me había revelado mi pertenencia a esa clase que yo envidiaba un poco y que creía difícil de alcanzar: la de doctor en medicina. Cirujano, más concretamente. Belinda se lo contó. Pero lo que no sabían era que había recuperado la memoria, porque yo, tras las traumáticas

circunstancias en que la recuperé, no había vuelto a hablar con ninguno de ellos. Y esa era mi sorpresa. Tendría muy en cuenta la actitud de cada uno.

De nuevo la alegría aparece en sus rostros, sus preguntas se mezclan, supongo que, por deformación profesional, entre el carácter técnico y el emotivo: «¿Cómo ha sido?… ¿Qué se siente al volver a la realidad?… ¿Has cambiado de neurólogo?… ¿Alguna nueva técnica?… ¿Eso quiere decir que ya no volverás a trabajar con nosotros?… ¡Pero esta relación no puede acabar así!».

—¡No sabes lo feliz que me hace saber que tu recuperación ya es total! —dice Manuel—, yo estaba seguro de que no tardarías en recuperarte, también Arnaldo (el neurólogo) explicaba que no encontraba motivo para que continuaras sin recordar y nos decía que en cualquier momento nos sorprenderías recordándolo todo.

Lo miro de frente y solo encuentro en su afable rostro simpatía y camaradería, nada que se parezca al miedo a que yo lo haya descubierto. ¡Él no se siente culpable!

Miro después a Samuel que con el movimiento afirmativo de su cabeza y la sonrisa confirma las palabras de Manuel.

—Qué orgulloso me siento de haber contribuido junto con Manuel y Arnaldo a que puedas decir esto. Créeme que no dábamos por ti ni un euro cuando te trajo la ambulancia. Manuel puso todo su empeño en salvarte y yo en mantenerte vivo tras sus operaciones. No sabes la pena que nos causaba ver tu conformidad con una situación como la que tenías, sin recordar nada. Cuántas veces lo hemos comentado los dos. A veces casi nos indignaba tu conformismo, tu beneplácito con las circunstancias, con no recordar nada. Algunas veces insinuamos lo extraño de tu aceptación, pero no te dabas por enterado. Además, te mostrabas tan satisfecho que no queríamos contrariarte diciéndote lo que pensábamos. De alguna manera siempre te hemos sentido como algo nuestro, alguien que existía gracias a nuestro empeño por salvarte.

«Imposible que Samuel me esté engañando, porque es verdad que me salvaron» —pienso mientras lo escucho y escudriño su rostro.

—También cuando supimos quién era Adriana y la decisión que tomó en su momento nos molestó bastante. ¿Por qué no te dijo quién eras y además se resignó a perderte de nuevo? No lo podíamos entender y, por supuesto, si entonces nos hubiera pedido consejo le

habríamos dicho que no estábamos de acuerdo con ella.

Me parece injusta la opinión que tienen de Adriana y no dudo en darles una explicación:

—Fui yo el que, antes de saber quién era ella, la convencí de que me haría infeliz tener que vivir con personas que no recordaba y que prefería ser feliz tal como estaba, que no necesitaba nada ni a nadie más. Por eso ella decidió callar.

—Entonces hemos sido arbitrarios al juzgarla tan equívocamente —añade Manuel—. Al fin y al cabo, era lo mismo que nos ocurría a nosotros, no queríamos hacer ni decir nada que te dañara.

Siguen hablando de mi situación y dicen que hay que celebrarlo esta misma noche, si no tengo otro compromiso

—Cenamos y nos cuentas qué se siente cuando has vivido dos vidas distintas y te has enamorado y has estado a punto de casarte en las dos… Pero no te has casado en ninguna.

Hay risas por parte de todos.

Acepto la propuesta de cenar. Pero me lamento por tener que dejarlos.

—Precisamente ahora tengo que realizar una visita que va a ser muy dura —me interrogan con la mirada—. Ahora tengo que enfrentarme a mi realidad con Belinda, debe de estar enfadadísima conmigo —lo comento de pasada, como esperando su beneplácito, por haber tomado la decisión de volver a mi vida anterior—. No he conseguido que me conteste al teléfono y he decidido sorprenderla en su casa, pero en esos momentos no había nadie, casi me he alegrado. No deja de ser una tontería, no tengo más remedio que hacerlo y cuanto antes.

Veo dos caras con gestos de extrañeza. Se miran y me miran. Parece que quieren decirme algo, pero cada uno debe de estar esperando a que me lo diga el otro. No tengo dudas de que ese algo tiene relación con Belinda y pregunto:

—¿Qué es lo que debería saber de Belinda y no os atrevéis a decirme? Samuel me responde con otra pregunta:

—¿Cuánto hace que no hablas con Belinda?

—No sé, tres semanas, posiblemente más, aunque lo he intentado unas cuantas veces.

—Belinda ya no está en el hospital —asegura Manuel, como quien hace un gran esfuerzo para poder hablar.

—Hace más de una semana que se despidió, sin decirnos por qué ni adónde iba —añade Samuel.

—Seguramente habrá vuelto a Madrid. Nosotros pensamos que tal vez pretendía estar más cerca de ti, por miedo a perderte, pero si no has hablado con ella… no sé qué habrá ocurrido.

Siento una mezcla de alivio y preocupación. Sé que los sonidos no han cesado en todo este tiempo, pero hasta este momento no he vuelto a percibirlos.

No sé si me ha sorprendido demasiado lo de Belinda. Sé que me he ahorrado las explicaciones, pero no he aclarado la duda de su culpabilidad, aunque su despedida del hospital se parece a una huida. Para mí, sospechosa. Me extraña que no me haya dicho nada la policía que la investiga.

He cenado con mis antiguos jefes y salvadores, hoy colegas, en un recoleto restaurante donde hemos podido hablar tranquilamente. Ha sido una cena entrañable, donde se han desgranado mil anécdotas. Tenían curiosidad por conocer las características de esa persona que vino a buscarme y fue capaz de marcharse sin explicarme quién era, solo porque yo le dije que era feliz y no necesitaba a nadie más. ¡Adriana! Han alabado su talante.

Me voy muy contento con la seguridad de que ninguno de ellos tiene nada que ver con este asunto. ¿Qué habrá de realidad en lo que contó Ángeles?

Vuelvo a casa después de haberme quitado un gran peso de encima. Seguiremos estando en contacto, así lo hemos acordado.

ADRIANA

Madrid 2 de noviembre 2020

Fue bastante fácil localizar al abogado Rubén del Cerro. Un señor encantador y a punto de jubilarse, que asesoraba a su tía abuela, y que muchos años atrás la acompañó al notario, para redactar un testamento muy simple en el que dejaba como heredera universal, o de todos sus bienes, a su sobrina —la madre de Mauricio—. Escuchó impactado nuestras explicaciones, ajustadas a los datos que la policía nos había indicado. Es decir, las imprescindibles. Desconocía que la prima de su clienta, madre de Mauricio, hubiera muerto en un accidente. Nadie había solicitado las «últimas voluntades» de su clienta. Los intrusos habían tenido la osadía, de utilizar su nombre verdadero, pero el abogado no había tenido noticias de que nadie se hubiera interesado por la herencia de aquella propiedad.

—Claro que yo tampoco estaba obligado a intervenir en la herencia, y nadie había solicitado mis servicios para ello. No obstante, haré algunas averiguaciones dado que alguien trataba de suplantarme al llamaros en mi nombre —aseguró muy afectado Rubén del Cerro.

Nosotros, siguiendo las instrucciones policiales, no mencionamos la importancia de la heredad, ni las muertes a que había dado lugar. Y aunque el abogado hizo sus averiguaciones para intentar comprender qué había ocurrido; así como quién y cómo se había enterado de aquella herencia, y había tratado de suplantar su personalidad, no pudo llegar a ningún resultado. Solo en el hotel NH de Badajoz le confirmaron que se produjo una reserva a su nombre en la fecha que Mauricio le había indicado. Reserva por tres noches, que fue pagada en metálico en el momento de realizarla.

A Mauricio los suplantadores no le indicaron la dirección de su despacho; se habían limitado a identificarse por teléfono como un abogado del despacho de Rubén del Cerro, el abogado de su tía abuela; por lo que tampoco había datos que inculparan a nadie. El momento en que Mauricio se encontró con el impostor en el casino, si es que llegaron a encontrarse, sigue siendo un misterio.

Lógicamente, la que hubiera sido mi suegra, no tuvo ocasión de

aceptar la herencia, tampoco de rechazarla. Había que realizar una serie de acciones legales para poder formalizar aquella herencia que Mauricio recibiría de su madre. El mismo Rubén del Cerro, el auténtico, nos ayudó en todo: pedir «últimas voluntades» de la tía, y demostrar que la muerte de los padres de Mauricio fue posterior, en fin, a realizar los trámites necesarios para dar validez al testamento y que la heredad se pudiera inscribir en el Registro de la Propiedad. Aquella heredad que no figuraba previamente en el mismo, por lo que era necesario instar un Expediente de Dominio, que debía publicarse en varios periódicos. Todo esto llevará un tiempo hasta que pueda figurar como propiedad de Mauricio. La importancia de su contenido la sabe la familia de Ángeles y la policía, y por el momento nos han pedido que mantengamos todo en secreto, hasta que averigüen algunas cosas.

La policía tiene la deferencia de aclararnos que el cuerpo de Enrique se había mantenido en perfecto estado dentro del coche de Mauricio por varios motivos: estaba completamente deshidratado y sumamente delgado, la falta de comida y bebida, era el motivo personal de que estuviese en esas condiciones propicias para su momificación. A eso había que añadir la situación del terreno: era el mismo ambiente que una gruta natural o una cripta: dentro del coche, en un recinto cerrado y colocado sobre la abertura de una cueva de temperatura constante, metido en un saco de plástico cerrado con cremallera. Pero además y esto puede ser lo determinante, presenta un cuadro tóxico de cianhídrico, que alguien tuvo que suministrarle, lo que nos hace pensar de nuevo en la colaboración de un médico. Resulta difícil pensar en la ayuda del propio Enrique para la finalidad que fuese. Posiblemente empezó colaborando y luego se lo *cargaron* para evitar repartos, o que pudiera irse de la lengua.

En el hospital todo sigue como siempre, y para nosotros, nuestra vida, también parece que se empieza a ajustar a la normalidad de que antes disfrutábamos. Tanto Miguel Urquiza como Luis Vidal y algunos otros amigos, nos preguntan con insistencia cuándo vamos a celebrar esa boda que quedó suspendida. Creen que ya no existe ningún motivo para aplazarla más, pero, aunque lo parezca, no es cierto que hayamos vuelto a la normalidad. Hay demasiadas incógnitas sin resolver. Mauricio y yo estamos unidos, más que nunca, pero, aunque no lo digamos, la sombra de esos cadáveres sigue presentes en nuestras vidas. El miedo a descubrir quién es el asesino, y el miedo a no descubrirlo, pero que él piense que lo hemos descubierto, pone en

nuestro devenir algo tenebroso que no logramos olvidar.

Hubiera sido muy difícil justificar la ausencia de Enrique, si alguien lo hubiera echado en falta. Pero él mismo había colaborado previamente, para justificarla, y nadie notaría su desaparición durante un tiempo. Sus compañeros de equipo, Miguel Urquiza y Luis Vidal, nos cuentan que pidió una excedencia, alegando que le habían hecho una importante oferta en Australia y que iba a necesitar unos meses, tal vez un año, para estar seguro de que no erraba con el cambio. Dice Mauricio que siempre les hablaba de un proyecto que le ilusionaba: el de irse a trabajar a Oceanía.

Aunque no se había vuelto a saber nada de él, no había pasado tanto tiempo como para que alguien sospechara que había muerto y mucho menos, para que lo relacionaran con el accidente de Mauricio.

Los dos hemos especulado mucho sobre Enrique, para llegar a la conclusión de que él tenía previsto salir de Europa cuando consiguiesen vender el tesoro encontrado en la propiedad de Mauricio.

Algo no salió como él quería y sus propios compañeros de rapiña lo torturaron y acabaron con su vida de la forma más espantosa. Mauricio tiene cada día más claro a causa de sus recuerdos que Enrique se arrepintió; siempre había sido su amigo. Y cuando intentó defenderlo, lo trataron como a un enemigo peligroso, un testigo que no podía quedar vivo. De ahí el recuerdo que tiene Mauricio de Enrique apuntándole con una pistola, mientras alguien le ordena que dispare. Seguramente su negativa a hacerlo le hizo ser considerado del bando contrario, es decir de los destinados a morir en lugar de pertenecer al de los ejecutores.

Mauricio no ha conseguido recuperar por completo la memoria. Dice el neurólogo que todo está bien, aunque exista algo que le impide recordar momentos puntuales. El psiquiatra asegura que la experiencia debió de ser tan traumática que su cerebro se niega a recordar, lo que no le impide tener terribles pesadillas algunas noches. Pero ambos coinciden en creer, al menos en parte, la conversación que Ángeles dijo haber escuchado y culpan principalmente a esas gotas que se supone le proporcionaron. Aunque todavía no se sabe cuál era su composición, sí que sabemos que existen productos que anulan el recuerdo de todo lo realizado bajo su efecto. Como pasa con la que vulgarmente se conoce como *burundanga*

Mauricio me asegura que cuando yo quiera celebraremos la boda, pero para mí también es un recuerdo traumático las vísperas de tal

acontecimiento. Estamos bien así, por el momento. Todo está muy fresco y necesitamos mucha paz y sosiego. Es imprescindible que todo se haya calmado. Ya no pueden llevarse nada del tesoro de los tartesios, por lo que no deberíamos temer un nuevo intento de accidentes o de muertes.

Pero ¿estarán realmente tranquilos los asesinos, mientras quepa la posibilidad de que Mauricio recuerde la cara de la persona que trataba de que Enrique lo matara con una pistola?

Entre las cosas que van descubriendo en la heredad de Guareña, ha aparecido un papel con tan mal aspecto que estuvo a punto de ir a la basura. Pero se trataba de un sencillo contrato de compraventa por uno de los lados y por el otro una carta de Enrique a Mauricio, que confirma nuestras sospechas en cuanto a su participación. Suponen que el contrato es un borrador del contrato de compraventa que pretendían llevar a efecto. Seguro que lo tiraron y Enrique lo aprovechó para enviarle a Mauricio sus excusas. Dice así:

Mauricio, si sales con vida de esta locura en la que yo he participado y puedo hacer que llegue a tus manos este papel, solo quiero pedirte que me perdones por haber contribuido al engaño a causa del dinero. Yo nunca hubiera pensado que esta gente con la que hice un trato económico fuera capaz de llegar tan lejos. No sé si me descubrirán antes de que me dé tiempo de contarte todo, pero lo primero que quiero que sepas que yo iba a recibir una importante cantidad que me permitiría montar mi consulta en Australia, como sabes, era mi sueño. Perdóname que lo haya intentado a tu costa. En mi descargo te diré que sé que me van a asesinar por estar de tu parte y pedirles que te dejen libre y se olviden de conseguir este terreno por la fuerza. Sé que no entiendes mi participación en este engaño, siempre hemos sido buenos amigos, pero me pareció tan fácil el engaño y tú no contabas con esta propiedad, ni siquiera sabías que te pertenecía… Yo pedí que te tuvieran en cuenta y al menos te diesen el valor que se suponía que tenía cualquier otra finca de esas dimensiones. Nosotros nos repartiríamos lo que guardaban sus tripas. Nunca pude imaginar esta aberración.

A partir de esta línea, es casi imposible entender ninguna palabra concreta. Con la ayuda de los expertos han extraído alguna y han recompuesto alguna frase sin mucha seguridad de ajustarse a lo

escrito.

Todo---- -- causa de ----------- propuesta del arqueólogo que visita ----------- la colección -------------- piezas legales, -------- ilegales

Todo resultaba difícil de leer. Requería un gran esfuerzo de la imaginación. Al llegar a los espacios totalmente borrados, en ese punto se intuía una letra; ni siquiera podíamos estar seguros de que lo fuese. Resulta grotesco. Nadie podría decir con seguridad que era una M, ni que en el caso de que lo fuese, esa M se correspondiese con el nombre del culpable, pero la influencia de lo que Ángeles comentó creo que nos predispone a pensar en el doctor Manuel. Todos, menos Mauricio, pensamos en el doctor que se supone le salvó la vida. Algún trazo más podía adivinarse, pero quienes intentaron recuperarla no fueron capaces de formar ni una sola palabra más.

Sin duda tuvo que dejar de escribir por alguno de los motivos fáciles de imaginar, pero en esas palabras imposibles de entender radicaba todo el enigma. Otra vez habíamos estado a punto de descubrir al sibilino asesino y el inescrutable destino se burlaba de nosotros, dejando oculta la solución.

La policía cree tener un dato para acercarse al asesino, la afición a coleccionar antigüedades puede ser su chivato. Y la posibilidad de que un arqueólogo esté implicado en este asunto.

Al primero que van a investigar, por supuesto, es al doctor Manuel.

MAURICIO

Madrid 9 de enero de 2020

Hemos pasado unas navidades tranquilas y felices en Logroño, con los padres de Adriana. También nos hemos juntado con sus amigos, que para entonces ya habían conseguido asimilar la historia que mis anfitriones han contado a sus amistades, muy en especial a todos sus invitados a nuestra boda. Los que se quedaron con las ganas de ver la ceremonia, por que comer, comieron todos. Adriana y su familia con excelente criterio y una buena dosis de entereza, decidieron que como no se había anulado el banquete, los invitados seguían siéndolo. Seguro que además de comida fue "comidilla" porque ¡Vaya boda! ¡Pobre Adriana! Y ¡pobres padres de Adriana.

La historia que relatan es sencilla y ajustada a la verdad: un accidente causó mi amnesia. He estado en un hospital hasta que Adriana me ha encontrado y me ha ayudado a recuperarme. Ahora ya estoy curado.

Siempre es una satisfacción para mi visitar Logroño. Los padres de Adriana a los que considero como lo más cercano a mis propios padres, me muestran su afecto incondicional, cuando los visito soy más consciente que nunca de los que he perdido. Estoy seguro de que se hubieran llevado muy bien. No quiero ponerme triste con estos pensamientos. No es mi propósito al pensar en ellos.

Lucía, la madre de Adriana, en las visitas de invierno siempre me prepara cardo, es una verdura que no conocía hasta que visité Logroño. Todas las verduras de La Rioja son exquisitas, pero esta…, que se come preferentemente después de que haya helado, es especialmente buena. Nicolás, su padre, se encarga de los caldos. Tiene seleccionados para mis visitas los mejores vinos que se puede permitir, y me sirve la primera copa con la ilusión de un niño que está esperando descubrir los regalos que le han dejado los Reyes Magos. Después de saborearlo al estilo que él mismo me enseñó en mis primeras visitas a su casa, doy mi opinión. Él la espera expectante. Me encanta ver su cara de satisfacción cuando expreso lo mucho que me ha gustado. Nunca necesito esforzarme en mis comentarios, porque son realmente buenos los vinos que me ofrece de distintas bodegas de La Rioja.

Los amigos nos llevan a los sitios de tapas y vinos. Siempre hay alguna tapa nueva que probar, sin menospreciar las clásicas que me encantan. ¡Qué bien se come en La Rioja! En todos los restaurantes se come de vicio. Pero para esta familia, mi familia, hay algunos a los que nunca faltamos: Iruña y Matute, en "la laurel", el centro de Logroño, lugar típico de vinos, y Alameda, en Fuenmayor; un pueblo a escasos kilómetros de Logroño. Los tres con productos de la rioja magníficamente tratados. El último, más sofisticado, sin perder la esencia de la cocina clásica. Los asados a la brasa de Tomás son inmejorables, tanto en carnes como en pescados y la *nouvelle cuisine* de Esther es espectacular. Y los días de cine, una cena rápida en el "Umm". Es casi un ritual.

Lucía nos prepara en casa la cena de Nochebuena: una zarzuela de marisco como principal; un plato en el que Adriana colabora en su trabajosa elaboración con resultados imposibles de mejorar. Para la comida de Navidad: un cabrito asado y los picoteos de los que siempre destaco sus croquetas. Seguramente da la sensación de que nos pasamos las Navidades comiendo… pues es verdad, así es.

La Nochevieja la hemos pasado en Madrid con los amigos de siempre: Miguel Urquiza, su esposa Helena Barrio, Luis Azparren y su esposa Yolanda Aldama, Dora e Inés con sus respectivos maridos… En los salones del hotel Praga de Antonio López donde se prepara una "Gran Cena de Fin de Año", con baile incluido. Hemos disfrutado de días muy tranquilos, dentro del ajetreo que suponen estas fiestas. Para Reyes hemos repetido en la casa de los padres de Adriana, intercambiando regalos con ilusión de adolescentes. Y de vuelta a Madrid, a lo cotidiano.

Hoy nos ha llamado el abogado Rubén del Cerro. Tiene lista toda la documentación que debemos firmar, porque ya ha transcurrido el tiempo que la ley exige para poder inscribir la propiedad a mi nombre, tras instar el Expediente de Dominio, y sin nadie que la haya reclamado.

Tenemos que volver a Badajoz para los últimos trámites y pagos correspondientes.

Le he propuesto a Adriana ir solo, por si le resulta demasiado duro volver a aquel lugar, pero ha respondido como lo que es: una mujer animosa que no se arredra ante las dificultades. Su respuesta ha sido muy positiva:

—Cambiaremos el recuerdo, pasando unos días tranquilos y felices.

Hemos decidido quedarnos en el mismo hotel, incluso es posible que hagamos una visita al casino. Me produce una mezcla de sabor agridulce pensarlo.

Sinceramente, aunque hagamos todo lo humanamente posible, no creo que podamos vivir tranquilos mientras no se descubra a los criminales. Ellos tampoco estarán muy tranquilos, teniendo en cuenta que puedo recordar. Esa laguna que persiste en mi memoria es un peligro latente para ellos… y para mí.

Badajoz 14 de enero de 2020

Ha sido un día muy movido, aunque con una temperatura mucho más agradable que la de Madrid. Está todo legalmente en orden. La propiedad ya está a mi nombre.

Los inspectores siguen sin desear que nada de lo ocurrido salga a la luz, todavía. Ellos continúan investigando y buscando datos con expertos en arqueología. Nos han dicho que las argollas no pueden llevar en aquel recinto más de tres años, incluso puede que las hayan colocado este mismo año, de donde se puede deducir que las pusieron para poder tenernos atados mientras intentaban conseguir lo que se proponían, que no era otra cosa que quedarse con la propiedad, al menos, hasta que consiguieran extraer de ella todas las riquezas tartesias. Es decir, varios años, a juzgar por lo que ha comentado un experto arqueólogo. Conclusión: en esas condiciones me hubiera resultado imposible salir vivo. Seguramente, hubiera preferido la muerte rápida a vivir esa lenta agonía, con tanto sufrimiento.

Mi negativa a vender, antes de conocer qué era lo que vendía, inició la tragedia que vivimos.

Seguramente ellos aprovecharon la proximidad de mi boda, mi prisa por regresar a Madrid, creyendo que yo aceptaría rápidamente, para no perder un tiempo precioso para los preparativos de la boda y el viaje de novios, sobre todo cuando iba a recibir una cantidad de dinero importante, con el que no contaba y que llegaba en un momento tan oportuno. Pero no se podían arriesgar a que conociese el lugar; aunque disimularan lo que habían excavado, corrían el riesgo de que los descubriera y me negase a vender. Pero cuando me llevaron allí, por mi empeño en conocer mi propiedad, yo ya no era consciente de nada. Sé que tuve momentos de consciencia, de los que me quedan terribles y desagradables recuerdos. Incluso en algunos momentos de escasa lucidez, intenté salir del subsuelo, supongo que descuidarían las dosis de gotas… Luego lo que recuerdo es estar sujeto a esas argollas. Al final, el intento de salir fue un éxito, que duro muy poco y solo recuerdo el coche ardiendo…

Sé que, en algún momento y ante tanto sufrimiento, dije que les regalaba todo. Pero ya era tarde para dejarnos libres. Tanto Enrique como yo resultábamos un peligro y trataron de deshacerse de nosotros. Como conmigo no lo consiguieron, sigo siendo un peligro para ellos. Confío en que cometan un error que permita que la policía

los descubra.

Tras una relajante siesta, nos hemos arreglado para cenar en el casino. Adriana dice que quiere probar fortuna con el blackjack. Me río, pero acepto. Saludamos a Pepe, el crupier, que se encuentra en la mesa realizando su trabajo, y pedimos unas consumiciones a Tomás, que merodea entre las mesas de juego. Ninguno de los dos sabemos cómo se juega. Solo contamos con las explicaciones que nos dio Jaime. Nos entristece pensar en él, pero tenemos que seguir nuestro camino. No siempre perdemos, a veces quedamos a la par, incluso alguna vez ganamos, pero la que más veces gana es la banca, como ya nos sugirió Jaime.

Hemos decidido gastar una cantidad limitada y no pasarnos. Es una experiencia nueva para mí, que no consigo recuperar el recuerdo de haber estado aquí sentado como estoy ahora. Sigo teniendo una especie de nebulosa persistente que me hace pensar que solo lo he soñado. Es como si hubiera estado flotando mientras el crupier daba las cartas y alguien recogía mis ganancias. Estoy seguro de que, de no haber escuchado el relato de Jaime, no sabría con qué se corresponden estos pseudo recuerdos.

Pepe parece una especie de mecano imperturbable e inaccesible, no muestra ninguna emoción al vernos. No lo habíamos pensado, pero es posible que nos considere culpables de la muerte de su amigo. Y la verdad es que lo somos, aunque de forma indirecta. Si no hubiéramos venido al casino, él aún estaría vivo. Pero por mucho que lo sintamos, no podemos dar marcha atrás.

Tomás está más tiempo a nuestra espalda, esperando que le pidamos bebidas, que al otro lado de la barra, tal como ya nos advirtió el día que le preguntamos si recordaba a la persona que me acompañaba. Nos sirve las consumiciones que le acabo de pedir. Le ofrezco que tome algo a nuestra salud. Parece que se ha puesto nervioso, acaba de derramar el güisqui que estaba sirviendo, encima de mi vecino de mesa. Pienso que tal vez tiene miedo a que nuestra amistad le traiga complicaciones.

Rápidamente, ha puesto sobre la blanca servilleta que siempre lo acompaña un líquido de no sé qué botella y ha empezado a frotar. Me he retirado para dejarle espacio, mientras él pide disculpas al damnificado y frota… Siento que de pronto la sangre se agolpa en mi cabeza. Le sujeto el brazo y tiro de su manga pretendiendo ver su

brazo. Se produce un forcejeo que hace que todos los jugadores estén atentos a lo que pasa, soy consciente, pero no puedo ni quiero soltar a mi presa. Creo que Adriana me está frenando y tirando a la vez de mi brazo, mientras Tomás se desprende de mi garra que no quiere soltarlo. Lo consigue y se va corriendo de inmediato, no sé adónde. Recobro un poco de calma, lo que me permite pensar. Tomo de la mano a Adriana mientras le digo: ¡Vámonos!

Sin esperar a que Adriana recoja las fichas, le pido que llame al inspector.

—¡Tomás es el asesino! ¡Tomás es el asesino! —repito varias veces en voz baja—. La gente de alrededor empieza a mirarnos y nos rodea mientras le explico de forma entrecortada a Adriana que he visto el antifaz en la muñeca de Tomás. Entonces comienza a comprender y llama al inspector. Un vigilante trata de enterarse de lo que pasa y quién es el culpable de aquel tumulto. Pepe también se acerca y me pregunta qué ha sucedido para que me ponga como un energúmeno. Lo miro, no sé si mi indignación ante su comentario se trasluce en mis ojos, pero ahora mismo me gustaría tener una mirada paralizante. Casi a la fuerza me llevan a una sala privada, donde logran que me tranquilice un poco y tratan de que yo les explique lo ocurrido, pero en estos momentos soy consciente de que no puedo dar más detalles hasta que llegue el inspector.

Lo he hecho mal. No he sido capaz de controlarme. Comprendo que tendría que haber obrado con más cautela, con sangre fría. No decir nada hasta haber hablado con el inspector, entonces él lo hubiera podido detener. Ahora no sé si se habrá dado cuenta de lo que pasa, creo que solo Adriana ha oído lo del antifaz. Ella me confirma que le ha costado entender lo que yo decía y no cree que nadie más haya sido consciente del significado de mis palabras, pero que varias personas han tenido que oírme decir que Tomás era un asesino.

Seguro que la mayoría de las personas que deambulan por el casino desconocen los nombres de los camareros, pero también los habrá habituales que conozcan a buena parte de los que trabajan allí. No salimos del recinto hasta que aparece el inspector Juan, que es al que ha llamado Adriana sin dar demasiadas explicaciones, pero urgiéndole a venir cuanto antes.

A pesar de ser unas horas intempestivas para solicitar cualquier servicio, el inspector se ha presentado con premura. Le he pedido hablar con él a solas, bueno, con la presencia de Adriana.

Le explico lo ocurrido y él llama a los policías que le han acompañado hasta la puerta, les ordena que detengan a Tomás el camarero. Está claro que ellos sí lo conocen, porque no les da más datos.

Unos minutos más tarde entra un policía y le comunica que Tomás ha salido del casino a todo correr, vamos, que ha huido. Todo por mi falta de tacto, no he sabido reaccionar. Pepe, que ha permanecido a la entrada de la sala en la que nos encontrábamos y de la que había tenido que salir a instancia del inspector, insiste en saber a qué obedece ese despliegue de policías, pero nadie le responde. Solo escucha al inspector afirmar con mucha seguridad:

—No tardaremos en dar con él, no se preocupe, pero por el momento aquí no hacemos nada.

Badajoz 15 de enero de 2020

Son las ocho de la mañana. Suena el teléfono, llaman desde la comisaría. Dicen que nos acerquemos lo antes posible por que han detenido a Tomás. Es el propio inspector quien nos lo comunica y añade que, en efecto, en la muñeca de Tomás hay un tatuaje muy semejante al que Jaime Díez dibujó antes de morir.

Nos entretenemos el tiempo imprescindible para un somero aseo. Estoy muy alterado y Adriana me dice lo mismo. Nos presentamos en comisaría y nos permiten escuchar tras los cristales-espejos la confesión que ya está haciendo Tomás.

Estaba justificando ante el inspector el motivo de su visita a Jaime Díez, la noche que lo mataron.

—Tomás, reconoces que esa misma noche fuiste a su casa, para hablar con él, y ¿nos quieres hacer creer que no tuviste nada que ver con su muerte?

—Se lo juro, señor inspector, yo quería evitar que me relacionasen con el accidente de su amigo Mauricio, porque le oí que le contaba a Jaime que había perdido la memoria por causa de ese accidente y no quería que él ni nadie pensara que era por culpa mía.

» Fui a su casa para pedirle que no me obligara a hablar más con él, no fuera a meter la pata. Los que me encargaron que le pusiera las gotas ya me habían amenazado gravemente si un día abría la boca.

—Te das cuenta, Tomás, ¡te amenazaron!, ¿por qué? ¿Quiénes son los otros? ¿Quién te amenaza?

—No sé. Yo me limité a cumplir un encargo que me hizo un amigo de mi amigo, no sé cómo se llama el del encargo. Mi amigo se fue al extranjero y no tengo ni idea de dónde se encuentra ahora. Pero me advirtieron que, si en algún momento hablaba de esto, lo pagaría muy caro. Así que me estoy poniendo en peligro por hablar con usted que es precisamente lo que trataba de evitar.

—Tranquilo, Tomás, nadie sabrá lo que me has contado. Pero, dime, ¿qué clase de encargo te hizo el amigo que no sabes cómo se llama, de tu amigo, que no sabes dónde está?

Había mucha ironía en las palabras y el tono del inspector, aunque no creo que Tomás en su estado nervioso fuera capaz de llegar a apreciarlo.

—Ya se lo he explicado.

—Pues explícamelo otra vez.

—El encargo solo consistía en poner en cada uno de los refrescos que le servía unas gotitas de un líquido que me aseguraron que solo producía un poco de sueño, pero que no era nada peligroso.

» Además ya le he dicho que esa noche se iba a quedar a dormir en el hotel, así que, aunque le diera sueño, no había ningún peligro. Si otro día tuvo un accidente por culpa de unas gotas, le puedo asegurar que las que yo le puse no tuvieron nada que ver, porque yo solo se las suministré esa noche antes de que se fuera a dormir y después ni siquiera volví a verlo, ni en el hotel. Lo que pasa es que me daba miedo que al enterarse de que se las había servido la primera noche me culpara a mí del accidente. Se lo conté todo a Jaime y él me entendió y me prometió que no me pondría más en apuros, como el que yo había pasado esa noche.

De lo que le ocurrió a Jaime Díez, juraba y perjuraba que nada sabía.

—Me asusté cuando supe que había muerto, precisamente porque esa noche, en cuanto acabé mi trabajo, fui a visitarlo; necesitaba contarle lo de las gotas y que él comprendiera que yo no había tenido la culpa de su accidente.

—Pero ¿es que Jaime te vio ponerle las gotas?

—No, no creo, pero, por si acaso… Yo fui el que le sirvió todos los refrescos. Iba a ser fácil deducir que yo se las había suministrado. Así que no quería que siguiera contando y repitiendo que no le había servido alcohol, porque si no era por culpa del alcohol, ¿qué le había añadido yo a los refrescos para que él estuviera soñoliento? Si las gotas esas tuvieron la culpa de su accidente, se las pondría otro cualquiera, el día que le ocurrió, porque él se quedó en el hotel esa noche, con total seguridad. Pero ya no volvió por el casino.

—¿Insistes en que, a pesar de ir a ver a Jaime para que no te delatara, no le pusiste también algunas gotas, pensando que solo le iban a dar sueño?

—Le juro, señor inspector, por lo más sagrado, que cuando yo me fui de la casa de Jaime, él estaba muy vivo. Se lo puedo jurar por lo que usted quiera.

El inspector salió para cambiar impresiones con nosotros. Aseguró que seguiría presionando para conseguir más detalles que le llevaran al auténtico asesino.

—Si Tomás dice la verdad, y me inclino a creerle porque está muy asustado y teme cargar con culpas ajenas, es posible que también asustara a Jaime Díez con su descubrimiento y, tras su visita, Jaime hiciera el dibujo, por si a él le ocurría algo, que supiéramos quién nos podía dar información. Después lo metió debajo de la almohada, donde lo encontramos.

» La cuestión es que, aun siendo inocente del asesinato, estamos seguros de que algo esconde, conoce más de lo que confiesa. Ahora está demasiado asustado e insiste en las amenazas recibidas por si habla.

» Hay que tener en cuenta dos cosas: él lo drogó a usted de alguna manera en el casino y los dos crupieres no apreciaron que usted estuviera soñoliento ni daba sensación de que hubiese bebido. No podemos obviar este dato. Usted no recuerda nada. Ellos coinciden en calificar su actitud de «completamente normal». Cabe pensar que el efecto lo produce *a posteriori* , y seguramente, cuando se produjo el accidente del coche, también debía estar drogado, por eso no recuerda nada de aquellos momentos, a pesar de que ha ido recuperando la memoria. Anoche mismo me puse en contacto con Óscar, el inspector valenciano y más tarde con mi compañero, criminólogo experto es psicología. Los tres estábamos convencidos de que algo así tenía que haberle ocurrido. Hoy Tomás confirma una parte de esa teoría. Pero tenemos que conseguir más datos, para llegar hasta el auténtico asesino. Tomás ha sido un sicario a su servicio, pero mi olfato me indica que dice la verdad, no creo que él haya sido capaz de matar a Jaime Díez.

Aunque en el rompecabezas las piezas empiezan a encajar, faltan las principales: El ideólogo o los ideólogos del plan; tal vez todos se aúnen en una sola persona, pero creo que tiene que haber al menos uno que me conoce y al que conozco.

Los datos conseguidos gracias a Tomás han dado un nuevo

impulso a la investigación, es lo único que sabemos.

Hemos advertido con preocupación que nos vigilan, pero la policía nos ha confesado que es cosa de ellos. Creen estar muy cerca de descubrir al auténtico cabeza pensante y temen las represalias contra mí. ¡Cuándo acabará todo!

ADRIANA

Madrid 20 de enero de 2020

Llevo un tiempo pensando en las posibilidades de que Samuel o Manuel tengan algo que ver con el intento de asesinato. Lo mismo que Belinda aparecieron en la vida de Mauricio después del accidente. Analizo lo que conozco de cada uno desde distintos ángulos y siempre llego a la misma conclusión. Todo empezó antes. Aunque puede ser que Enrique sea el nexo entre el antes y el después.

La verdad es que no puedo evitar ver un punto de comicidad en el bosquejo de esta tragedia, cuando en el gráfico se introduce a Samuel y Manuel como posibles culpables. El proyecto no puede ser más descabellado. Calcular, prever y conseguir que un accidente se produzca en un lugar determinado, donde tienes esperando a los eminentes doctores que van a atender a la víctima, incluso la van a salvar, pero evitando que recupere la memoria, es un proyecto kafkiano, esperpéntico, cuando menos bastante inverosímil .

Veamos, Belinda vino después del accidente, pero Manuel y Samuel llevaban años en este hospital. Por otro lado, la persona o las personas que prepararon el accidente seguro que no lo hicieron con el propósito de que perdiera la memoria, sino con el de que muriese, para evitar de una vez por todas que pudiera identificar al culpable o los culpables del sádico asesinato de Enrique.

Y si pretendían matarlo, ¿para que necesitaban tener a dos personas que lo salvasen?, ¿para luego hacerle perder la memoria? Además de absurdo, es totalmente grotesco.

Enrique ha dejado clara su postura, estaba dispuesto a llevarse una buena parte del botín, sin importarle la amistad que a lo largo de muchos años había mantenido con Mauricio. Creo que antes de iniciar la carrera de Medicina ya eran amigos, no me atrevo a confirmarlo y menos a preguntarle a Mauricio para que me lo confirme, eso le haría sufrir. Pero desde luego la carrera la hicieron juntos. De eso estoy segura.

Enrique da un dato que tengo presente por si escucho que alguien colecciona antigüedades, claro que luego tendría que aclarar qué clase de antigüedades. Porque Enrique menciona la palabra *arqueólogo* .

Creo que se puede deducir que la colección siempre tendrá que ver con la prehistoria, o la protohistoria, no vale cualquier antigüedad. Sé que las cosas de más de cien años son consideradas antiguas, pero no es esa clase la que nos interesa. Si todo esto está relacionado con las excavaciones tartesias, debe de ser en esa línea en la que hay que interpretar antigüedades.

Hoy hemos dado otro paso importante.

He acudido a la policía de Madrid, debido a la llamada del comisario de Valencia que ha tenido la deferencia de venir a mi terreno para evitarme el desplazamiento. Me ha hecho una serie de preguntas sobre el falso comisario César que me abordó en Alicante. Todo referido a su físico.

Mientras contestaba a sus concretas preguntas otro policía parecía estar tomando notas. Al concluir las interpelaciones el policía se lo ha entregado al comisario. Pero cuando él me muestra el pliego en el que yo pensaba que leería esas notas para ver si estaba de acuerdo, compruebo que se trata de un dibujo; inmediatamente me acerca otro pliego, dos dibujos: los rostros de dos personas.

—¿Reconoce estos rostros Adriana?

Los dos me resultan familiares, pero me sorprendo y los inspecciono bastante perpleja… Una cara familiar con pelo blanco…

—Fíjese mejor en el de la barba.

—¡El comisario de Alicante! —digo satisfecha—. Este debe ser el resultado de los datos que he estado dando sobre el falso comisario. Tiene un gran parecido con el rostro que recuerdo. Parece que he sido bastante gráfica explicando sus rasgos… y usted los ha interpretado muy bien —lo digo mientras dirijo mi atención al policía que parecía estar tomando notas.

—En efecto, con peluquín y barba. Y mire esa otra de pelo blanco, sin barba y con bigote. En realidad, los dos son la misma persona, esta es su imagen actual. Es el mismo que aparece sin nada de estos postizos y con la cabeza rapada. Es el que alquiló el coche en el que Mauricio tuvo el accidente —dijo mostrándome una tercera imagen, la que pertenecía al contrato de alquiler de vehículo, cuya fotocopia él mismo me había proporcionado en Valencia.

—¡Es verdad! —digo transcurridos unos segundos—. La sorpresa me ha dejado muda, me ha costado asociar los rostros. Ahora entiendo por qué cuando advertí en Alicante que me observaba, me resultó un rostro un tanto familiar. ¡Qué tonta! ¿Cómo no me di cuenta? Fue tan desagradable que olvidé esa primera impresión. Además, cambia tanto con la cabeza rapada que, a pesar de considerarme buena fisonomista, no pasó en ningún momento por mi cerebro la imagen que se veía en el contrato de alquiler del coche. Eso que la tenía muy estudiada por si llegaba a cruzarme con él en algún lugar.

—Tengo que decirle para su tranquilidad que, en efecto, el cambio es muy fuerte, además, que usted solo había visto y hablado con uno de ellos, bueno con una de las distintas personalidades que utiliza este individuo. Lo hemos apresado por motivos también relacionados con robo de vehículos. Pero es la primera vez que lo fichamos. Al detenerlo se ha producido un forcejeo que le ha hecho perder el bigote. Se me ha ocurrido que podía llevar también un postizo y en efecto. Esto es lo que me ha llevado a identificarlo. Aún niega su participación en el alquiler del vehículo siniestrado, pero hay algunas contradicciones que me han hecho recordar la descripción que nos dio al principio sobre el falso comisario César. Lo he llamado por ese nombre y se ha puesto muy nervioso.

Al día siguiente de abandonar el despacho policial, me ha vuelto a llamar el comisario para decirme que el falso comisario de Alicante había confesado:

—Confesó que se prestó a alquilar el coche con nombre falso y a dejárselo a Mauricio a cambio de un dinero y de quedarse con su Mercedes. Aseguró que la persona con la que hizo el trato había desaparecido con el vehículo. Declaró que, después de mucho tiempo sin saber nada de esa persona, recibió su llamada para prometerle que le diría dónde se encontraba el Mercedes, pero que para conseguirlo tenía que seguirle a usted y descubrir dónde se hospedaba y qué pretendía. Le comunicó en qué tren llegaba y le envió una foto suya por WhatsApp. Así que había alguien cerca de usted que conocía sus movimientos hasta ese momento y que quería seguir conociéndolos. Dijo también que usted no le estorbaba pero que, por su actitud, estaba seguro de que no tardaría en identificarlo y asociarlo con el accidente.

» Escuche, le voy a poner una pequeña parte de la declaración que tengo grabada:

“…estaba seguro de que había visto mi foto, todavía no me había reconocido, pero mi cara le sonaba, seguro que no tardaría en asociarme con el contrato de alquiler del coche que se quemó. Seguramente ustedes mismos se lo habrán enseñado. Yo la tenía localizada, tal como me habían pedido, pero ya no podía pasar desapercibido si continuaba vigilándola. Así que proseguí las instrucciones de quien la había seguido desde Valencia. Me dijo que la aconsejase acompañar a su amiga a Orán. No sé cuales eran sus propósitos, pero servían también a los míos. Así que intenté que se fuera lejos de mi camino y se me ocurrió decirle que el coche de Mauricio iría en el ferry a Orán…”

» Creo que tirando de este hilo podremos sacar algo más, por el momento nos ha puesto en la pista de la persona que intervino en esta negociación —ha añadido el inspector, a modo de despedida.

—¡Ojalá den con él! —le he respondido antes de colgar.

Madrid 8 de febrero de 2020

Nuestra vida se está bifurcando en dos estados bien diferentes y diferenciados. Por un lado, está la rutina diaria, nuestros trabajos respectivos, cercanos pero separados por cortas distancias territoriales y a veces por espacios temporales o de horarios, y nuestra casa como lugar de encuentro diario y principalmente noctámbulo. Pocas cosas importantes alteran esa rutina.

Por otro lado, sin embargo, los dos vivimos una permanente espera de acontecimientos que cierren ese círculo que comenzó con un viaje a Badajoz para recoger una herencia, mientras otro terminaba los preparativos de una boda que no ha llegado a celebrarse y que tal vez no se celebre jamás. Porque los dos estamos de acuerdo en que mientras no concluya esta pesadilla no tendremos una paz completa. La vida nos está demostrando que es una especie de grifo mal cerrado, de donde se escapa un espaciado goteo de acontecimientos que permiten ir completando ese círculo, pero que no sabemos si realmente llegará a completarse o tendremos que vivir así por una eternidad.

¡Ha aparecido Rodolfo! No me lo he encontrado por casualidad, me estaba esperando a la salida del hospital.

Yo iba con mis dos compañeras y amigas: Dora e Inés. Pensábamos tomar una cerveza, como viene siendo habitual al terminar nuestro tiempo de consulta —entra dentro de nuestras rutinas mencionadas— en la cafetería que se encuentra a pocos metros de la salida. Se ha parado ante nosotras, con el mismo desparpajo que cuando lo conocí, me ha dado un par de besos en las mejillas y se ha presentado a sí mismo, como un viejo amigo mío. Después de pedir disculpas por interrumpir nuestro camino, ha solicitado, muy caballeroso, hablar a solas conmigo.

Mis amigas me han mirado entrecerrando los ojos y con un gesto irónico en los labios. No, con ironía no, con cinismo; de una manera muy particular, daba la sensación de que estaban viendo a una persona desconocida, o a alguien en quien no habían reparado hasta ese momento. Lejos de enfadarme, me ha hecho gracia.

—¿Os importa esperarme en la cafetería? Voy dentro de unos

minutos.

Parece que la mención a una espera corta las ha tranquilizado un poco. Rodolfo no ha movido un músculo, se le veía muy seguro. Cuando han desaparecido mis amigas tras la puerta de la cafetería, me ha mirado de frente mostrando una agradable sonrisa, y ha comenzado su discurso. Lo llamo así porque he sentido que todo lo que decía lo traía muy preparado.

—Estás tan bella como siempre, Adriana —le doy las gracias sin devolver el cumplido, aunque tengo que reconocer que tiene muy buena planta y resulta muy interesante—. Tengo que contarte algo que remueve mi conciencia desde que dejamos de vernos —cualquiera diría oyéndolo que hemos sido íntimos hasta que un día reñimos. Lo dejo hablar.

—¿Y si ese tiempo tan breve que vas a concederme para hablar lo consumimos tomando una cerveza? Sé que es eso lo que acostumbráis a hacer al salir del trabajo, y la verdad, hablar aquí parados en la calle…

—No me importa tomar una cerveza contigo, pero ya has oído lo que les he dicho a mis compañeras. ¿Es tan largo lo que tienes que contarme?

—Todo lo largo que tú quieras.

—Está bien, pero entraremos aquí mismo, donde están ellas, así se impacientarán menos.

Si acepto su proposición es porque intuyo que me revelará quién lo mandó seguirme.

—Vamos, dice mientras me toma por el codo *dirigiéndome* al lugar que yo misma le he indicado.

Mientras vamos a instalarnos, le pregunto dónde ha estado todo este tiempo durante el cual nadie ha podido localizarlo. Él responde sin darle a la pregunta toda la importancia que entraña.

—No me digas que has intentado ponerte en contacto conmigo…, no lo creo. Precisamente necesitaba tomar distancia y he realizado un viaje a India.

—Supongo que habrá sido muy interesante, pero no olvides que dispones de poco tiempo para lo que me quieres contar, así que, te

escucho.

No parece que este tiempo te haya cambiado mucho. Sigues siendo igual de dura conmigo.

Por qué iba a cambiar. ¿Crees que tengo algún motivo?

Seguramente desde tu ángulo de visión no. Ayer de vuelta de mi viaje hablé con Ángeles y decidí que tenía que aclarar algunas cosas contigo, no es lógico que ella cargue con culpas que no tiene y lamento que la amistad que parecía uniros se rompa por mi culpa.

—O sea que vienes para romper una lanza en favor de tu amiga Ángeles.

—Y de la tuya. O ¿ya no es tu amiga? —no me molesto en contestar, creo que de nuevo hemos empezado mal.

—Verás —comienza una vez sentados y pedido un par de cervezas —, no fue una eventualidad el que coincidiéramos en el ferry… —Estoy a punto de decirle: «lo sé», pero decido dejarle hablar—. Te vi bajar a la cubierta donde estaban los coches, y me metí en el mío. Te observé y te vi llegar por el retrovisor. Abrí la puerta deliberadamente cuando pasabas a mi altura. No te caí bien. Por más que intentaba acercarme a ti, siempre me ponías una barrera. Tan solo una noche pude idealizar nuestra relación. En la cena sentí que incluso podías llegar a corresponderme. Luego llegó la decepción para mí. Pero la velada había sido tan inesperada e intensa que pasé la noche entre nubes, haciendo utópicos planes. Al día siguiente desapareciste. Quedé desolado.

» El día que nos vimos aquí en Madrid, creo que te diste cuenta de que te estaba siguiendo, pero mis circunstancias y sobre todo las tuyas habían cambiado y yo no pretendía hablar contigo ni hacerme el encontradizo. Fue muy humillante para mí que me descubrieras siguiéndote, estoy seguro de que te diste cuenta.

—Espera, espera. No sigas contándome esa parte que conozco —le corté viendo que no parecía dispuesto a hablar de lo que a mí me interesaba—. Creí que me ibas a contar quién te contrató para seguirme y por qué.

—¿No voy a conseguir que escuches mi sincera confesión sin atacarme de alguna manera? Debo de ser masoquista, porque a pesar de que vuelves a tratarme sin consideración, yo insisto en ser al menos tu amigo.

La lividez de su rostro y su oscilante cabeza no me permitían continuar acusándole. Tenía razón ¿Por qué tenía que ser siempre tan dura con él?, Rodolfo quería darme explicaciones y yo era incapaz de respetar la tregua de paz que requiere toda explicación. En mi subconsciente ha quedado aquel Rodolfo impertinente cercano al acosador, aunque después haya sido capaz de apreciar su amabilidad y ternura. Incluso había llegado a aceptar que se estaba enamorando de mí. Y yo… ¿no intenté dejarme enamorar por él? ¿Fue por eso por lo que hui? Decidí dejarle hablar, sin más interrupciones.

—Para empezar, te diré que nadie me ha contratado. Soy una persona que a mis treinta y cinco años dispone de medios propios suficientes para no estar al dictado de nadie.

» Pero sí tienes razón en cuanto a que todo empezó a causa de la petición de un favor de un gran amigo mío. Lo cierto es que él me dijo que me fijara en ti, que acababas de salir de una relación poco satisfactoria que te había dejado destrozada. Esa persona aseguró estar muy preocupada por ti y por lo que pudieras hacer en un momento de desesperación, estaba interesada en que te ayudara a salir de ese bache profundo en el que estabas inmersa. Esa persona es un buen amigo mío. Yo no me comprometí y mucho menos acepté una orden o un trabajo, ni le dije que lo haría, pero sí que intentaría evitar una desgracia si te veía en muy mala situación. Le prometí que durante unos días estaría cerca y si se presentaba la ocasión te ayudaría.

» Yo no tengo ni he tenido novia, no me gustaban las ataduras, viajo continuamente tanto por placer como por negocios y me encontraba en Alicante cuando mi amigo me llamó por teléfono la primera vez para decirme que estabas allí. Me envió por WhatsApp una foto tuya, quedó en que me iría dando detalles. Después me dio el nombre del hotel en el que te habías hospedado, dijo también que seguramente comerías en la Dársena. Estuve en una terraza junto al paseo de las palmeras hasta que llegaste. Te vi indecisa frente al hotel y te seguí desde la dársena; estabas tan metida en tu mundo que no fuiste consciente de que habías tropezado conmigo cuando acababas de comprar el billete del ferry para Orán. Ni siquiera contestaste a mi excusa por el encontronazo. Lo hice a propósito, pensando que era una forma de que al día siguiente me reconocieras. Yo pedí en la ventanilla otro billete al mismo sitio. Conozco perfectamente Orán, como te pude demostrar, pero no me importó volver, sentía curiosidad por conocer a la joven pusilánime cuya vida podía estar en peligro por un desengaño amoroso. Tu forma de actuar me convenció de que estabas bastante perdida. Para mí solo era un pasatiempo que podía redundar en beneficio de una bella jovencita, muy amiga de mi amigo.

Perdona mi franqueza.

» Pero la forma en que se desarrolló nuestro encuentro, tu infantil excusa e incluso tu desplante cuando intenté facilitarte el trayecto a tu hotel me hicieron mucha gracia y conseguiste que me interesara por ti de verdad. No respondías ni de lejos a la imagen que me había forjado.

» Como verás, en toda esta parte de la historia, ni siquiera aparece la simpática Ángeles, a la que yo conocí durante el desayuno en el ferry. Yo estaba muy cerca de ti, vi que hablabas con ella y hasta sonreías, incluso advertí que mirabas tu entorno con aparente interés, pero tus ojos pasaron por mi persona sin detenerse un instante. Eso que yo no retiré mi mirada. Tenía que ser evidente para ti que te estaba contemplando. No me tomes por presuntuoso, pero no suelo causar mala impresión. Comprendí tu falta de interés por cómo mirabas.

—Me sorprende lo que me cuentas. Recuerdo que miré al pasaje pensando en la posibilidad de integrarme en alguno de aquellos grupos alegres. En esos momentos realmente lo necesitaba.

—No voy a poner en duda tus palabras. Pero esa fue mi percepción. Más tarde, escuchaba tus desplantes con la seguridad de que tu corazón estaba dolorido e iba a necesitar mucha paciencia con una fierecilla como tú. Mi ánimo de que no hicieses una estupidez, se transformó en obsesión para que tu cambiaras la opinión que tenías de mí y empezaras a apreciarme un poco. Es curioso, pero me preocupaba más la imagen que yo podía mostrar ante tus ojos que la posibilidad de que tu hicieses una tontería irremediable. No te veía en ese papel. Pero tuve pocas ocasiones para conseguir que cambiases el concepto que tenías de mí.

» Estoy seguro de que, de haber continuado unos días más juntos, hubiera conseguido tu aprecio, que era lo que más deseaba, pero como te he dicho, cuando pensaba que ya estabas dando los primeros pasos en ese sentido, desapareciste sin decirme nada. Comprendí que debía dejar pasar unos días antes de iniciar un nuevo asedio, esta vez sin hacerme presente.

» Las circunstancias cambiaron cuando al cabo de un tiempo supe que habías vuelto con el amor que poco antes te había dejado destrozada. No podía comprender que esa persona que conmigo se había comportado de manera tan dura e insensible fuera la misma capaz de amar y perdonar a quien tanto daño le había hecho. Pero ya

no intenté verte más, hasta que un día tuve la curiosidad de conocer qué tipo de vida llevabas… y me pillaste, cuando yo ya sabía que no había nada que esperar de esa relación con la que yo me había permitido fantasear. En el fondo no he sido más que un quijote enamorado, convencido de que al final mi interés por ti daría su fruto.

» Por otro lado, mi amigo ya no tenía miedo de lo que tú pudieras hacer, a causa de tu bajo estado de ánimo, por lo que tampoco tenía sentido seguirte.

—Bueno voy a creer tu versión, aunque esté bastante alejada de la realidad que yo estaba viviendo, que sí es cierto que estaba destrozada, pero sin ninguna culpa de la persona que amaba y amo. Ahora vamos a jugar a ver si acierto quien es tu amigo. ¿Se llama Manuel?

—Frío, frío.

—Entonces, Samuel.

—Frío, frío.

—O tu amigo es una amiga y se llama Belinda.

—Te vas acercando un poco más.

—O sea, que Belinda sí tiene algo que ver con este asunto.

—Curioso, casi casi, aciertas. Su novia sí se llama Belinda.

—¿Su novia? ¿No me irás a decir que quien se preocupaba por mí era Mauricio?

Empiezo a temblar, no lo puedo reprimir. De nuevo el otro Mauricio. Rodolfo me mira con sorpresa, parece que está estudiando mis facciones, o tal vez ensaya cómo decírmelo, lo veo abrir la boca para contestar y solo escucho mi interior que grita: ¡ no ! ¡ no ! ¡ no !

—¿Mauricio? ¿Te refieres a tu prometido? ¡No!, frío, frío, de nuevo.

—Pero me acabas de decir que Belinda es su novia.

—Sí, su novia, pero no voy a decirte más. Seguro que no estamos hablando de la misma Belinda, además creo que es una relación que han llevado bastante en secreto hasta que mi amigo se ha separado de su esposa.

» Él estaba muy preocupado por ti, te lo aseguro. Incluso llegué a pensar que estaba muy enamorado de ti y no quería reconocerlo.

» Y yo que pensé que me iba a encontrar con una jovencita destrozada por el mal de amores y me encuentro con una hermosa y despectiva mujer, que no necesita ningún tipo de ayuda y desdeña e incluso humilla a quien se la ofrece con el mejor propósito.

» Aun así, quiero decirte que me ha gustado conocerte. Por unas horas pude atisbar lo feliz que podría haber sido a tu lado. Debí de pillarte en un momento de debilidad. Pero duró tan poco… Por otro lado, me alegro de que ahora seas feliz con la persona que quieres. Yo siempre estaré a tu disposición.

No le puedo explicar que, en efecto, tuve unas horas de debilidad tratando de soñar despierta que él era Mauricio.

Si no me encontrara tan perpleja por lo que acabo de escuchar, creo que sería capaz, además de pedirle perdón, de darle un fuerte abrazo y ofrecerle mi amistad por su enorme paciencia. Pero de nuevo las coincidencias me abruman. No lo puedo entender, algo no encaja.

Solo le digo que lo siento y que ya ha transcurrido el tiempo suficiente para volver con mis amigas…

—A menos que seas del todo sincero y me digas de una vez quién te pidió tan encarecidamente que cuidases de mí.

Me ha mirado con una sonrisa triste. Y me ha asegurado que no podía y que posiblemente hubiera hablado demasiado. Dos besos en las mejillas y desaparece de mi vista. Voy a la mesa a cuyo entorno me esperan mis amigas. No soy muy consciente de los pasos que doy. Mi cabeza elucubra como en sus peores momentos.

¿Qué pasa con Belinda? ¿Puede ser que otra Belinda distinta se haya cruzado también en mi camino? ¿O la Belinda de Mauricio ya tenía otro novio cuando lo conoció? ¿O ha sido después de conocerlo? ¿Quién está detrás de Belinda? ¿Alguien que parece muy preocupado por mí? No puedo aceptar esa versión, las personas que han estado preocupadas por mí siempre tienen que ver con el horripilante asunto de Mauricio. Y no creo que haya dos Belindas distintas en este asunto. *Ergo* …

¡Belinda es la novia del asesino!

¡Rodolfo no lo sabe, pero su amigo es el asesino!

Tengo que hablar con los inspectores, lamento hacerle esta faena a Rodolfo, pero tendrá que declarar. A ellos no les puede negar el nombre de esa persona, es la forma más fácil de llegar al criminal. Tiemblo de nuevo solo de pensarlo.

No puedo concentrarme en la conversación de mis amigas. Mi cabeza vuelve a dispararse segura de estar próxima a encontrar al asesino.

¿Y si esa persona que se ha preocupado por mí es alguien que, de verdad, ha temido que hiciera una tontería al saber que mi prometido se iba a casar con otra y no tiene culpa de nada?

Esta nueva hipótesis echa por tierra mi anterior entusiasmo.

¿Quién se ha podido preocupar por mi hasta ese punto?

Lo pienso mejor y creo que esa persona disfrazó de preocupación por mí su interés en que no me metiera en tan escabroso asunto. Tal vez Rodolfo ha sido sincero, pero seguro que quien dijo preocuparse por mí solo tenía intención de conocer mis movimientos, tal como habíamos creído desde el principio.

Mis amigas bromean al comprender que me encuentro fuera de la conversación que mantienen, por lo visto no he contestado a alguna de las preguntas que me han hecho.

No tengo más remedio que despedirme de ellas, aunque esto sirve para incrementar el tono de sus bromas. Necesito hablar con Mauricio antes de llamar a un inspector.

Al llegar a casa Mauricio no está, claro, yo he roto la rutina y he llegado antes de lo habitual. Hasta que él llega no puedo evitar replantearme distintas situaciones. Cuando se lo cuento, necesito hablarle un poco más de mi escasa y poco amable relación con Rodolfo. Se ríe cuando le comento que por un instante pensé que había sido él quien había mandado a Rodolfo para que me cuidara. Él también encuentra extraño que se entremezcle de nuevo el nombre de Belinda, pero no cree que lo que tengo que decirle a la policía dé motivo para que interroguen a Rodolfo:

—Al fin y al cabo, solo se trata de que alguien le pidió que se preocupase por ti. No obstante, coméntaselo por teléfono al comisario Óscar de Valencia. A ver qué opina.

No son horas para hacer la llamada, pero lo haré mañana aprovechando el descanso del café. Sé que esta noche voy a dormir mal, pero no sé cómo evitar darle vueltas a este asunto.

En un segundo ha pasado por mi cabeza la confesión de Ángeles. Puede que no estuviera tan equivocada. Si creo la versión de Rodolfo, el encargo solo era cuidar de que yo no hiciera ninguna tontería —con independencia de las intenciones de quien se lo pidió—. Esto también hace que se tambaleen parte de las razones de mi enfado con ella.

Pero si es también cierto que Ángeles vio y escuchó a aquel médico en compañía de Belinda, que iba a hablar con Rodolfo, o que ya había hablado, ¿quién estaba detrás de la bata de médico y dentro del hospital valenciano? Parece que no eran ni Manuel ni Samuel. Rodolfo solo reconoce la intervención indirecta de Belinda, en grado de novia de quien le recomendó cuidarme. Entonces ¿Estaba jugando Belinda a dos bandas?

Dicho así, ¿a quién puedo denunciar como delincuente? Y ¿de qué delito?

Sí, pero también hablaron de las gotas que tenían que utilizar para que Mauricio no recuperara la memoria. Pero eso ya lo sabe la policía y aún no ha podido hacer nada con esa información. Solo Tomás confiesa habérselas puesto en la bebida a Mauricio, sin conocer la importancia de su efecto y, por supuesto, tendrá su repercusión y castigo, pero a menos que eso nos lleve a descubrir quién se las dio, de poco servirá el castigo que reciba.

Madrid 10 de febrero de 2020

Hoy he recibido una gran sorpresa. Tan solo hace dos días que hablaba de ella con el comisario Óscar y con Mauricio; es como si la hubiera invocado. Ángeles ha invadido mi consulta cuando yo ya había terminado el turno con mis pacientes y me disponía a organizar unas fichas, para irme a casa. Ha sido una jornada muy larga y muy movida y no he podido descansar ni un minuto.

Ángeles me ha pillado por sorpresa… y demasiado cansada para luchar.

Nunca la hubiera recibido, previo anuncio, y eso que tras la conversación con Rodolfo he empezado a dudar, pero de alguna manera ha conseguido colarse en mi consulta. Ha sido una invasión en toda regla. Una invasión de emociones, una invasión de deseos descoordinados, antagónicos, mezclados con ráfagas de dolor lacerante. No puedo por menos que seguir asociándola con escenas como la del pobre Enrique con su cuerpo mutilado, roído por las ratas, junto a su casa. En ningún momento me había permitido sentir, ni siquiera comprender, cuánto me había dolido su engaño. Ahora, al verla, después de tanto tiempo negándola como si nunca hubiera existido, todas las sensaciones dolorosas de los últimos días se me vienen encima asfixiándome. Ella ha cerrado la puerta con resolución y me ha pedido, rogado, más bien, que la escuche solo un par de minutos:

—Concédeme solo dos minutos, si lo que te digo no te convence de que pretendo ayudarte y de mi sincera amistad, me iré y no volveré a molestarte, pero no me he podido resignar a dejarlo todo así, ni a que no me creas y he seguido investigando por mi cuenta.

La he mirado y he sentido dentro de mí el gran dolor que transpira por todos sus poros, me ha dado pena y he vuelto a sentir esa sintonía que creía extinguida. Con la voz más neutral posible, evitando que adivine la emoción que siento, le pido que se siente frente a mí y que diga lo que tenga que decir. Pienso en añadir: «en el menor tiempo posible», pero no acierto a decir ni una palabra más para que la emoción no me traicione.

—Adriana, no he dejado de pensar en todo lo ocurrido. Tal vez me haya equivocado en la forma de hacer las cosas, pero desde que coincidimos en Valencia he sentido que conectábamos y que por algo

escuché aquella conversación. Yo he continuado preocupada por Mauricio y principalmente por ti, y he seguido investigando. He podido conocer algo de suma importancia que después de hablar contigo se lo transmitiré a la policía. ¿Sabes lo que he averiguado de Belinda?

—¿Que se ha ido del hospital sin despedirse? —contesto cansada y tal vez decepcionada.

—No, he averiguado quién es su padre.

—Belinda es huérfana y vive con una persona a la que considera como su madre, aunque no lo es —le respondo, mostrando mi cansancio y cada vez más contrariada por haber dejado nacer la ilusión de estar equivocada con ella.

—No. Eso es lo que os ha hecho creer, pero Belinda es hija de un arqueólogo. ¿No te parece un dato importante, al menos sospechoso?

Me encojo de hombros ante lo que considero intrascendente.

—Le llaman «el ludópata». ¿No te sugiere algo más? ¿No te parece que es la persona que estamos buscando?

Me ha sonado enternecedora y extraña su inclusión en el problema y, ciertamente, también me parecen muy interesante este dato inesperado.

—Por lo que he podido saber, es un arqueólogo que no disfruta de muy buena fama entre algunos de sus colegas —continúa—, aunque para los ajenos a la profesión no ha tenido todavía ninguna transcendencia. También entre ellos se da el corporativismo.

—¿Estás segura de lo que me cuentas?

—¡Totalmente! He vuelto a trabajar en las excavaciones de Guareña. También en algunas otras. Siempre en yacimientos tartesios. Por la policía científica sabíamos que lo que han extraído hasta el momento es obra de un buen profesional de la arqueología. Así que he estado muy atenta a cualquier señal o dato que me permitiera entender o, mejor, desentrañar esta trama. ¿Quién la había ideado? ¿Quién conocía la existencia de la heredad de Mauricio? He escuchado algunas cosas que me han hecho recelar de distintas personas de la profesión, pero al final no encontraba su relación con lo que yo trataba de descubrir. No logré escuchar a nadie hablar de ese lugar, que era algo con lo que yo contaba cuando me ofrecí voluntaria para

trabajar con ellos, como siempre que tengo vacaciones —aunque esta vez me las tome por mi cuenta—. Estaba segura de que, antes o después, alguno de aquellos arqueólogos o de sus ayudantes harían alguna referencia al asunto. No sabemos cuánta gente está implicada en ello.

» Hace tan solo unos días alguien comentó entre bromas que parecía como si el ludópata hubiese desaparecido del planeta. No esperaba identificarlo por un mote, pero esta historia que tratamos de entender esta unida a alguien que le gusta demasiado el juego ¿O no?

Podía ser la persona que yo esperaba encontrar entre sus compañeros. Estuve atenta pero no entendí la respuesta que suscitó ese comentario.

» Pasados un par de días, para no levantar sospechas, pregunté a mi director a quién llamaban «el ludópata». En mis trabajos de arqueología se escuchan cosas de compañeros, aunque como en todos los gremios hay cierto secretismo y complicidad, se amparan los unos en los otros, pero se reconocen tanto sus éxitos como sus fallos. Un poco renuente, me comentó que ya me podía imaginar que se referían a un compañero que padecía esa patología y que cada vez les estaba ocasionando mayores problemas. Pero no me dijo su nombre y yo no creí prudente insistir.

Puede que fuese él quien jugó aquella noche en el casino con Mauricio, haciéndose pasar por el abogado. Pero no tenemos su nombre, ni una fotografía, aunque creo que con estos datos no será difícil dar con él.

—Puede que estés en lo cierto ¿Eso es todo? —creo que el tono que empleé fue un poco despectivo, pero Ángeles no dio muestras de haberme escuchado.

—Unos días después y como nadie había vuelto a hacer ningún comentario sobre él, pregunté simulando estar al corriente de todo. ¿Sigues sin saber nada del ludópata? —lo dije en tono bajo, como si formara parte del secreto, cuando en realidad lo que me daba miedo era que descubrieran lo que me proponía—. “No, no sé nada, su hija tampoco tiene ni idea de dónde puede estar.” — me respondió.

—Esto me descolocó por un momento. Pero reaccioné comentando. Yo es que no sé su número, si no, también la hubiera llamado; pero ya que me dices que ella no sabe nada, mejor no insistir. Ya me irás diciendo.

» Me retiré pensando que no sabía cómo seguir. Pero un compañero que, a pesar de mis precauciones, nos había oído, se acercó más a mi para decirme:

—Mejor que no la llames todavía, deja que pasen unos días. Yo he llamado esta mañana a Belinda, justo antes de venir y la he encontrado muy preocupada. Tenía muy pocas ganas de hablar de su padre. Me ha contestado con evasivas. Tal vez estemos siendo pesados preguntando todos por su padre.

Te puedes imaginar mi sorpresa al escuchar ese nombre. Demasiadas casualidades. Arqueólogo, ludopatía, Belinda. Aún así, al día siguiente pregunté al que nos había escuchado si Belinda seguía de enfermera en Valencia. La respuesta fue negativa. Él no tenía noticias de que la hubieran trasladado a ningún otro sitio, creía que no se había movido de Madrid. Pero no negó que fuera enfermera. Parece que Belinda también ha mentido en el hospital de Valencia negando a su padre. Formará parte del plan.

Esta vez no tengo más remedio que reconocer el trabajo de Ángeles, su empeño en ayudarme a descubrir a los culpables, pero sobre todo su deseo de recuperar nuestra amistad. Sonrío y por encima de mi mesa alargo mi brazo esperando estrechar su mano en un gesto de acercamiento. Ella toma mi mano satisfecha por el reconocimiento del resultado de sus investigaciones. Sonríe abiertamente, vamos, a su manera.

—Pero eso sí que me parece un gran descubrimiento. Belinda está realmente involucrada, en todo este asunto. Así que todo está relacionado. ¡Claro, de qué me asombro a estas alturas! ¡¡Gracias, Ángeles!! ¡Muchas gracias! Espera, voy a llamar inmediatamente a Mauricio para comentarlo con él. Confío en que no le duela demasiado después de lo que ya sabemos. Luego llamaremos al inspector.

» Yo no he llegado a conocerla y los datos que en principio tenía sobre ella me hacían pensar en una joven todo corazón que se había dedicado a dar un poco de esperanza a un enfermo de amnesia, hasta el punto de llegar a enamorarse de él de verdad. Nunca he pensado en ella como mi rival, pero mucho menos se me ha ocurrido pensar que era culpable de lo que le ocurría a Mauricio, aislado del mundo por culpa de su amnesia. Ella había sido el nexo con el entorno que lo rodeaba y lo que le daba fuerzas para salir adelante.

» Claro que cuando tú comentaste lo que habías oído en el hospital, comenzaron mis dudas en ambas direcciones. Quiero decir

que no solo dudé de ti, como ya sabes; también dudé de ella.

Llamo a Mauricio, que está con sus colegas, Miguel Urquiza y Luis Vidal, le digo que tenemos noticias trascendentales sobre el arqueólogo.

—¿El arqueólogo? ¿Se ha descubierto quién es? —pregunta emocionado.

—No, pero por los datos recogidos no va a ser difícil dar con él.

No tarda en aparecer en mi consulta. Cuando se lo explicamos solo dice:

—¿Belinda no era huérfana de padre? ¿El arqueólogo es su padre?

Está claro que todos hemos dado por hecho que arqueólogo más Belinda es igual a la tragedia que hemos estado viviendo, principalmente Mauricio; nadie se ha planteado otra posibilidad.

—Sí, eso parece. Es un importante paso más, esto explica muchas cosas. ¿Podrías recordar la cara de esa persona? Seguro que es uno de los que intervino en algún momento de tu encierro.

—Ahora lo importante es transmitirle a la policía lo que sabemos y conocer el nombre de ese arqueólogo —contesta.

Yo trato de adivinar si hay desencanto en sus palabras o está contento por el nuevo avance que se vislumbra. no soy capaz de apreciarlo.

Hemos vuelto a llamar al inspector que se ocupa del caso desde Valencia, con la colaboración de la policía de Badajoz, Alicante y Madrid. Está de vuelta de un servicio y quedamos a media tarde en nuestra casa.

He podido volver a disfrutar, sin sospechas ni recelos, de la bulliciosa compañía de Ángeles, que ha comido con nosotros en una sidrería asturiana al lado de donde vivimos. Mientras hacemos hora para encontrarnos con el inspector valenciano, hemos tomado el segundo café en nuestra casa. Teníamos mucho de que hablar. Excusas y disculpas se han mezclado con anécdotas que Ángeles intercala cuando los recuerdos desagradables empiezan a importunarnos. Ha habido una puesta al día… Las peticiones de perdón y los perdones por ambas partes se suceden sin solución de continuidad. Ha sido muy

gratificante volver a confiar en ella, pero también he sentido el dolor de no haberla creído y haber tenido un trato tan injusto con mi amiga. Aunque sigo creyendo que no hizo bien ocultándome lo que sabía.

El inspector llega puntual. Se ha sorprendido al ver que Ángeles está con nosotros en amigable compañía. Estamos impacientes por contarle lo que ella ha descubierto, pero como él también tiene algo de lo que pretende informarnos esperamos a saber de qué se trata; lo que tenemos que relatar merece renglón aparte y suscitará muchos comentarios.

Nos dice que han encontrado a la enfermera que sustituyó Belinda y tras varias visitas, presionándola de distintos modos, ha confesado que recibió de forma anónima una importante cantidad por dejar su puesto y desaparecer por un tiempo, para que nadie pudiera averiguar nada. De momento no está dispuesta a declarar, «pero yo no desespero de que lo haga de forma voluntaria si la necesitamos», añade.

Cuando Ángeles cuenta lo que conoce, el inspector la cose a preguntas que ella contesta sin vacilar. Les cuenta que suele ayudar en el valle del Turuñuelo que es un yacimiento tartésico.

—En esta ocasión, pretendía conocer a un arqueólogo que tuvieran prácticas poco éticas —confiesa Ángeles—, para lo que traté de tirar de la lengua en distintos momentos a los compañeros…

—Ahora el proceso es fácil de imaginar —aventura el inspector—. Durante esas excavaciones del Turuñuelo, tuvo ocasión de descubrir la zona de Mauricio. Aprovechó cualquier momento que tuvo libre para extraer alguna pieza con la que sacar un dinero para pagar las deudas contraídas a causa del juego, pero seguramente quiso más. La avaricia hizo que buscara apoyos para conseguir hacerse con todos los tesoros que contenía. Inicialmente se hubiera conformado con comprar la heredad, pero la negativa de Mauricio le hizo dar un paso en falso, buscó como cómplice, no se me ocurre por qué, a Enrique, que también le falló y tuvo que deshacerse de él. Una cosa le llevó a lo otro. Suele ocurrir así.

Solo nos queda saber quién es el arqueólogo conocido como «el ludópata», lo demás será coser y cantar. También localizaremos a Belinda, cuyo grado de implicación desconocemos. Tal vez solo obedecía órdenes de su padre, desconociendo la gravedad del asunto en que estaba incurso.

La policía se mueve con rapidez y no tarda en averiguar de quién se trata, cuál es el nombre del arqueólogo que sus compañeros conocen como «el ludópata». El problema reside en que nadie lo ha visto desde hace tiempo. Tal vez haya huido al extranjero y sea difícil dar con él, aunque la policía tiene los tentáculos largos y están convencidos de encontrarlo más pronto que tarde. A Belinda no la localizan.

Madrid 16 de febrero de 2020

Parecía estar todo solucionado, solo faltaba un pequeño trámite, localizar al ludópata que ya tiene nombre y apellidos, pero pasa el tiempo sin novedades. No hemos vuelto a saber nada de Belinda ni de su padre. Todos los interesados piensan que han huido a algún lugar de difícil localización.

MAURICIO

Madrid 22 de febrero de 2020

En el salón suena la maravillosa voz de María Callas, en un aria de *Aida* con la orquesta del teatro de La Scala de Milán y bajo la batuta del maestro Tullio Serafin. Me costó tiempo conseguir esta magnífica versión. Aprovechando que este día coincido en el descanso con Adriana, cosa que no ocurre con demasiada frecuencia, hemos decidido no movernos de casa, para tener ocasión de disfrutar plenamente de nuestro amor, con esta maravillosa ópera de fondo. Buena música y buena lectura estando los dos juntos es un plus para nuestro idilio.

El sonido del teléfono interrumpe nuestra paz. Contesto presintiendo o temiendo que esta intromisión en nuestros plácidos planes tenga como consecuencia retrasarlos o anularlos. Lamentablemente, no me equivoco. La policía, más concretamente el inspector Óscar de Valencia, me cita en un hospital, en las afueras de Madrid, que no es en el que yo trabajo. Me ha pedido que acuda para ver si reconozco a una persona que se encuentra recuperándose de unas heridas mortales que le ha ocasionado alguien desconocido. No quiere decirme de quién se trata; por lo visto, vamos a jugar a las adivinanzas. Me espera en la entrada principal. Adriana decide acompañarme, aunque seguramente no podrá pasar a la habitación del herido, pero después de tanto sobresalto dice que prefiere estar cerca de mí, que no va a soportar la impaciencia que le va a ocasionar tanto misterio.

Al atravesar la puerta rotatoria los veo charlando. El inspector Óscar de Valencia y el de Madrid Víctor Salcedo. Nos saludan y agradecen nuestra presencia. Sin perder un instante nos conducen al lugar de encuentro.

Los policías vigilan la habitación en la que vamos a entrar. Temen que quien ha intentado matarle lo intente de nuevo. Creen, según me explican una vez que nos encontramos próximos a la entrada de su habitación, que tiene algo que ver con mi caso e historial médico y esperan mi reacción, para ver si reconozco en él a una de las personas que intervino en el intento de mi asesinato.

Atravesamos el cordón que forman distintos policías para impedir que personas ajenas puedan ponerse en contacto con el herido. Adriana dice que se queda con ellos mientras yo trato de identificar al ingresado, pero los dos inspectores la apremian para que pase conmigo.

—Duerme — nos advierte una enfermera en voz muy baja mientras ella sale.

Tengo ocasión de repasar con calma su rostro, terriblemente desfigurado por las heridas y cicatrices.

La contemplación de su físico me provoca inquietud, pero no me otorga la seguridad de que haya intervenido en mis torturas. Sin embargo, algo desapacible, amargo, desagradable, se remueve en mi interior. En estos momentos no sé discernir si es por su sombrío y repugnante aspecto o hay algo en mi subconsciente que lo rechaza o lo teme. Cuando empieza a despertarse colocan un biombo entre nosotros para que yo escuche lo que dice sin que él pueda verme. Espero amparado por ese biombo. Adriana sale de la habitación. Trato entre tanto de imaginar cómo es ese rostro sin tantas heridas y cicatrices. Está claro hasta para mí que quien le ha hecho eso tenía como principal objeto que nadie pudiera reconocer su cadáver al encontrarlo. Trato de recordar dónde he visto un rostro que encaje con la deformada imagen, qué me sugiere aquel rostro.

Sé que, como en mi caso, sus potenciales asesinos lo han despojado de cualquier elemento que pudiera servir para una posible identificación. Pero hay algo de torpeza en estos asesinos —en los suyos y en los míos—, que nos han permitido seguir viviendo.

La suerte en este caso es que él sí recuerda quién es. Los inspectores no me han querido decir de quién se trata, para no condicionar mi identificación, nada fácil por otra parte, dada la repulsiva deformación de sus facciones.

Estoy casi seguro de que algún tipo de intervención tuvo en mis desgracias; lo siento en la boca del estómago, en la sensación de angustia, casi de terror que me inspira. Ahora lo oigo hablar, lo hace en tono bajo, pero no puedo entender lo que dice porque un sinfín de grillos se han metido en mi cabeza, y la voz, con poca fuerza, adquiere unas dimensiones de eco que me perfora el cerebro. El comisario Óscar le pide que diga algo en voz alta, algo que tiene escrito en el folio que le ha entregado, pero no lo oigo. Creo que se niega a repetir lo que lee. Al fin, tras otras dos o tres veces de pedírselo, cada vez en

tono más alto y autoritario, le oigo decir:

—¡Dispara!, ¡dispara ya o serás tú el que mueras!

—¡No lo puedo soportar! Es la voz del que instaba a Enrique a dispararme. ¡Es la misma voz!

Sigo tras el biombo, pero en mi cabeza veo su rostro desvaído que se mezcla con otro rostro lleno de costuras. La visión es espantosa, todo mi organismo se desbarata, consigo reponerme y pido que retiren el biombo. Así lo hacen y me encuentro frente al monstruo de mis peores pesadillas. Ya tiene rostro. Pero me mira asustado. Algo no encaja. Parece que el monstruo soy yo. Llora y pide clemencia.

Salgo huyendo de la habitación, después de haber dudado sobre qué hacer, teniendo a mi merced al causante de todas mis desgracias. Adriana me abraza, ahora sé que ha salido de la habitación porque no soportaba la desagradable visión de aquella persona que no le recuerda a nada ni a nadie.

Los inspectores nos acompañan a la cafetería para tomar algo que nos reanime y entone, que repare nuestro desasosiego.

Ya en la cafetería nos informan, formalmente, de que aquella persona es Ernesto Girat, el arqueólogo conocido entre sus compañeros como «el ludópata». Desconocen quiénes pueden ser sus encarnizados enemigos, pero el hecho de que tenga deudas de juego les hace investigar en esa dirección, aunque no descartan cualquier otra posibilidad.

Contra lo que cabía esperar, no lo ha localizado la policía a causa de su intento de asesinarme. Ha sido un pordiosero el que avisó a la policía de que alguien había sido atacado y abandonado en el rincón de un barrio problemático de Madrid. Le pareció que era un borracho de tantos que se encuentran por esa zona, posiblemente muerto por coma etílico. Pero cuando se acercó más a él, con la sana intención de aligerarle de sus pertenencias, «que ya no le iban a servir de nada», vio que estaba sangrando y pedía auxilio casi sin voz.

El indigente que lo encontró, resultó ser un indigente honrado, porque optó por no tocar nada de lo que el moribundo llevaba encima y avisar a un policía que, casualmente, andaba cerca haciendo la guardia.

El policía acudió en su auxilio y, al ver que seguía vivo, llamó a una ambulancia. No pudieron determinar de quién se trataba. No solo iba indocumentado; sus ropas no contenían nada que pudiera dar una pista para descubrir su identidad. Sin embargo, sus manos parecían fuertes y delicadas al mismo tiempo.

No creían que pudiera llegar con vida al quirófano. Pero tenían que intentarlo. Y sí que llegó. Mientras luchaba entre la vida y la muerte, trataron de identificarlo, sin éxito.

Pasaron muchos días hasta que él mismo fue capaz de hablar con la policía.

Cuando ya puede hablar y se identifica, saltan las alarmas, no está fichado por la policía, pero es una de las personas que están buscando. Él aún no lo sabe.

Ni lo presiente.

A preguntas de los policías dice que lo atacaron por la espalda y que no tuvo tiempo ni ocasión de ver a su atacante.

Le preguntan de nuevo qué hacía en aquella zona tan peligrosa. La respuesta les produce desconcierto. Asegura que él no había estado nunca donde dicen que lo encontraron, ni siquiera de día había ido nunca por esa zona. Añade que llevaba un tiempo escondido y que salió del lugar donde se escondía para comprar algunos alimentos cuando empezaba a oscurecer, para poder pasar desapercibido.

La policía quiere saber el motivo por el que se escondía y él dice que temía que alguien quisiera hacerle daño, pero, aunque ellos insistieron en saber el nombre o los nombres de las personas que temía, él se mostró muy asustado ante la posibilidad de que alguien supiera que estaba vivo, y no dio ningún nombre.

—Pero, entonces, usted temía que algún día ocurriera lo que ha ocurrido. ¿Por qué? Díganos, al menos, por qué consideraba usted que estaba en peligro.

—Tal vez alguna de las cosas que hago como arqueólogo no son demasiado ortodoxas… Necesito dinero y no siempre estoy contratado, este trabajo depende de las subvenciones que consigan las excavaciones. Es muy variable y yo necesito comer todos los días… Eso me crea enemigos. El lugar donde me encontraba no lo conoce nadie, ni siquiera mi hija, es un bajo con entrada independiente del

resto de la casa, por lo que resulta fácil pasar inadvertido y está acondicionado para emergencias. No lo suelo utilizar a menudo, aunque lo tengo con provisiones de latas y agua, pero al terminar con ellas necesité salir a la calle. Sin embargo, este refugio está muy lejos de donde dicen que me han encontrado.

Ha sido una experiencia sumamente dura para mí. Ernesto Girat es muchas cosas:

Es el arqueólogo que había estado extrayendo piezas de los tartesios para venderlas a coleccionistas y poder pagar sus deudas de juego. Lo estuvo haciendo antes de que yo supiera que aquella heredad me pertenecía. Si se hubiera conformado con eso, nadie se hubiera enterado y Enrique Álvarez y Jaime Díez estarían vivos.

Es, también, el padre de Belinda, aunque ella siempre me había asegurado que, al igual que yo, se había quedado huérfana, y que la mujer con la que vivía, y a la que llamaba madre, la había cuidado desde muy pequeña como una madre, pero no lo era.

Es además, y sobre todo, uno de mis torturadores, el que incitaba a Enrique a dispararme, y el que propició su muerte y, seguramente, el que intentó acabar conmigo, personalmente o por medio de sicarios a su servicio.

El arqueólogo da continuas muestras de su pánico en carne viva, teme que alguien intente asesinarlo de nuevo. Prefiere que la policía lo custodie en calidad de preso. Pero nadie consigue descifrar de dónde procede exactamente ese miedo. Seguramente sus deudas de juego le han procurado algunos enemigos de los que, como él, están dispuestos a hacer cualquier cosa. Por eso sabe que su vida hoy no vale nada. Que el peligro de morir asesinado es algo que está latente. Que volverán a intentarlo.

Precisamente ese miedo propicia su voluntaria confesión. Una vez repuestos del primer e inesperado descubrimiento o identificación, volvemos a la habitación de Ernesto, van a continuar interrogándolo y nos permiten escucharlo de nuevo tras el biombo, con la promesa de que no intervendré oiga lo que oiga. Me sugieren que me limite a tomar notas sobre lo que me puedan indicar o inspirar sus palabras.

Deja entrever con sus declaraciones que ha sido él quien ha ideado toda la trama en lo que a mí me afecta, y aunque niega su

participación en la muerte de Jaime Díez, así como en el atentado que sufrimos en Guareña, sí que reconoce y confiesa su intervención. Siempre según su versión, la forma en que se produjeron los acontecimientos fue la siguiente: Enrique Álvarez es el primero que contacta en el casino conmigo, convence con dinero a Tomás para que sea él quien atienda la bebida en nuestra mesa, aunque solo lo hace en el aperitivo, que Enrique sugiere que tomemos para celebrar el encuentro y después de la cena con los cafés. En ambos casos, Tomás agrega unas *gotitas inofensivas* de aquel frasquito. Es algo que deberá repetir a lo largo de la noche.

Cuando Enrique Álvarez considera que han hecho efecto, desaparece y es el arqueólogo quien lo sustituye y se hace pasar por el abogado, y esto se produce justo después de terminar la cena. Más exactamente después de tomar el café, cuando las gotas ya han hecho su efecto.

En ese momento ya está seguro de que yo nunca recordaré quién me acompañó en el casino, ni siquiera que había estado allí. Yo no tenía motivos para volver. Nunca había frecuentado ningún lugar como aquel, no me gustaba el juego y él lo sabía por Enrique Álvarez.

Con todos estos datos yo trato de encajar mis recuerdos y solo evoco haberle dicho a mi amigo que el cóctel del aperitivo se me había subido a la cabeza. De ahí que me quedase la idea de haber bebido demasiado.

Es el arqueólogo quien me lleva a jugar. Yo, ahora mismo, a pesar de escuchar lo que nos cuenta, no soy capaz de recordar con claridad la cena con Enrique y mucho menos que fue con Ernesto con quien me senté a jugar a la mesa de blackjack. Mi confusión sigue siendo total. Seguramente nunca lo recordaré.

Él no quiere testigos de vista, por lo que trata de evitar a Jaime Díez, sin conseguirlo. Pero ninguno de ellos puede prever todavía cómo se va a desarrollar este melodrama.

Ernesto Girat cree que Enrique Álvarez desaparecerá en cuanto reciba el dinero prometido, y a él, al arqueólogo, no lo podrán identificar porque yo, Mauricio, ya estoy bajo los efectos del líquido servido en gotas por Tomás, y volveré a mi boda con un contrato de compraventa perfeccionado y satisfecho por haber conseguido un dinero por una propiedad de la que desconocía hasta su existencia. Tampoco recordaré la cara de la persona a quién le vendí una finca en la que nunca antes había estado. Dice que no había previsto la

violencia física, mucho menos el asesinato.

Las dos personas a las que contrató para mantenerme encerrado primero y después para asustar a Enrique Álvarez, fueron las que se ensañaron con este último hasta lograr su espantosa muerte. Y ya no pudo dar marcha atrás. Más tarde, al ver que yo había escapado, me persiguieron hasta alcanzar al único coche que acertó a pasar por donde yo estaba. Ellos se encargaron de sacarme del vehículo en la primera parada que hizo y trataron de hacerme desaparecer, aunque no como tenían previsto. No tiene inconveniente en darles sus datos, para que la policía actúe como corresponda.

No se habían planteado que yo no aceptara la oferta, hasta no saber qué era lo que estaba vendiendo; aun teniendo prisa por volver a Madrid, a mi casa, a mi boda.

Y ahí empieza el drama.

Parece que el círculo no acaba de cerrarse, Ernesto Girat no es del todo sincero al no reconocer que es él el único o principal culpable. Alguien ha matado a Jaime Díez.

El falso inspector, César, solo había reconocido su participación en el alquiler del coche, con documentos falsificados. Coincide por completo con lo que cuenta Ernesto Girat.

Por ese motivo, la policía cita a Tomás en aquel hospital. Él viene a reconocer a Ernesto Girat como la persona que, junto a Enrique Álvarez, le encargó que me suministrase las gotas, que además le facilitó en un frasco. Realmente eso ya lo han reconocido en distintos momentos tanto el arqueólogo como Tomás. Pero la policía prefiere dejarlo todo bien atado. Quiere que Tomás escuche, tras el biombo, la versión de Ernesto, porque falta un dato importante.

Falta el nexo con Jaime. Su asesinato. Ernesto Girat, a la pregunta de cómo y dónde ha conseguido esas gotas, se ha expresado de forma que hace dudar del grado de participación de Tomás:

—Enrique Álvarez era un buen químico, además de médico. Él elaboró tanto las gotas que se le administraron a Mauricio como la inyección mortal que no deja vestigios, ni siquiera indicios, de haberse utilizado para procurar una muerte.

—¿Esto es lo que usted utilizó para acabar con Jaime Díez?

—Enrique le entregó a Tomás ambas cosas, por si alguien lo

descubría o si había cualquier otra complicación. Yo, al tal Jaime, solo tuve que aguantarlo mientras jugaba en el casino. No lo había visto antes y no lo he vuelto a ver. Era la primera vez que visitaba ese casino, estaba demasiado cerca del lugar donde trabajo, tampoco pensaba volver.

—Entonces, ¿cómo es que conocía a Tomás?

—A Tomás lo conocía Enrique Álvarez y sabía que podía contar con él. No sé qué tipo de relación los unía, solo sé que Tomás obedeció la orden de Enrique sin rechistar.

—Pero usted mismo ha reconocido que habló con su hija para recomendarle que siguiese suministrando esas gotas a Mauricio si recuperaba la memoria.

—Enrique Álvarez preparó más de un frasco. Me parece que ya he hablado demasiado sin la presencia de mi abogado.

—¿Su abogado? Puede usted llamarlo cuando guste. Por cierto, ¿hizo también más de una inyección letal?

—La respuesta es no. Pero no voy a contestar a nada más, mientras no tenga a mi lado un abogado.

—Y su hija ¿dónde está ahora?

Tras un breve silencio, dice no conocer el paradero de su hija y afirma que ella no sabía lo que su padre se traía entre manos. Acepta que la indujo a ir a ese hospital para ganarse mi confianza cuidándome, con el resultado de haberse enamorado de mí, pero que temía que yo lo recordase, y la convenció para que, si advertía que podía ser un peligro recordando, continuara suministrándome las gotas.

—¿Y cuándo vio usted a su hija para poder hacerle esa advertencia?

Ofrece un dato revelador que deja ya libres de toda sospecha a Manuel y a Samuel: Asegura que fue al hospital de Valencia y, para pasar totalmente inadvertido, mientras se entrevistaba con Belinda en el hospital, se puso una bata de médico.

—Nadie lo advirtió —asegura.

Él también insiste en afirmar que no intervino en la muerte de

Jaime Díaz y que tampoco entraba en sus planes matarme a mí, ni la muerte de Enrique Álvarez, pero que las personas que contrataron para que me tuvieran encerrado se propasaron con Enrique hasta el punto de ocasionarle la muerte. Se lamenta de que las cosas no salieran como pensaba y después de la terrible muerte de Enrique no podían arriesgarse a que yo los denunciara. Por eso y contra todo lo previsto trataron de acabar conmigo.

—Pero usted incitó a Enrique Álvarez para que disparase contra Mauricio.

—Solo trataba de comprobar de qué lado estaba Enrique, pero tenía la seguridad de que él no sería capaz de matar ni a una mosca. Lo suyo era dar vida.

—Entonces, ¿cómo fue capaz de elaborar además de las gotas la inyección que mató a Jaime?

—No voy a decir nada más.

Esta vez lo cumple.

La policía aprecia que hay lagunas en el relato y que, por el momento, él será quien cargue con todas las culpas, pero no descarta que su hija sea también condenada como partícipe necesaria. En cuanto a Tomás, él niega que Enrique Álvarez le proporcionara esa inyección. Insiste en que cuando salió de la casa de Jaime Díaz este estaba vivo.

La policía espera a que se presente el abogado de Ernesto Girat y en su presencia realiza un careo con Tomás. De la culpabilidad de Ernesto nadie tiene dudas, pero yo creo que Tomás es también culpable.

En el careo cada uno culpa al otro. Pero al fin queda demostrado que el grado de participación de Belinda era más alto que el que su padre confesaba.

En cuanto a Tomás, también acaba confesando que las gotas se las dio Enrique para el viaje anterior, pero fue Ernesto Girat el que le proporcionó para esta ocasión la inyección que debía poner a Jaime, asegurándole que se trataba de algo parecido a las gotas. Así que

Tomás fue a hablar con él, pero, tras la visita, que no cuenta cómo se desarrolló, simuló su salida del piso dando un pequeño portazo y quedó agazapado tras las cortinas del pasillo. Dejó pasar el tiempo que consideró necesario para que Jaime Díez se quedara dormido y cuando sintió que no había peligro, le inyectó aquel líquido mortal, que Enrique Álvarez, había elaborado.

Madrid 2 de marzo de 2020

De nuevo reanudamos nuestra vida cotidiana. Esta vez con la tranquilidad de que el cerebro asesino ha sido descubierto y está prisionero, aunque siga en el hospital curando sus innumerables y profundas heridas. La persona o las personas que intentaron matarle se ensañaron con él de tal manera que parece imposible que ninguna de sus múltiples heridas haya resultado mortal, aunque varios de sus órganos vitales resultaron dañados y alguno de ellos quedará deteriorado, o inservible, para siempre. Aunque salga de este trance, no parece que pueda llegar a disfrutar de muchos años de vida.

Hay imágenes en aeropuertos y estaciones de ferrocarril con el rostro de Belinda y la leyenda de «Se busca». Pero no consideramos que ella sea peligrosa para nosotros, si se parece un poco a la persona que yo he conocido. Creo la versión de su padre y, aunque lamento la farsa, tengo la satisfacción de haber encontrado mi verdadero camino, o vuelto a él, con Adriana, antes de enterarme de todo esto.

Pasado mañana daré otro gran paso que aportará a mi vida, además de una gran satisfacción, mayor normalidad. Tengo una muy importante operación. Necesito relajarme y olvidar el terrible efecto que me causó la voz de Ernesto Girat diciendo «dispara». Tengo que estar en forma, porque, aunque me acompañan Miguel Urquiza y Luis Vidal como refuerzo, soy yo el que tengo la responsabilidad de la larga y difícil operación que nos espera.

Hasta ayer creía que el paciente con más riesgo, al que hay que practicarle la delicada operación de lobectomía, la haría Miguel Urquiza y después yo le practicaría a otro paciente una más sencilla de neumotórax, pero hoy Miguel me ha sorprendido diciendo que sería al revés, yo haría primero la complicada: extirpar el lóbulo del pulmón donde se ha detectado el cáncer y después él hará la otra operación más sencilla, extraer la burbuja de aire que se ha filtrado entre los pulmones y la pared torácica.

Dada la experiencia y destreza que requiere, por las complicaciones que entraña o que pueden surgir en esta operación de lobectomía, en ningún momento pensé que la realizaría yo, pero Miguel decidió que, una vez recuperado, era hora de que ocupase el puesto que me correspondía. Me asegura que confía absolutamente en mí, como en los tiempos que precedieron a mi abortada boda. Me ha demostrado, una vez más, su categoría de amigo más que de jefe, en

cualquier situación.

Es por eso mayor mi responsabilidad, ya que esto significa que retomo mi puesto de cirujano en una operación de estas características. Estoy seguro de que todo lo haré con la misma pericia que antes. Esto es lo que me faltaba para volver de manera completa al ritmo de mi vida anterior. La captura del ludópata pone punto final a nuestro drama. Ahora solo se trata de olvidar. Con Adriana todo resultará sencillo.

Madrid 4 de marzo de 2020

Ya está todo preparado. Estoy sumamente tranquilo y confío en mi maestría. Las enfermeras nos rodean para ayudarnos a poner los guantes una vez que tenemos desinfectadas las manos.

Algo altera el tranquilo panorama de la sala en la que nos encontramos. Lo noto en la expresión sorprendida o asustada de los ojos de mi enfermera ayudante. Me vuelvo para ver que está ocurriendo a mis espaldas.

La enfermera que ayuda a Miguel a ponerse los guantes no lo está haciendo muy bien. Más que ponerle los guantes parece que esté sujetándole las manos. Luis también se ha dado cuenta, porque le pregunta qué está haciendo. Me percato de que Miguel, que tiene la mascarilla ya puesta, debe llevar algo metido en la boca y no puede hablar. Solo gruñe. ¡Dios mío! Ahora todos podemos ver que la enfermera empuña una pistola y le apunta a la sien mientras nos dice que si no nos movemos nadie saldrá herido.

A pesar de que ella también lleva la mascarilla puesta y eso distorsiona un poco su voz, puedo reconocer con estupor de qué enfermera se trata. Sí, es Belinda, que amenaza con descerrajarle un tiro en la cabeza si no hace todo lo que le diga.

Su mirada ahora se dirige a nosotros, que la observamos estupefactos sin saber qué hacer. Me doy cuenta de que todavía tenemos las manos en alto y los guantes a medio poner. Las enfermeras tampoco se mueven, también parecen asustadas.

A Luis le pide, más bien le ordena, que ate con fuerza a Miguel, con la cuerda gruesa que ha dejado sobre la mesa antes de iniciar este circo. Se ha debido de volver loca. ¿Por qué está haciendo esto con mi amigo? ¿Lo habrá confundido conmigo? Ahora, se retira la mascarilla.

No, no me confunde. Se dirige a mí y, con voz autoritaria, que

nunca había utilizado, me ordena que escuche, sin perder palabra, lo que tiene que decirle a Miguel.

La sorpresa es tan grande y la veo con tanta determinación que apenas me atrevo a respirar. Mientras Luis, asustado también, ata a Miguel, ella, con señas, hace que las otras dos enfermeras entren en la estrecha habitación sin ventanas, que sirve de almacén de los elementos importantes que se usan en cirugía. Acto seguido lo cierra con llave, que es como suele estar ese cuarto. Pero ni un instante ha descuidado su punto de mira con la pistola.

Me ordena de nuevo que me sitúe junto a Miguel y añade que lo hace para evitarme la tentación de que yo intente salvar al verdadero culpable de mi accidente, o asesinato frustrado —me cuesta mucho entender lo que escucho—. Le increpa mientras lo sigue apuntando de frente con la pistola. Esta vez ha tomado un poco de distancia, la suficiente para tenernos controlados a los tres; creo que soy capaz de vivir sin respirar, porque me he dado cuenta de que hace tiempo que he dejado de hacerlo.

—Me has hundido la vida, Miguel. No sé por qué he seguido a tu lado creyendo en ti. Al fin, después de años de relación, de prometerme que le ibas a contar a tu mujer nuestro amor y que te ibas a divorciar para casarte conmigo, ¡al fin!, la has dejado… Pero no para casarte conmigo. Ahora tienes un nuevo capricho. Y a mí me dejas tirada.

» Mientras, nos has arrastrado a mi padre y a mí al abismo. Mi padre, al que has intentado matar porque ahora te estorbaba y además te podía delatar, jamás saldrá de la cárcel. Allí morirá a causa de las secuelas que le ha dejado tu intento de asesinato. Te has servido de su adicción al juego, primero para llevarlo a tratar de robar a Mauricio, de quien dices es tu mejor amigo, y después para matarlo, aunque sin éxito y también has logrado que maten a Enrique, tu segundo mejor amigo.

» Tú y no Enrique fuiste el que preparó las gotas que aplicamos a Mauricio y la inyección que acabó con la vida de Jaime Diez.

» ¿¡Qué clase de monstruo eres tú!?

» Mi padre no ha querido culparte. Tal como tú tenías previsto, ha cargado parte de las culpas en Enrique, tu *amigo* —pronuncia esta palabra con marcado desprecio, como si se la escupiera a la cara—, y del resto se ha inculpado él mismo, pensando que le queda poca vida,

pero que yo podría ser feliz contigo durante muchos años. ¡Pobre papá! ¿Cómo podría ser yo feliz con su asesino?

» Claro que tampoco era ese tu propósito, solo me has utilizado igual que a mi padre. Igual que a tus amigos. He estado ciega. Ciega de amor por ti un asesino que ahora me desprecia. No te lo puedo consentir. De mi no se ríe nadie. Seré yo la última en reír.

» ¿También a mí pensabas matarme?

¡Me cuesta tanto creer lo que escucho! ¡Belinda es la novia o amante de Miguel! ¡Está despechada porque la ha dejado por otra!

¡El que mandó a Rodolfo a cuidar de Adriana…!

¡Y Miguel es el auténtico culpable del asesinato de Enrique, aunque Ernesto o sus secuaces sean la mano ejecutora!

¡Mi gran amigo Miguel Urquiza!, el que dice creer en mi pericia para las operaciones más importantes, es el que ha intentado deshacerse de mí… ¡Mi asesino fallido!

Belinda se ha acercado a él para soltarle la mascarilla de un lado. Deja de tenernos a los tres en su punto de mira, pero solo un instante y no hay tiempo para reaccionar. Seguramente y dada la conmoción en que me encuentro, tampoco con más tiempo hubiera sido capaz de reaccionar. Miguel escupe el pañuelo que tenía metido en la boca.

—¡No seas estúpida! —una voz desfigurada por la rabia le responde—, ¡no creerías que había realizado este complicado montaje solo para acabar casándome contigo! ¡Por supuesto que no eran esos mis planes! Y si tu padre no fuera un desgraciado y patológicamente enfermo por el juego, no te hubiera permitido que te prestaras a engañar a Mauricio, para volver conmigo en cuanto fueras la dueña de su propiedad. A él se le ocurrió la idea de que fueras a enamorarlo. No dejaba de ser original que lo que no habíamos conseguido nosotros por la fuerza lo consiguieras tú fingiéndote su enamorada. Tú también eres culpable. Igual de culpable que yo. Sabías muy bien que en cuanto se celebrara vuestra boda la vida de tu marido valdría muy poco. Sin embargo, no pusiste objeciones. Heredarías todo y luego lo disfrutarías conmigo.

Se produce un revuelo en la puerta. Unos policías armados, que ignoro de dónde han salido o quién les ha llamado, hacen acto de presencia rodeando con rapidez a Miguel y Belinda, mientras uno de

ellos nos comunica que lo han escuchado todo.

Miguel Urquiza, no muestra ningún tipo de sentimiento que merezca una disculpa. No pide perdón. Solo mira a Belinda con desprecio. Se dirige a los policías para asegurarles que es una pobre chiflada, que intenta involucrarle en los líos de su padre para tratar de salvarle el pellejo.

Belinda asegura que fue ella quien le pidió a la policía que acudieran al hospital, que escucharan y la dejaran actuar, «aun sabiendo las consecuencias que tendrá para mí» —añade.

Los policías intentan poner las esposas a los dos, Belinda extiende los brazos ofreciéndolos para facilitarles su trabajo. Miguel se resiste diciendo que se equivocan, eleva el tono insistiendo en su defensa y denigrando a Belinda, pero los policías no cambian de actitud.

Belinda pide a los policías que le permitan hablar un momento conmigo, añade que no desea huir, quiere afrontar su culpa, pero necesita hablarme. Lo dice mientras dirige hacia mí su triste mirada. En sus ojos creo ver unas chispitas de sinceridad. La escucho sin acabar de dar crédito a todo lo que está ocurriendo.

—Perdóname, Mauricio. Lo lamento. Es cierto todo lo que he dicho. Todo empezó mal, por sacar a mi padre una vez más de sus apuros económicos, pero si no hubiera estado tan enamorada, tan ciega por Miguel Urquiza, hubiera sido muy fácil enamorarme de ti. La vida a tu lado hubiera sido tan sencilla… Perdóname, por favor, muchas veces he lamentado tener que engañarte y he estado a punto de confesártelo todo, pero reconozco que tenían más fuerza mis otros intereses. He sido una cobarde, pero descubrirlo todo significaba arrastrar a mi padre y a la persona de la que estaba locamente enamorada a la cárcel. Ahora, al fin, he confesado porque no soporto más esta situación. No le puedo perdonar lo que ha hecho con mi padre, pero sobre todo no puedo soportar el engaño de Miguel Urquiza “tu gran amigo” “mi fiel amante” —recalca las dos últimas frases expulsándolas como si fuera un alimento ingerido en malas condiciones y le estuviera dañando el estómago.

Ya no me importa ir a la cárcel si con ello consigo que Miguel pague por todas sus maldades. Yo he actuado por amor, pero él ha sido siempre un egoísta egocéntrico. Su máxima ha sido el «Todo vale para conseguir lo que deseo», que es la aplicación maquiavélica de que «el fin justifica los medios».

Los policías, con Miguel detenido al lado, la esperan sin inmutarse. Lo miro antes de responder a Belinda. Espero encontrar al menos una palabra o una mirada de la persona que siempre he considerado mi buen amigo. Pero tan solo obtengo una mirada de refilón con un gesto despectivo que no ha cambiado cuando se ha cruzado con la mía. Eso es todo lo que consigo.

Apenas salgo de mi asombro cuando me escucho decir:

—Te perdono, Belinda, al fin y al cabo, aun mintiéndome, lo hiciste tan bien que encontré, en tu fingido amor, motivos para seguir viviendo, a pesar de encontrarme en el más absoluto vacío y lleno de achaques. No quiero pensar en lo muchísimo que me habéis hecho sufrir. Solo en el futuro feliz que me espera junto a la persona que siempre me ha amado.

Belinda se vuelve con lentitud hacia los policías que la esperan, da dos pasos en esa dirección, pero el paso siguiente lo da para quedarse de nuevo frente a mí. Me mira fijamente mientras me habla.

—Me queda algo importante que decirte.

Su voz suena fría, como metálica. ¿Todavía no han acabado las sorpresas? ¿Qué más puede ocurrir? —pienso mientras la observo.

— No es casualidad que mi presencia aquí coincida con esa operación importante que pensabas realizar ahora mismo.

—¡Es verdad, mi operación! ¿Qué va a pasar con mi paciente?

—Ya no puedo reparar el daño que mi padre y yo te hemos causado —sigue hablando Belinda—, pero sí puedo evitar el que todavía pretende ocasionarte tu buen amigo Miguel Urquiza.

» Te costará creerlo, pero Miguel no te ha perdonado dos cosas: que no hayas muerto cuando sus sicarios intentaron matarte y que no le hayas permitido disfrutar de la riqueza tartesia que contenía la herencia de tu tía. Y tiene preparada para ti su particular venganza con esta operación —empiezo a creer que es cierto que Belinda no razona adecuadamente. Escucho angustiado cómo continúa—: Miguel tiene organizadas las operaciones, justo al contrario de lo que te ha dicho. Pretende que extraigas ahora al paciente que espera en quirófano uno de los dos lóbulos derechos, en la seguridad de que, según todas las pruebas, contiene un tumor maligno; pero la persona que espera en el quirófano para ser intervenido en ese momento no tiene ningún tipo de cáncer. Al paciente que espera en quirófano solo

hay que extraerle una burbuja de aire introducida entre la pleura parietal y la visceral. Al paciente que hay extraerle un lóbulo, piensa operarlo él mañana. Cuando tú hayas fracasado estrepitosamente como cirujano.

» Miguel ha decidido desprestigiarte así como médico cirujano. ¡Esa es su pobre venganza!

¡Hay tanta amargura y dolor en la voz de Belinda!

—¡Claro que él no contaba conmigo! —añade a la vez que cambia por completo su expresión—. ¡Hoy no habrá operación!

Sorprende el cambio de aspecto y el de la tonalidad de su voz. La fuerza y la determinación con la que dice esta frase. Su cara se ha iluminado con una dulce sonrisa y en su rostro he reconocido a la amable enfermera que me ayudó a salir de aquel pozo oscuro del que emergí una mañana.

Miguel no niega ni afirma nada, sigue sin dar ninguna explicación.

—Por cierto Mauricio, seguramente Adriana te espera en el pasillo —añade Belinda, mientras mira con una sonrisa cargada de veneno a Miguel—. Me he encargado de que reciba una carta en la que le explico todo lo que iba a pasar en estos momentos, por si las cosas no salían con arreglo a lo que yo había previsto.

Al final voy a tener que estarle agradecido a Belinda.

Adriana entra en el momento en que los policías se llevan detenido a Miguel. La mirada que él le lanza me hace intuir que tiene más motivos para odiarme o, tal vez, para envidiarme. Adriana me abraza a punto de llorar. La beso con toda la intensidad de que soy capaz y así continuamos…

ADRIANA.

Madrid 2 de abril de 2020

La incomparable voz de María Callas se escucha de fondo. Esta cantando Norma. Mientras la escuchamos, después de deshacer las maletas que hemos utilizado en nuestro viaje de novios, evoco aquel día en que recibí en mi consulta, por medio de un emisario, un sobre cerrado, al tiempo que me decía que debía leerlo en ese preciso momento. Recuerdo que lo abrí desconcertada y lo primero que miré fue la firma de la persona que me lo enviaba: ¡¡¡Belinda!!!

Comencé a leerlo intrigada, mi inquietud y mi asombro aumentaban a medida que avanzaba en su lectura. ¿Qué estaba ocurriendo ahora? ¡Si pensábamos que ya se había cerrado el círculo!

¿¡Miguel?!

Era una confesión en toda regla. Me explicaba lo que esperaba que estuviera ocurriendo mientras yo leía su confesión y justificaba su misiva diciendo que la enviaba para que la pudiera utilizar en el caso de que saliera mal su plan. El que se estaba desarrollando en esos momentos.

Al terminar de leerla salí corriendo hacia el quirófano donde Mauricio pretendía operar, coincidí en esos momentos con Miguel que salía escoltado por la policía. Yo lo miré todavía incrédula y con el dolor de lo que acababa de leer. Su mirada se cruzó con la mía, pero no supe interpretar su extraño gesto, no parecía de arrepentimiento, ni parecía sentirse culpable. En esos momentos tampoco yo estaba para traducir su ademán. Solo quería ver a Mauricio y comprobar que estaba bien. Dentro todavía había policías y una bella mujer también comenzaba a salir escoltada. Me ha impresionado ¡Nadie me había hablado de lo hermosa que era! Seguramente eso me ha ahorrado muchos celos.

Mauricio parecía estar esperándome. Nos encontramos en un apretado abrazo y un largo y sentido beso, preludio de los muchos que nos esperan.

AGRADECIMIENTO

Dado que esta historia pivota en torno a los descubrimientos de Las Casas del Turuñuelo, en Guareña (Badajoz), quiero mostrar mi agradecimiento a Sebastián Celestino Pérez, director del Instituto de Arqueología – Mérida del CSIC, especialista en el estudio del mundo tartésico.

Cuando le comuniqué mi deseo de visitar las excavaciones de Guareña, con el fin de reflejarlas de forma más auténtica en mi novela, tuvo la cortesía de invitarme a recorrerlas. Invitación que naturalmente acepté encantada. La pandemia y el contencioso que han mantenido con los propietarios del terreno donde se encuentran estas excavaciones, dificultaron totalmente esa toma de contacto.

"TARTESO: Viaje a los confines del Mundo Antiguo", escrito por Sebastián Celestino Pérez. Ha servido de prólogo a esta narración. Su interesante y ameno contenido ayuda a conocer y comprender más a fondo, "el primer sistema urbano detectado en la Península Ibérica y en todo el occidente europeo".

También quiero agradecer a la profesora y escritora Ana Lena Riera sus consejos.